

POLO  
COLON  
SAS  
M  
TERA

Carbonell  
07

Encuadernaciones

**PAPYROS**

C/. Diana, 19-1º D • Telf. 642 23 84

**DENIA**





HOJAS

DE

M I C A R T E R A

DE VIAJERO

POR

*D. M. Polo y Peyrolón.*



VALENCIA

IMPRESA DE MANUEL ALUFRE

*Plaza de Pellicers, 6*

1892



Bas Carbonell / 5407

HOJAS

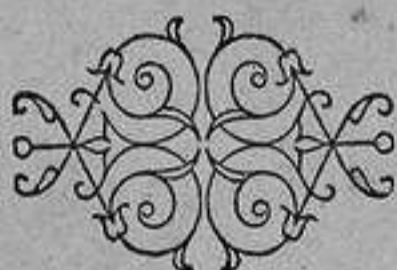
DE

MI CARTERA

DE VIAJERO

POR

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN



VALENCIA

IMPRENTA DE MANUEL ALUFRE

*Plaza de Pellicers, 6*

1892

MANUEL BAS CARBONELL  
N.º 11.176  
BIBLIOTECA

---

*Es propiedad del Autor.*

---



Al Sr. D. Salvador Peyrolón y Martín

Sacerdote tan virtuoso como modesto

dedica cordialmente estos apuntes su primo

Manuel Polo.



## AL QUE LEYERE

---

Dice la eruditísima é ingeniosa escritora D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán, hablando de viajes, en su estudio sobre Pedro Antonio de Alarcón, publicado en el número 13 del *Nuevo Teatro Crítico*, lo que sigue:

«En España no existe la noción *estética* del viaje: el que hace la maleta para salir de su casa no busca recreo, obedece á circunstancias que le imponen la necesidad de trasladarse, ó á la moda que obliga á un veraneo insípido, formulista, regulado de antemano por la rutina consuetudinaria. Recuerdo que uno de los estudios que más me entretuvieron en la Biblioteca Nacional de París, fué registrar libros de viajes de los siglos XVII y XVIII; con tal motivo pude observar que abundan los viajeros franceses por España, tanto como escasean los de españoles por tierra francesa. El poeta que cifró la dicha en no haber visto «más río que el de su patria», español tenía que ser<sup>1</sup>.—Aquí no se ha modificado aún el concepto *penal*, digámoslo así, del viaje. Viajar es, para la inmensa mayoría, sinónimo de derroche triste, mezcla de padecimientos, privaciones, riesgos y vejámenes.—En esta cuestión, como en otras varias, Alarcón no parece español genuíno. Mejor que Dumas, tan bien como Teófilo

1. D. Alberto Lista, en la siguiente cuarteta:

¡Feliz el que nunca ha visto  
más río que el de su patria,  
y duerme anciano á la sombra  
do pequeñuelo jugaba!

Gautier, antes que Amicis y Loti, supo Alarcón que el *viaje* escrito es el alma de un *viajero*, y nada más; que á los países y comarcas les infunde el escritor su propio espíritu (porque para libros de viajes *objetivos*, ahí están las *Guías* y las *Descripciones* geográficas, hidrográficas, arqueológicas é históricas); que el viaje escrito es género *poético* (entendiendo la palabra en su sentido más amplio y alto), y que un libro de viajes que comunique al lector la impresión producida por una comarca en una organización privilegiada para ver y sentir... lo que no ven y sienten los profanos, es tan obra de arte como una novela.»

Y debe de ser cierto todo cuanto copiado queda, porque, aunque nunca me he creído con organización privilegiada para ver y sentir, es lo cierto que las impresiones producidas en mí por determinadas poblaciones y comarcas, tales como Roma, Tierra Santa<sup>1</sup>, Sevilla, Suíza, París, las costas y montes vascos, Lourdes, Mallorca, etc., y comunicadas á mis lectores por medio de libros y de artículos, han hecho gemir no pocas veces á las prensas para sudar copiosas ediciones, como la ya agotada de mi *Viaje á Tierra Santa*, que editó en 1882 la Tipografía Católica-Balear de Palma, sin duda porque mis leyentes y curiosos amigos han visto en mis viajes escritos el alma del viajero.

Debo corresponder, por lo tanto, á indulgencia tanta, poniendo mis apuntes é impresiones de viajero al alcance de los bolsillos todos, en nutrido y económico volumen coleccionados. Por supuesto, tampoco tengo la pretensión de decir nada nuevo, por más que hasta la fecha han permanecido inéditas muchas de las páginas que componen este libro. Puesto que predomina en él la nota religiosa, y grato es á todo el mundo recorrer, aunque sea en espíritu, diferentes y remotos países por pocos céntimos, y sin moverse de la silla, se me antoja, sin embargo, que no se ha de arrepentir el que se los gastare para dispensarme el honor de leerme. ¡Dios te lo pague, lector amigo, y á mí no me olvide!

1 El *Viaje á Tierra Santa* se editará por separado en otro volumen.



MI ROMERÍA, EN 1876





ASOCIACIÓN DE NTRA. SRA.  
DE LOS  
BUENOS LIBROS

PREAMBULO.

C. Viciiana, 6, 2.º - VALENCIA



**L**NTITULO así el siguiente artículo, que con el rótulo de *¡Españoles, á Roma!* vió la luz pública en la *Revista Popular* barcelonesa, porque fué escrito y publicado poco antes de emprender mi primera romería, á fin de coadyuvar desde mi rincón de Teruel á que aumentase todo lo posible el número de los romeros. Dice así:

«Hace unos días que el nombre de la Ciudad Eterna corre de boca en boca entre los católicos españoles, es decir, entre la inmensa mayoría de los habitantes de esta nación hidalga. Los más fervientes no se contentan con repetirlo, sino que consultan libros, compran guías, adquieren manuales de la conversación y preparan equipajes. ¿Qué pasa? ¿Por qué repetir hoy con preferencia el nombre tres veces santo de la capital del orbe católico?

Porque los católicos madrileños han tenido la feliz ocurrencia de iniciar una peregrinación á Roma, y el proyecto en vías de realización ha sido acogido con santo júbilo por muchos corazones. Ignoro si se llevará á cabo, si los

romeros serán muchos ó pocos; pero lo que puedo asegurar es que el pensamiento ha penetrado en muchas inteligencias que lo acarician y sazonan; que esa voz salida de la Villa y Corte ha resonado en muchos oídos; y arrojada la semilla en buena tierra, tarde ó temprano germina, arraiga, crece y produce, por fin, sazonados frutos. Gentes que nunca pensaron antes en una expedición de esta naturaleza, familiarízanse poco á poco con el proyecto, se encariñan con él, y falta únicamente que se entusiasmen para que lo realicen.

¿Qué os detiene? ¿Son acaso insuperables los obstáculos? El mayor de todos ellos sería para la generalidad el coste del viaje; pero los catalanes procuran obviar este inconveniente proporcionándonos por mar billete de ida y vuelta, cuyo módico coste haga el viaje asequible hasta á los de más modesta fortuna. ¿Acaso las incomodidades de un largo viaje? En nuestros días los viajes ni son largos ni incómodos. El vapor, arrastrando por mar y tierra y con velocidad pasmosa, casas ambulantes llenas de todo lo necesario para la satisfacción, no sólo de las necesidades, sino hasta de los caprichos; palacios portátiles, pero suntuosos, que competir pueden con los que en tierra firme habitan testas coronadas, ha suprimido las incomodidades y las distancias. ¿Teméis quizás aburriros ó que no os entiendan por no conocer el italiano? Yendo algunos centenares de españoles, esto es imposible. Podemos conversar unos con otros, compartir nuestras impresiones, orar juntos, visitar unidos los grandes monumentos, sufrir ó gozar, por último, como si fuésemos un solo hombre. Esto prescindiendo de que entre tantos no faltarán personas ilustradas, á cuyas órdenes y bajo cuya inteligente dirección podemos ponernos los ignorantes.

¿Qué falta, pues, para que tomemos la última resolu-



ción, y con la maleta en la mano nos dirijamos al puerto? Una sola cosa: nos falta únicamente *piadoso entusiasmo*. Verdad es que, por la misericordia del Señor, *aún hay fe en Israel*, aún hay creencias entre los españoles; pero nuestra fe está como muerta, y en vez de trasladar montes teme atravesarlos, no digo á pié, descalzos de pié y pierna y con un bordón en la mano, como los antiguos romeros, sino ni siquiera en ferrocarril y recostados sobre los cojines de un coche de primera. No, no tenemos piadoso entusiasmo, porque si lo tuviéramos, al saber que el Vicario de Jesucristo en la tierra nos espera cariñoso para bendecirnos, volaríamos presurosos á sus plantas, y después de haberle dado esta insignificante prueba de nuestra adhesión inquebrantable y áun profunda á la Silla de Pedro, exclamaríamos con el anciano Simeón: *Nunc dimitis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace: quia viderunt oculi mei salutare tuum*. Ahora, Señor, no me queda ya que ver en este mundo y despedir en paz puedes á tu siervo, porque mis ojos han visto al representante del Salvador.

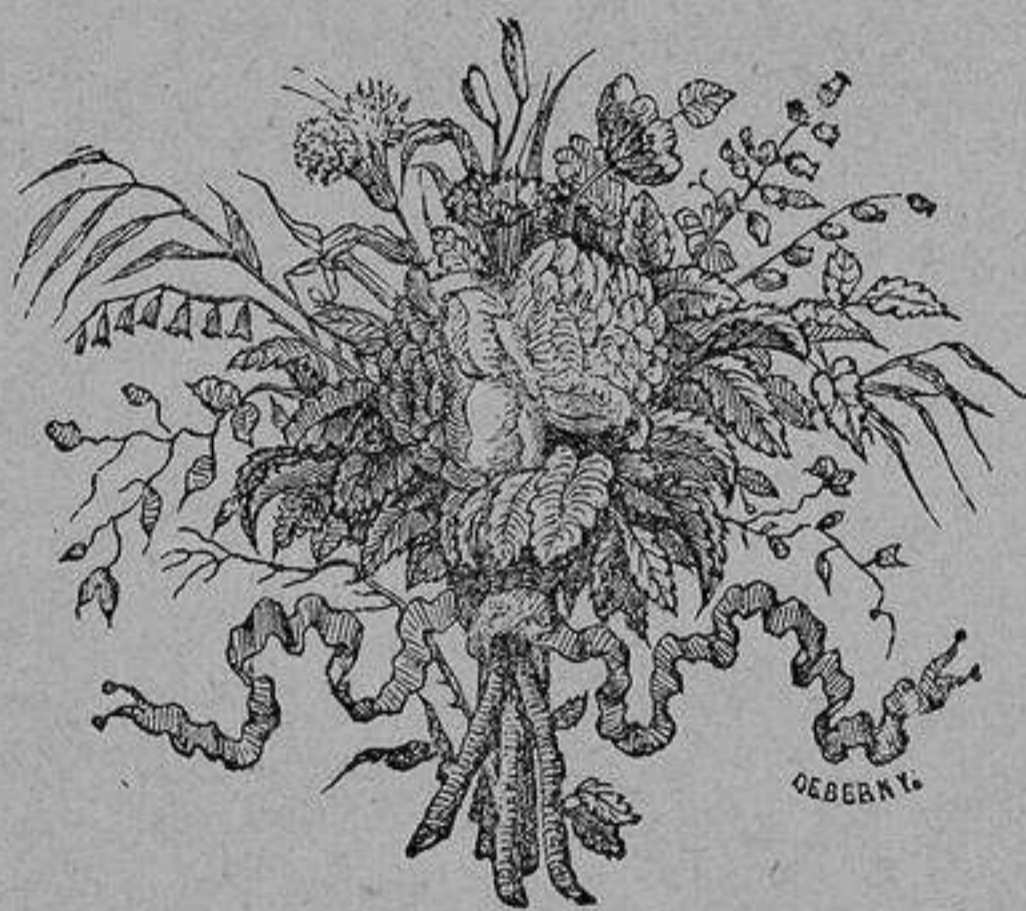
Sí, católicos españoles, además de la dicha inefable de poder contemplar con nuestros propios ojos la gran figura del siglo XIX, al hermoso Anciano y Papa sin semejante, el inmortal Pío, santas y múltiples emociones nos esperan en Roma para fortalecernos en la fe, encender nuestra caridad y aumentar nuestra esperanza.

En el espacio mayor que han cerrado los hombres, bajo aquella cúpula ó *rotonda* que Miguel Angel Buonarotti puso en el aire á ciento treinta y ocho metros del suelo, veneraremos, juntando la frente con el polvo, los benditos cuerpos de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y latirán fuertemente nuestros corazones en presencia del primero de los Papas y del Apóstol de las gentes. En San Juan de Le-

trán subiremos de rodillas la Escala Santa, formada por veintiocho escalones de mármol blanco, cubiertos de madera de nogal, que pertenecieron al palacio de Pilato en Jerusalén, y que tantas veces subió y bajó Nuestro Señor Jesucristo; y veremos la mesa de madera sobre la que celebraba San Pedro, la mesa de cedro que sirvió para la última cena de Jesucristo con los Apóstoles, varias columnas del templo de Jerusalén y de la casa de Pilato, el brocal del pozo de la Samaritana, la vara de Moisés, una plancha de mármol en la que está señalada la talla exacta de nuestro divino Maestro, y la piedra sobre la que se jugaron los soldados su preciosa túnica. En Santa María la Mayor encontraremos una reliquia del pesebre de Belén, inmortalizado por el Niño-Dios, y el cuerpo de San Matías. En Santa Cruz de Jerusalén adoraremos un pedazo de la misma Cruz en que murió nuestro Redentor, un clavo, dos espinas, los cuerpos de los santos mártires Cesáreo y Anastasio, y el dedo índice con el que Santo Tomás tocó las Llagas sacratísimas de Jesús, y podremos ver la plancha de la Cruz con la famosa inscripción: *Jesus Nazarenus Rex Judaeorum*, y una de las treinta monedas de Judas. En San Pedro *ad Vincula*, las cadenas con que San Pedro estuvo atado en la cárcel de Jerusalén, el cráneo de Santa Emerenciana, patrona de Teruel, y diversos trozos de las cruces de San Andrés y de San Pedro. En Santa Práxedes un trozo de la columna á la cual estuvo amarrado el Redentor del mundo, según tradición oriental, en casa de Caifás durante la noche del jueves al viernes santo. En el Coliseo besaremos aquella tierra bendita regada con la sangre de tantos Mártires. En las Catacumbas se estremecerán nuestras almas al solo contacto de aquel ambiente saturado de heroísmo y santidad. Pero ¿qué pretendemos? ¿Cómo es posible ni enumerar siquiera las santas reliquias y lugares santos que puede

y debe visitar en Roma el peregrino y que á la memoria en tropel acuden? Para el mundano, Roma será una ciudad atrasada, despreciable, indigna de ser comparada con el peor de los arrabales de París ó Londres, la capital de la flamante Italia, á lo sumo. Para el católico, Roma es la ciudad *santa* por excelencia, el relicario más completo y venerando del mundo, la capital del orbe católico, la antesala del cielo.

¡A Roma, pues, católicos españoles!







## CAPÍTULO I.

### *Viaje de ida.*

**T**ODOS saben quién, cómo y cuándo organizó la primera *romería* (nombre que por tratarse de Roma encuentro más adecuado que el de peregrinación) al Vaticano. Tampoco es necesario recordar á qué fuimos á Roma. Los periódicos impíos desatáronse con este motivo en sandeces y calumnias sin cuento; pero, oyéndolas como quien oye llover, los católicos españoles dimos aquella brillante prueba de nuestro amor entusiasta y adhesión firmísima á la Santa Sede. ¡Ay! Entonces era esto posible, porque el demonio de la división y de los fraternales rencores no había penetrado aún en nuestras filas. Secundarias fueron todas las demás miras y propósitos que quizás tuvieran individualidades aisladas. Por mi parte, confieso francamente, que me pusieron en camino nada más el espíritu religioso y el afán de ver tierras y ciudades engalanadas por mi imaginación, desde la in-

fancia, con los primores todos de la piedad, de la grandeza romana, del clasicismo, del romanticismo y de las preciosidades artísticas de toda especie.

El día primero de octubre de 1876, á las diez de la noche, y en la diligencia de Zaragoza, salimos juntos de Teruel los sacerdotes D. Tomás Pérez, que vistiendo el hábito de carmelita descalzo, y llamándose en religión fray Gerardo del Sagrado Corazón de Jesús, falleció años después en el convento del Desierto de las Palmas, provincia de Castellón; D. Segundo Fuertes, que santa gloria haya también, de Santa Eulalia; su cuñado D. José Ramón Sánchez, propietario de Rubielos, y yo. Rezamos la estación ante los célebres *Corporales* de Daroca, el santo Rosario en el coche-diligencia y durante veinte horas de calor, polvo y cansancio, recorrimos los 180 kilómetros que separan á Teruel de la capital de Aragón, y al anochecer del día 2 entramos en Zaragoza, corriendo á postrarnos á los piés de nuestra patrona augusta la Virgen del Pilar, en su santa capilla. Incorporados á los romeros zaragozanos y por haberlo dispuesto así aquel ilustrísimo Cabildo metropolitano, el día 3, á las ocho de la mañana, oimos Misa rezada en la capilla de la Virgen del Pilar, y tomamos la sagrada Comunión de manos del presidente de aquel centro provincial y canónigo D. Antonio Sendín. En el mismo altar, y á las diez y media, se cantó una preciosa y solemne Misa con asistencia de la residencia de aquel metropolitano templo, de los romeros aragoneses y de algunos catalanes, procedentes de Manresa, que habían llegado la noche anterior. El día 4, á las cuatro de la mañana, oimos Misa, que dijo también el Sr. Sendín, en la iglesia de Santiago, comulgaron algunos, y rezadas las preces de los caminantes nos dirigimos á la estación en varios ómnibus: lloviznaba un poco.

Todas nuestras gestiones para que se nos hiciese la rebaja prometida fueron inútiles: se encastilló el jefe de la estación en que no tenía instrucciones; tomamos los billetes por todo su valor, y á las 5'20 partió el tren para Al-sásua. Confundidos con los demás viajeros, hubo que renunciar, durante el camnino, á las oraciones y ejercicios en común; pero el viaje se hizo por grupos, compuestos de los romeros de cada localidad. Cinco fueron éstos, si mal no recuerdo, procedentes de Zaragoza, Manresa, Calatayud, Huesca y Teruel. Diferentes veces intenté contar el número total de romeros que llevaba aquel tren; pero me fue imposible. Ibamos todos gozosos. Los manresanos, radiantes de entusiasmo, no aceptaron rebaja y tuvieron el sentimiento de verse precisados á dejar enferma á una de sus compañeras en la ciudad augusta. Entre los zaragozanos iban también algunas señoras: ¡son admirables el valor y la piedad del bello sexo! Al paso vimos los 17 arcos del hermoso puente de piedra que tiene Tudela sobre el Ebro, caudaloso río que pasamos en una barca por no estar reparado aún el grandioso puente de 21 arcadas, de Castejón. Más de una hora duró aquel pintoresco y cómico trasbordo. Los viajeros esperaban su correspondiente turno y el regreso de la barca en la orilla izquierda del Ebro. Era chocante verlos cargados con los más raros efectos. Cestas, sacos de mano, maletas, bolsas de viaje, abrigos, todo entraba con su dueño en la barca, y no faltó quien llevase hasta un canario prisionero en su correspondiente jaula. Me hizo gracia, sobre todo, un sacerdote, que, completamente cargado, llevaba además una descomunal sandía debajo del brazo. Sudaba el buen señor la gota gorda y reíanse los más al verle; pero menos abandonar la sandía. Entre alegres y temerosos de quedar sepultados en los abismos del río, llegamos por fin todos á la opuesta orilla; ocupa-

mos un tren que esperando estaba y proseguimos nuestro camino. Rica es la ribera de Navarra y sus montes pintorescos. Restos mudos, pero elocuentes de la última guerra civil, manchaban el paisaje y oprimían el pecho. En las estaciones del tránsito, especialmente en Pamplona, incorporáronse los romeros navarros. A las cuatro y media de la tarde llegamos á Alsásua, y fue ya allí tan grande la aglomeración de romeros, que no se podía transitar por la estación. Los manresanos y otros que no quisieron en sus billetes rebaja marcháronse á San Sebastián y los demás tuvimos que distribuirnos por las casas del pueblo para pasar la noche y unirnos al día siguiente á la segunda expedición madrileña.

Al anochecer, y sin previa cita nos reunimos todos en la iglesia parroquial de Alsásua; se rezó el santo Rosario y antes de concluir se presentó un ciego guiado por un lazarillo, subió al órgano y acompañó admirablemente á la multitud que entonó entusiasmada la Salve. Durante aquel religioso acto improvisado, hubo lágrimas en todos los ojos, notas dulcísimas en todas las gargantas y fuertes latidos en todos los corazones. Por primera vez me sentí conmovido.

—¿Quién es ese ciego?—pregunté al salir de la iglesia.

—D. Evaristo Jiménez, el organista de la parroquia de la Magdalena en Zaragoza,—me contestaron.

—¿Y viene con nosotros á Roma?

—Sí, señor. El pobre, que es ciego de nacimiento, dice, que no quiere morir sin *oir* á Pío IX, ya que no puede *verle*.

Si yo fuera gacetillero escribiría á continuación: rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

Cubrió la noche con su negro manto el bonito valle de Alsásua, regaláronnos aquellos altos y verdes montes una



tormenta de aire y se refugió cada cual en su respectivo albergue. Algunos lo pasaron medianamente y casi hacinados en las casas del pueblo. Nosotros tuvimos la suerte de hospedarnos, junto á la estación, en una buena casa de campo.

Referir el viaje de todas las expediciones sería tan monótono como interminable. Conocida la marcha completa de una cualquiera de ellas, puede suponerse la de las demás. Al efecto hay que retroceder para tomar el hilo de la segunda expedición hasta que se incorporó con nosotros en Alsásua. Como no fui testigo presencial, me serviré, para esta narración, de materiales ajenos.

El día 4, á las nueve de la mañana, estaban ya reunidos multitud de romeros y de personas que les acompañaban en la iglesia de la Encarnación de Madrid. Allí, después de una Misa celebrada por el Sr. Lectoral de Sevilla, dichas las preces de caminantes y recibida la bendición, que dió el Sr. Obispo de Sigüenza, les dirigió éste una breve pero elocuente exhortación, manifestando cual era, en su sentir, el objeto de la romería y excitando á los que la componen á sacar de ella frutos de vida y de salud para sus almas. Dijo que le era muy doloroso no poder acompañarles personalmente, y añadió que iría con ellos en espíritu, conducta que seguirían indudablemente todos los católicos españoles. Ocuparon el tren más de 300 romeros de las provincias de Madrid, Sevilla, Valencia, Murcia y otros puntos y partió en medio de las aclamaciones de los madrileños que no podían acompañarles.

El día 2, á las cinco de la tarde, salieron de Oviedo, con dirección á Palencia, el Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis, los Sres. Magistral y Lectoral de la santa iglesia, el canónigo Sr. Sanz y Forés, bastantes eclesiásticos y algunos fieles. Forman todos parte de la expedición de romeros as-

turianos que ha de incorporarse en Venta de Baños con los que salgan el 4 de Madrid, para marchar juntos á Roma. S. S. I. al salir de su palacio pasó á la santa iglesia catedral basílica á orar ante Jesús Sacramentado; una multitud numerosa y escojida salió á despedir á su Prelado, que se hallaba visiblemente conmovido. Los expedicionarios fueron también despedidos por gran número de amigos que, tan cordialmente como les deseaban próspero viaje, sentían no poder acompañarlos al Vaticano. El Gobernador civil de la provincia y el Jefe de la estación estuvieron sumamente atentos y deferentes con el Sr. Obispo. Parte de la misma expedición salió en el tren de la noche. El bello y devoto sexo asturiano, tuvo también su representación dignísima en la romería. El 3, por la noche, se encontraban ya en Palencia más de 100 asturianos, que fueron recibidos por la Junta de *La Propaganda Católica* de aquella ciudad, encontrando hospedajes para todos, preparados oportunamente: tanto en Palencia como en las poblaciones del tránsito fueron atendidos y obsequiados por toda clase de personas. Llegaron á las siete y encontraron ya en la estación de Palencia á D. Antonio Sarri, enviado por el Sr. Obispo, á diferentes eclesiásticos y á no pocos señores y señoras de *La Propaganda*, todos sumamente finos y atentos. Las calles estaban llenas de gente que quería ver á los romeros; ni una palabra mal sonante, ni un gesto que indicase disgusto. Al contrario, más de una vez se oyó exclamar: ¡Ay, Dios mío, quién pudiera acompañarles! No es fácil describir las profundas emociones sentidas en todas partes; pero la verdadera romería empezó al día siguiente cuando los asturianos se reunieron en Venta de Baños á sus hermanos procedentes de Madrid. Apenas llegó el tren empezaron á oirse cánticos religiosos y por todas las ventanillas asomaban cabezas deseosas de conocer al Sr. Obispo de Oviedo,

que era el pastor encargado de conducir á Roma aquel rebaño de fieles. No es posible figurarse la alegría y entusiasmo de todos: saludábanse y se abrazaban como si hubiesen sido amigos de toda la vida. Durante el viaje se rezaba y cantaba frecuentemente. ¡Cuán sublime es el *Santo Dios* cantado por mil voces dentro de un túnel! En todas las estaciones repetíanse los cánticos y el entusiasmo, sobre todo cuando se agregaba algún nuevo grupo de romeros. En Vitoria se incorporaron los alaveses. Dos señores Curas y dos cantores de Gijón eran los directores del canto; y en cada coche iba un Sr. Arcipreste, designado por el Prelado para dirigir las preces.

El día 5 por la mañana, tomamos en Alsásua, con la rebaja del 50 por 100, los billetes de ida y vuelta hasta Cette, y unos 150 navarros y aragoneses esperamos la llegada de la segunda expedición madrileña. Hacia las once llegó efectivamente el largo tren con unos 700 romeros, presididos por el Ilmo. Sr. D. Benito Sanz y Forés, Obispo de Oviedo. Entraron en la estación cantando el *Santo Dios*; nos saludamos con entusiasmo; hubo que hacer grandes esfuerzos para contener los vivas á Pío IX que se escapaban de muchos labios (por haberlo así prevenido el señor Obispo); se añadieron tres wagones más, entramos en ellos aragoneses y navarros todos juntos y se emprendió nuevamente, y cantando también, la marcha. Al salir de Alsásua nos cruzamos con otro tren que sin duda iba á Madrid, y los viajeros que lo ocupaban tuvieron el mal gusto de vociferar, llamándonos, en tono de rechifla, *infalibles*. En materia de groserías marchamos á la cabeza de Europa. Ni en Francia ni en Italia nos ha sucedido después cosa semejante. En cambio, desde la mayor parte de los preciosos pueblos y caseríos que hay entre Alsásua y Hendaya se nos saludaba cariñosamente agitando los pa-

ñuelos, á cuyo saludo correspondía el largo tren en igual forma. Se rezaba y cantaba con frecuencia, y aquellas fervorosas preces y religiosos cánticos, cuyo acompañamiento instrumental se reducía al silbido de la locomotora, al traqueteo continuo del tren y al ruido de las aguas que se despeñan cristalinas y espumosas desde tantas y tan pintorescas cumbres, debieron llegar indudablemente al trono del Excelso, pues se atravesaron túneles, y se cruzaron puentes, y se recorrieron centenares de kilómetros sin que ninguno de los 900 romeros tuviese que lamentar el menor percance ni sufriese la más ligera indisposición. Nadie nos registró ni molestó al entrar en Francia. Al anochecer hicimos el trasbordo en Hendaya, y perdimos de vista el suelo de la madre patria. Adiós, España. ¡Quiera el cielo que cuando á pisarte vuelva no te mire con desdén al compararte con más privilegiadas naciones! Recorrimos en breve tiempo los 36 kilómetros que nos separaban de Bayona y pernoctamos en esta ciudad francesa.

Al siguiente día, 6 de octubre, madrugamos y tuvimos aun tiempo para ver la catedral de Bayona (una de cuyas hermosas agujas estaba entonces en construcción y hoy ya concluída), la parroquial iglesia de San Miguel, las calles principales, la plaza de Armas, los paseos y la grandiosa Ría. Cambiamos oro español por oro francés al 2 por 100 de premio, y á las 8'55 (horas de París), salimos para Lourdes. Antes de marchar tuve tiempo para contar los wago-nes de nuestro tren, que llevaba 20 con 40 viajeros cada uno, esto es, unos 800 romeros: aproximadamente lo que había calculado yo en Alsásua. El paisaje es precioso: á derecha é izquierda de la vía se distinguen multitud de bonitas casas de campo, verdaderos palacios á veces rodeados de jardines, huertas y praderas. Los franceses llaman *villas* á estas sus campestres viviendas. Agitando pañuelos

blancos en las ventanas y balcones, se nos saludó afectuosamente desde alguna de ellas: el sentimiento católico encuentra corazones hermanos en todas partes.

Todos han hecho en ferrocarril viajes más ó menos largos y concurridos, pero no todos han podido formarse idea exacta de un tren especial con 20 wagones llenos exclusivamente de romeros, ni del aspecto que á su desembarco presentaban las estaciones. La unidad de creencias y de sentimientos, pero sobre todo la caridad cristiana y piedad entusiasta de los romeros, imprimía á tan numeroso convoy cierto tinte fraternal, tan amistosa franqueza, que parecíamos todos miembros de la misma familia é hijos de la misma madre. Era desconocida entre nosotros la etiqueta, pero, en cambio, nos guardábamos mutuamente aquellas atenciones que podían contribuir á la mayor comodidad de cada uno, combinada con el bienestar general. Las preces se rezaban con tanto fervor como recogimiento, y pronunciadas por tantos labios, dominaban con frecuencia la rápida y ruidosa marcha del tren. Se cantaba á todo pulmón y sin miramientos, con lo cual, lo que se perdía en armonía se ganaba en entusiasmo. Al atravesar los túneles, el *Santo Dios* resonaba muchas veces, en las entrañas de la tierra, grandioso é imponente. La naturaleza entera parecía que tributaba entonces sus alabanzas al Criador: jamás habíamos presenciado nosotros espectáculo semejante. Aquella improvisada alianza entre los admirables progresos de la industria moderna y la fe de nuestros mayores, que potente alienta en nuestros pechos, tenía mucho de fascinador y de sublime. Sonreíase la incredulidad por boca de los empleados cuando al llegar á la estación veían la cruz de cintas blancas y azules que adornaba nuestro pecho; pero si dada la señal se entonaba un cántico religioso, que repetían gravemente y á todo pulmón mil gargantas, las

sonrisas convertíanse en hosca mirada y hasta en respeto á veces, descubriendo sus cabezas los mismos que de nosotros se burlaban momentos antes. ¡Oh poder del número! El aspecto de las estaciones, cuando se nos concedían algunos minutos de parada, no podía ser más animado y pintoresco. Numerosos balandranes y sombreros de teja, aglomeración de romeros en los *buffets*, *bouvoits* y *cabinets*; *quid pro quos* entre los españoles y los extranjeros que difícilmente lograban entenderse, corridas por los andenes en busca de los respectivos coches, gritos de los empleados para que todo el mundo ocupase su puesto, animación inusitada por una parte, y orden admirable por otra, en una palabra.

Nos detuvimos en la estación de Pau 26 minutos, transcurridos los cuales emprendimos de nuevo y gozosos la marcha, llegando á Lourdes á las 2'10 de la tarde. Hacía ya bastante tiempo que corría el tren mirándose en las transparentes y bulliciosas aguas del Gave de Pau, cuando de repente vimos á nuestra derecha y en la orilla opuesta levantarse sobre los peñascos *Masavielles* (*rocas viejas* en el *patois* del Pirineo) erguida como una palmera y blanca como una paloma la nueva Basílica de la Inmaculada Concepción; y al poco rato la sagrada Cueva á sus piés. Casi ninguno de los romeros las habíamos visto, pero las reconocimos de lejos, é instintivamente, levantados todos, entonamos la Salve. Desde la multitud de casetas ó tiendecillas donde se venden rosarios, medallas, fotografías y demás objetos piadosos, se nos saludaba agitando muchos pañuelos, y nosotros, ébrios de piadoso entusiasmo, contestábamos en la misma forma, á los especuladores franceses. Hizo alto el tren en la estación, tomamos nuestros respectivos equipajes, bajamos de los coches y nos arrodillamos en el andén entonando el *Santo Dios*, que á pesar de la llu-

via cantamos tres veces delante de los empleados del ferrocarril; los cuales, con la gorra puesta, nos miraban estupefactos. Un sacerdote y una respetable familia francesa que nos esperaban en la estación, proporcionaron alojamientos de 7 francos ó de 3 y medio, con dos comidas, á cuantos quisieron utilizar sus servicios. Nosotros tomamos un coche y nos dirigimos al *Hôtel de la Grotte*, que nos pareció bueno pero caro, hospedándonos por fin en el *Hôtel de la Paix* que recomiendo á cuantos vayan á Lourdes.

Momentos después de alojarnos, la lluvia azotaba nuestros cristales, y un viento huracanado levantó tal polvareda, que temimos no pudiera efectuarse la procesión anunciada para las cinco de la tarde; pero María Santísima dispuso las cosas de otro modo, y antes de las cinco estábamos ya todos los romeros, vela en mano y con nuestros comunales rosarios (especialidad de Lourdes) al cuello, en la parroquial iglesia, creo que de San Pedro, donde se organizó la procesión. Las campanas de la parroquia y de la Basílica anunciaban á la ciudad de Lourdes la ceremonia religiosa que tenía lugar en aquel momento; la multitud invadía las calles y ventanas para ver aquella majestuosa y bien ordenada procesión; caminábamos en el orden siguiente: el suízo, como si dijéramos el macero (especie de guardia civil nuestro, que permanece con el tricornio puesto dentro de las iglesias) con su tremendo bastón con maza de plata, la cruz parroquial, los seglares, los sacerdotes, el señor Obispo de Oviedo y las señoras, é intercalados los ocho preciosos estandartes que la segunda expedición de romeros regaló á Nuestra Señora de Lourdes. Siento no haber tomado nota de su procedencia. Cantando la letanía lauretana y muy despacio, llegamos al santuario. Cerca de la Basílica, el Padre Superior de los misioneros de Lourdes, con cruz alzada y los acólitos al lado salió á nuestro en-

cuentro, adelantándose hasta incorporarse con el señor Obispo.

Los romeros llenamos la Basílica que estaba hecha una ascua de oro, y el ciego organista zaragozano señor Jiménez, ocupó el grandioso órgano é hizo resonar bajo aquellas sagradas bóvedas notas entusiastas. Cuando penetré en aquel augusto templo y las lenguas de bronce resonaron estrepitosamente sobre mi cabeza, apagando los cánticos de los romeros y poniendo ante mi imaginación el retrato del ciego organista ébrio de alegría; cuando eché una mirada en torno y me ví en medio de tanta luz y maravilla tanta; cuando al contemplar en el altar mayor la preciosa imagen de la Inmaculada, recordé que dieciocho años antes la Madre del mismo Dios había santificado con su presencia y hollado con su soberana planta aquellos lugares, mis ojos se llenaron de lágrimas, y prosternado caí sobre uno de los muchos reclinatorios que ocupan la capilla. Calló, por fin, el órgano para que hablase el Padre Superior de los misioneros, el cual desde el presbiterio y en francés, pero pronunciando con una precisión y claridad admirables, en gracia sin duda á nuestra ignorancia de la lengua, predicó un corto pero elocuente sermón, cuyos entusiastas períodos resuenan aún en mis oídos. Empezó por las palabras del Apóstol: *Spectaculum facti estis mundo, angelis et hominibus*, felicitando al pueblo español por el grandioso espectáculo que estaba dando al mundo, á los ángeles y á los hombres, y por la fe que encerraban nuestros corazones, de lo cual era prueba inconcusa aquella romería. Añadió que, aunque pisábamos tierra extranjera, puesto que aquellos lugares habían sido santificados con la presencia de la Virgen, podíamos decir que estábamos en nuestra propia casa, ya que España es la nación predilecta de María, pues en ella quiso hacer su primera visita al Apóstol Santiago; recordó



que al entregar el cardenal Franchi la palma que enviaba Su Santidad á Nuestra Señora de Lourdes, dijo de parte de Pío IX que aquella palma le había sido regalada por las señoras de Mallorca, y siendo España el pueblo de María, era muy justo que él la devolviera á María de parte de sus hijas las españolas; felicitó á los romeros todos, y en especial al clero que, aunque empobrecido, se presentaba tan rico en la fe; y concluyó con algunas advertencias relativas á las ceremonias religiosas que iban á tener lugar.

Ocupó después la cátedra del Espíritu Santo el señor Obispo de Oviedo y trató, elocuentemente también, del motivo de aquella reunión y del fin que los romeros debíamos proponernos; recomendó que orásemos por España, por Francia, por el Papa y por la Iglesia universal, y para que lo hiciéramos fervorosamente, recordó la milagrosa manera como se libró el primer Pontífice y príncipe de los Apóstoles, abrigando la consoladora esperanza de que tal vez por las oraciones de los españoles, tanto de los romeros como de los que venían con nosotros en espíritu, el Dios de las misericordias tal vez se sirviera poner en libertad al prisionero del Vaticano. Dió después S. S. I. la bendición con la Custodia, se reservó y se cantaron algunas letrillas á la Concepción Inmaculada.

Encendimos nuevamente las velas y, aunque á la inversa, bajamos procesionalmente á la cripta y la gruta, primero el señor Obispo, después los sacerdotes, luego los seglares y por último las señoras. Era completamente de noche, no se apagó una luz, y la procesión, semejante á un río de estrellas sobre fondo negro, serpenteaba por aquellos riscos, rezando el santo Rosario y bajando siempre hacia la Cueva. No es para referida la impresión que este espectáculo produjo en todos los presentes. Había allí algo de divino que no está al alcance de mi-

serables humanas plumas. Para que se vea que no exagero, me permito copiar las frases con que otro romero de la primera expedición refiere el mismo acto religioso celebrado el día anterior. «La vista del río, dice, donde la luna se bañaba, las 600 luces de otros tantos hombres que llevaban cirios encendidos y de los cuales pende un papel (los farolillos de colores) con las armas pontificias, el milagro de la aparición y el paisaje de la Gruta; unido á la solemnidad del acto, á los recuerdos más dulces para el corazón de un católico y al vuelo de la imaginación que se remontaba más allá de las nubes... eran cosas todas que movían á derramar lágrimas de gozo, pero que no permiten se reproduzcan en el papel, porque son de las que se sienten y no se expresan.»

Refiriéndose al mismo acto, poéticamente escribió Don Manuel Pérez Villamil, lo que sigue:

«Al llegar á este punto, la pluma se cae de la mano, porque es imposible describir esta imponente y asombrosa fiesta que, en un rincón de los Pirineos, resucita las antiguas costumbres de los pueblos cristianos. La procesión de las candelas (*les flambeaux*) que los peregrinos celebran en Lourdes, es de lo más conmovedor y patético que hemos conocido. ¿Cómo pintar el cuadro que ofrece aquella santa montaña, verde como la primavera y esbelta como las palmas de Jerusalén, cuando por una larga senda, primorosamente dispuesta en zic-zaz, bajan los peregrinos con luces encendidas que brillan entre las enramadas, se ocultan y desaparecen, se agrupan y se separan, formando como un cielo de estrellas rutilantes, cielo que vive y se conmueve, que palpita y que canta? De mí sé decir, que, cuando desde la alta galería de la Basílica dominaba este asombroso cuadro, viendo á mi derecha las enhiestas cordilleras de los Pirineos como gigantescos guardianes de la casa de la Vir-

gen; los vetustos muros del castillo de los Condes de Bigorre, como el esqueleto vivo de los siglos medios; el río Gave á mis piés como el nuevo Jordán, donde la Inmaculada quiere que sus devotos peregrinos vengan á lavarse de sus culpas; y la luna, por fin, imagen de María, bañando aún su luz apacible y melancólica aquel conjunto de bellezas, como un manto de ternura y de amor, echado por una madre sobre la cuna de sus hijos, créame transportado á las regiones de las visiones celestiales; que ni la naturaleza ni el arte pueden idealizar hasta tal punto las montañas y los ríos, los árboles y los bosques, las ruínas y las rocas, las luces de los hombres y los resplandores de los astros.»

Arrodillados todos frente á la sagrada Cueva, S. S. I. recitó la Letanía lauretana; rogó después por las necesidades de España y Francia, por el Papa, por la Iglesia universal y por los romeros, sus familias y amigos, y terminó el acto cantando, lo mismo que al llegar á la estación, tres veces el *Santo Dios, Santo fuerte*, etc. Realzaban la fiesta, aumentando los encantos de aquella noche inolvidable, centenares de velas encendidas que coronaban la galería superior de la Basílica, y que en candelabro enorme de hierro arden día y noche en el centro de la Gruta.

La mayor parte bebimos agua en la fuente milagrosa, y subió la procesión en la misma forma por la magnífica y no concluída escalinata del lado opuesto. La Basílica estuvo abierta é iluminada toda la noche. A la una y en virtud de privilegio especial que le ha sido concedido al efecto, empezaron las Misas en todos los altares, y á las seis de la mañana del 7 tuvo lugar la piadosa y solemne Comunion general, que administró después de decir Misa el Sr. Obispo de Oviedo.

Terminadas las funciones religiosas, tuvimos aún tiempo para despedirnos de la Virgen, comprar objetos piado-

sos y almorzar, saliendo de Lourdes á las 10'33 de la mañana del 7. Aunque pasaba el tren sin detenerse y á toda velocidad entre la estación de Le Fauga y la de Muret, nos saludó calurosamente un colegio, al parecer de seminaristas, que esperaba nuestro paso á orillas de la vía férrea. Tanto por lo desapacible de la tarde, que nos obligó á levantar los cristales de los coches, como por la velocidad que llevábamos, muy pocos pudimos corresponder á tan inesperados saludos; pero demasiado sabe el clero francés que se agradecieron, y que entre católicos, la única denominación propia es la de hermanos. En Toulouse, veinte minutos de alto é inmenso barullo para comer. Entramos en la estación de Cette á media noche y empleamos tres horas en el trasbordo y reparto de los nuevos billetes. Esta fué sin duda la causa de que llegásemos á Marsella con otras tantas horas de retraso, el 8 hacia las dos de la tarde. Cuentan nuestros periódicos católicos, que á medida que iban llegando á Marsella los romeros de las diversas expediciones, eran saludados y vitoreados calurosamente por muchos católicos franceses. Vestidos de negro y con el Corazón de Jesús al pecho, estaban al pié de los coches las comisiones de las asociaciones de católicos que, de antemano, habían ajustado y dispuesto los convenientes alojamientos para los peregrinos, procurando hacer los ajustes á precios módicos y vigilar para que no se engañase á ninguno de los españoles; también había en la estación algunas damas de nuestra aristocracia, que, en unión con las comisiones de los franceses, no se dieron punto de reposo para que todo estuviese preparado. Tengo la seguridad de que será así como lo dicen; pero también es cierto que en medio de aquellas confusiones inevitables y procurando yo escapar lo antes posible en busca de alojamiento, que me lo he proporcionado siempre por mí mismo, nada

vi y si sólo oí hablar del cuartel de los Incurables, en donde se habían hospedado muchos, y dicen que estuvieron perfectamente por tres francos y medio. Nosotros nos hospedamos en el Hotel de Italia, rue de la Fraternité, frente á uno de los puertos, hospedaje que, por cierto, resultó caro y malo.

Marsella es una de las principales ciudades de Francia y su puerto es el primero del Mediterráneo. Aunque tuvimos pocas horas disponibles, recorrí sus mejores calles, que son la Cannebière, Noailles, Republique, Rome y otras muchas; los puertos, muelles y faros, que son magníficos; el larguísimo paseo titulado Le Prado, que partiendo del centro de la ciudad la rodea por uno de sus lados y se extiende hasta morir en el mar; la iglesia de Nuestra Señora de la Guardia, que dominándolo todo se eleva sobre un monte entre aquéllos y éste y sobre cuya airosa torre se distingue, en vez de veleta, una estatua colosal de la Virgen; el palacio de Long-Champ, sus jardines, hermosa cascada y museos de Historia Natural, Escultura, Pintura y Escuela de Bellas-Artes; el gran palacio de la Bolsa; la catedral nueva, que risueña y majestuosa se levanta á orillas del puerto; la antigua que, como provisional, vale poco; algunos comercios importantes, y los lujosos cafés de la Rotonda, del Comercio, Universo, etc., etc.

El día 9 dijo Misa el Sr. Obispo de Oviedo en Nuestra Señora de la Guardia, algunos tomaron la Comunión, otros oyeron y celebraron el santo sacrificio en las demás iglesias de la ciudad; emprendimos nuevamente la marcha á las cuatro de la tarde y después de haber visto la magnífica estación de Niza y sus pintorescos alrededores, aquélla iluminada y éstos á la luz de la luna, llegamos á Vintimille á la una y media de la noche.

Bajamos del tren, y por vez primera hollaron nuestras

plantas tierra italiana. En la aduana de Ventimiglia registraron minuciosamente nuestros equipajes, y á un sacerdote le hicieron pagar cinco francos por un paquete de cigarrillos. Es la única vejación que llegó á mis oídos. Nadie pidió nuestros pasaportes, y marcados que fueron los equipajes en la aduana, empleamos el resto de la noche en cambiar oro francés por papel-moneda italiano, con el premio del cinco, ó á lo sumo, del cinco y medio por ciento; en desayunarnos en el *buffet* de la estación; en tomar los billetes, y en conversar al aire libre, haciendo tiempo, á la española, hasta que llegase la hora de proseguir nuestro interminable viaje.

Salimos de Ventimiglia el día 10, á las seis (hora de Roma) de la mañana. Nada más pintoresco que esta costosa vía férrea que, lamiendo el mar, rodea constantemente al golfo de Génova, y atraviesa túneles y puentes sin cuento, entre poblaciones, casas de campo, huertos y jardines preciosos y cristalinas ondas. Cuando se llega á Niza, parece que ya se respira más cálido ambiente. En vez de las frescas praderas de los alrededores de Pau ó de los escuetos olivares de Marsella, se ven por todas partes naranjos, limoneros, cañas, jardines, villas, palacios, hoteles y baños de mar. Parecíame aquel país, sobre todo el campo, muy semejante á la Ribera de Valencia: los edificios se asemejan también algo á los españoles, aunque se encuentra en ellos el mármol con verdadera profusión. A la una llegamos á Génova. El proyecto era descansar en esta ciudad hasta el siguiente día; pero cuando la mayor parte de los romeros habían bajado ya del tren, corrió la voz: «A Roma, á Roma, que continúa el tren,» y la muchedumbre continuó la marcha. Nosotros, que habíamos tomado en Ventimiglia billetes circulares de la serie A, núm. 20, y estábamos rendidos de cansancio, determinamos quedarnos en

Génova, y así lo hicimos, saliendo enseguida de la magnífica estación, saludando á escape á Colón, en su soberbio monumento, y marchando á la fonda á reparar las fuerzas.

Pocas horas estuvimos en Génova, como en Marsella; pero aún vimos el hermoso puerto desde la terraza de los pórticos, el puerto franco, los muelles, la linterna ó faro, las mejores calles, que son la Balbi, Nuova, Nuovissima, Carlo-Felice, Roma, etc., el paseo de Acquasola, las iglesias de la Annunziata, San Ambrosio, San Siro, San Lorenzo, que es la catedral, San Lucas y Santa María *in Carignano*, desde cuya alta cúpula (para llegar á la cual hay que subir 254 escalones) se divisa toda Génova y sus pintorescos alrededores, el cuerpo de Santa Catalina de Génova en el Hospital mayor, los cafés principales, sobre todo el de la Concordia, en el cual oímos un regular concierto, y el cementerio, que es un bosque de estatuas de mármol. Desde lejos, ó desde la cúpula de Santa María *in Carignano*, Génova es una de las ciudades más preciosas de Italia: recostada sobre la falda de unas colinas cubiertas siempre de verde y en forma de anfiteatro, rodeada de magníficas villas y llena de suntuosos palacios, parece una ninfa que dejando flotar la cabellera sobre la cumbre de los montes, se baña los piés en las cristalinas y risueñas aguas del golfo; ó un Belén de los que con talco, piedras y musgo componen los niños por Navidad. Junto al puerto, tiene no obstante un barrio, que habitan las gentes de mar, compuesto de calles estrechas y sucias y de tenduchos de comestibles. Hay también en Génova deslumbradoras platerías de filigranas y grandes fábricas de relojes.

Timbramos nuestros billetes circulares para Roma, por la vía de Pisa, con el fin de celebrar en la Ciudad Eterna la fiesta de nuestra patrona la Virgen del Pilar, y el día 11, á la una y diez de la tarde, salimos de Génova camino de

Pisa. Continúa la vía férrea rodeando al golfo como si fuese su anillo, y partimos nosotros teniendo el mar á la derecha, y montañas y pueblos preciosísimos á la izquierda. Puede llamarse este camino semi-subterráneo, pues desde Génova hasta Pisa conté ciento un túneles, y causa no poca sorpresa al viajero aquel continuo entrar y salir en las entrañas de la tierra, quedando con tanta frecuencia y alternativamente sepultado en la obscuridad ó deslumbrado por el sol, que rielaba sobre las ondas, convirtiéndolas en inmensos depósitos de plata líquida. Se abre unas veces paso el tren por entre una roca tajada verticalmente; besa otra las mismas arenas de la playa; corre ahora sobre un puente debajo del cual se divisan las calles y habitantes que por ellas transitan de algun pintoresco pueblo; vense estos después como colgados de las rocas; ora se atraviesa un torrente, que se despeña de aquellas alturas para correr en busca del depósito central; ora se divisa un jardín, cuyo perfumado aliento indemniza á los viajeros de la fétida respiración de los túneles; y siempre, en una palabra, camina uno de sorpresa en sorpresa y de espectáculo en espectáculo, á cuál más original y pintoresco. Pero como aquello no es correr, sino volar, se atraviesan en pocas horas los 168 kilómetros que separan á Génova de Pisa, y llegamos á esta marmórea ciudad á las siete y cinco de la tarde. Los romeros todos que íbamos en aquel tren teníamos billetes directos para Roma. No obstante, la empresa dispuso que hiciésemos noche en Pisa; produjo esta orden gran descontento y un semi-alboroto; pero no hubo más remedio que esperar al día siguiente, por lo cual marchamos á la ciudad, alojándonos en el Hotel de Roma. Un centenar lo menos de romeros no quisieron marcharse de la estación y, gracias á las gestiones de nuestro Cónsul en Pisa, se les abrieron las puertas del edificio y allí pasa-



ron la noche. Algunos dieron también parte á las autoridades de aquella detención arbitraria, y denunciaron á la vez la arbitrariedad con ellos cometida al exigirles, no sé con qué pretextos, dos liras á cada uno de los que no llevaban billetes circulares. Estas reclamaciones tengo entendido que fueron también apoyadas por nuestro Cónsul, que se portó admirablemente, pero sin resultado alguno eficaz.

Aunque de noche, Pisa nos pareció una ciudad desierta, y lo confirma el hecho de haber tenido 150.000 habitantes, cuando hoy cuenta escasamente 25.000. Grandes losas de piedra cubren todas sus calles, y en especial las orillas del Arno, que son magníficas. Vimos por fuera la célebre Torre inclinada, la Catedral, el Cementerio y el Baptisterio, y entramos en algunos de aquellos lujosísimos comercios de mármoles cincelados.

El día 12, en vez de celebrar dignamente la festividad de nuestra patrona la Virgen del Pilar, á las cuatro de la mañana estábamos ya en la estación marchando al poco rato en dirección á Roma. El país recorrido, sobre todo en las inmediaciones de Roma, esto es el Agro romano, es pobre, feo y sólo abundante en pastos y ganado vacuno. Vimos desde el tren á Civita-Vecchia y su importante puerto, y en vez de las nueve horas y media que se emplean ordinariamente para recorrer este trayecto, invertimos doce; y con mucho calor y no menor cansancio llegamos á la Ciudad Eterna, á las cuatro de la tarde. Al divisarla desde las ventanillas de los coches, pusímonos en pié y entonamos el *Te-Deum*. Los pasajeros no peregrinos nos miraban estupefactos. Nosotros continuamos impertérritos dando gracias al Todopoderoso porque nos había permitido recorrer 2.200 kilómetros desde Teruel á Roma, sin el menor percance, y nos concedía la felicidad

de besar el suelo que regaron con su sangre los santos apóstoles Pedro y Pablo, y la no menor dicha de postrarnos á los piés del inmortal Pío IX.

¡Ciudad incomparable, Roma sagrada, yo te saludo!





## CAPÍTULO II.

### *Estancia en Roma.*

**L**EGADOS á la metrópoli del orbe católico y capital del mundo artístico, la primera dificultad que nos salió al encuentro fué el alojamiento. Creía yo que seis ó siete mil extranjeros, para una ciudad acostumbrada á recibir cuarenta ó cincuenta mil en ciertas solemnidades, no era nada, que ni siquiera se conocería su presencia; pero no fué así. Las fondas, sobre todo las de segundo orden, estaban llenas, y después de recorrer en vano la mayor parte, no hubo más remedio que recurrir á las casas de huéspedes, que lo son la mitad lo menos, pagar mucho y estar mal. Los coches de alquiler iban llenos de españoles. En las calles, en los comercios, en las iglesias, en los museos, por todas partes, en fin, tropezaba uno con grupos de españoles. Nos conocíamos á la legua: los sacerdotes por sus largas tejas, las señoras por sus mantillas, las gentes del pueblo por sus trajes na-

cionales y todos por el aire y la lengua. Los mismos periódicos italianos llamaban *invasión* de peregrinos á nuestra romería. No exagero, pues, al decir que llamamos extraordinariamente la atención en Roma y aun en Europa, pues como acertadamente decía un católico francés, aquello mas bien que romería era todo un pueblo que se trasladaba á Roma. Por mar unos, desembarcando en Nápoles y Civita-Vecchia, y por tierra otros, en diferentes expediciones, fueron sucesivamente llegando á la Ciudad Eterna unos seis mil españoles. Los tres señores Obispos romeros, á saber: D. Bienvenido Monzón, Arzobispo de Granada, D. Benito Sanz, Obispo de Oviedo y D. Pedro Colomer, Obispo de Vich, se hospedaron de orden de Su Santidad en el Sacro Retiro, en el Janículo. El Papa supo con júbilo la llegada á Roma de los españoles, y mandó que á todo el que perteneciese á la romería se le facilitara ingreso franco en los palacios, galerías, museos, biblioteca y jardines del Vaticano, exceptuando sólo sus habitaciones particulares, y en el aula conciliar, cripta, sacristías, capillas y cúpula de San Pedro, por lo que nunca le estaremos suficientemente agradecidos, pues con tal orden nos ahorraaba incomodidades, tiempo y propinas. No faltó quien hizo correr la voz de que Su Beatitud no veía con buenos ojos aquella entusiasta muchedumbre que corría á postarse á sus sagrados piés; pero la invención no hizo fortuna. Nunca ha distinguido á nadie tanto el bondadosísimo Pío IX como á los españoles, en ocasión tan solemne.

El 12 por la mañana para celebrar el día de nuestra patrona la Virgen del Pilar, el Sr. Arzobispo de Granada celebró Misa de comunión en San Pedro, á la cual asistieron la mayor parte de los romeros.

Inútil es advertir que la primera visita de todo español al llegar á Roma, era para la incomparable Basílica Vaticana.

De mí puedo decir que apenas me instalé en mi alojamiento, corrí en busca de la ciudad Leonina; atravesé el puente del Santo Angel, sin reparar ni en las doce hermosas estatuas (diez de otros tantos Angeles con los instrumentos de la pasión en las manos, y las otras dos de San Pedro y San Pablo) que adornan sus balaustradas, ni en el turbio Tiber, ni en el Mausoleo de Adriano (hoy castillo del Santo Angel) que en el opuesto extremo se levanta, ni en la plaza Pia, ni en las calles llamadas Borgo Nuevo y Borgo Vecchio, y cuando me hallé en la plaza de San Pedro, circuída por la columnata de Bernini, con el admirable obelisco egipcio en el centro y las dos soberbias fuentes de Maderno á los lados, aunque medio sobreco-gido de asombro, tampoco quise detenerme ni mirar siquiera en torno, subí de prisa la escalinata, atravesé el vestíbulo, penetré en la Basílica, recorrí á grandes pasos la inmensa nave central, y fuí á caer de rodillas junto á la Confesión de San Pedro.

¿Qué pasó por mí en aquel instante? No lo sé. Me encontraba dentro del más grande y grandioso templo del mundo; la cúpula de Miguel Angel levantábase imponente y erguida sobre mi cabeza; innumerables y maravillosas obras artísticas solicitaban mi atención en todas direcciones; el aula conciliar, obstruyendo el crucero de la derecha se ofrecía á mis meditaciones enfrente; á dos pasos el majestuoso y sencillo altar pontificio bajo el rico palio de Bernini que forma el baldaquino, soportado por cuatro columnas salomónicas; á mis piés, en el fondo de la cripta y encerrados en rica urna, las sagradas reliquias de los santos Apóstoles Pedro y Pablo; en torno y sobre la marmórea balaustrada de la Confesión, ochenta y siete lámparas encendidas; numerosos grupos de fieles y rome-ros arrodillados alrededor y como fascinados por aquel

foco común é inextinguible; y, sin embargo, aunque lo ví todo, nada miré ni en nada quise fijarme. Caí de rodillas, cerré los ojos, apoyé mi sudorosa frente en el mármol de la balaustrada y de esta manera permanecí no sé cuánto tiempo sin que mis labios recitasen oración alguna, pero abandonada mi mente á las imaginaciones y pensamientos que inspiran los santos y celebérrimos lugares de la cristiandad. Dios está indudablemente en todas partes y lo llena todo con sus perfecciones y poder; pero en algunas el corazón lo siente tan cerca, que no parece sino que interiormente nos habla, y que al amarle lo vemos con los ojos del alma y lo tocamos con nuestras propias manos.

Satisfecha mi devoción, hice lo que todos, abismarme en la contemplación y estudio de aquella fábrica colosal y admirable.

Como era natural, los romeros españoles no se contentaban con ver al Papa en la audiencia general. Todos querían verle de cerca, hablarle, besarle el pié y la mano. Su Santidad, que, como he dicho, dió orden de que se nos abriesen todas las dependencias del Vaticano, no quiso cerrarnos las puertas de sus habitaciones y tuvo la dignación de recibirnos á todos por provincias ó diócesis. Los mallorquines fueron los primeros que tuvieron la dicha de verle, dicha de la cual hemos participado después y no una vez sola, todos los romeros. Yo, por ejemplo, tuve el honor altísimo de ver á Pío IX de cerca, de oírle y besarle la mano tres veces. La primera, que fué el día 15, le esperé largo rató en la Sala del Consistorio; las horas se me hicieron minutos y, aunque me sucede como á Chateaubriand, que decía: «Jamás he temblado en la presencia de ningun hombre;» en ciertos momentos la emoción llegó á embargar por completo mi ánimo. Tuvo lugar la segunda

el 16, en la audiencia general de San Pedro; y el 19 la tercera con la redacción de la *Revista Popular* de Barcelona. Puedo, pues, hablar del Papa de la Inmaculada por experiencia propia y, seguro de complacer á mis lectores, traslado puntualmente lo que sigue, apuntado con lápiz en mi cartera durante nuestra estancia en Roma.

Pío IX, despejado con la imaginación de la sencilla pero elegante sotana, blanca como el ampo de la nieve, que ordinariamente viste y de su dignidad sin semejante en el mundo, como mero hombre, es un anciano tan venerable como hermoso. Algún tanto grueso y caído tiene el labio inferior; pero en aquella su paternal mirada y en aquel su risueño y benignísimo rostro, surcado de arrugas y coronado de niveos cabellos, hay tan fascinadores atractivos, que dificulto resista nadie su presencia sin doblar la rodilla. Revístasele ahora de la pompa pontificia y considéresele por un momento como Vicario del Dios humanado y, ó el asombro se apodera de nosotros hasta no atrevernos á levantar la frente del polvo, ó las lágrimas nublan nuestros ojos que le miran sin verle. Cuando anda, apoyado en su bastón ó en el brazo de sus familiares, recuérdase con pena los años que le abrumen; pero cuando hace alto, y con erguida frente levanta las manos y los ojos al cielo, y deja escapar de sus labios aquellas admirables improvisaciones que, en el retiro del Vaticano, le han conquistado una reputación oratoria envidiable, se le conceden aún muchos años de vida. Está algún tanto obeso y esto hace que parezca menos alto de lo que es en realidad. Permite bondadoso y jovial que se le bese la mano y para todos tiene alguna frase oportuna y cariñosa; pero, al dar la vuelta al salón para que le vean de cerca todos los presentes, se opone á que le besen el pié para que le dejen andar. Habla bien el español y en esta rica lengua le he oído pro-

nunciar un breve discurso; pero recuerda con dificultad algunas palabras, que intercala entonces en italiano y se nota bastante su acento extranjero. Su voz es fuerte y sonora. Bajo las inmensas bóvedas de San Pedro se dejó oír de la mayor parte y lo menos éramos ocho mil. Lo más admirable en Pío IX, lo milagroso casi, es que en tan avanzada edad, conserve aún en todo su vigor las facultades intelectuales. Su memoria, sobre todo, es prodigiosa. Cuando en la audiencia que se dignó conceder á la redacción de la *Revista Popular* de Barcelona, me oyó decir que yo era catedrático del Instituto de Teruel, exclamó: «¡Teruel, Teruel! *Dum Romae consulitur Saguntum expugnatur,*» recordando incontinenti: 1.º que Teruel es la insignificante población moderna española, capital antiguamente de los turboletanos; 2.º que, como refiere Tito Livio, por una cuestión de límites con sus vecinos los saguntinos, originóse de aquí la segunda guerra púnica; y 3.º que mientras deliberaba el Senado Romano si socorrería ó no á sus aliados los saguntinos, Aníbal tomó á Sagunto, naciendo de este hecho histórico el proverbio romano que el solo nombre de Teruel puso en labios de Su Santidad. Domina la Sagrada Escritura, cita sus textos con oportunidad pasmosa, y los comenta é interpreta con lucidez sin igual. Pío IX es, en una palabra, un prodigio viviente y el predestinado sin duda por el Señor para grandes cosas.

Desde nuestra llegada á Roma, por acuerdo de la Junta Directiva de la romería y deferencia de nuestros hermanos los católicos romanos, el periódico *La Voce della Verità*, cuyas oficinas estaban en la vía Estimate, núm. 18, fué nuestro órgano oficial, y en sus columnas se publicaban en español todas aquellas noticias que podían interesar á los romeros españoles. *L' Osservatore Romano* las insertaba también, y entre los dos sabíamos todos perfectamente á



qué atenernos. En los números correspondientes á los días 13, 14 y 15 publicaron la siguiente orden:

## «PEREGRINACIÓN ESPAÑOLA.

### COMUNIÓN GENERAL.

«Con el objeto de que los devotos romeros españoles estén preparados y libres de toda ocupación y cuidado para el día que Su Santidad se digne señalar para su recepción solemne, de acuerdo con los reverendos Prelados que han venido al frente de nuestra Romería, he dispuesto que la Comunion general de los peregrinos españoles tenga lugar el domingo próximo, 15 del actual, día de nuestra insigne doctora mística y esclarecida española Santa Teresa de Jesús, en la Misa que, con la ayuda de Dios, celebraré en el altar de la sagrada Cátedra de San Pedro, que está en el ábside de la Basílica Vaticana, á las nueve en punto de la mañana, esperando que todos nuestros peregrinos asistirán á este solemne religioso acto de los más importantes de la peregrinación, y que en él brillarán, como siempre, la piedad, devoción, modestia y compostura de los católicos españoles, que tantos ejemplos de edificación han dado en todas partes.

»Concluída la Misa de la sagrada Comunion y después de la competente acción de gracias, se colocarán ordenadamente todos los peregrinos al rededor de la Confesión de San Pedro, y sobre su Santo Sepulcro se rezarán las Letanías Lauretana y de los Santos con las preces y oraciones correspondientes, rogando á Dios por la intención de Nuestro Padre Santo, por el pronto remedio de las necesidades espirituales y temporales de nuestra muy amada y católica

España y por los demás piadosos fines de nuestra peregrinación.

»No puedo menos de rogar y encargar á todos los sacerdotes españoles que, usando de la facultad que Su Santidad se ha dignado concederles para oír las confesiones de los peregrinos en los términos que les tengo manifestados, se muestren muy diligentes y solícitos en ejercitarla con toda asiduidad en beneficio de sus hermanos y compatriotas; y espero que acudirán cuantos puedan muy de madrugada á la Basílica Vaticana en dicho día 15 para confesar ó reconciliar á los peregrinos que lo necesiten.

»Roma 12 de octubre de 1876.—BIENVENIDO, *Arzobispo de Granada.*»

Los días 15 y 16 de octubre serán siempre para los primeros romeros españoles de imperecedero y gratisimo recuerdo. Amaneció aquél, día de la doctora insigne y gran Santa española Teresa de Jesús, y la Basílica de San Pedro no se llenó de romeros, pues caben en ella noventa mil personas, pero se animó extraordinariamente con la presencia de seis ó siete mil españoles que corrieron presurosos y deferentes á lavar sus culpas en el tribunal de la penitencia y á fortalecer sus almas en la sagrada mesa. Desde muy temprano se confesaba, no sólo en los suntuosos confesionarios de la capilla de San Simón y San Judas, sino en todas partes, hubiese ó no sitio ó asiento para el confesor. Muchos sacerdotes españoles se apoyaban ligeramente en una columna, ó sentábanse, si podían, en su base, se arrodillaban delante los penitentes, y en estos confesionarios improvisados se administró á centenares el reparador Sacramento. ¡Cuántas lágrimas de ternura y de arrepentimiento se derramaron aquel día bajo las bóvedas inmensas de San Pedro! ¡Cuántos inquebrantables propósitos de la enmienda se formaron junto á la Confesión! Se celebra-

ban Misas en todos los altares; se oraba en todos los rincones y preparábanse todos espiritualmente para la augusta Comunión general. A las nueve dirigiéronse nuestros tres Prelados al altar de la Cátedra de San Pedro; revistióse Su Excelencia el Sr. Arzobispo de Granada; ocuparon sus reclinitorios los otros dos Sres. Obispos; cayeron todos los fieles de rodillas, y empezó la Misa rezada, en la cual consagró S. E. I. millares de formas. Administraron después la Comunión general los tres Obispos, y á pesar de que muchísimos comulgaron en la capilla del Sacramento y en otras iglesias, consumiéronse las formas todas preparadas y hubo que consagrar nuevamente hasta cuatro veces. Sería admirable saber exactamente el número de los que comulgaron en San Pedro el día de Santa Teresa, cómo causó edificación general el recogimiento y devoción profunda con que los españoles se acercaron á la sagrada mesa. Terminada la Comunión general y concluída la Misa, se recitaron fervorosamente en torno de la Confesión las Letanías de los Santos, y al terminarlas, el Sr. Arzobispo de Granada y los Sres. Obispos de Oviedo y de Vich entonaron el *Santo Dios*, que á boca llena y con unción grande cantamos tres veces los peregrinos todos.

¡Quizás aquella fuese la vez primera que resonaban cánticos españoles bajo la bóveda augusta de Miguel Angel!

Varias audiencias tuvieron también lugar el día 15 en los salones del Vaticano. En la imposibilidad de referirlas todas, copio la siguiente narración de una de las más conmovedoras, escrita por testigo presencial. Dice así:

«Hoy, día de Santa Teresa de Jesús, ha conseguido la Juventud Católica de Madrid la altísima honra de prosternarse á los piés del Vicario de Jesucristo.

»Reunida la Comisión á las once de la mañana en casa

de monseñor Macchi, á quien la Academia debe las más distinguidas atenciones, fué conducida á la Sala de la capilla particular del palacio Vaticano, que era una de las que había de recorrer el Padre Santo. Antes de la llegada de éste, uno de los Prelados domésticos de Su Santidad anunció al presidente de la Comisión referida que podría dirigir algunas palabras al Pontífice, que él y sus compañeros le podrían acompañar formando parte de su comitiva, y que les admitiría después á conversar en la Sala de descanso.

»Esta honra tan insigne infundió, al mismo tiempo que un entusiasmo extraordinario en los jóvenes católicos, una conmoción profundísima; así es que á la llegada del Padre Común de los fieles, las lágrimas fué el primer saludo que los hijos obedientes le pudieron dirigir. El Vicepresidente, arrojándose, como todos, á los piés de Pío IX, le presentó á los humildes defensores de la unidad católica en España, manifestándole que habían ido á Roma á buscar el consuelo del dolor que les ocasiona la pérdida temporal de joya tan inestimable, y á demostrar al Papa que le aman con toda la fuerza de la sangre española y con todo el entusiasmo que presta la juventud.

»Queremos, añadió, ser entre los legos lo que entre el Clero es la Compañía de Jesús, que tanto amáis; es decir, los ardientes defensores del Pontificado: y aquí á la renovación de los votos del Bautismo, añadimos un solemne juramento de identificarnos con vuestra sagrada persona hasta el punto de estar dispuestos, como decía San Pedro á Jesucristo, y nosotros repetimos, con una santa osadía, á sufrir las cárceles y la muerte: *et in carcerem et in mortem ire*.— El Padre Santo, profundamente conmovido en los primeros momentos, y más sereno después, con sus brazos extendidos sobre los jóvenes, y poniendo alguna

vez sus santas manos sobre sus cabezas, contestó: "He oído muy contento lo que usted ha dicho; me sirven de consuelo sus palabras, y les exhorto á continuar perseverando en los mismos sentimientos;" y después les dijo: "*Con que mañana ustedes cuidarán de que haya mucho orden y de que todo salga bien*": encargo honrosísimo que, con la gracia de Dios, espera cumplir la Juventud Católica, cuyos individuos todos pudieron besar la mano á Su Santidad, acompañarle luego á las demás audiencias de aquel día, y, por último, sentarse á su lado entre los Cardenales, que les dejaron los sitios de preferencia cuando el Sumo Pontífice se retiró á descansar.

»Antes de la conversación general que entonces se entabló, en la que Pío IX demostró su prodigiosa memoria y su interés por España, preguntando, entre otras cosas, si se conservaban las fábricas de paño de Segovia, dijo al mandar sentar á los jóvenes: "Bien, los unos á la derecha, los otros á la izquierda", y añadió sentándose él: "*y el capitán en medio*". Los Sres. Barsi, Ortí y Escolano y Neiva merecieron la alta honra de que el Papa se apoyase en su brazo alternativamente al recorrer la galería, y por fin, al despedirse, se dignó conceder á todos la gracia de asistir un día á oír su Misa en el oratorio particular.

»Gracias mil al gran Pontífice que así ha honrado á la Juventud Católica española; ésta, por su parte, se propone corresponder al alto honor que en este día ha conseguido, y que considera como una señal próspera y feliz para seguir trabajando en defensa de nuestra unidad católica.

»La Comisión se componía de los Sres. Barsi, Casares (D. Juan y D. Antonio), Nocedal, Marqués de Balbuena, Heredia, Ortí (D. Vicente), Ortí y Escolano, Villamil, Arbizu, Carbonero y Sol, al que distinguió Su Santidad

como autor de un libro notable que recientemente ha publicado, García Romero, Escuza, Velasco y Neiva.

»Estos académicos se proponen retratarse juntos al redor del busto del Padre Santo para tener un recuerdo sensible del indeleble que conservan impreso en su corazón.»

Llegó por fin el famoso día 16, de imperecedera memoria para cuantos españoles tuvimos la dicha de pasarlo en Roma, y efectuóse la gran recepción que, por su importancia suma, describiré minuciosamente, para que mi narración resulte tan completa, verídica y exacta como acontecimiento tan extraordinario se merece. No habiendo ningún salón en el Vaticano suficientemente espacioso para que en él tuvieran cabida todos los romeros españoles, dispuso Su Santidad recibirlos en la Basílica de San Pedro. Como se trataba de una verdadera muchedumbre, fué preciso prepararlo todo convenientemente para evitar intrusiones, escándalos y conflictos. Al efecto los centros organizadores de la romería celebraron varias conferencias con los camareros secretos en las habitaciones de Mons. Macchi, jefe del cuarto (*maestro di camera*) de Su Santidad; reuniéronse también varias veces los comisionados para fijar las reglas á que debían atenerse, y después de preverlo todo, aseguraron á Mons. Macchi que respondían del orden. Desde las primeras horas de la mañana, el puente de Santangelo era atravesado por multitud de personas y coches que, formando columna compacta, se dirigían al Vaticano. Las puertas de la Basílica de San Pedro estaban cerradas, quedando únicamente abierta la que desde el pórtico conduce al Vaticano. En la puerta principal de éste, custodiada por los suízos, y que era el único punto de ingreso para la Basílica, esperaban á los romeros desde las siete y media de la mañana los individuos de la

Juventud Católica española: allí se entregaban los billetes. Pero después de atravesar la ancha y larga galería, en la puerta que dá al interior del pórtico de San Pedro, estaban formados en dos filas representantes de todos los centros de España, que no dejaban pasar á los que no conocían, si alguna persona de responsabilidad no los garantizaba. Se tomó esta precaución, primeramente porque era imposible tener seguridad completa en el reparto de diez mil papeletas, y en segundo lugar porque otras, exactamente iguales y falsificadas sin duda, llegaron á venderse á cuatro y á seis bayocos en la plaza Colonna. Muchos intrusos fueron detenidos en la primera puerta por la Juventud Católica; y á doce ó catorce que burlaron la vigilancia de los primeros, al llegar á la segunda puerta, se les hizo entrar por un pasadizo que conducía á la calle. Gracias á tan exquisita vigilancia, el orden fué admirable. Desde las ocho hasta las doce estuvieron entrando romeros en San Pedro. Sorprendente era el efecto producido por aquella nunca interrumpida procesión de españoles que acudían presurosos á escuchar la palabra infalible del Vicario de Jesucristo. A pesar de sus inmensas proporciones, la gran Basílica, la mayor iglesia del mundo, parecía, si no llena, al menos tan concurrida, que parecía estarlo mirada á cierta distancia. En la gran nave del Mediodía, que hace frente al aula conciliar donde descansan los cuerpos de San Simón y San Judas, delante del altar dedicado á la crucifixión de San Pedro, se improvisó una plataforma, en el centro y fondo de la cual se levantaba el trono pontificio. Las numerosas y ricas banderas de la romería, pertenecientes á las diócesis, sociedades y cofradías católicas, empuñadas por los romeros portaestandartes, lucían sus emblemas y colores á la izquierda del trono pontificio. Ondeaba entre ellas la de Lepanto, sostenida por un religioso dominico,

al que acompañaba el M. R. P. José María San Vito, Vicario general á la sazón de la ínclita Orden de Predicadores. Este rico trofeo histórico se custodia en el convento de monjas dominicas de Barcelona, y fué depositado allí por el invicto D. Juan de Austria, al regreso de su épica expedición contra los turcos.

La capilla pontificia esperaba á su Beatitud en el aula conciliar, y al verle llegar entonó la antífona *Ecce Sacerdos...* Precedían al Papa los alabarderos suízos, los camareros secretos, los guardias nobles y diez y nueve Cardenales; y seguíanle, además de los personajes todos de su cámara y corte, muchos Prelados, entre los que se destacaban los tres Obispos españoles. A las once y cuarto oyóse primero progresivo rumor como de lejana tempestad que se avvicina, luego vivas entusiastas en castellano y demás dialectos de España y alguno que otro en italiano: era el anuncio de que Su Santidad había descendido á la Basílica y salía del aula conciliar con su regio acompañamiento. Ocho ó nueve mil fieles, españoles la mayor parte, esperábamos el paso del Papa en el crucero de la Basílica. Al ver á Su Santidad (escribió entonces un periódico revolucionario) un grito universal y espontáneo se escapó del pecho de todos los concurrentes: allí se oyó en todos los dialectos de España un entusiasta ¡Viva Pío IX! ¡Viva el Padre Santo! ¡Viva el Papa-Rey! Todos agitaban los pañuelos, empinábanse sobre los piés para ver mejor, levantaban los brazos, por una parte, mientras por otra lloraban de alegría, gemían de emoción y pintábase el asombro en sus semblantes: era un espectáculo verdaderamente conmovedor. Hombres y mujeres de toda España prosternábanse en tierra y besaban el suelo por donde había pasado Pío IX. ¡Qué fe y qué entusiasmo los de aquella gente!

En medio de tan vistosa comitiva, caracterizada por los



colores rojo, violado y amarillo de los trajes talares y uniformes de los guardias, destacábase, blanco de piés á cabeza como una paloma, el angelical Pío IX, caminando lentamente pero con seguridad, apoyándose en un bastón de muleta y contestando con amorosas sonrisas á las exclamaciones y aclamaciones con que de todas partes se le saludaba. Por entre apretada masa de peregrinos, que se agrupaban para verle, abrióse paso la corte pontificia hasta la capilla de San Simón y San Judas; subió su Santidad al trono, y al verle, fueron tales el entusiasmo, los gritos de júbilo y las demostraciones de veneración calurosa, que por un momento pareció la Basílica mar tempestuoso en plena y sublime borrasca. El noble romano don Felipe Orsini, extraviado antes y vuelto hacia poco, con edificación general, al redil del Buen Pastor, ocupaba la derecha del Papa en su calidad de Príncipe asistente al sacro Solio Pontificio, cargo hereditario en la ilustre familia Orsini.

Restablecido el silencio, se adelantó el señor Arzobispo de Granada y, obtenida la venia de Su Beatitud, con entonación fuerte y voz clara leyó el siguiente magnífico mensaje:

#### SANTÍSIMO PADRE:

«Bendito sea el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que ha traído á la primera peregrinación española de nuestros días y á los tres Prelados que tenemos el consuelo y el honor de presidirla y dirigirla ante el Vicario de Jesucristo, concediéndonos la dicha inefable de hallarle con perfecta salud en su venerable ancianidad, de verle y contemplarle cara á cara y ofrecerle personalmente un testimonio inequívoco de amor, adhesión y reverencia filiales, y todo esto en un mes lleno de recuerdos gloriosos para nuestra católica España.

»Precisamente este mes de octubre comenzó con la fiesta del Santísimo Rosario, en que la Iglesia conmemora agradecida la insigne victoria que en las aguas de Lepanto alcanzó de las huestes agarenas la armada cristiana, de la que formaron parte principal los soldados españoles, al mando todos de nuestro valeroso capitán don Juan de Austria. A los pocos días nos trajo la memoria del perfecto modelo de caballeros cristianos San Francisco de Borja, duque antes de Gandía y virrey de Cataluña, y siempre honor de España ypreciado ornamento de la ínclita Compañía de Jesús, española también por su egregio fundador San Ignacio de Loyola. Viene luego la fiesta de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, que por concesión de Vuestra Santidad celebran las iglesias de España con rito doble de primera clase y solemnísimas octava, en cuya mitad nos hallamos; Pilar misterioso erigido en las márgenes del Ebro por la Santísima Virgen María cuando aun vivía en carne mortal, para honrar de este modo á nuestra nación y consolar al esclarecido Patrón de las Españas, el Apóstol Santiago, prometiéndole que allí permanecería siempre aquel insigne monumento, y que nunca faltarían en torno suyo verdaderos adoradores de Cristo. Vuestra Santidad, en fin, se ha dignado señalar oportunísimamente para recibir á la devota peregrinación española el día inmediato siguiente á la fiesta de la austera reformadora del Carmelo, de la esclarecida Doctora mística y Maestra consumada en la ciencia de la oración y de los más altos y secretos caminos del espíritu, de la prudentísima virgen española Santa Teresa de Jesús.

»¡Y en qué circunstancias venimos á Vos, oh Santísimo Padre!... *Cuando se está ardiendo el mundo, como decía la insigne Doctora del Carmelo, cuando quieren tornar á sentenciar á Cristo, pues le levantan mil testimonios, cuando*

*quieren poner su Iglesia por el suelo*, pues parece haberse conjurado contra ella las potestades del siglo que en todas partes la maltratan y persiguen, y cuando su Cabeza visible sufre cautivo la contradicción y desamparo más acerbos. En circunstancias tan aciagas y en momentos tan supremos, justo y muy debido es que los católicos españoles, en quien vive la fe de Santa Teresa de Jesús, se presenten fervorosos ante este sagrado sòlio pontificio y procuren dar gloria á Dios y edificar á su Iglesia, consolando con esta prueba de adhesión y de amor al legítimo sucesor y heredero de San Pedro, perseguido y cautivo como el Príncipe de los Apóstoles, y reconociendo á la faz del mundo en esta Santa Sede, la piedra fundamental del orden religioso y moral, la columna inmóvil de la verdad que hace sabios y libres á todos los hombres, el supremo ministerio instituido por el mismo Dios para la ilustración y dirección de los pueblos y para la santificación y salvación de las almas. Y á la vez que reconocemos todo esto que forma, por decirlo así, el ápice de vuestra soberanía espiritual y principado religioso, reconocemos y confesamos con la misma entereza cuanto Vos, Santísimo Padre, nos habéis enseñado y hemos repetido los Obispos respecto á vuestra legítima soberanía temporal, esto es, que dicha soberanía y el principado temporal de la Santa Sede son de institución providencial, y que en el orden actual de las cosas humanas, no sólo son convenientes sino necesarias para la verdadera libertad y entera independencia del Sumo Pontificado. Y porque así lo creemos, estamos íntimamente persuadidos de que mientras esta Sagrada Cátedra apostólica no vuelva á entrar de lleno en el pleno ejercicio de su soberanía temporal y en la quieta y pacífica posesión de los Estados de la Iglesia, ni el Vicario de Jesucristo podrá tener jamás suficiente-

mente garantida su necesaria independencia, ni los pueblos y naciones católicas cesarán de clamar y de hacer manifestaciones y protestas, ni saldrán de esa inquietud, agitación y malestar en que hoy viven desasosegados, y de que son evidentes indicios y públicos testimonios esta y otras peregrinaciones que se han hecho, y las mayores que se harán todavía hasta que el orbe católico vea en completa libertad á su amantísimo Padre y rotas todas las ligaduras y cadenas que pudieran coartarle y oprimirle.

»Con estos peregrinos que aquí tenéis presentes, oh Santísimo Padre, viene también en espíritu la numerosa muchedumbre de los que en nuestra muy amada patria no han podido venir personalmente, pero que están unidos é identificados con nosotros y se nos unen fervorosos con sus oraciones y buenas obras; y pluguiera á Dios que, en espíritu al menos, viniesen con nosotros todos los españoles, porque á todos se extienden nuestra solicitud y fraternal cariño, sin acepción de personas, cualquiera que sea su grado y condición, incluso aquellas personas que, como palomas seducidas, han caído ciegas en los lazos de la incredulidad, que allí como en todas partes, tienden al candor de la fe los textos vivos de la enseñanza panteística y materialista que suelen pulular en las escuelas, y textos hediondos y corruptores de muchos libros, folletos y periódicos detestables, más ó menos disfrazados de católicos, que diariamente difunden por el pueblo el espíritu de rebelión y de libertinaje que llaman *espíritu moderno*, y que realmente es el alma de aquel *progreso*, de aquel *liberalismo* y de aquella *civilización moderna*, proscritos solemnemente por Vuestra Santidad.

»Pero ya que desgraciadamente no vengan ni estén con nosotros todos los españoles, á lo menos los que en la terrible crisis por que hoy atraviesa el mundo se conser-

van fieles á nuestro Divino Redentor Jesucristo y á Vos, Santísimo Padre, que sois su Vicario en la tierra, y cuantos cifran su gloria en ser discípulos de la Cruz de Cristo, tan aborrecida hoy por la libertad de la carne y los sentidos, viendo cuán pesada es la que han puesto sobre los hombros de Vuestra Santidad, *los que quieren tornar á sentenciar á Jesucristo y poner su iglesia por el suelo*, anhelan y se afanan por aliviar cuanto pueden su peso formidable, haciéndose participantes de vuestras penas y amarguras, significadas por Vos, y mostrándose dispuestos, con la gracia de Dios, á pelear y morir, si necesario fuese, en defensa de los derechos de la verdad y de la Religión, que Vuestra Santidad declara y enseña al mundo como infalible oráculo, y mantiene incólumes, gracias á Dios, con invicta constancia y fortaleza contra todo el poder de las tinieblas, que juzga haber llegado ya la hora suprema de asestar el último golpe á la Iglesia de Cristo, á esa sublime Cátedra del Príncipe de los Apóstoles, que le sirve de cimiento.

»Mas en días de tan grande contradicción y de tan dura prueba, creen los peregrinos españoles que no basta hacer la simple profesión de fe que se hacía en otros tiempos, según nuestros símbolos y definiciones dogmáticas de los antiguos Concilios, sino que es preciso además profesar explícitamente una adhesión incondicional, absoluta, á todas las verdades enseñadas por esta Silla Apostólica y por Vuestra Santidad en los diversos actos de su insigne Pontificado, y singularmente en el *Syllabus* de los errores contemporáneos, que tienen extraviadas las inteligencias, conturbadas las naciones, y socabadas y removidas las bases fundamentales de todo gobierno y de toda sociedad: y es preciso también rechazar y abominar estos errores tales como suenan, tales como Vuestra Santidad los ha repro-

bado y condenado, sin restricciones ni reservas, sin tergiversaciones ni distingos, desde aquellos que niegan la verdad, que es en sí misma, y la dependencia que tienen de ella todas las verdades, de cualquier orden que sean, hasta aquellos otros peligrosísimos errores que, á fin de que los primeros no siguieran dominando libremente en el mundo, condenó y encerró Vuestra Santidad en la proposición 80.<sup>a</sup> del mismo *Syllabus*.

»Nuestra insigne española y esclarecida Doctora mística Santa Teresa de Jesús, decía, hablando de Dios, verdad y bondad por esencia, á quien había contemplado en una de sus más altas visiones y divinos arrobamientos: *Esta verdad que digo se me dió á entender, es en sí misma verdad y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza.*

»Nunca mejor que hoy debemos recordar y profesar esta admirable doctrina delante de Vuestra Santidad los peregrinos españoles, pues ella sola condena claramente los errores que privan en el siglo, reducidos en suma á la absurda y loca pretensión de romper el sagrado vínculo de dependencia que vió la Santa Doctora, y de crear con las solas fuerzas de la razón, emancipada de *la verdad que es en sí misma*, una ciencia, una moral, una sociedad, una política y un gobierno sin Dios y contra Dios; delirio tremendo, que aun á los mismos gentiles hubiera espantado, pero que realmente está en el fondo de ciertos sistemas filosóficos, políticos y sociológicos, que han enloquecido tantas cabezas, y que hoy mismo, por desgracia, están corrompiendo la inteligencia y el corazón de los hombres de todas las esferas de la vida intelectual y colectiva. ¡Qué mucho, Santísimo Padre, que la revolución cosmopolita, informada de esa especie de verbo satánico engendrado

por el espíritu mismo de la rebelión y de la concupiscencia, establezca y dirija todas sus formidables baterías contra la Iglesia católica y contra su Cabeza visible, que dan perenne testimonio de aquella sagrada y necesaria dependencia que tienen todas las verdades, amores y grandezas de la verdad absoluta, del sumo bien y de la grandeza infinita, y enseñan además que la carne debe estar subordinada al espíritu, la ciencia á la fe, lo temporal á lo eterno, la política á la Religión, el Estado á la Iglesia, y todas las cosas de este mundo al Rey de Reyes y Señor de los que dominan, Cristo Jesús, autor y conservador de nuestra fe, á quien veneramos representado en la augusta y sagrada persona de Vuestra Santidad!

»Afortunadamente la Iglesia católica, por más combatida que sea, nada tiene que temer por su existencia, pues tiene promesas eternas, aunque sí harto que llorar sobre muchos que se llaman sus hijos; ahora como siempre, la diestra omnipotente que mantuvo á Pedro sobre las aguas del mar, librará á su navecilla de la recia rempestad que hoy la combate, y de cuantos escollos y peligros la amenazan. ¿Quién sabe si no está próximo el día en que la verdad, que ahora es patrimonio de almas elegidas, dilate su imperio saludable sobre las muchedumbres en gran parte alucinadas y pervertidas por toda clase de sectas y sectarios, y sobre los mismos príncipes y gobernantes de los pueblos? ¡Oh! ¡si á estos llegase la voz amorosa del Serafín del Carmelo cuando pedía á Dios con tiernas ansias *que les diese á entender á lo que están obligados!*... Acaso la necesidad misma de defender la sociedad contra los que tiran á destruirla, que son precisamente los enemigos de Dios, de su Iglesia y de esta Santa Sede, les haga entender al fin lo mismo que la Santa les decía, mirando puramente á la honra y servicio del Señor.

»Ya en la nación cristianísima ha comenzado á sentirse como instintivamente, así en el pueblo como en el ejército, esta necesidad cada vez más apremiante, y á proveerse á su remedio con la institución de universidades católicas libres, donde la juventud es preservada del contagio de la depravación intelectual y moral, y apacentada con doctrinas saludables; y es de esperar que este movimiento regenerador, favorecido por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, á cuyo honor está erigiendo una Basílica, y á la Inmaculada Virgen María aparecida en Lourdes, donde la hemos visitado y venerado, vaya creciendo cada día hasta que esa nación generosa, acordándose de Clodoveo, de Pipino, de Carlo-Magno y de San Luís, corresponda fielmente á la misión providencial que parece haber recibido del Cielo, en pró del Pontificado y de la Iglesia universal. Austria y Hungría guardan todavía como su más preciado tesoro la fe católica que las civilizó y las hizo grandes y gloriosas entre las naciones de la tierra, y la piedad resplandece entre sus augustos príncipes como un rayo de esperanza. Hasta en los mismos Estados protestantes parece vislumbrarse los primeros albores de un día feliz y venturoso de nuevos triunfos para el Catolicismo. En la Gran Bretaña, nuestra Madre la Iglesia católica, recibe diariamente en su seno la flor y nata de entre los que nacieron en las tinieblas de la herejía y el error; y acaso no esté lejano el día en que la antigua *Isla de los Santos* sustente una sola grey regida por un solo pastor. Alemania empieza á gustar, acaso para su mayor bien, los amargos maldecidos frutos del racionalismo y panteísmo que ha enseñado al resto de Europa, y difundido por el mundo; y aunque en estos mismos días está dando á beber á la Iglesia católica el amarguísimo cáliz de la pasión, terminado que sea este período terrible de dolorosas pruebas y de combates



gloriosos para la Religión y para aquellos hermanos nuestros que cual valerosos atletas se defienden, el Señor coronará sin duda sus valerosos esfuerzos, no sólo con las palmas y coronas que les guarda allá en el cielo, sino además tornando en copiosas bendiciones y gracias espirituales á favor de la patria alemana, las muchas opresiones y trabajos que ahora sufren con heróica paciencia y fortaleza invicta tantos ilustres defensores de la fe de Cristo y de los derechos de su Religión y de su Iglesia.

»Bien quisiéramos, Beatísimo Padre, seguir consolando á Vuestra Santidad con nuevas y más dulces palabras; pero nuestro ánimo se siente asaz desfallecido viendo lo que sucede aquí alrededor de esta misma Cátedra sagrada, y acordándonos de nuestra patria muy amada, donde tantas y tantas ruinas morales y materiales ha logrado acumular la revolución en el espacio de cuarenta años, y especialmente en estos últimos, donde se vé rota y tirada por el suelo la unidad social de nuestra santa fe católica, franqueadas al error nuestras costas y fronteras, y abiertas en varias de nuestras ciudades capillas y escuelas protestantes, que á la vez que son centros de herejía y perversión, se empieza á conocer hasta por los más alucinados, que lo son también de rebelión y de antiespañolismo, donde permanecen cerrados todavía y en su mayor parte destruídos tantos y tantos institutos y casas religiosas, en cuyo sagrado recinto se albergaron siempre las letras y las artes, y se formaron tantos y tan esclarecidos varones, que con su profundo saber y heróica santidad han edificado al mundo y llenado de gloria y resplandor á nuestra muy amada España; donde... pero no; no queremos hablar más sobre esto, Beatísimo Padre, porque todavía no es tiempo de hablar el en que nos encontramos, sino el de gemir y llorar como el Profeta Jeremías, sobre las ruinas

ensangrentadas y humeantes de Jerusalén y del Templo, y de orar y pedir al Señor noche y día que salve á nuestra España, y con ella y por ella á todas las naciones católicas: vendrá tiempo de hablar y entonces hablaremos; y si nosotros no hablamos, hablarán pronto con terrible elocuencia los pavorosos acontecimientos que se preparan y presienten en el mundo. Vuestra Santidad conoce muy bien toda la extensión y profundidad de nuestros males, y no tenemos necesidad de referirlos, aunque sí la tenemos, y muy grande, de consuelo y de esperanza; y precisamente una de las cosas que más nos han impulsado á emprender esta larga y penosa peregrinación, es la necesidad que sentimos todos de ser confirmados y confortados por Vos, oyendo de los labios de Vuestra Santidad la expresión de la fe que vence al mundo, de la esperanza que eleva al hombre al Cielo y de la caridad que le une á Dios inflamado y trasformado.

»*Loquere, Domine, quia audit servus tuus.* Hablad, pues, oh Santísimo Padre, porque el pueblo católico español, vuestro hijo predilecto, representado en esta devota peregrinación, os escucha con ansia. Hablad, Beatísimo Padre, porque sabemos y creemos que oyéndoos á Vos oímos al Apóstol San Pedro, de quien sois legítimo sucesor, y al mismo Jesucristo, de quien sois verdadero Vicario. Hablad, Señor y amantísimo Padre nuestro, la verdad á vuestro pueblo, porque estamos todos hambrientos de verdad, pues se han disminuído tanto las verdades entre los hijos de los hombres, que una grandísima parte de ellos, muriéndose está de inanición en las hórridas tinieblas de la duda y del escepticismo. Y después que nos hayais hablado y enseñado con amor de Padre y con autoridad de Maestro infalible, los españoles que aquí nos encontramos y cuantos se han unido en espíritu á nuestra peregrinación,

os pedimos y suplicamos postrados á vuestros piés, que os dignéis bendecir con Bendición Apostólica, no sólo á nosotros y á las personas y cosas que nos pertenecen, sino á todos y cada uno de los hijos de la hidalga nación española, de cualquier clase y condición que sean, desde lo más elevado hasta lo más humilde, y de cualquier partido y opinión que sean, pues son hermanos y compatriotas nuestros; y queremos que les bendigáis á todos: á los buenos, para que crezcan en la virtud y perseveren en el bien hasta la muerte; y á los malos, para que se conviertan y sean iluminados por la fe y la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Nosotros, en cambio, Beatísimo Padre, prometemos solemnemente á Vuestra Santidad estar siempre adheridos á esta Cátedra sagrada, columna y firmamento de verdad, creer y confesar cuanto ella nos enseñe, practicar cuanto nos mande, y reprobar y condenar cuanto ella reprobue, condene y anatematice; y prometemos asimismo pedir á Dios incesantemente que colme á Vuestra Santidad de toda clase de gracias, dones y carismas del cielo, y que se digne prolongar vuestra preciosa y ya larga y prodigiosa vida hasta que veais el nuevo y esplendente triunfo de la Iglesia, y podáis repetir antes de cerrar los ojos á la luz de esta vida con el anciano Simeón: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace; quia viderunt oculi mei, salutare tuum.*—Amén.—Así sea.—HE DICHO.»

Terminado el anterior discurso, se puso de pié Su Santidad, y sin apoyarse en los brazos del sillón del trono, durante catorce minutos, pronunció en italiano el siguiente discurso, que no quiero traducir para que aprecien todos la dulce energía y bellezas oratorias del original:

## «DISCORSO DEL SANTO PADRE

AI PELLEGRINI SPAGNUOLI

»Appartenendo voi tutti, dilettissimi figli, alla cattolica nazione spagnuola, venuti a Roma con la fede che vi distingue, per venerare nelle loro tombe i Principi degli Apostoli S. Pietro e S. Paolo; al solo vedervi riconosco i figli, e mi torna a mente tutta quella lunga schiera di Santi, i quali impreziosirono le vostre terre e nobilitarono la patria vostra. I Martiri con lo spargimento del sangue per confermare la fede, i Dottori con la luce di loro sapienza ad illuminare il mondo, i Confessori con gli esempi di zelo e di penitenza per rendere più luminosa la santità, i Fondatori di diversi Ordini Regolari con lo spargere ovunque la pratica delle virtù; tutti in fine con le opere della carità contribuirono alla vera grandezza della vostra nazione, conservandole in seno, mercé il divino aiuto, il tesoro preziosissimo della Fede.

»In questo stesso momento trovandovi voi raccolti nel recinto di questo gran tempio, potete riconoscere le immagini d' una parte di quegli eroi, che tanto illustrarono la patria vostra. Volgete attorno lo sguardo per le sacre pareti: vedete Domenico, vedete Ignazio, vedete Giuseppe Calasanzio, Giovanni di Dio, Pietro d' Alcantara, e quella eroina, miracolo del suo sesso, Teresa di Gesù.

»Queste immagini sono di freddo marmo, queste immagini sono mute; ma rappresentando esse quei Santi che raffigurano, parlano ancora. Parlano con le diverse famiglie religiose da essi fondate, che servono alla Chiesa in varie maniere. Parlano coi grandi esempi lasciati dai loro originali viventi. Parlano con la conversione di tanti peccatori

e di tanti popoli infedeli, i quali in Oriente ed in Occidente, dissipate le tenebre degli errori, abbracciarono la religione santissima di Gesù Cristo. Parlano infine con gli scritti e con le opere, che servon bene spesso di rimprovero anche ai rivoluzionarii presenti.

»Ma agli uomini delle rivoluzioni, figli carissimi, spiace il parlare dei Santi, e vorrebbero opporre una diga a queste voci, e coi dileggi e cogli scherni e colle oppressioni e con la stessa persecuzione cercano e tentano di far tacere la verità. E per render libero il campo e dar luogo solamente a tutti coloro che seminano errori e profanano le cose sante, costringono al silenzio i ministri del Santuario; e a vie meglio ottenere l' intento, li spogliano, li discacciano dai loro pacifici domicili, e in unione a tutti gli altri che appartengono alla gerarchia ecclesiastica li fanno segno alle mordaci parole, all' odio massonico, al disprezzo degli empìi. Progrediscono nel cattivo cammino i persecutori, ma non si accorgono di esser fatti strumenti nelle mani della Provvidenza per separare il buon grano dalla zizania, alla quale essi con gli altri appartengono e nel giorno stabilito da Dio saranno insieme presi in fascio e gettati nel fuoco *ad comburendum*.

»Intanto i rivoluzionarii progrediscono, nè mai si saziano di insultare la Chiesa e usurparne i diritti. A che pro rivolgere ad essi qualcuna delle massime dei Santi? Per esempio: *Dio solo basta*, diceva la gran Madre Santa Teresa; ma se la sentenza si dirigesse alla numerosa schiera degli anticristiani, ne farebbero le risa, e forse si darebbe motivo a bestemmie; perchè a loro non basta nulla, nè mai, e vorrebbero sempre togliere e prender di più di quello che han preso, e perchè? Perchè quelli che respirano l' iniquità, che vivono nella spelonca dei malvagi, che si pascono delle cipolle di Egitto, che assaporano le ghiande

così gradite agli immondi animali, costoro, no, non possono gustare le dolcezze della religione, nè contentarsi di Dio.

»Intanto a prender vigore nella gran lotta si moltiplicano i pellegrinaggi devoti (e voi me ne date una luminosissima prova), e si aumentano le preghiere fervorose e le opere di carità, e l' Orbe cattolico si rivolge a Dio per placarne lo sdegno e ottenere gli effetti della sua misericordia. Ma questi ancora non compariscono; e perchè? Figli miei, i peccati del popolo, forse anche i peccati miei, sono quelli che trattengono la mano di Dio, la quale pesa anche adesso sulle nostre teste. E lasciate che in questa circostanza io ripeta un insegnamento di S. Pietro d' Alcantara, un' aurea sentenza di quel gran miracolo di penitenza, il quale spiega con poche parole i motivi per i quali l' ordine non torna ancora a regolare la società.

»La fama di santità di questo gran servo di Dio attirava molti alla sua cella o per avere consigli, o per affidarsi alle sue preghiere, o per altre lodevoli cagioni. Era spesso fra gli altri a visitarlo un Cavaliere spagnuolo, il quale lamentava sempre i disordini del suo tempo, e ne addebitava or questa, or quella autorità per mancanza, secondo lui, di giuste provvidenze da prendersi. Senti più e più volte lo stesso lamento il buon servo di Dio, ma alla fine credette rispondere e dare un consiglio.

«Signore, disse dunque un giorno S. Pietro d' Alcantara, io mi sono prostrato ai piedi di Gesù Cristo, e ho domandato lume per conoscere quello che doveva fare per trovare il rimedio e riparare ai mali che ella deplora. In quanto a me ho promesso á Dio di far tutto quello che da me dipende per cooperare á conseguir l' ordine desiderato. Io sono superiore, e coll' aiuto di Dio farò che tutti quelli che appartengono alla mia giurisdizione si conducano in

perfetta osservanza, che il Noviziato si compia con la maggiore regolarità, gli studii sieno fatti con la maggior diligenza, la disciplina regolare sia scrupolosamente osservata. Fatto ciò, ella vede signor Marchese (tale era il titolo dell'interlocutore) che per tutto quello che mi riguarda, ho conservato l'ordine nella società. Ella è coniugato, ha figli, servi, campagnuoli. Si adoperi dunque con premura, affinchè tutti quelli che dipendono da lei, facciano esattamente il loro dovere, ed ella avrà da sua parte pienamente adempito al proprio; giacchè è pur troppo vero, che molti sono quelli, che lamentano i disordini nella società, ma non molti si applicano a porre rimedio al disordine della casa propria.

»Da ciò si vede come ognuno deve fare il possibile per ricondurre gli erranti al buon cammino, e cooperare ad accelerare il giorno delle divine misericordie. E vero che i tempi che corrono sono difficile, com'è vero pur troppo che i nemici della Chiesa sono molti e forti per la posizione che occupano, e per i mezzi dei quali possono disporre; ma è vero altresì che l'unione e la concordia nei moltissimi buoni, sarebbe un immenso ostacolo al progresso dei malvagi e li obbligherebbe infine a indietreggiare.

»Io mi ricordo di aver parlato, pochi anni or fa, con un alto personaggio spagnuolo, il quale mi descriveva la lotta dei tori. Diceva come questo robusto e forte animale in certe circostanze, si arretra e fugge impaurito, ed è quando i giostratori formano un drappello compatto e unito, e stretti spalla a spalla con in mano la lancia, a passo lento gli si avvicinano. Oh! cari figli, siamo anche noi tutti concordi e uniti sotto lo stendardo di Gesù Cristo. Io vedo qui parecchie bandiere; ma la nostra principale deve essere la croce. Con la croce nella mano e nel cuore noi potremo superare i nostri nemici, e insieme stretti faremo

arretrare i tori della rivoluzione, siano pure *tauri pingues*, e li vedremo abbattuti con l' aiuto del braccio onnipotente dei Signore.

O mio Dio, voi vedete il cuore di questo eletto popolo. Io vi prego di alzare la vostra mano onnipotente ed appoggiare la mia debolissima, perchè io possa dar loro una efficace benedizione, che li renda coraggiosi contro tutti i nemici, saldi nella fede e uniti fra loro per combattere vittoriosamente le battaglie vostre. Benedite i loro Pastori, affinchè con quella dottrina, pietà e zelo che li onora, sien sempre loro guide fedeli e valorose. Bennedite le loro famiglie, nell' anime e nei corpi, e preservatele da ogni male. Benedite tutta la Spagna, e fate sì che questa terra possa mostrarsi fertile anche una volta delle più elette virtù. O mio Gesù, nel nome vostro li benedico adesso en el punto della morte, affinchè accompagnati sempre dalla vostra benedizione possano poi venire á benedir voi nel cielo per tutta l' eternità. *Benedictio etc.*»

¡Qué entonación! ¡Qué seguridad! ¡Qué soltura de ademanes! ¡Cuánta dulzura y fortaleza en aquella voz! No le oyeron bien los más distantes, es verdad, como no se hubiera oído ningún orador en aquel inmenso recinto. En cualquiera Catedral española nadie hubiera perdido una palabra de su discurso: tal era la fuerza y vigor de aquel venerable anciano de 85 años, cuya muerte deseaba el infierno. Pero hasta los que no le oyeron le comprendían, porque hablaba su rostro, divinamente iluminado; hablaban sus brazos, que extendía repetidas veces sobre la multitud, como si quisiera estrechar á todos en un solo abrazo. Estaba visiblemente conmovido, y dijo uno de sus familiares que todos aquellos días no sabía hablar mas que de *sus* españoles. Terminado el discurso, levantó los ojos y las manos al cielo, y en medio de un silencio sepulcral,



bendijo á la multitud prosternada, bendijo también los objetos piadosos, concediéndoles las indulgencias de costumbre, bajó del trono y se retiró á la sacristía inmediata. Ya dábamos todos por concluído el acto, cuando hé aquí que de repente vuelve á aparecer y se nos anuncia por el Sr. Arzobispo de Granada que el Padre Santo, deseoso de que le viesen más de cerca los romeros españoles, iba á subir en la silla gestatoria para recorrer sobre ella las naves de San Pedro antes de retirarse á sus habitaciones. En efecto, momentos después le vimos en alto, cubierto con su balandrán rojo sobre la blanca sotana. Nada comparable al rugido (es la palabra más exacta), al rugido de entusiasmo que, al verle, lanzaron aquellos ocho mil pechos españoles. Las oleadas de la multitud seguían, y rodeaban como mar alborotado, aquella silla majestuosa que se balanceaba y se abría paso difícilmente en medio del concurso. Millares de pañuelos y sombreros agitábanse á su rededor, y el vitorear incesantemente de aquel pueblo, ébrio de amor y de fe, resonaba de uno á otro extremo del templo, como el fragor de los vientos en día de tempestad. Bajó, por fin, el Papa de su silla y se retiró definitivamente, dirigiéndose á sus habitaciones, por la capilla del Sacramento. Seis años hacía que Pío IX no había puesto los piés en la Basílica de San Pedro, aunque comunica interiormente con el Vaticano. Desde el 20 de septiembre de 1870, día nefasto, á causa de haber penetrado en Roma por la brecha de Puerta-Pía los soldados de Víctor Manuel, Su Santidad se consideró prisionero en su propio palacio, hasta el punto de no abandonar sus habitaciones, ni áun para descender á San Pedro. Dos veces tan sólo, durante seis años, infringió aquella su resolución: el día 6 de febrero de 1875, á fin de visitar las obras hechas en la Basílica y el monumento que le dedicara el Capítulo de San Pedro,

y el 16 de octubre de 1876, para recibir en audiencia pública y solemne á los españoles; y en ambos casos se cerraron previamente todas las puertas del suntuoso templo. Pío IX no ha querido dejarse ver por las calles de Roma para no poner á sus súbditos en la dura alternativa de tener que aclamarle ó insultarle. Esta circunstancia y las entusiastas pruebas de amorosa devoción que le prodigaron los españoles afectáronle profundamente.

Terminada la recepción, un río de gente empezó á salir del Vaticano por la misma puerta de entrada. La inmensa plaza de San Pedro estaba ocupada por numerosa policía y multitud de carruajes y curiosos. Por más que se esforzaba aquélla en mantener el paso libre, apiñábanse éstos para vernos de cerca, llegando á formar estrecha calle por donde no hubo más remedio que desfilarse. En carruaje la mayor parte y muchos á pié, ganada la plaza de San Pedro, dirigíanse á escape por el puente de Santángelo al interior de la ciudad. Era aquella una animación y un movimiento indescriptibles. Atravesamos nosotros por entre la multitud, sin notar más que alguna que otra burlona sonrisa, y entramos á almorzar en uno de los *ristoratores* (como dicen los romanos) que hay en la misma plaza de San Pedro. Desde la mesa oímos grande algazara, que luego me contaron fué producida de la manera siguiente. Algunos grupos de garibaldinos, viendo al antiguo Gobernador de Valencia, Sr. Mas y Abad, adornado con la banda y gran cruz de Isabel la Católica, que ganó honrosamente en la famosa inundación del Júcar, creyeron que era el distintivo de la orden Piana, ó una ostentación de la bandera pontificia, que tiene iguales colores, y mirándolo como una provocación, prorrumpieron en gritos y silbidos. Un fuerte grupo se lanzó sobre él, y exigió, llegando ya á vías de hecho, que se quitara aquellas insignias. El Sr. Mas y Abad se re-

sistió con toda entereza y sólo cedió cuando se lo exigieron los agentes de la autoridad para poner término al motín. De iguales demostraciones fueron objeto otros peregrinos, á quienes se quiso arrancar el lazo blanco y azul que como distintivo llevábamos al pecho; pero á las primeras señales de desorden salió del inmediato cuartel de Rusticucci un batallón de infantería, que se distribuyó por la plaza, bastando y sobrando esto para que la canalla garibaldina moderase sus ímpetus, restableciéndose inmediatamente el orden. El *Citadino Romano* refirió así aquella algarada: «Salieron juntos dos señores españoles de elevada gerarquía, llevando al pecho, no la banda de la orden pontificia de la *Annunziata* como se ha dicho, sino la de una orden española. Esta banda es de seda amarilla y sobre el traje negro llamaba mucho la atención. Algunos mozuelos liberales, viendo que aquellos dos señores habían montado en un carruaje, creyeron ó aparentaron creer que en aquellos caballeros se veía algo de provocación y comenzaron á gritar "¡viva Italia, viva Víctor Manuel!" y á dirigir algunos silbidos á los dos españoles, cuyo coche fué luego rodeado por algunas cabezas calientes, que al menos en la apariencia mostraban deseos de querer hacer alguna que fuese sonada. En el acto acudieron guardias de seguridad pública con un inspector, y juntamente con ellos algunas compañías de soldados que estaban sobre aviso en el cuartel próximo. Hicieron despejar parte de la plaza y los dos españoles se fueron tranquilamente por su camino. Pero no acabaron aquí las tentativas de manifestación. Alguno de los primeros alborotadores llevó á la plaza de Ponte Sant-Angelo la noticia de las *pretendidas* (y el periódico es, aunque moderado, liberal) provocaciones españolas. Un mozalbete subió á su casa, cogió una bandera tricolor, y seguido de un centenar de personas, se fue dando gritos

en busca de los peregrinos que volvían hacia el centro de la ciudad. También esta vez acudieron en seguida carabineros, guardias y delegados, los cuales hicieron retirar á la gente. Algunos fueron arrestados por responder mal á los guardias, si bien fueron puestos en libertad al poco rato.»

Aquel mismo día, 16, publicó *La Voce della Verità* el siguiente anuncio:

### «ROMERÍA ESPAÑOLA

De acuerdo con los reverendos Prelados de Oviedo y Vich, he dispuesto que el martes, 17 del corriente, los peregrinos visiten la Basílica de San Juan de Letrán, á las nueve de la mañana. En ella celebrará el santo sacrificio de la Misa uno de dichos Prelados y se recitarán las mismas preces que en el día de ayer han tenido lugar en San Pedro. Estos actos religiosos se celebrarán el miércoles 18 en la Basílica de Santa María la Mayor, y el jueves 19 en la de San Pablo. Lo que participo á los peregrinos para su conocimiento.

Roma 16 de octubre de 1876.—BIENVENIDO, Arzobispo de Granada.»

Inútil es añadir que estos actos religiosos se celebraron en la forma anunciada, tomando en ellos fervorosa parte la mayoría de los romeros, que á la vez aprovechaban la oportunidad para ver estas Basílicas.

El martes se visitó la de San Juan de Letrán, erigida por Constantino, consagrada al Redentor en la primera mitad del siglo iv y con fundamento llamada *omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput*, como todavía se titula; el miércoles la de Santa María la Mayor, ó Basílica Liberiana, donde quiso ser venerada la Virgen María, trazando ella

misma el área de su templo, y el 19 la de San Pablo, fundada por Constantino, destruída por los bárbaros, devastada por los moros, tres veces incendiada y siempre renaciendo de sus ruinas y de sus cenizas, como el fénix de la fábula, para demostrar la vitalidad de la Iglesia, de que es excelso y venerable santuario. En este magnífico templo, cuya riqueza asombra y cuyos mármoles deslumbran, después de las preces correspondientes, el Sr. Arzobispo de Granada dirigió su elocuente palabra á los peregrinos para despedirse de ellos y anunciarles con paternal amor los abundantes frutos que pueden prometerse de la romería, grandiosa manifestación de la piedad de los españoles, hijos sumisos de la Iglesia, y acérrimos defensores del Pontificado. El Sr. Arzobispo recomendó, sobre todo, apoyándose en las palabras de Su Santidad, la estrecha unión de los buenos, para oponerse con energía á las conquistas de la impiedad, que se fundan en la unión de los malos, hijos sumisos del infierno. S. E. I. indicó, por último, las grandes alegrías que ha sentido en toda esta peregrinación, hecha con el fervor y el entusiasmo propios de nuestro carácter nacional.

El Reverendísimo Capítulo Vaticano dispuso también que el 17, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, estuviesen abiertos é iluminados los subterráneos ó grutas de San Pedro, que visitamos todos y recorrimos fervorosamente. También se nos permitió la subida á la gran cúpula, se nos enseñó el tesoro de San Pedro en la magnífica sacristía y el aula conciliar. En todas estas excursiones predominaba generalmente la piedad sobre la curiosidad artística.

Además, pocos romeros marcharían de Roma, sin ver por lo menos lo más notable que esta metrópoli encierra en todos los órdenes. Nosotros estuvimos en Roma desde

el 12, á las cuatro de la tarde, hasta el 23, á las 7'18 de la mañana, hora de salida. En tan pocos días, vimos, sin embargo, con la detención posible, los siguientes monumentos:

Las Basílicas de San Pedro, San Juan de Letrán, Santa María la Mayor, Santa Cruz de Jerusalén, San Pablo y San Lorenzo.

Las iglesias de Santa María del Pueblo, Santa María del Monte Santo, Santa María de los Milagros, San Ignacio, Santa María in via Lata, Jesús, San José de Falegnami con la famosa cárcel Mamertina, San Lucas, San Gregorio, Escala Santa, San Eusebio, San Práxedes, San Martín ai Monti, Santa Pudenciana, San Francisco de Paula, San Pedro in Vincoli, Santa María de Loreto, Santo Nombre de María, San Carlino, Panteón ó Rotonda, Santa María supra Minervam, de las Llagas, de la Concepción y de Santa Clara, San Eustaquio, San Luís de los Franceses, San Agustín, San Antonio de los Portugueses, San Apolinar, Santa Inés, Santa María de Monserrat, Santa María in Trampontina, San Pantaleón, y otras muchas cuyos nombres no recuerdo.

Las catacumbas de San Calixto con el sepulcro y cuerpo de Santa Alejandra mártir.

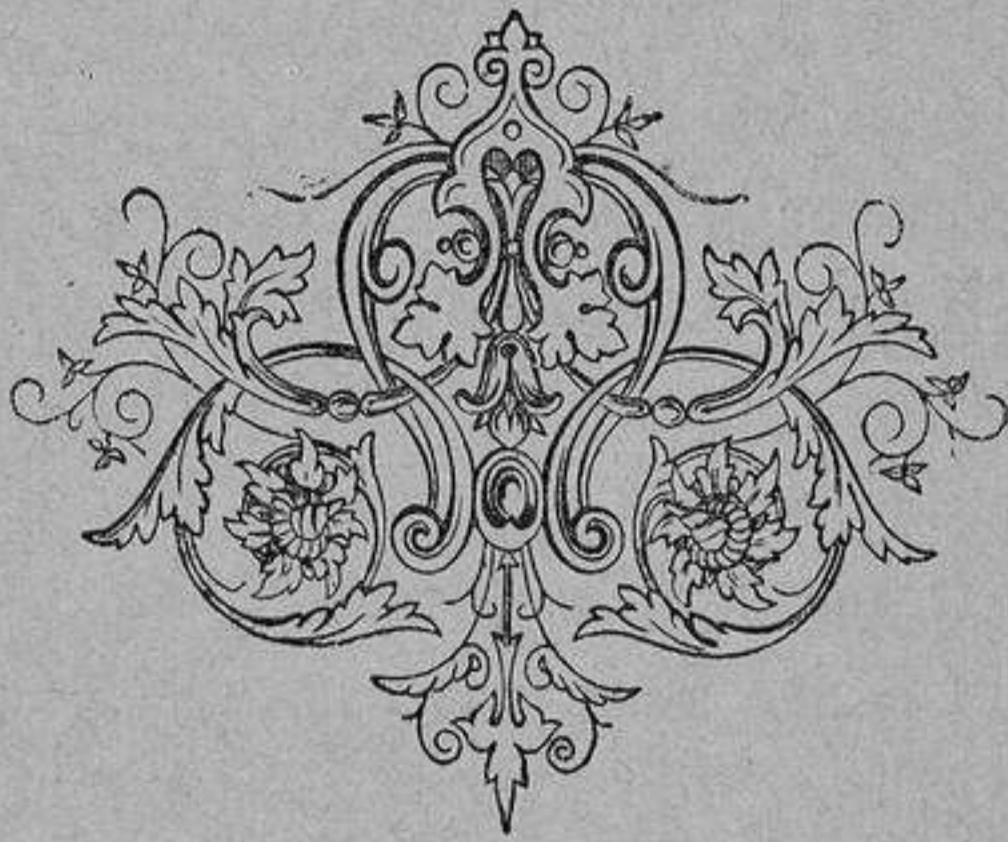
Los palacios y museos Vaticanos, los museos Capitolinos, la galería Borghese, el Colegio Romano y sus museos, la Universidad de la Sapienza, y el hospital de San Juan Gallicano.

La puerta y plaza del Pueblo con sus fuentes y obelisco, el paseo del Pincio, la villa Borghese, las calles del Corso, Ripetta y Babuino, las plazas Colonna y del Monte Citorio, con su columna aquélla, y administración de correos y su obelisco ésta; las once columnas corintias, resto del templo de Antonino Pío, el palacio Altieri, la plaza del Capito-

lio y torre del Reloj, los restos de los antiguos templos de Vespasiano, de la Fortuna Capitolina y de la Concordia, el Foro Romano, los arcos de Septimio Severo y de Tito, el antiguo templo de Venus, las ruinas del palacio de los Césares y los jardines Farnesios; la Meta Sudans, el Coliseo, el arco de Constantino, la plaza y grandioso obelisco de San Juan de Letrán, las puertas de San Juan y Mayor, el anfiteatro Castrense, los trofeos de Mario, la puerta de San Lorenzo y el cementerío, la plaza y columna acanalada de Santa María la Mayor, la columna y foro Trajano, la plaza y preciosa fuente del Quirinal, fuentes de Acqua Felice y de Trevi, la plaza de España y columna de la Inmaculada, obelisco de la Trinidad de los Montes, la plaza y fuente de la Rotonda, la plaza y obelisco de la Minerva, las fuentes y plaza Navona, la escalera del palacio Braschi, entonces ministerio del Interior, el sepulcro de los Escipiones, la puerta Appia, puente Fabricio llamado Quattro capi, isla del Tíber, puente Sixto, palacios de la Cancillería y Farnese, puente y castillo de Santángelo, plaza y fuente Pía, plazas de Rusticucci y de San Pedro, pórticos, obelisco y fuentes, los jardines Vaticanos, y mil y mil monumentos más, dignos todos de verse y de recordación difícil.

Debemos también deferencias y obsequios continuos á los católicos romanos. La juventud católica de Roma, ó sea el Circolo di San Pietro, con su presidente á la cabeza el joven D. Felipe Tolli, tuvo constantemente abiertos para nosotros sus salones del palacio Altemps, y allí nos reuníamos todas las noches, se pronunciaban elocuentes y entusiastas discursos, se leían periódicos católicos y hubo dos ó tres conciertos. El cardenal Borromeo puso también á nuestra disposición los salones de su palacio Altieri, proporcionando todo género de distracciones á los romeros y hasta obsequiándonos una noche con un concierto religio-

so. La nobleza romana recibió y festejó también á los peregrinos en su suntuoso Circolo Ischachi. Los seminaristas del Colegio Pío IX dedicaron á los sacerdotes españoles, albergados en su casa, una tarde de asueto en una de sus granjas. Por último, los españoles residentes en Roma, especialmente los dignísimos generales P. Casanova, P. Rodríguez y P. Carbó y D. José Langa, rector de Monserrat, estuvieron á disposición de sus compatriotas, hechos verdaderamente todo para todos, ayudándonos con su influencia poderosa, proporcionando albergue á muchos y hasta cuantiosas limosnas á los necesitados. De todos conservamos gratísima memoria, correspondiendo á todos con profundo agradecimiento.







### CAPÍTULO III.

#### *Entusiasmo de los peregrinos españoles y sandeces de la "Libertá."*

**T**odo cuando se diga del ciego entusiasmo con que muchos católicos españoles acogieron y llevaron á cabo la romería, será pálido comparado con la realidad. Bastantes catalanes fueron á Roma con la misma frescura y escasez de recursos con que van á Monserrat. Muchas mujeres, mayores de sesenta años algunas, salieron solas de su casa y en Roma han estado sin saber una palabra de francés, ni de italiano, ni de geografía, ni de historia, ni de viajes, ni de nada, muy satisfechas, corriendo todo el santo día de ceca en meca y dando por muy bien empleados los trabajos sufridos, porque todas ellas han tenido la dicha de ver á Su Santidad y algunas se le han comido la mano ó el pié á besos. Ancianos de más de 70 años han ido desde Cádiz en coches de tercera; criada hay que ha agotado en la romería todos sus escasos ahorros; mujeres que la empezaron ya en julio, partiendo de Zamora y atravesando á pié

el territorio español y el francés, hasta que en la frontera de Italia les obligó á subir al tren la caridad de los demás romeros. ¿Qué más? En la estación de Génova, cuando iba á partir el tren para Roma, me recomendó el Cónsul español á una pobre mujer harapienta, que tras él venía, encargándome que le tomase el billete en Pisa. Después de haberse marchado el Cónsul, me cercioré por los documentos que me enseñó y las contestaciones que dió á mis preguntas, de lo siguiente: Se llamaba María Ramona Queven, de 62 años de edad y era natural de Pontevedra. Estuvo ocho meses enferma y algunos días loca. Hizo voto solemne de ir en peregrinación á Roma y á Jerusalén si curaba. Sanó y con su morral á la espalda, un palo en la mano y algunos documentos envueltos en un trapo, emprendió á pié y mendigando la marcha. Atravesó el Norte de España y el Mediodía de Francia, sin más novedad que la de quedarse medio descalza. En Italia, por los delitos de pedir limosna y dormir al aire libre, cuando nadie quería recogerla, la encerraron más de una vez en la cárcel, y después de cinco meses de marcha en esta forma, llegó á Génova, y compadecido el Cónsul, le pagó el billete hasta Roma. También hacía grandes elogios de la caridad de Madama la Consulesa. Cuando la pregunté si estaba dispuesta á continuar la peregrinación hasta Jerusalén, me contestó: «Sí, señor, aunque me muera en el camino.» En Pisa la perdí de vista; pero el día 15 la encontré en la antecámara del salón del Consistorio en el Vaticano, esperando turno. La heroica gallega logró indudablemente ser recibida por Su Santidad. Este hecho puede competir con el que ya conocen mis lectores de haber hecho también la romería el ciego de nacimiento y organista de la parroquia de la Magdalena en Zaragoza, don Evaristo Jiménez. ¿Qué ha podido gozar un pobre ciego

en tan larga y penosa expedición? Pregúntesele y de seguro no se arrepiente de haberla hecho.

Mariano Laguna, natural de un pueblo perteneciente á la diócesis de Jaca, y pobre de solemnidad, hizo también el viaje á pié hasta Lourdes y lo restante en ferrocarril, costeándoselo con las limosnas recogidas. Se hospedó en Roma en el Hospital español de Monserrat y de limosna también regresó en ferrocarril hasta Tolosa de España. En cuatro jornadas recorrió á pié lo restante hasta su pueblo. Llevaba en el cojín de la manta multitud de objetos piadosos, y tan entusiasmado venía porque Su Santidad se había dignado dirigirle la palabra, preguntándole por la cosecha, que de seguro no se hubiese cambiado con el emperador de la China.

Entre los romeros recibidos por Pío IX el día 15 de octubre, encontrábase una señora que se presentó con un magnífico solideo de raso blanco en la mano.

—¿Qué quiere usted?—le preguntó el Papa.

—Yo agradecería muchísimo á V. S. que se dignase cambiar el solideo que lleva por éste.

Pío IX, que gasta siempre una alegría envidiable, se propuso impacientar á la piadosa señora; tomó el solideo, y después de mirarlo, dijo:

—Este raso es muy malo, hija mía.

—Es del mejor que se ha encontrado en Roma (replicó la señora); pero yo me encargo de enviarle á V. B. raso de Valencia, que es el mejor que se fabrica en el mundo.

Entonces el Padre Santo se puso el solideo y dijo:

—¡Ay! es muy pequeño, no sirve.

—Por Dios, Santísimo Padre, quédese V. B. con mi solideo y deme el suyo. Si así lo quiere, yo mandaré desde España un solideo tan grande como la cúpula de San Pedro.

—Basta, basta (dijo el Papa), tome usted mi solideo.

No había necesidad de darme nada para pedir una cosa tan pequeña. Yo les daría á ustedes mi sangre y mi vida.

Dos mujeres de Zamora han hecho el viaje á pié desde dicha ciudad hasta Cette; desde este punto á Marsella por caridad en un mal barco; desde Marsella á Génova en ferrocarril pagado de limosna, y desde Génova hasta Roma de nuevo á pié. Una de dichas mujeres es ya anciana y casada, la otra joven y soltera. Ambas vienen poseídas de la fe religiosa de los antiguos romeros, y en sus semblantes revelan la candidez y pureza de sus almas.

—¿Vienen ustedes por penitencia?

—No señor.

—¿Es el cumplimiento de un voto?

—Tampoco.

—¿Pues qué les ha movido á hacer el viaje de tal manera?

—Nuestro vehemente deseo de besar los sagrados piés del representante de Jesucristo en la tierra. Hemos dejado nuestra pobre choza, nuestra humilde familia, y sin temor alguno, con la esperanza en Dios, nos hemos puesto en camino.

Domingo Casitas intentó hacer el viaje á pié, realizando su propósito hasta donde se lo permitieron sus contemporáneos; en el vapor *Borgoña* hizo la peregrinación para tomar su primera comunión en San Pedro, un niño de diez años; y sería cuento de nunca acabar recoger todos los hechos prodigiosos llevados á feliz término por la España católica, representada en Roma por aquellos millares de peregrinos tan desinteresados como fervorosos, y cuya conducta intachable edificó á los mismos enemigos del Pontificado.

Lo cual no fué obstáculo para que atribuyesen carácter político á la romería, y hasta se permitiesen apreciaciones

poco cultas algunos periódicos liberales, tanto españoles como italianos. Pero repito lo que el día 22 de octubre escribí á mis amigos desde Roma:

«Insisto en lo dicho, y añado que si por alguno, sea quien quiera, alto ó bajo, se ha cometido alguna imprudencia, los romeros españoles ni debemos ni queremos asumir responsabilidades ajenas. A Roma hemos venido con fines exclusivamente piadosos, y quien otra cosa diga, falta necia ó maliciosamente á la verdad.

También los periódicos italianos se permiten apreciaciones sandias sobre nuestra peregrinación. La *Libertá* del 21, por ejemplo, dice lo siguiente: «Habíamos visto ya en Roma muchas peregrinaciones. Han venido de toda Europa; han venido peregrinos aristocráticos y peregrinos muy democráticos; pero cada expedición no pasaba de doscientas á trescientas personas. De España, sin embargo, han venido juntos 6.000 poco más ó menos; de manera que puede decirse que España representa hoy en Europa el país más afecto de todos al Papismo. Pero ¿no representa también otra cosa? Sí; representa el país en donde la cultura es más escasa, en donde la miseria es más grande, en donde...» ¿Para qué continuar? Tamaños despropósitos no pueden pasar sin correctivo.

Grande honor es para nuestra patria que ningún otro país la iguale en devoción al Pontificado. Siempre las comparaciones son odiosas, y, aunque reconozco la adhesión firmísima de Francia á la Santa Sede, me atrevo á decir que ni siquiera Francia es más entusiasta que España por el Papa. Claramente lo hemos demostrado estos días. No anda, pues, descaminada la *Libertá* al afirmarlo. Se necesita, sin embargo, todo el atrevimiento de la ignorancia para añadir á continuación que España es la nación menos culta y más miserable de Europa. Menos culta ¿por qué? ¿Porque es

más católica? La cultura de un pueblo no depende tanto de sus progresos materiales como de su adelantamiento moral; España es la nación más católica del mundo, según la *Libertá*, y por lo tanto la más moral; luego tiene que ser también, en este orden, la más culta. Y efectivamente, á pesar de que viene trabajándola hace bastantes años la revolución, en España se practican mejor que en ninguna otra parte las virtudes sociales. La fe católica es tan rica en sus manifestaciones, que sabe subvenir perfectamente á las necesidades todas. Y en cuanto á progresos materiales ¿qué tenemos que envidiarle á Italia? ¿Acaso sus inmensas y casi incultas praderas del Agro romano, donde no han sabido hasta la fecha cojer más fruto que el heno, criado espontáneamente por la naturaleza? ¿O sus lagunas y aguas estancadas, foco permanente de fiebres mortíferas? ¿Tal vez sus carreteras, en el polvo de cuyos baches pueden ocultarse cómodamente los caballos? Si los italianos tienen vías férreas, grandes ciudades y monumentos grandes, también nosotros los tenemos. Hay, sin embargo, una diferencia notable entre unos y otros: los italianos explotan sus riquezas artísticas enseñándolas á los extranjeros y sacándoles los cuartos de todas las maneras imaginables y con todos los pretextos: los españoles ni siquiera nos dignamos señalarlas con el dedo. Allí están para que las vea todo el mundo y en su contemplación se goce. No hemos aprendido aún el arte de envilecernos, importunando como moscas que meten por los ojos sus servicios, doblándonos por la cintura y descubriéndonos á cada paso, y sobre todo alargando la mano, como pordioseros, de la propina en busca. Son muy amables los italianos, dicen algunos, muy finos: esto ni es amabilidad, ni finura; esto en puro castellano se llama *bajeza*.

Lo mismo digo respecto á lo de miserable. Yo no sé en

las demás naciones lo que sucede, pero aquí no he tenido aún el gusto de ver oro y plata italianos. No circula otra cosa más que mugriento papel moneda en billetes hasta de 50 céntimos. ¡Y todavía tiene esta gente el atrevimiento de llamarnos miserables! Tampoco he visitado ninguna ciudad con más indicios de miseria que Roma. Creo que está prohibido pedir limosna, y sin embargo en este país todo el mundo pide, y pide hasta la gente bien vestida. En todas partes le salen á uno al encuentro señoras y caballeros al parecer que alargan la mano y cuentan las historias más lastimosas. Esto, ó es una criminal farsa, ó indica una miseria espantosa. Tan cierto es lo que digo, que los cocheros y dueños de *albergos* y *trattorias* nos preguntan medio asustados y melancólicos que cuándo nos vamos. Ya se ve, los pobres hace unos días que están explotando nuestros bolsillos miserables é incultos, y temen que se acabe la mina.

Y efectivamente, dentro de muy pocos días se habrá perdido por completo el filón. Todos hablan ya del viaje de regreso, y como no he renunciado aun á mi inculta y miserable patria, con perdón de la *Libertá* y Dios mediante, volveré á ella dentro de breves días.»









## CAPÍTULO IV.

### *Viaje circular.*

**L**A mayor parte tomaron en Ventimiglia billete directo para Roma, cuyo importe, ida y vuelta, fué de 72 liras y 2 que, con no sé qué pretexto, les exigieron en Pisa, 74. Enterados nosotros perfectamente de las condiciones y precios de los viajes circulares, nos decidimos por el de la serie A n.º 20 y por 79 liras, tomamos un billete con el cual, durante 60 días, teníamos derecho, deteniéndonos donde tuviésemos por conveniente, pero sin volver atrás, á recorrer la vía férrea que pasa por las siguientes importantes poblaciones: Génova, Spezia, Pisa, Liorna, Civita Vecchia, Roma, Foligno, Florencia, Boloña, Padua, Venecia, Verona, Milán, Turín, Alejandría, y Génova otra vez, principio y término del círculo.

Como hé dicho ya, utilizamos este billete para ir á Roma, nos detuvimos 11 días en la capital del orbe católico y el 23 de octubre, á las 7'18 de la mañana, salimos

para Florencia. Al llegar á Orte, en vez de tomar la línea de Turín y Foligno para por Perugia llegar á Terentoía, como lo prevenía nuestro billete circular, partió el tren por la de Orvieto y Chiusi á Terentoía. Nosotros nos callamos y nadie reclamó contra esta pequeña variación de itinerario. Poco más allá de San Giovanni, vimos mucha vena almacenada para la elaboración de hierro. Sin duda hay por aquellas inmediaciones alguna fundición. El país recorrido no puede ser más pintoresco. Se parece mucho á la huerta de Valencia, aunque es más húmedo y quebrado.

Atravesamos 19 túneles y, recorridos los 315 kilómetros que separan á Roma de Florencia, llegamos á la capital de Toscana á las 6'8 de la tarde, ya obscurecido y lloviendo. Ignorando que existiese otra estación llamada la Central, bajamos en la 1.<sup>a</sup> y no dejó de chocarnos que ni hubiese ómnibus, ni coches. Emprendimos, pues, la marcha á pié, nos mojamos algo y después de mucho andar nos hospedamos en el albergo L' Appennino de Raffaello Melanni, vía Pandolfini, n.º 27. Comimos en la *trattoria* de la casa y nos fuimos al teatro Pagliano, único que daba ópera aquella noche, cantándose *Il Guarany*, del maestro A. Carlos Gomes. Aunque este teatro es de segundo orden, pues el principal de Florencia, llamado de la Pérgola, estaba aun cerrado, no por eso deja de ser suntuoso: tiene siete pisos, seis ú ocho filas de butacas portátiles, algunas más á continuación de sillas llamadas de preferencia y un gran corredor en torno sin asientos, para los espectadores que con sólo la entrada quieran presenciar derechos el espectáculo. La orquesta era excelente, buenos los cantantes y la concurrencia regular.

A las 6 de la mañana del 24 estábamos ya en la calle. Las de Florencia son anchas, bastante rectas y perfectamente embaldosadas. Llovía algo y sin embargo estaban

limpias. Buscamos ante todo la plaza del Duomo y vimos: la hermosísima torre de Giotto, la cúpula de Brunelleschi, Santa María de las Flores ó sea la catedral de Arnolfo di Lapo, y el Baptisterio con sus tres preciosísimas puertas de bronce de Lorenzo Ghiberti dos de ellas, una llamada por Miguel Angel «Puerta del Paraíso» y en cuya elaboración empleó Ghiberti 18 años y la 3.<sup>a</sup> de Andrés Pisano.

Difícil es referir la impresión que producen estas maravillas de piedra y bronce: esas cosas se sienten viéndolas pero no es fácil expresarlas. Contemplando los bajo-relieves de la «Puerta del Paraíso», se me acercó un sacerdote italiano, viajero también, y me dijo:—¡Bellísimo!—Aquella fué su presentación; empezamos á hablar y recorrimos toda Florencia después de habernos desayunado juntos. Cambiamos nuestras tarjetas, y por la suya supe que era canónigo de la colegiata de Oneglia y que se llamaba Francisco Trucchi. Continuando nuestra excursión, vimos después: la monumental iglesia de Santa Croce, que contiene las tumbas de Miguel Angel, Dante, Alfieri, Maquiavelo, Galileo, etc., y de otros muchos italianos ilustres; las orillas y puentes del Arno; el palacio Pitti, visitando detenidamente sus suntuosas habitaciones y riquezas de todo género, sus galerías y las llamadas de Gli Uffizi, donde está la mejor colección de cuadros, diseños, dibujos y tapices del mundo. Tanta es la extensión y riqueza de aquellos museos, que aún no he vuelto de mi asombro; pero lo que más me chocó, es que desde el palacio Pitti se pueda llegar al palacio Vecchio, por encima del Arno, sin pisar la calle y atravesando estas galerías sin fin.

En la plaza de la Signoria, vimos: el Palazzo Vecchio (entonces municipio) con sus grandes salones, sus capillas y frescos de mérito; la Loggia di Lanzi, con muchas estatuas de mérito que contiene, entre las que figuran el famo-

so Perseo de bronce de Benvenuto Cellini y el robo de las Sabinas, de Juan de Bologna; la fuente de Neptuno, por Ammanati, y la estatua ecuestre de Cosme I de Médicis, por Juan de Bologna.

Continuando nuestra excursión, recorrimos: los jardines Boboli á espaldas del palacio Pitti; los paseos públicos de Tivoli; el cementerio, desde donde se distingue un precioso panorama y se ve toda Florencia; la plaza de Miguel Angel, con su célebre estatua de David, que antes estaba en la puerta principal del palacio Vecchio; la iglesia de San Miguel; algunos cafés, y las principales calles y plazas.

Después de comer, tomamos café en el de Italia; hicimos tiempo á la española viendo los iluminados escaparates de los principales comercios, y acudimos á la magnífica estación central, saliendo á las 9'30 de la noche y lloviendo sin cesar, por Prato, Pistoja y Porreta á Bologna, á la cual llegamos á las 3'4 de la madrugada. Como no disponíamos del tiempo necesario al efecto, renunciemos á ver los numerosos pórticos de esta ciudad, y mientras llovía á mares, esperamos recostados en los divanes de la sala de espera la salida del tren para Venecia. A las 5 estábamos nuevamente en marcha, y por Ferrara, Rovigo, Padua y Mestre, llegamos á Venecia á las 10'53, haciendo en dos tiradas los 293 kilómetros que dista esta ciudad de Florencia. Entrando en ferrocarril es inexplicable la primera impresión que Venecia produce, porque nadie está acostumbrado á ver que un tren traspase el freno del mar de blanda arena y á toda velocidad, impertérrito sobre las olas, penetre en los dominios de Neptuno. El puente que pone en comunicación á Venecia con tierra firme tiene sus balaustradas de piedra, mide 3.603 metros de largo, 3 metros de alto y consta de 222 arcadas. Terminado éste se llega á la primera isla donde está la estación, que, como la

mayor parte de las de Italia, es magnífica, y al salir se encuentra uno á orillas del Canal grande. Se pueden tomar entonces dos caminos para dirijirse á la fonda; por mar embarcándose en una góndola, que son los únicos carruajes de Venecia, ó por tierra atravesando callejuelas y puentes: 450 de estos ponen en comunicación las 80 islas que forman la ciudad. Nosotros, por empezar á ver en el acto esta original población, tomamos el camino terrestre para ir al centro, y la primera impresión que aquellas tortuosas, estrechas y obscuras callejuelas nos produjeron no fué nada agradable. Viniendo de Roma, ante la Venecia terrestre, no puede uno menos de compararla con las sucias y estrechas calles de Génova próximas al puerto. En cambio, cuando en día sereno y apacible, medio echado sobre los cojines de la góndola se da un paseo por el Canal grande, que en forma de S y en una extensión próximamente de 3.700 metros divide la ciudad en dos partes desiguales y se contemplan los palacios, las iglesias, las grandes fábricas, los tres puentes, dos de hierro y el tercero de piedra, llamado de Rialto, no sólo parece Venecia la reina del Adriático, sino también la más caprichosa y poética de las ciudades del mundo. Comprendo perfectamente la predilección del soñador Byron por la patria de los Dux.

Nos hospedamos en el hotel del Pellegrino, en la calle Larga (este nombre se dá en Venecia á lo que en el resto de Italia llaman vías) próxima á la gran plaza de San Marcos, que es como si dijéramos la puerta del sol de Madrid. Aprovechamos como de costumbre el tiempo y vimos: la gran plaza de San Marcos, con sus suntuosos palacios, pórticos, comercios y cafés; el Orolojo ó reloj; il Campanile ó torre, desde donde se disfruta una encantadora vista dominando la ciudad y las lagunas; la gran Basílica de San Marcos, cuya multitud de cúpulas, en las cua-

les viven millares de mansas palomas, le dan cierto aspecto oriental y bajo cuyo altar mayor se conserva el cuerpo del santo Evangelista; los mástiles colocados frente al templo; la Placeta, y en ella entrando por San Marcos á la derecha, el palacio real; y á la izquierda, el soberbio palacio de los Dux. En éste vimos detenidamente su hermosísimo patio, las escaleras de los Gigantes y del Oro, la sala del Gran Consejo, el inmenso cuadro la Gloria del Paraíso del Tintoreto, los retratos de los Dux, uno de los cuales está embadurnado de negro por traidor á la patria, un museo de Historia natural, las prisiones llamadas los Pozos y los Plomos y el célebre puente de los Suspiros; Santa María de la Salud; San Lucas; Santa María Formosa; San Juan y San Pablo, iglesia monumental llena de panteones de duques y eminencias venecianas; San Francisco de la Vigna; los jardines públicos, desde donde distinguíamos perfectamente la isla de Lido; la riva degli Schiavoni; el museo del Arsenal y parte de éste.

Tiene también Venecia algunas pequeñas plazas, en una de las cuales vimos un monumento al general Colleoni, y abundantes fábricas de espejos, cristalería de toda clase, mosaicos, perlas venecianas, piedras preciosas y filigranas. Por falta de tiempo no pudimos ver los museos, ni la Escuela de Bellas Artes.

A la 1<sup>o</sup>10 del día 26 salimos de Venecia por Mestre, Padua, Vicenza, Verona, Brescia, Bergamo y Treviglio para Milán, á donde, después de recorridos los 285 kilómetros que la vía mide, llegamos á las 11<sup>o</sup>20 de la noche. Nos apeamos en la Central, alojándonos inmediatamente en el próximo hotel de la Isola bella. Se durmió perfectamente, y el 27, á las siete de la mañana ya estábamos en la calle. Las de Milán son magníficas, anchas, rectas, con suntuosos edificios y cruzadas en todas direcciones por

multitud de ómnibus y carruajes. Entramos en Milán por la puerta Nueva, y sin perder minuto vimos: el Duomo, que es el mejor templo gótico de Italia, y lo vimos detenidamente por fuera, dentro, alto y bajo; la cripta ó riquísima capilla de San Carlos Borromeo, en la que oímos Misa y veneramos el cuerpo de tan gran santo; el tesoro, en la sacristía; la gran plaza del Duomo; el lujosísimo *square* próximo; la plaza de la Scala; el teatro del mismo nombre; el monumento á Leonardo de Vinci; el palacio Brera con sus magníficos museos de pintura y escultura; el castillo; la inmensa plaza de Armas, la mayor de Italia; el circo de la Arena; el arco del Simplón; las iglesias de San Marcos, San Ambrosio y San Angel; y las principales calles y plazas. Milán me ha gustado muchísimo: debe ser una de las ciudades más hermosas de Europa. Su catedral es un verdadero monumento de la Cristiandad. Desde la aguja de la cúpula se divisa el panorama más hermoso que puede imaginarse.

El 27, á las 5 de la tarde, salimos de Milán y por la vía de Novara, Vercelli, Santhiá y Chivasso, recorrimos 150 kilómetros y llegamos á Turín á las 10'46 de la noche, alojándonos inmediatamente frente á la estación en el gran hotel de Suiza. Tuve algo de frío por falta de ropa bastante en la cama; amaneció el 28 frío y nebuloso, pero, esto no obstante, á las 7 de la mañana emprendimos nuestra excursión por la capital del Piamonte. En poco rato, en ómnibus, tranvías y á pié, atravesamos Turín en todas direcciones, chocándonos la regularidad de sus calles y plazas, derechas todas y cortadas en ángulo recto, y vimos:

San Giovanni, ó sea la catedral, y en ella y en un camarín detrás del altar mayor, la capilla del Santo Sudario, panteón de la familia de Víctor Manuel; la iglesia de la

Consolata; la Gran Madre di Dio; el puente sobre el Pó; el palacio Carignan; y algun *boulevard* y *square*.

La niebla nos impidió subir á los celebrados puntos de vista llamados la Superga y Capuchinos. Mi compañero no quiso que viésemos los museos, porque decía: ya da asco tanto mármol y tanto cuadro. Y en verdad, el atracón artístico que me he dado en este viaje, probablemente no lo digeriré en toda mi vida.

El 28, á la 1'30, salimos de Turín, y por la vía de Asti, Alessandria y Novi, recorriendo 166 kilómetros y atravesando siete túneles, llegamos á Génova á las 9'35 de la noche, alojándonos en la vía Balbi. Descansamos aquella noche y empleamos el 29, que era domingo, en oír Misa y recorrer iglesias y monumentos, paseando sin cesar por dentro y por los alrededores de aquella pintoresca ciudad. El 30 hicimos algunas compras á precios baratísimos, y á la 1'5, repasando el túnel de la Linterna y atravesando 78 túneles, recorrimos 152 kilómetros, y por Sampierdar, Voltri, Savona, Albenga y Oneglia, á las 7'12 de la tarde llegamos á Ventimiglia, terminando nuestro viaje circular.







## CAPÍTULO V.

### *Viaje de vuelta.*

**E**L viaje circular se hizo con todas las comodidades apetecibles. Italia está muy pobre y apenas viaja gente por sus numerosas vías férreas. Generalmente íbamos en los wagones tan anchos que podíamos tendernos á la larga. Pero en Ventimiglia empezó nuevamente la rebaja y con ella las impertinencias sin cuento. Muchos romeros no tomaron oportunamente en Roma los volantes para utilizar los trenes de regreso, y tuvieron que esperar turno durante tres y cuatro días en la pequeña población de Ventimiglia. En las posadas y fondas de mala muerte los saquearon, y aún gracias que el anciano Sr. Obispo (de 92 años) facilitó alojamiento á más de cien peregrinos en su Seminario. Como nosotros íbamos perfectamente documentados, nos alojamos inmediatamente en el Albergo d' Italia, en donde por cinco liras comimos y dormimos regularmente; y el 31, á las 6 de la mañana, nos personamos

con nuestros volantes y billetes en la estación. Gastamos el último papel moneda italiano; dijimos adiós á aquel suelo hospitalario lleno de bellezas y maravillas, y penetramos en la aduana francesa. El registro fué tan ligero que no tuvimos que pagar un céntimo. Nos instalamos en un wagón y esperamos la hora de marcha. Dos relojes señalaban, la de Roma el uno, marcando las 7'17, y la de París el otro, 6'33, habiendo, por lo tanto, entre una y otra 44 minutos de diferencia. A las 7'5 de París rompimos la marcha, viendo nieve en los montes de la derecha, el mar á la izquierda y atravesando multitud de túneles recorrimos el precioso camino, que ya conocemos y del cual hablé en el viaje de ida. Iríamos en aquel tren unos ciento cincuenta romeros. Se pasaron algunas penalidades, aunque no tantas como á la ida; pero aún no he podido averiguar si se nos trajo en trenes ordinarios ó especiales. Lo que sí sé es que no se nos concedió momento de reposo, y que nos hicieron viajar como si fuésemos sacos de noche ó mercancías. Al salir de Ventimiglia, creíamos todos que descansaríamos en Marsella; pero, no señor, sin darnos tiempo ni aún para lo indelegable é imprescindible, nos llevaron de un tirón á Cette, obligándonos á recorrer 454 kilómetros de una sentada y llegando á esta población á media noche. Nos disponíamos á pasar el día de Todos los Santos, 1.º de noviembre, en Cette, descansando de tanta fatiga, cuando se nos dijo que era imposible, pues teníamos que continuar el viaje á las 5'40 de la mañana. Se armó todo el mundo de resignación, y en vez de dormir pasamos seis horas mortales en la estación, tomando el frío y rezando el Rosario, pues aunque hacia las cuatro de la mañana fuimos á la ciudad y llamamos en una parroquia con el propósito de que celebrase uno cualquiera de los muchos sacerdotes que venían con nos-

otros, para que todos oyésemos Misa antes de partir, el Cura francés no lo permitió de ninguna manera, y tuvimos que volvernos por donde habíamos ido y contentarnos con el santo Rosario, que se rezó de rodillas en una sala de espera de la estación. Pudimos proporcionarnos allí algunos alimentos para merienda, y sobre todo saboreé un tazón, que podía llamar zafa, sin escrúpulo, de café con leche: aquella bebida me reanimó algún tanto, y á las 5'40 de la mañana del día 1.º emprendimos la marcha, deteniéndonos tan sólo unos veinte minutos en Toulouse y llegando á Lourdes hacia las cuatro de la tarde. Al saber que allí se pasaba la noche, nos reconciliamos con la empresa que inesperadamente nos permitía contemplar por segunda vez aquellos lugares santificados por la planta de la Virgen, y nos dejaba orar de nuevo en aquella Gruta milagrosa. Buscamos inmediatamente el *Hôtel de la Paix de Antoine Abadie, aubout de la place Marcadal*; nos obsequió la vivaracha fondista, comimos y dormimos perfectamente, recorrimos gozosos el Santuario, oyendo en sus altares al siguiente día, 2, varias Misas, y saliendo para Bayona, á donde llegamos hacia las dos de la tarde, deteniéndonos hasta las cinco. Quise aprovechar estas horas para ver Biarritz; pero creyendo que iban á la población dicha, nos metimos en un ómnibus en el cual decía «De Bayona á Biarritz», y al notar que nos hacía desandar el camino andado, enterados de que no iba á Biarritz sino á la estación, en el puente de la Ria bajamos y caí lastimándome una mano y ensuciándome el vestido. Entre que me lavé y limpié se pasó el tiempo; tomamos un café; hicimos algunas compras; hablamos en la plaza de Armas con algunos emigrados y renunciemos á nuestra expedición á Biarritz, regresando á la estación á las cinco y saliendo para Irún, á donde llegamos al anochecer. En la Aduana nos

registraron ligeramente, sin que por fortuna tuviésemos que lamentar, como otros compañeros nuestros, ninguna vejación, y nos fuimos á la ciudad, alojándonos en la fonda de Izqüeta, donde estuvimos perfectamente por un precio módico. Aquella noche aún dí un paseo por Irún, contemplando los destrozos del bombardeo. A las 7'30 de la mañana del 3 salimos de Irún, y atravesando treinta y un túnel recorrimos 103 kilómetros, y á las 11'14 estábamos en Alsásua, concluyendo allí nuestro billete con rebaja. Nos separamos con sentimiento de los demás romeros, tomamos nuevo billete por todo su valor, y á las 12'32 salimos para Zaragoza, llegando á la siempre heroica á las diez de la noche. No pudimos tomar el coche para Teruel de aquella noche, y tuvimos que esperar hasta el 5, pues es alterno, empleando los días 4 y 5 en descansar y en orar ante N. S. del Pilar. Salimos el 5, á las diez de la noche, y sin el menor percance llegamos á Teruel el 6 al anochecer, con la conciencia tranquila, repleta la memoria de recuerdos imborrables, rebosando el corazón emociones piadosas y dulcísimas, rendido de fatiga material el cuerpo y deseosa el alma de emprender al punto otra peregrinación tan venturosa.

¡Por todo sea Dios bendito y alabado!



POR PARÍS A SUIZA



VIAJE

*circular número 44, hecho al vapor  
en julio y agosto de 1886.*



## ADVERTENCIA.



Estas cartas, escritas precipitadamente y con lápiz sobre la rodilla unas veces, otras en las mesas de los cafés, ora en los paseos públicos, ya en los desprovistos escritorios de las fondas, publicáronse por primera vez, mientras el viaje se efectuaba, en el periódico de Valencia *El León Ibérico*, el año de 1888, y por segunda vez en el periódico *El Alicantino*; por tercera vez, y en folleto aparte, ya agotado, en aquel mismo año; y, aunque no lo merecen, cuidadosamente corregidas salen hoy á la vergüenza por cuarta vez, en la honrada compañía de otras hermanas suyas, de no mayor mérito, para indicador de cuantos quieran repetir el ya numerado viaje y solaz de los aficionados á recorrer el mundo sin gastarse un céntimo, ni moverse de su silla. Que no se arrepientan unos y otros de haber comprado y leído este librejito, es la aspiración única de su autor, que tiene el atrevimiento de darlo una y otra vez á la estampa.







## CARTA I.

*Valencia-Tarragona-Barcelona.*



QUIÉN no veranea en el último tercio del siglo XIX, ó por mejor decir, décimonono?

No parece sino que el espíritu del Judío Errante, merced á continuas metempsícosis, encarna sin cesar en el frágil barro de todos y cada uno de los habitantes de este bajo mundo, y apenas calienta el sol canicular, nos empuja y mueve nuestras piernas en direcciones tan inmotivadas como opuestas.

Todos veranean y á ninguno le importa un ardite lo que se guisa en casa del vecino.

Sucede más: sin conocer nuestra casa nos lanzamos al extranjero como para darnos cierto barniz de *turismo*, que viste mucho, y según los apóstoles del progreso, ilustra más.

Claro está, por ende, que yo que tengo más faltas que una pelota, no había de ser excepción chocante de la regla

general, y aquí me tienen ustedes veraneando como todo hijo de vecino, y, lo que es más grave, lápiz en ristre, contando á mis lectores lo que no les importa. Con ello complazco á los que me piden noticias por una parte, y distraigo mi soledad, por otra, conversando conmigo mismo.

Al efecto, salí de Valencia provisto del billete circular número 44, que, á *precio reducido*, me autorizó para viajar durante sesenta días por España, Francia y Suíza. Hasta hace poco nadie utilizaba dicho billete; ya se va generalizando entre los valencianos, sobre todo para hacer el obligado viaje de novios; pero sus condiciones aún las ignoran muchos, razón por la que dedico cuatro líneas al asunto.

Cuesta el billete 280 pesetas en primera y 210 en segunda, mas los indispensables sellitos del protector Estado que nos sella y protege. Pueden visitarse con él Valencia, Tarragona, Barcelona, Montpellier, Cette, Nimes, Lyon, París, Dijon, Neufchatel, Berna, Friburgo, Lausana, Ginebra, Grenoble, Avignon y Marsella, sin contar multitud de poblaciones secundarias y lugares pintorescos intermedios, en todos los cuales puede detenerse el viajero, dentro de los sesenta días, cuanto y cómo tenga por conveniente. Fácil es además salirse de la vía circular y con billetes suplementarios recorrer y visitar otros puntos importantes, todo por muy poco dinero. Hay, pues, que convenir en que la civilización moderna ha puesto los viajes más caros y largos al alcance de las fortunas más pobres y cortas.

Basta, pues, de preámbulos, y en marcha. ¿Qué he de decir yo que no sepan todos de esa pintoresca vía terrea, que desde Valencia á Tarragona disputa á las saladas ondas el honor de lamer el blando y arenoso freno del mar?

¿Qué de ese jardín de las Hespérides que primero se llama huerta de Valencia, luego naranjales de la Plana, y por último campo de Tarragona? Los admirados ojos del viajero no tienen potencia bastante ni ligereza suficiente para mirar á derecha é izquierda esos interminables bosques de naranjos, limoneros, olivos y algarrobos, y esas inmensas sábanas de hortalizas y viñedo que se desarrollan á su vista. El tren marcha siempre entre dos cintas á cuadros de variados verdes, y de vez en cuando se aproxima tanto al mar, que se hace uno la ilusión de que puede tocar las olas con la mano. Siempre vegetación exuberante por alfombra, siempre las aguas primero verdosas y más lejos azules á nuestra derecha, siempre algunos graciosos montes y montículos á nuestra izquierda. Desde Benicasim saludé las ruinas del castillo de Montorner, subí mentalmente á la ermita del hermano Bartolo y me acordé de aquellos angelicales Carmelitas y de que

en el yermo de Teresa  
el silencio se profesa.

De buena gana hubiese hecho también una visita á San Pascual; pero el moderno Judío Errante del tren siguió corriendo, corriendo, y apenas tuvimos tiempo para contemplar en Tortosa el majestuoso y turbio Ebro y para divisar poco después de haber salido de Tarragona, entre pinos y pinabetes, el sepulcro de los Escipiones y entrar en Barcelona entre ríos de luces eléctricas y de gas, y el incesante silbar y rodar de locomotoras, tranvías, ómnibus y carruajes de todo género.

¡Barcelona, Barcelona! Con razón están orgullosos los catalanes de su capital; celebran y sostienen que no ha visto cosa *bona* el que no ha visto á *Barselona*. Es, en muchas cosas, la primera ciudad de España, en otras la segunda y en todas la única que tiene corte francés, y en la cual

se habla tal vez más la lengua de Moliere que la de Cervantes.

Barcelona crece como la espuma, y su soberbio ensanche, que diez años atrás parecía proyecto de locos, compone hoy día un verdadero dédalo de vías rectas, anchas, larguísimas y sombreadas por interminables hileras de árboles. Me gusta más el ensanche de Barcelona que el de Madrid; pero aconsejo á los que la visiten en verano que se armen de la indispensable sombrilla.

Como ayer era domingo, cumplí con el precepto de oír Misa en la iglesia de la Merced; pasé la mañana visitando iglesias; oí en la Catedral un buen sermón sobre el apostolado de la propaganda católica y el Evangelio del día al Cura de Santa Ana, D. José Ildefonso Gatell, y dediqué la tarde á las mejores calles y plazas y al Parque.

Me indignó ver la mayor parte de los comercios abiertos, como si fuese día de trabajo, y la Catedral sin concluir en población tan rica y populosa que levanta templos y palacios suntuosos al placer y á la civilización moderna en todas sus manifestaciones; pero admiré el grandioso Parque, que desde el 82 hasta la fecha se ha embellecido tanto, que ya mira al Retiro sin ruborizarse, superándole en muchas cosas, por ejemplo, en bosques de odoríferas magnolias y de plantas y flores exóticas. El *aquarium*, las estatuas, las estufas y el Museo, merecían verdaderamente más líneas de las que yo puedo dedicarles á todo el correr del lápiz. El *aquarium*, con su monumental fuente de Venus, sus pórticos, escalinatas, estatuas, estanques y grutas es sorprendente, superior á todas las fuentes de Madrid y parecido al *Château d' Eau* de Marsella. Al pié de sus hermosas estatuas pude leer estas dos firmas: R. Nobas y J. Flotats.

Esto me recuerda el exaltado amor patrio de los catala-

nes. Aquí todo es catalán ó francés; no quieren ser castellanos ó españoles en nada y tienen verdadera idolatría por sus grandes hombres. Díganlo las estatuas que adornan el Parque y las plazas de la capital. Entre las primeras debo citar la de Roger de Lauria, esculpida por J. Reynes, y fundida en 1884 por los hermanos J. Comas, y la erigida en cierta meseta del jardín inmenso á Aribau. Aquélla es de bronce y ésta de mármol, y pronto se nota, comparándolas, que no es la levita prenda que siente bien á las estatuas. Entre las segundas me llamó la atención la levantada sobre airoísima columna al primer marqués de Comillas, Antonio López, en las inmediaciones del muelle. El vulgo le llama *el Negre de la Riba*.

Otras dos notabilísimas estatuas sorprenden en el Parque, adornando la fachada de los museos de Historia Natural y de Arqueología. También parece que en esto han querido remedar á Marsella, que, como es sabido, tiene en Longchamp su palacio de bellas artes y sus museos de Historia Natural y Pintura. Dichas estatuas son: en el lado derecho la de Jaime Salvador y en el izquierdo la de Félix de Azara. Sobre ésta puede leerse, en una lápida marmórea, que el Museo se inauguró en 25 de septiembre de 1882, reinando Alfonso XII y siendo alcalde de Barcelona el Sr. Rius y Taulet.

Ambas estatuas son del escultor Eduardo B. de Alentorn, y sobre la de la derecha hay otra lápida, que á la letra dice así: «El Excmo. Ayuntamiento constitucional de esta ciudad, deseando rendir un (este *un* sobra) público testimonio de gratitud al insigne patricio D. Francisco Martorell y Peña, por haber legado á Barcelona todas sus colecciones de arqueología, historia natural, y además de otras dádivas, fundado un premio quincenal para la mejor obra de arqueología española, acordó en sesión pública de

16 de Agosto de 1882, dar á este museo el nombre de *Museo Martorell*.» Esto es saber honrar á los buenos patricios.

Ambos museos empiezan á formarse; pero ya son dignos de una ligera visita. En el arqueológico llaman la atención del curioso un velón de cuatro mecheros, como los que aún se usan en mi tierra, aunque en Barcelona han pasado ya al panteón arqueológico; un brasero de cobre, descomunal, de 1675, y muestras de papel sellado desde 1805 hasta el año actual. En la Historia Natural se encanta el vulgo ante hermosos ejemplares disecados de cebra, elefante, girafa, jabalíes, venados, etc. Es mejor el de la Universidad de Valencia.

Las estufas contienen riquísimas colecciones de flores y plantas exóticas. Debe costar un dineral el sostenimiento de tan grandioso Parque.

Desde el cual, cruzando por el soberbio *Pasaje Comercial*, mercado de hierro en forma de cruz, con gran rotonda central y magnífico reloj de cuatro esferas, sostenido por cuatro estatuas, me trasladé á Barceloneta y pasé la tarde recorriendo los baños flotantes, que estaban animadísimos. El mejor de estos establecimientos es el titulado *La Deliciosa*, desde cuya galería se disfruta, en verdad, delicioso panorama y animadísimo espectáculo.

Me canso y no quiero cansar ni aburrir á mis pacientísimos lectores.

Barcelona 5 de julio de 1886.

---



## CARTA II.

*Catedral de Manresa.—Iglesia y Colegio de San Ignacio.—Santa Cueva.*

**A**NTE todo sepan ustedes, que hace un calor insop-  
portable. En las orillas del río Cardoner (llama-  
do así porque viene de Cardona), que lame los  
cimientos de la empinada y pintoresca Manresa, se achi-  
charran los pájaros y se derretiría el plomo, si alguno hi-  
ciese el experimento. ¡Qué manera de sudar y que fresco  
me parece el calor de Valencia!

No obstante este sol de justicia, y á pesar de que sólo  
hace tres horas que llegué, ya he visto la Basílica, la igle-  
sia y colegio de San Ignacio, y la santa Cueva del funda-  
dor de la Compañía de Jesús.

El pensamiento de esta milicia espiritual, absorbe por  
completo la atención del viajero católico, que llega á Man-  
resa, cuna y baluarte de la Compañía. Aquí nació ese  
aguerrido y siempre victorioso ejército; aquí sembró San  
Ignacio de Loyola por su propia mano la preciosa semilla

de los santos ejercicios, y es natural que el fruto sea ópimo y abundante. Más de ochenta jesuitas, hijos de Manresa, andan en la actualidad por esos mundos de Dios ganando almas para el cielo: así al menos acaba de asegurármelo el manresano P. Carlos Barris. ¿Qué de particular tiene que apronte tan precioso contingente la ciudad jesuítica por antonomasia, llena de tradiciones y recuerdos preciosos referentes á San Ignacio?

De buena gana hubiese pernoctado aquí; pero como he de volver á Monistrol para subir esta misma tarde á Monserrat, no he tenido más remedio que contentarme con tres estaciones á otras tantas iglesias, bajo la ilustrada dirección de los PP. Jesuitas, cuya amabilidad no encomiaré nunca tanto como se merece.

La Seo, antigua colegiata, suprimida en el concordato último, tiene en la actualidad el título de Basílica y merece por muchos conceptos la visita detenida del viajero. Es graciosa imitación de la catedral de Barcelona, menos rica, artísticamente considerada, pero más agradable. No se vé en ella aquel tinte sombrío y casi sucio que se nota inmediatamente en la catedral de Barcelona. Como ascua de oro brilla el gótico altar mayor en el fondo del presbiterio. Delante de éste se abre la escalinata que baja á la cripta, en donde se veneran los huesos de los Santos Inés, Mauricio y Fructuoso, patronos de Manresa. Ostenta las armas pontificias de León XIII en la puerta principal, y lo primero que llama la atención entrando, es una lápida que conmemora la visita hecha por monseñor Bianchi, Nuncio de Su Santidad á la Santa Basílica, en 16 de mayo de 1880. Es la principal de las tres parroquias de Manresa, y por reciente concesión del Papa se ha instituído en ella un cabildo honorífico, con seis canónigos y más beneficiados, que visten como los de Vich, que es la capital de la diócesis.



Los canónigos meramente honorarios de Manresa, usan en el bonete la borla verde, que llevan los de casi todas las Basílicas.

La Seo manresana está completamente aislada sobre un montículo, que domina á la ciudad entera y tiene vistas preciosas al río Cardoner, que más abajo desemboca en el Llobregat.

En el Colegio de San Ignacio tuve el sentimiento de no encontrar al Rvdo. P. Bartolomé Mas, para quien llevaba carta; pero el P. Ministro hizo sus veces y me enseñó la iglesia toda, el colegio y la huerta. Aquella es tan hermosa como alegre, en forma de cruz latina y de estilo grecoromano. La embellecen sin cesar y colocando estaban gradas nuevas de mármol para subir al presbiterio. La estatua, de tamaño natural, del Santo Fundador de la Compañía, luce majestuosamente en el altar mayor. En una capilla del lado de la epístola ví un San Luís Gonzaga, con el crucifijo en la mano, de cuya imagen se cuenta, que dejó caer el Cristo al suelo el mismo día en que el pueblo de Madrid manchaba la historia patria con aquella horrible página llamada con fundamento degüello de los frailes.

Comunica esta hermosa iglesia con la capilla de Santa Lucía, iglesia del Hospital de Manresa en el siglo xvi. En dicho Hospital pasaba muchos días San Ignacio, entregado á la caridad, á la oración y á la penitencia, cuando tuvo aquel rapto, que le hizo caer desvanecido en tierra, sobre el mismo lugar que hoy ocupa hermosa estatua yacente del Santo, vestido con saco y cuerda. Convirtiöse aquel lugar en rica capilla, llamada del Rapto, con la particularidad de que el sitio más venerando está en el suelo, entrando á la izquierda.

Se conserva aún el mismo pavimento de ladrillos rojos, sobre el cual quedó tendido San Ignacio durante el éxta-

sis. Sobre los ladrillos hay gruesos cristales, y sobre éstos está tendida la imagen. Levantando uno de estos cristales se puede tocar el pavimento primitivo.

En otro lugar de esta capilla existen aún dos piedras, sobre las cuales se sentaba el Santo para enseñar la Doctrina á los niños.

La iglesia de San Ignacio comunica con el Colegio, residencia, antes de la expulsión, de los jesuítas, y propiedad actualmente del ayuntamiento. Es un edificio inmenso que nada ofrece de notable; pero en el cual han instalados los jesuítas uno de sus mejores colegios. Tiene 230 cuartos ó *camarillas*, como ellos dicen, para otros tantos colegiales; pero durante el curso último sólo 200 estuvieron ocupadas.

La huerta es tan grande, que contiene hasta una viña.

La santa Cueva fué lo último que visité detenidamente, sirviéndome de *cicerone* el ya nombrado P. Barris, que se dedica á trabajos literarios tan difíciles como honrosos. Sobre la mesa tenía pliegos y pruebas de imprenta, cuya corrección le han encomendado sus superiores. Allí estaban la 55.<sup>a</sup> edición de 12.000 ejemplares, del conocidísimo devocionario del P. Mach, titulado *Ancora de salvación*, y el primer tomo de la *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, por un conterráneo del P. Barris, llamado P. Francisco Enrich, que falleció sin publicarla. El P. Carles, de Barcelona, hermano del rector del Colegio de San José en Valencia, está también corrigiendo las pruebas de la 10.<sup>a</sup> edición del *Tesoro del Sacerdote*. Así se trabaja y así se logra el respeto, ya que no el amor, hasta de los enemigos.

La santa Cueva se encuentra en un gran edificio, algún tanto churrigueresco; pero en cuya fachada principal se ven detalles escultóricos preciosos, haciendo de canales. En esta cueva, á la cual se retiraba frecuentemente

San Ignacio para hacer oración y penitencia, después de haberse despojado en Monserrat del traje de caballero, regalándoselo á un mendigo, para vestir tosco sayal ceñido con áspera cuerda, en esta cueva, repito, le fueron inspirados los santos ejercicios. Eltecho se conserva en su estado natural y primitivo; pero las paredes están adornadas de bajo-relieves en mármol blanco, de escaso mérito, representando las principales escenas de la vida del Santo. En el pequeño altar mayor se le representa también por medio de un bajo-relieve, en actitud de escribir los santos ejercicios, con la pluma en la mano y volviendo la cabeza á la Virgen con el Niño Jesús, que se los inspiran. Esta capilla produce en el ánimo del piadoso visitante singular recogimiento é invita á hacer los santos ejercicios allí escritos. Las paredes laterales están revestidas de una especie de estuco, muy lindo, fabricado por un lego de la Compañía, que murió llevándose el secreto de aquella mezcla. En la roca viva se ve una cruz, hecha, según tradición, por San Ignacio y que actualmente tocan los devotos antes de santiguarse. En el tránsito que conduce á la santa Cueva, ví 20 cuadros al óleo, bastante regulares, pintados por un Hermano que aún vive y que representan los principales santos y beatos de la Compañía.

La iglesia de la santa Cueva no es tan grande como la de San Ignacio; pero está más adornada y resulta sumamente agradable. Merece atención especial el altar mayor y las capillas del Santísimo Cristo y de la Purísima. Esta última fué construída á expensas de cierta señora, cuyo nombre no recuerdo, que tiene también un panteón para su familia en el subsuelo de la iglesia.

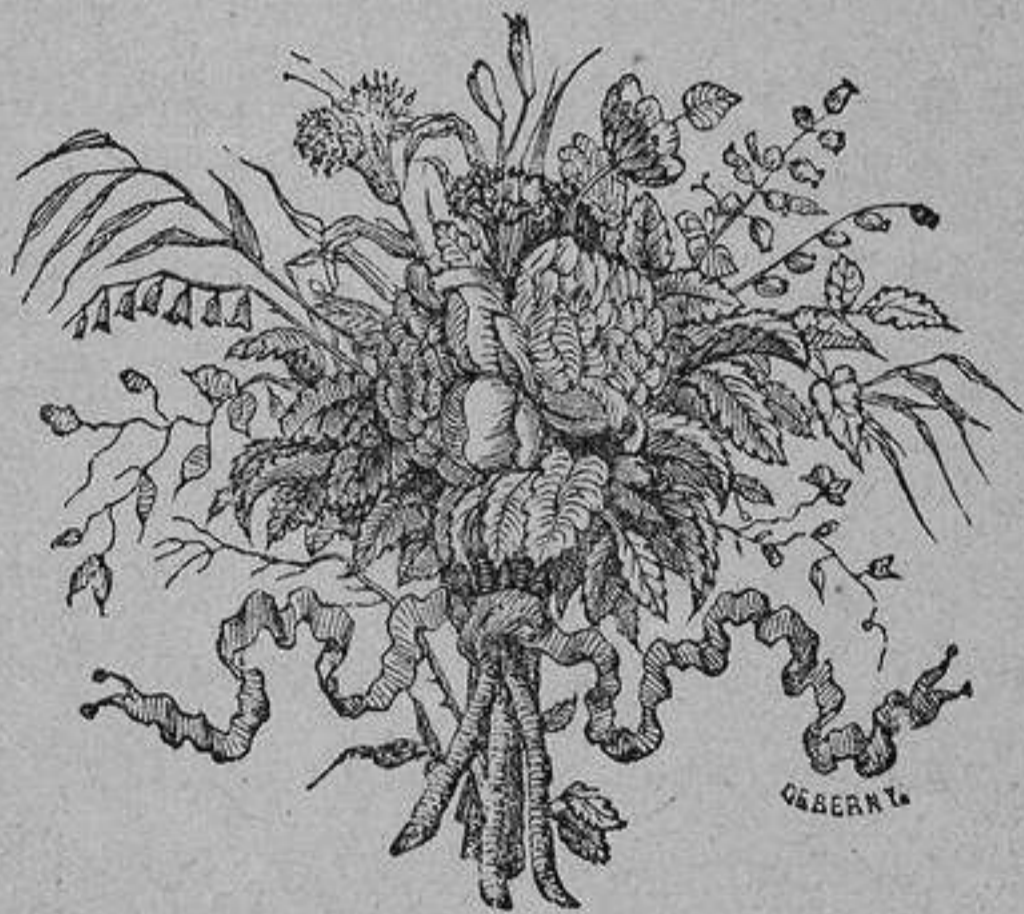
No acabaría nunca si refiriese cuanto ví y me dijeron en Manresa acerca de San Ignacio. En la calle de Sobre-roca se conserva aún el pozo llamado de la gallina, cuyas

aguas hizo subir el Santo hasta el borde del brocal, para que recuperase una gallina la criada á la cual se le cayó en el pozo. El dueño del pozo, para su conservación, lo cedió por escritura pública á los vecinos de la calle, y cada uno tiene su llave correspondiente.

En Viladordis, la familia Marcetas conserva en precioso relicario un trozo de la cuerda con que ceñía su saco San Ignacio, y por nada de este mundo, ni á nadie dejan tener el relicario. El dueño, que es seglar, se pone roquete para enseñarlo.

Esto escribí en la estación de Manresa; pero no pude echar estas cuartillas al correo por falta de sellos, hasta que regresé á la capital del Principado.

Barcelona 8 de julio de 1886.





### CARTA III.

#### *Montserrat.*

**D**os días he pasado en este celebérrimo monte catalán, y sentado en sus peñascos hice mis apuntes. Pero antes de trasladarlos á estas cuartillas, se me ocurre preguntar: ¿los leerán con gusto mis amigos? Me parece que sí, porque, aunque no hay persona piadosa en España que no conozca bien ó mal la historia y tradiciones de Nuestra Señora de Montserrat, no todos han visitado el santuario, ni todos han experimentado personalmente las impresiones que en el ánimo produce su vista y la de la montaña que le sirve de pintoresco é incommovible cimiento.

Dos caminos pueden seguirse para subir á Montserrat: el de Collbató y el de Monistrol. En Barcelona venden billetes de ida y vuelta á precios módicos, y si se utilizan hasta el mismo santuario, se deja la vía férrea en Monistrol, para subir en ómnibus á la montaña.

Tan original es su aspecto que, aunque no se haya visto, se adivina cuál es y se distingue entre todas al momento. Está aislada en una llanura á orillas del Llobregat (*Rubricatus* de los antiguos), cuyas industriosas aguas lamen serpeando la base de la montaña; tiene cuatro leguas de circunferencia y se levanta 4.448 piés sobre el nivel del mar. Se compone de millares de peñascos cónicos, semejantes á pilones de azúcar, hacinados unos sobre otros y como en ademán de escalar el cielo aquí; formados en batalla allá, á manera de soldados que se disponen á rechazar al enemigo; descendiendo hasta los abismos en otra parte, agarrándose unos á otros como para no caerse, y determinando en la montaña toda picos inaccesibles y altísimos, despeñaderos que producen vértigo, barrancos espantosos, gargantas pintorescas, algún que otro vallejo cubierto de follaje, y caminos mejores para perdices que para hombres. Lo extraño es que todos estos peñascos se componen de una especie de aglomeración de cantos rodados y calizos, conglutinados con tierra amarilla y algo de arena; y también es admirable que entre tales peñascos, en sus quiebras y vertientes, crezcan tantos arbustos y se desarrolle vegetación tan frondosa, compuesta de boj, encinas, rebollos y algún castaño silvestre; no he visto pinos de ninguna especie aunque he roto un par de botas y martirizado mis piernas recorriendo á pié y en diferentes direcciones este monte famoso, bajando á la Cueva en donde se encontró la santa imagen de la Virgen, subiendo á San Jerónimo que es el pico más alto, y visitando la cueva de Juan Garín, las capillas de San Miguel, de los Santos Acisclo y Vitoria, de Santa Cecilia, y algunas ruínas de ermitas antiguas. Debo también á la amabilidad del aposentador del convento Padre Antonio Riera, el haber recorrido el monasterio y el santuario todo, incluso las obras del camarín en construc-

ción, hoy ya terminado; y no es posible consignar en cuatro borrosas cuartillas, todo cuanto he visto, sentido y aprendido.

Subamos sin embargo á la montaña, ó como diría piadoso y entusiasta romero catalán:

Pujém á la montanya,  
A Monserrat pujém,

y después de tres horas de lenta ascensión por excelente carretera que se desarrolla en zig-zag, llegaremos á una esplanada abierta en las sinuosidades del lado izquierdo de un barranco, y allí encontraremos diez ó doce edificios en fila, irregulares, nuevos del todo unos, restaurados otros, y ruinosos, con evidentes señales de incendio algunos.

Allí está el *restaurant*, bien servido, por cierto, á precios módicos para toda clase de personas. En el piso bajo sirven raciones sueltas y café; en el entresuelo comidas, almuerzos y cenas en mesa redonda, á 14, 12, y 10 reales respectivamente, y en el principal desde 4 pesetas en adelante. Los catalanes han montado aquello casi, casi á estilo francés.

Los cuartos de la hospedería son numerosos (no pregunté cuántos), porque son cuatro ó cinco los edificios destinados al efecto. El monasterio, por medio de sus dependientes seculares entrega á cada viajero la llave del cuarto, que á la vez, lo es del número 100, ropa blanca de cama y un gran botijo de agua. Las camas y los cuartos son limpios, aunque no lujosos. Al marcharse, el viajero hace la limosna que quiere por el hospedaje.

Viene después el *Museo*, instalado en una especie de capilla con verja de hierro; y le llaman así, porque allí están todos los objetos artísticos, estatuas más ó menos mutiladas, cabezas, brazos, lápidas, capiteles, etc., etc., que se han ido encontrando entre las ruínas del antiguo mo-

nasterio, pues sabido es que, por haberlo fortificado imprudentemente los españoles durante la guerra de la Independencia, los franceses lo saquearon é incendiaron el año 11, habiéndose salvado la preciosa Imagen gracias á la previsión de los Benedictinos.

Ocupan éstos el monasterio que precede á la iglesia, formando hermoso patio, en el cual conté más de 80 balcones. Entrando á este patio por el arco del centro, ví cuatro lápidas, en latín las de la derecha y en castellano las de la izquierda. En la primera de éstas se lee que San Ignacio de Loyola se desnudó allí de su traje y armas de caballero, que regaló á un mendigo, y vistió un saco, ceñido con una cuerda, en 1522, para fundar la Compañía. La primera de la derecha dice que San Pedro Nolasco visitó aquel Santuario en 1318. En las dos siguientes se consigna que allí estuvo la santa Imagen 711 años, hasta que se trasladó á la iglesia nueva en 11 de julio de 1599, presenciando el acto el rey Felipe III.

La iglesia es de una sola altísima y espaciosa nave, de orden compuesto; con nervios casi góticos, pilastras, las inferiores corintias, y las superiores toscanas. Tiene seis capillas dobles en cada lado, seis en la planta baja y otras seis al nivel del espacioso coro, para el peculiar servicio de los Padres Benedictinos, que ocupan el monasterio y están encargados del culto de la Virgen, de la dirección de la Escolanía, y recientemente también de algunas misiones en Ultramar. El ábside, que ocupan el presbiterio y el altar mayor, es grandioso. Detrás se está construyendo artístico camarín, ya muy adelantado. Provisionalmente se da culto á la santa Imagen, en la segunda capilla del lado del Evangelio.

Allí tuve la dicha de orar y de besarle la mano. Es casi negra, de tamaño casi natural; y está sentada, con el Niño



Jesús sobre las rodillas. Tiene mantos preciosos, al frente de los cuales figura el regalado por doña Isabel II. Los mantos, alhajas, que son pocas, ex-votos, cuadros y ofrendas de toda clase, se encuentran en la sacristía, en un local llamado *Biblioteca de la Virgen*. Verdaderamente puede aprenderse mucho en aquellos libros mudos.

Más de 100 individuos componen actualmente la comunidad de Benedictinos, que está al frente del santuario; y 34 son los niños *escolanes*. Oí una Salve, cuyos versículos cantaron alternativamente los monjes y los infantillos, cántico que de aquella manera, en aquel santuario y ante aquella Imagen llena el alma de tiernas emociones, de esas que no suelen olvidarse jamás y se recuerdan más tarde con lágrimas en los ojos.

Quisiera decir algo acerca de las tradiciones y datos históricos referentes á tan célebre santuario; pero no permitiéndolo ni el espacio, ni el tiempo de que puedo disponer, remito al lector piadoso al *Compendio de la Historia, que bajo el título de Monserrat dió á luz el M. I. Sr. D. Miguel Muntadas, Abad del mismo*. Manresa, 1877.

Concluyo, pues, recomendando, á los que vayan á Monserrat, que bajen á la Cueva, hoy capilla, en donde se encontró la santa Imagen y suban á San Jerónimo. En aquélla podrán rezar con recogimiento grande, meditar y sondear las sinuosidades de su conciencia; y desde éste, especialmente desde el pico llamado *Miranda*, podrán ver toda Cataluña, parte de Aragón y Navarra, el Pirineo con sus nieves perpetuas, el Moncayo, San Llorens del Munt, Monseny, *Tibi-Dabo* y en días despejados hasta las Baleares. No me pesa haber invertido en esta penosa excursión seis horas, desde las cinco de la mañana hasta las once. Subió conmigo y á pié, como yo, el abate francés Robín, de 60 años de edad, y se alegró muchísimo de haber su-

bido, y eso que el vértigo de las grandes alturas le obligó varias veces á sentarse.

Lyon 10 de julio de 1886.





## CARTA IV.

### *Nimes y Lyon.*

**S**ALÍ de Barcelona en el expreso de Francia. Al menos así me lo aseguraron varios amigos y los empleados de la estación; pero no debía ser tal expreso, pues nos detuvimos dos horas mortales en Narbona, á media noche, y otras dos en Nimes, entre siete y nueve de la mañana, y llegué á Lyon, después de treinta horas de viaje, hecho un fogonero y medio muerto, á pesar de la limpieza y comodidades indudables de los wago- nes de primera.

Yo no sé qué tiene este bregar incesante de la civiliza- ción moderna, este movimiento continuo de los pueblos cultos, que, como el carbón su elemento vital, tizna y en- sucia, sin que la administración más espléndida y diligente pueda evitarlo. Tanto es así, que da verdadera lástima, en las grandes capitales, ver esos monumentos magníficos, esos edificios en los cuales se han prodigado mármoles y dorados, sombreados á la larga por el humo incesante de

ferrocarriles, vapores, fábricas y maquinarias de todo género. También asombra al menos pensador, la regularidad vertiginosa con que se efectúa este tragín incesante de trenes que van y vienen, de día lo mismo que de noche, sin que los accidentes desgraciados, imposibles de evitar en absoluto, guarden proporción con el número casi infinito de viajes que se realizan.

Pero vamos á los hechos y dejemos las reflexiones para el que pueda holgarse haciéndolas.

En Narbona no se movió nadie de su asiento, ni subió, ni bajó nadie. Todos dormían como lirones, mientras contaba yo minuto tras minuto aquellas dos eternas horas de alto.

No sucedió así en Nimes, la antigua *Nemausus* de los romanos, población hoy de unos 64.000 habitantes. Volé á la ciudad, recorrí algunas calles, plazas y bulevares; visité la catedral de San Castor, las iglesias de San Pablo y Santa Perpétua, y me detuve en las *Arenas*, esto es, en el anfiteatro romano, que bien merece párrafo aparte.

He visto el *Coloseo* en Roma, cuya grandiosidad, dimensiones y moles de piedra anonadan; pero el anfiteatro de Nimes gusta más, porque está restaurado y se hace una ilusión de que acaba de salir de manos del arquitecto constructor. Se distingue, no obstante, lo nuevo de lo viejo, porque han tenido el buen gusto de dejar intacto lo segundo con su correspondiente color secular de hoja seca, marcando bien lo primero con piedra blanca, á fin de que no se confunda la obra moderna con la antigua.

Es elíptico, su eje mayor mide 133 metros y 101 el menor.

Se compone el tendido de dos órdenes de 60 arcadas superpuestas, de 21 metros de altura, con su correspondiente ático.

Podía contener más espectadores que la plaza de Toros de Valencia, está completamente aislado y guardado por verjas de hierro. Se conoce que lo utilizan para dar corridas de toros.... embolados, pues ví anunciada una, y al marcharme, el conserje me enseñó una fotografía de la plaza casi llena, diciéndome:

*C' est la cours de Frasqueló.*

La catedral vale poco: en cambio son muy hermosas las iglesias modernas, de ese gótico especial tan común hoy en Francia, de San Pablo, Santa Perpétua y San Baudilio.

Por las calles encontré á varias enlutadas, que llevaban velos anchos y tiesos hasta el suelo, pendientes del sombrero, que ocultaban por completo su cara y manos.

Los caballos de los tranvías lucían sombreros de paja, adornados con cintas rojas. Será, sin duda, para librarles de insolaciones, pues el calor se dejaba sentir que era una bendición.

Prosiguiendo mi marcha, crucé el imponente Ródano, semejante á un brazo de mar, por el magnífico puente de Tarascon, saludé desde lejos á la antigua ciudad pontificia de Aviñon, y marchando siempre por la orilla izquierda del gran río, aunque viéndole de tarde en tarde, pasé por la Valencia y Viena francesas, y dí con mis molidos huesos en Lyon, la segunda ciudad de Francia, y una de las más hermosas del mundo.

La antigua *Lugdunum* de (*luctus dunum*, colina del dolor), fué fundada el año 43, antes de la venida de Jesucristo N. S., por Lutius Munatius Plancus, en el monte hoy llamado Fourvière, en la orilla derecha del Saona. La población se extendió posteriormente descendiendo á las orillas del Ródano y del Saona, pasando por peripecias

mil, hasta la espantosa inundación del día 18 de mayo de 1856.

De este gran desastre procede la grandeza y hermosura de Lyon. Se acordó construir los muelles de ambos ríos, enderezar y ensanchar las calles, abrir grandes plazas, plantar jardines y parques, y todo se ha hecho en tan corto número de años, de manera tal, que asombra. Lyon, capital del departamento del Ródano, plaza de guerra de primer orden y asiento del Cardenal Arzobispo Primado de las Galias, tiene unos 400.000 habitantes, es mejor que Marsella, y como sobre gustos no hay nada escrito, me gusta más que Madrid. Su situación es magnífica: se extiende por entre los dos caudalosos ríos, el Saona y el Ródano, que atraviesan la ciudad de Norte á Sur, para reunirse un poco más abajo en cierto lugar llamado la *Mu-  
latière*. Estos dos ríos dividen á Lyon en tres grandes cuarteles: 1.º El central, comprendido entre la orilla izquierda del Saona y la derecha del Ródano, que es como si dijéramos el corazón de la ciudad, en donde están los más lujosos almacenes y tiendas, las plazas de Terreaux, Bellecour y Perrache, con sus estatuas, fuentes, palacios y jardines hermosísimos, en donde vive la aristocracia y la *burguesía*, y se ven lujosísimos hoteles y cafés, y cuyas calles son casi todas anchurosas y rectas, paralelas á los ríos las mejores, y perpendiculares las travesías. A este cuartel pertenece también la población llamada en otro tiempo San Sebastián y actualmente Cruz Roja (*Croix-Rousse*), que se extiende entre ambos ríos, al Norte, sobre una montaña, á la cual puede subirse por medio de un ferrocarril de cremallera ó plano inclinado.—2.º El cuartel del Este, llamado la *Guillotière*, que se extiende por la orilla izquierda del Ródano, y que se compone de calles, avenidas y paseos, sin término. Allí están la avenida de Saxe,

que tiene 4 kilómetros de larga, la de Gambetta, de 2 kilómetros, el muelle interminable con la Guillotière, la plaza del Puente y sus *squares*, las facultades en Medicina, Farmacia y Ciencias, en edificios grandiosos y separados, la calle de Claudio Bernad, el barrio de *Brotteaux*, y sobre todo el grandioso Parque de la Cabeza de oro, digno de la capital de un imperio.—3.º El cuartel del Oeste, en la orilla derecha del Saona, se compone de la catedral, el arzobispado, el palacio de la justicia, el barrio industrial y comerciante de *Vaise*, y sobre todo del barrio y santuario de Nuestra Señora de Fourvière.

Para éste fué mi primera visita, y si tengo tiempo le dedicaré una carta entera.

Por hoy basta.

Lyon 11 de julio de 1886.









## CARTA V.

### *Nuevos detalles referentes á Lyon.*

**E**s humanamente imposible formarse idea exacta en dos días, aunque no se permita uno momento de reposo, gaste carruaje y se rompa la cabeza y las piernas, es imposible, repito, ver una ciudad tan extensa como Lyon, algunas de cuyas calles miden leguas, y cuyos edificios notables son tan numerosos.

He visto, sin embargo, lo principal y he contemplado sus más pintorescos aspectos. Sus dos grandes ríos, que la dividen en tres extensas cintas: sus colinas de *Fourvière* y de la *Croix-Rousse*, que la coronan de vegetación y de airosos edificios, entre los cuales parece que se ocultan pensiles babilónicos; sus anchas y sombreadas calles, tiradas á cordel y cortadas á escuadra; sus plazas monumentales y extensísimas, llenas de fuentes, estátuas y jardines; sus muelles y pretiles solidísimos y animados, que encajonan al Ródano y Saona entre montes de piedra labrada; sus vein-

tidós puentes sobre tan anchurosas vías fluviales, de hierro unos, de piedra otros, colgantes éstos y de madera aquéllos, como si fuesen provisionales; sus ómnibus, tranvías, ferrocarriles y carruajes que sin cesar transportan esta numerosa población de un extremo á otro de la gran ciudad; sus iglesias monumentales, aunque pocas, con sus lenguas de bajo profundo y sonoro bronce; sus grandes fábricas de paños, telas, sedas, terciopelos y bordados en oro, que elaboran al año por valor de más de 400 millones de francos; sus grandes hoteles, cafés, restauranes, cervecerías, etcétera, etc., producen en el ánimo del que por primera vez la visita, á la par que cierto asombro, impresión tan agradable, que no creo se borre en la vida.

Pero oigo que algún lector escéptico me pregunta: ¿y en dos días ha visto usted todo eso?

En globo ó á vista de pájaro, sí; detalladamente, no. He subido á la *Fourvière* y á la *Croix-Rousse* en ferrocarril de cremallera; en los vaporcitos llamados *Mouches* (lo menos hay veinte ó treinta que van y vienen sin cesar), he recorrido la orilla izquierda del Saona á lo largo de toda la ciudad, sin cansarme nunca de admirar tan bello panorama; en tranvía bajé por la orilla derecha contemplando desde el imperial aquella red admirable de puentes; como no he visto en el Ródano vapores que recorran su álveo, he subido y bajado en tranvía por ambas orillas; á pié he cruzado en dos direcciones el magnífico é inmenso parque de la *Tete d' Or*; he paseado por las principales calles y plazas del centro de Lyon; he visitado detenidamente la antigua capilla y nueva basílica de N. D. de Fourvière, la iglesia primada de San Juan Bautista, la parroquial de San Niceto, la de San José, el palacio de Bellas Artes con sus museos de pintura, escultura y arqueología, y las plazas con sus estátuas, fuentes y jardines de Perrache,

Bellecourt, Jacobins, Terreaux, Republique y Tolozan y por último, he visto por fuera, es decir, las fachadas del palacio de la Justicia, del *Hôtel-de-Ville*, del Arzobispado, del *Hôtel-de-Dieu* (gran hospital), del palacio de la Bolsa y del gran teatro de la Comedia. Añadan ustedes á esto que he oído una Misa mayor en la Catedral, otra rezada en la Virgen de Fourvière, parte de unas vísperas y dos conciertos, uno á cierta banda militar y otro de cuerda. Por cierto que ni la primera puede competir con nuestra música de ingenieros, ni el segundo con los dirigidos por el maestro Bretón. La música lyonesa no ha sido de mi agrado. Los teatros mejores están cerrados y no he podido verlos. También hubiese visitado con gusto la Universidad Católica; pero era inútil en tiempo de vacaciones.

Concretaré, pues, mis apuntes al Parque, palacio de Bellas Artes, Catedral y Nuestra Señora de Fourvière.

El Parque es inmenso y soberbio. Está situado en la orilla izquierda del Ródano y comprende centenares de hectáreas entre el muelle de la Cabeza de oro y la vía férrea de Ginebra. Me ha parecido mayor que el Retiro y he tenido que contentarme con atravesarle en dos de sus más largas y opuestas direcciones. Puede servir de jardín botánico por su colección riquísima de árboles, y de zoológico por sus muchos animales. Aquéllos forman verdaderos bosquecillos é hileras que se pierden de vista, sobre grandes praderas y paseos enarenados, y aunque el Parque es moderno, á juzgar por sus dimensiones, muchos árboles parecen seculares.

Entre ellos he visto bastantes en flor, que embalsaman el ambiente; otros cuyo nombre ignoro, y abundan los olmos, plátanos, acacias, fresnos, tilos, castaños, pinos de Australia, etc., etc. Aunque casi todo es jardín á la inglesa, no faltan algunos macizos de plantas y flores exóticas.

En sus praderas ó jaulas he visto verdaderos rebaños de corzos y parejas de ciervos de Java y de Judea, yackes, faisanes de toda clase, monos de todo género, camellos, dromedarios, llamas, pelícanos, cisnes, patos de variadas familias, pavos reales, gallos y gallinas, palomas viajeras, etcétera, etc. Pero lo que más admira es el estanque, que se parece al del Retiro de Madrid, como el Occéano al Mediterráneo. Verdad es que el Ródano está allí cerca y han podido sangrarle á su gusto para hacer esta especie de mar artificial, con sus islas pobladas de bosques, sus canales, aves acuáticas, etc., y sobre todo con verdadero puertecillo, lleno de lanchas y canoas de toda clase, que á precios módicos se alquilan á los aficionados.

Junto á la puerta principal de este hermoso Parque he visto un monumento en construcción dedicado á los hijos del departamento que murieron por la patria en la última guerra franco-prusiana.

En el palacio de Bellas Artes, magnífico edificio situado en la plaza de Terreaux, están la escuela de Bellas Artes y los museos de pintura, escultura, arqueología (museos lapidario y numismático) é historia natural. El de pintura es notabilísimo por el gran número de cuadros de la escuela francesa; pero hay en él también salas dedicadas á las escuelas alemana, flamenca, holandesa y española.

Me sorprendió agradablemente encontrar firmas tan célebres como las de Zurbarán, Guido Reni, Le Brun, Ledie, Rembrandt, Rubens, Van Dyck, Mengs, Teniers, Domingo, Pablo de Cortona, Caballero de Arpino, Ribera, Pablo el Veronés, Carraccio, Sasso-Ferrato, Rafael Sancio, Andrés del Sarto, Dominiquino, Vernet, los dos Palmas, el Perugino, Giotto, Alberto Durero, etc., etc. Uno de los mejores lienzos y de los más grandes es la Ascención del Perugino, regalado por el Papa Pío VII á la ciudad de

Lyon, en memoria de su comportamiento con el Pontífice. Ocupa el piso de una sala entera un hermosísimo mosaico romano, encontrado en Lyon en 1806. La escalera es digna del palacio, y en sus lienzos figura el gran fresco, titulado *El bosque sagrado*, de Puvis Chavannes (1884). En el hueco de la escalera hay un magnífico grupo escultural de *Cain y su familia*, del escultor Etex.

No tuve tiempo ni para leer lápidas, ni para gozar contemplando esculturas. Este museo no es tan rico como el de pinturas, pero ocupa tres salas y contiene una hermosa colección de bustos.

La Catedral de San Juan ó iglesia primada de Lyon, está situada en la orilla derecha del Saona, á poca distancia del palacio de Justicia y debajo de la colina de Fourvière. Data este hermoso edificio gótico de principios del siglo VIII, aunque en el XI fué reconstruído casi por completo; el absíde es del XII y la fachada del XIII.

Como el coro está detrás del altar mayor, y éste en el ábside, queda libre por completo la nave central y luce más que nuestras catedrales de Burgos, Toledo y Sevilla; pero no puede competir con ellas, ni en dimensiones, ni en riqueza y gusto de ornamentación. Es, sin embargo, todo un hermoso monumento, del cual están orgullosos los lyoneses. Llaman extraordinariamente la atención el reloj astronómico (1598), la campana, que pesa 10.000 kilogramos, las vidrieras, el órgano y la capilla de los Borbones. También he visto que en todas las capillas, en ricos relicarios y bajo campanas de cristal, hay reliquias importantes, expuestas á la pública veneración, tales como las de San Vicente de Paúl, San Luís, rey de Francia, San Joaquín, Santa Ana, San José, San Francisco de Regis, Beata María Margarita Alacoque, etc.

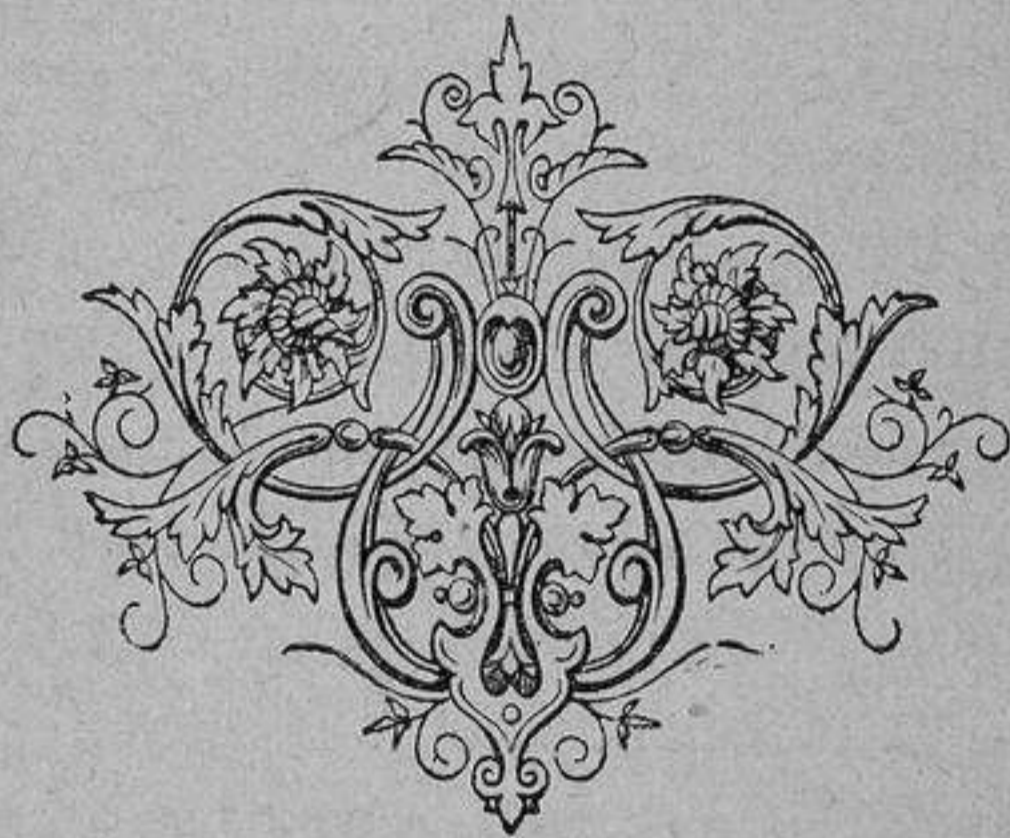
Me ha chocado mucho la liturgia especial, ó de Fran-

cia, ó de esta iglesia primada. En una Misa mayor ordinaria asistían al preste cuatro clérigos con dalmáticas, otros cuatro al diácono y otros cuatro al subdiácono; de manera que llenaban el presbiterio y hacían mil ceremonias para mí extrañas.

Unos 200 seminaristas había en el coro. El Cardenal Caverot, Primado de las Galias, no estuvo en la función. Le han invitado para que presidiese en París el entierro del difunto Cardenal Guibert y no ha podido asistir.

Desde París diré á ustedes algo de Nuestra Señora de Fourvière, pues me falta ahora tiempo.

Lyon 12 de julio de 1886.





## CARTA VI.

### *Nuestra Señora de Fourvière.*

**N**ORA es ya de que cumpla mi reiterada promesa de decir algo acerca del célebre santuario de la Virgen de Fourvière en Lyon.

Estuve en él el día 10 de julio; pero su recuerdo no se borrará fácilmente de mi memoria y tengo además apuntes é impresos á la vista. Lo único que no pude adquirir fué la historia de Imagen tan nombrada. Me dijeron, tanto en el comercio de objetos piadosos del santuario, como en las librerías católicas de Lyon, que no se ha publicado; pero debe existir en obras antiguas, que no se habrán reimpresso.

Diré, pues, lo que buenamente recuerde y sepa.

Indiqué en mi carta sobre Lyon, que Fourvière es una colina, situada en la orilla derecha del río Saona, precisamente dominando á la Metropolitana y á la ciudad toda, sobre la cual en tiempo de los romanos estuvo la primiti-

va ciudad. En 839 se conservaba aún sobre la cumbre de dicha montaña un foro romano, con cuyas ruinas se construyó una pequeña capilla consagrada á la Virgen del Buen Consejo, nombre que cambió después por el de Nuestra Señora de Fourvière (de *foro vetere*), esto es, del antiguo foro.

Más de 1.000 años hace, pues, que se venera allí la sagrada imagen de María, viniendo á ser como el centro de la piedad y de las peregrinaciones del contorno.

Los protestantes arrasaron la capilla; pero habiendo quedado la ciudad de Lyon súbitamente libre de la peste, en 1643, después de un voto de sus magistrados, cuyo hecho se conmemora solemnemente todos los años el día 8 de septiembre, se reconstruyó la capilla y aumentó muchísimo la devoción.

Recuerda también este acontecimiento, una hermosa vidriera, debida al pintor en cristales Mr. Luciano Bégule, que hay detrás de un altar en la nave de la derecha de la antigua iglesia. Este santuario es pequeño y feo; se compone de dos naves paralelas, sin gusto alguno arquitectónico y que están materialmente cubiertas de lápidas y exvotos.

El altar mayor se levanta en el ábside de la nave izquierda, y el de la Virgen en el de la derecha. La sagrada Imagen es de regular tamaño, morena, no es fea y lleva al Niño Jesús en los brazos. Al pié de la nave, y junto á unos pilares, arden constantemente centenares de velas, la mayor parte de esperma. Parece que hay extraordinaria devoción á aplicar estas luces, los oficios y Misas que allí se celebran, y las preces que se rezan, por el alma de los difuntos; así es que la iglesia tiene aspecto de capilla de cementerio. Lo mejor de este santuario venerando es la torre, que termina con una estatua de la Virgen, en bronce dorado, de cinco



metros de altura. Para subir á la colina, y por ende á la iglesia de la Virgen de Fourvière, desde las orillas del Saona, ó sea desde la plaza de San Juan, hay un ferrocarril de cremallera, que por diez céntimos le ahorra á uno tan penosa excursión, y que está continuamente subiendo y bajando. Desde la estación de arriba hasta el santuario, que aún está más alto, se recorre una calle en rampas y en zigzag, compuesta, como en Lourdes, de tiendas de objetos piadosos.

Tanta devoción y tantos favores recibidos por Lyon de la Virgen, no armonizaban bien con tan modesta capilla. Vinieron los cóleras del 32 y del 35, que diezmaron las poblaciones del Norte y del Mediodía de Francia; acudió Lyon á su Patrona y el cólera no penetró en la ciudad.

Recuerda este acontecimiento un cuadro magistral del ilustre pintor lyonés, Victor Orsel, provisionalmente colocado en la Catedral, hasta que se coloque sobre la puerta principal de la nueva iglesia.

Cayó sobre Francia como maza de Fraga el ejército prusiano, el enemigo se aproximaba á Lyon y el día 8 de octubre de 1870, haciéndose eco de los deseos de su clero y pueblo, el Arzobispo Monseñor Ginoulhiac, depuso á los piés de la Virgen de Fourvière el siguiente voto solemne:

«Prometemos construir un nuevo santuario en Fourvière, si la Santísima Virgen Nuestra Madre Inmaculada preserva del enemigo á la ciudad y diócesis de Lyon.»

En efecto, el 1.º de marzo de 1871 se firmaba la paz, sin que los hulanos hubiesen puesto los piés en pueblo alguno de la archidiócesis de Lyon.

Lyon se portó como buena. El 8 de abril de 1872, festividad de la Anunciación, se bendecía el terreno necesario (más de tres hectáreas) para construir la nueva iglesia al

lado de la antigua, que se conservará intacta, como recuerdo histórico y como capilla aneja; el 7 de diciembre del mismo año, vigilia de la Inmaculada, se puso la primera piedra; y el 2 de junio de 1884, lunes de Pentecostés, su eminentísima el Cardenal Caverot, actual Arzobispo de Lyon, puso la última de la obra de fábrica, esto es, la cruz que corona el piñón de la fachada principal.

Las obras de decorado interior continúan aún; pero ya se ve que el monumento es soberbio, digno de la segunda capital de Francia y digno también del voto que lo ha motivado.

La nueva iglesia de Nuestra Señora de Fourvière, produce encantador efecto desde las orillas del Saona. La montaña aparece como maceta inmensa de árboles, por entre cuyo follaje asoman la cabeza varios edificios, incluso la antigua capilla; y la nueva con su elegante mole, torres y cúpulas, agujas y doradas estatuas, se sobrepone á todos, coronando majestuosamente la montaña y como cobijando, bajo sus alas protectoras á la ciudad entera. No pertenece á ningún estilo arquitectónico, ni pagano, ni cristiano, porque el eminente arquitecto Mr. Bossan, en uso de un derecho incuestionable, ha querido tener el suyo y lo ha logrado, pues el monumento gusta á todos, produciendo en el ánimo del que lo contempla admiración, fervor y recogimiento sin tristeza. Las iglesias dedicadas á la Virgen no deben de ser tristes y el severo gótico no es apropiado á tales templos.

Siguiendo la ya generalizada costumbre, se compone el edificio, todo él de piedra labrada, de dos iglesias superpuestas, la inferior ó cripta dedicada al patriarca San José y la superior á su esposa María Santísima; y para que se pueda formar aproximadamente idea del monumento, daré sus dimensiones. Exteriormente tiene 86 metros de largo

por 35 de ancho, é interiormente 66 y medio por 19. La altura de las bóvedas de la cripta es de 9 metros y medio, y la de las bóvedas de la iglesia superior, de 27 metros.

Ambas iglesias son, pues, grandes, ricas y majestuosas. Conformándose con la tradición, el ábside mira hacia Levante y cuatro grandes torres poligonales limitan los ángulos del edificio y lo caracterizan. Las dos torres de la fachada occidental encuadran un rico pórtico coronado por una galería, sobrepuesta al frontispicio, en el cual se representarán, por medio de bajo-relieves, los dos votos de 1643 y 1870. Las cuatro columnas, que sustentan el pórtico, tienen fustes monolíticos de granito del lago Mayor y miden 8<sup>m</sup>20 de altura y 1 metro de diámetro. Cuando se trasladó desde la estación á Fourvière el primero de estos fustes que pesa 16.000 kilogramos, las señoras lo cubrieron de flores á su paso por Lyon. Una escalera doble de 22 peldaños conduce á la iglesia superior, dejando en el centro magnífica entrada para la cripta, á la cual se desciende por una rampa de 40 gradas. Las dos torres absidales, que miden 51<sup>m</sup>65, á contar desde el suelo de la cripta, terminan con hermosísimas cruces doradas, de 12<sup>m</sup>90 de altura; y un grupo soberbio, dorado también y de 7 metros de altura, formado por el Arcangel San Miguel y el dragón infernal, corona la cúpula mayor. Desde todo Lyon se divisan estos deslumbradores centinelas de su fe, sobre todo cuando los rayos del sol se reflejan sobre el dorado. La torre del Noroeste está á disposición de la facultad católica de Ciencias de Lyon, que ha de montar allí un observatorio. La del Noroeste está abierta al público; subí sus 251 peldaños y desde allí se divisa un panorama sorprendente: Lyon como un gran tablero de damas, surcado por los dos caudalosos ríos, á los piés, y limitando el horizonte las cordilleras de los Alpes, Bugey, Beaujolais, Forez y Cêvennes.

Mediante la propina correspondiente, por supuesto, me ofrecieron allí un telescopio y un libro para que inscribiese mi nombre.

Interiormente, tanto la cripta como la iglesia superior, se dividen en tres naves longitudinales, sostenidas por 28 hermosas columnas acanaladas de piedra brillante y agrupadas de dos en dos. Tres cúpulas rebajadas dividen, á su vez, la nave del centro en otras tantas transversales, y las cúpulas mayores se levantan erguidas sobre el ábside, coronando dignamente los altares mayores y los coros.

Hablo en plural, porque me refiero á las dos iglesias, cuya distribución es análoga, aunque claro está que la cúpula mayor de la cripta tiene que ser también rebajada para que sobre ella descansa el pavimento de la iglesia superior.

La ornamentación del ábside de la cripta es de ricos mosaicos venecianos, y en el coro y antecoro se inscriben con letras doradas los nombres de las 676 parroquias que han contribuído con sus donativos á la construcción del monumento. No he podido averiguar los millones que se han invertido ya en obra tan colosal.

La galería circular que rodea exteriormente el ábside con vistas sobre Lyon, es la parte más poética del edificio. Desde ella se dará todos los años la bendición con el Santísimo Sacramento á la ciudad, el día 8 de septiembre, en memoria del voto de 1643, como se da en la actualidad desde el primitivo santuario.

Esta ceremonia ofrece grandioso espectáculo. La muchedumbre ocupa la colina toda de Fourvière é invade los muelles, puentes, calles y plazas de Lyon; frecuentes disparos de cañón repercuten de barrio en barrio y dejan oír su potente voz lo mismo en Fourvière que en la Cruz-Roja; las campanas de todas las iglesias responden clamo-

rosas á la voz de bajo profundo del bordón de la catedral; el pueblo todo cae de rodillas; el sol poniente dora los altísimos y lejanos picos de los Alpes del Delfinado, y la bendición del Altísimo, con todos sus naturales beneficios y gracias, desciende sobre la metrópoli lyonesa y su contorno, que nunca glorificará bastante á su excelsa patrona la Virgen de Fourvière.

Para concluir, definiré la obra querida de la diócesis de Lyon, el monumento que me ocupa, con palabras de un cura francés:

«El nuevo palacio de Nuestra Señora de Fourvière, exteriormente es *turris eburnea*, interiormente *domus aurea*.»

París 15 de julio 1886.








## CARTA VII

*El día catorce de julio y las exequias de  
Monseñor Guibert.*

UATRO días llevo en esta Babilonia que los franceses con su petulancia característica llaman la capital del mundo y, aunque he corrido y visto mucho, he perdido bastante tiempo por presenciar las exequias del difunto Cardenal Arzobispo de París, Monseñor Guibert, y la gran fiesta republicana del 14 de julio.

Es la cosa más natural y sencilla del mundo, que en una población como París, que tiene dos millones y medio de habitantes y más de ocho leguas y media de circuito, ocupando una superficie de 8.000 hectáreas, se invierta á lo mejor un día entero en hacer una visita ó presenciar un espectáculo: á lo sumo se pueden ver dos monumentos importantes, uno por la mañana y otro por la tarde, y para eso han de ser de hierro las piernas del viajero curioso.

Llegué el 12 al anocheecer, y el 13 por la mañana, mi primer cuidado fué buscar el palacio archiepiscopal, para

ver la capilla ardiente. Mi guía *Conty*, que por cierto es muy práctica y utilísima para ver París en ocho días, no habla del palacio arzobispal, porque ni es verdadero monumento, ni en París casi merece el nombre de palacio; no lo encontré tampoco en el plano, y discurriendo á la española, pensé que dicho palacio estaría junto á Nuestra Señora de París, que es la Catedral metropolitana, y me encaminé allá. Vivo en el bulevar Montmartre, que está en el centro del París moderno, y tardé más de una hora en llegar á la *Cité*.

Pues tiempo perdido: en los alrededores de la Catedral no encontré más indicios del arzobispado, que un muelle del Sena que lleva ese nombre.

A preguntar, pues. El uno se sonreía maliciosamente, el otro se encogía de hombros, alguno me engañó indicándome dirección opuesta, y hasta hubo sacerdotes que, asombrándose, se contentaban con decirme:—¡Ah, está muy lejos, muy lejos!—y seguían su camino. No me quedaba el recurso de gastarme seis reales en una carrera, porque ignorando el paradero del palacio y no sabiéndolo tampoco los cocheros, hablar del palacio arzobispal era tiempo y francos perdidos.

Ya medio rendido, me ocurrió dirigirme á una pobre vieja del pueblo y me dió tan perfectamente las señas, que tomé Sena arriba, y no lejos del palacio de los Inválidos, encontré lo que buscaba en la calle Grenelle.

¿Es que no ha preocupado á París la muerte de su virtuosísimo Prelado? El París católico, la prensa religiosa y monárquica no han hablado de otra cosa durante ocho días; pero el París de los bulevares, el París republicano y burgués, el París *comunero* no se cuida de sus Arzobispos más que para disponerles los últimos honores á usanza de los Affre, Sibour y Darboy, mártires predecesores los tres de



Monseñor Guibert. Al menos éste ha tenido la dicha de morir de viejo casi y en su cama.

Las personas piadosas, sin embargo, acudían silenciosamente á la calle de Grenelle á rendir el último tributo á su Prelado difunto. Una vez allí ya no tuve que preguntar; me uní á la procesión de escolares, con Hermanos de la Doctrina Cristiana al frente, de sacerdotes, de monjas, etcétera, y penetré por una humilde puerta en la casa. Los dependientes del Arzobispado, todos de frac, guante negro y tricornio, después de haber cruzado un patio, nos indicaban la dirección y fuimos atravesando pequeñas habitaciones, tapizadas de negro y plata. En una de ellas, poco mayor que una alcoba espaciosa, tapizada también de negro, había una cama imperial en el centro, y debajo del dosel, sobre un pequeño catafalco, estaba el ataúd con el cadáver dentro y completamente cerrado, una mitra blanca en la cabecera y el capelo á los piés; todo tapizado de negro y plata. Media docena de sacerdotes y algunas monjas oraban á derecha é izquierda. Me chocó que no hubiese vela, ni hacha alguna encendida, sin duda por ser de día. No nos permitieron detenernos y desfilando de uno en uno salimos por otra puerta.

¿Acude mucha gente? La visita no se interrumpe en todo el día; pero mucha mayor concurrencia y procesiones formidables se organizan aquí por cualquier motivo.

Tal sucede, por ejemplo, con la fiesta llamada nacional del 14 de julio. Habrán leído ustedes en los periódicos que ha decaído muchísimo el entusiasmo republicano y que ha habido este año menos banderolas é iluminaciones. No puedo comparar; pero sí aseguro, porque lo he presenciado, que á pesar de la lluvia continua y á ratos abundante que estuvo cayendo el 13 por la noche y el 14 por la mañana, los bailes callejeros estuvieron concurridísimos,

el desfile de los batallones de escolares ante el *Hôtel de Ville* se hizo en medio de un bosque de paraguas, la revista militar en *Longchamp* la presencié medio París, los teatros estuvieron completamente llenos, y sin atropellarse, sin confusión, una multitud compacta recorrió las calles viendo las iluminaciones.

Ustedes saben que yo no tengo nada de republicano; pero tampoco falto nunca á la verdad y reconozco que no hubo bullicio, ni vivas, ni desorden, ni entusiasmo á la española; pero se aclamó á los batallones escolares y, sobre todo, á las tropas recién llegadas del Tonkin, y he visto calles enteras materialmente tapizadas de banderolas nacionales.

Los batallones escolares parecían de verdaderos soldados en miniatura, pues se componen de niños de 9 á 16 años. Iban perfectamente uniformados y armados, y marchaban militarmente. En *Longchamp* desfilaron 25.000 hombres por delante de Mr. Grevy y del general Boulanger, que empieza á ser una celebridad, y allí tuvimos de todo: sol, calor, frío, ramalazos de lluvia y sobre todo cansancio; pero las tribunas del Hipódromo presentaban grandioso aspecto.

Allí estaba toda la *alta goma* y todo el *demimonde* parisién, y perdonen ustedes los galicismos, pues no sé decirlo de otra manera, recomendando á los cajistas que no me hagan escribir más disparates, que los que naturalmente salgan de mi lápiz.

Respecto á iluminaciones, no he visto en mi vida nada tan fantástico como el aspecto de la plaza de la Concordia y sus inmediaciones en la velada del 14 de julio.

Ayer se efectuaron las exequias del Cardenal Guibert en la Catedral. Empezaron á las diez en punto y á las ocho ya estaba yo allí. La plaza del Parvis, que precede á la gran-

diosa fachada del gótico templo, estaba bastante animada; pero los guardias de la paz ó municipales, que decimos nosotros, la tuvieron constantemente despejada, sin permitir á nadie que interceptase el paso de los carruajes y convidados.

De las exequias lo más notable ha sido el decorado de la iglesia. Grandes colgaduras negras galonadas de plata con las armas del difunto y su lema *Suaviter et fortiter*, adornaban las tres grandes ojivas de la fachada, cayendo hasta cerca del suelo. Las paredes laterales de toda la gran nave central de la iglesia, es decir, desde las tribunas hasta el pavimento, todo estaba igualmente tapizado de negro, con franjas, estrellas y lágrimas blancas. En el centro mismo del crucero levantábase artístico catafalco, compuesto de dos cuerpos nada más: la gradería inferior, y una especie de urna cineraria superior, sostenida por ocho querubines plateados, de tamaño natural, sobre los cuales descansaba el féretro.

Lámparas con llamas azuladas y candelabros magníficos; coronas de flores naturales las más preciosas, con muchísimo gusto tejidas y de gran tamaño; otras más pequeñas de azabaches, porcelana, etc., y bordados de plata sobre fondo negro, componían el adorno del catafalco, sobre el cual, junto á la nave, se cernía una corona de la que pendían cuatro grandes colgaduras, caprichosamente recogidas en las pilastras.

Sólo se podía entrar con papeleta, y para coger buen sitio tuve que renunciar á ver el cortejo fúnebre. El oficio de difuntos fué sencillamente á canto llano y con órgano; pero sin duda por ser el canto francés, no me gustó. Las tres naves centrales de la Catedral y las tribunas estaban completamente llenas, todos de pié sobre sus sillas para ver mejor y para que nadie viese nada. Por las dos naves late-

rales se podía circular perfectamente. Cinco Obispos, en traje pontifical, entonaron los responsos de rúbrica. Yo no ví nada más. He leído que por la tarde á las cinco hubo Vísperas de difuntos, y que por la noche bajaron el cadáver á la cripta de Nuestra Señora, en donde quedará provisionalmente, hasta que pueda ser trasladado á la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.

París 17 de julio de 1886.





## CARTA VIII.

*Llegada á París.—Bulevares.—Nuevo teatro de la ópera.*

**S**i, ya es hora de que diga algo de esta magnífica metrópoli; pero se me ocurre una duda. Dos métodos puedo seguir al emborronar estas cuartillas: 1.º tomar guías, indicadores é historias de París, que componen ya una biblioteca, y hablar extractando tales publicaciones y de referencia; y 2.º decir desordenadamente cuanto se me ocurra acerca de lo que personalmente he visto, prefiriendo las impresiones propias á los datos eruditos. Aquello sería más completo y didáctico, pero interminable: ésto, quizás más ameno y variado, pero sin concierto. Se me antoja, sin embargo, que los lectores han de preferir lo malo mío á lo bueno ajeno; casi todos conocen además, personalmente ó por lo que han leído, á París, y creo preferible el segundo procedimiento. Manos pues á la obra y á todo el correr del lápiz, salga lo que saliere. Me permitiré también apuntar algunos consejos prác-

ticos, hijos de la propia experiencia, para que estos apuntes puedan ser útiles al que se tome la paciencia de leerlos.

Salimos en el expreso de Lyon á las 7'8 de la mañana, y llegamos á París á las 5'40 de la tarde. De manera que en menos de once horas, recorrimos los 512 kilómetros que separan á las dos mejores ciudades de Francia. Me parece haber dicho ya que Lyon es la antesala de París, tanto que la primera impresión que me produjeron las calles de París, próximas á la estación, fué pésima; pero á medida que avanzaba mi berlina de alquiler y nos íbamos aproximando á los bulevares, cambiaba la decoración, crecía el movimiento, ensanchábanse las calles, los edificios parecían palacios y pude exclamar mentalmente: ¡esto ya es París!

En París estaba en efecto, y en el centro de París y de los bulevares, pues de antemano tenía decidido hospedarme en el Hôtel de la Terrasse, que ocupa inmejorable situación en el bulevar Montmartre, núm. 10.

A propósito, aconsejo el hospedaje en los grandes hoteles, porque los de segundo orden suelen cobrar tanto como los de primero, sirviendo peor, y porque se ahorra en carruajes el mayor coste del hotel. Es de todo punto indispensable ajustar, comprendiendo en el ajuste servicio y bujías ó luces. Los españoles somos algún tanto Quijotes en estas materias; las echamos de grandes señores fuera de nuestra patria, no queremos descender á menudencias al llegar, y al despedirnos y pagar, viene todo aquello de ladrones, estafadores, etc. Preciso es convenir en que al ave de paso, en todas partes, en España como en Francia, se procura darle cañazo, y hay que ser previsor para no recibirlo, aunque quieran dárnoslo.

En los grandes hoteles lo más caro es el cuarto; pero pidiéndolo alto é interior puede obtenerse por tres, tres y medio ó cuatro francos diarios; almuerzo tres, y comida

cuatro ó cinco. De manera, que con diez ó doce pesetas diarias de hospedaje, se puede pasar perfectamente. Lo más cómodo es tomar habitación en un hotel y almorzar y comer en los restaurantes á precio fijo. De esto hay mucho que decir.

Apenas me quité el polvo del camino, salí á la calle y á pié, sin rumbo fijo ni conocimiento alguno de París, recorrí los bulevares Montmartre, Italiens, Capucines y Madeleine. Posteriormente he visto los siguientes: Poissonnière, Bonne-Nouvelle, Saint-Denis, Saint-Martin, Saint-Germain, Saint-Michel, Sebastopol, Strasbourg, etcétera; pero me son más conocidos los primeros.

Los bulevares todos son calles anchísimas, con hileras de árboles en el centro, grandes aceras laterales de asfalto y un arroyo anchísimo, adoquinado con tarugos de madera. Grandes edificios, verdaderos palacios, á derecha é izquierda, y comercios, cafés y restaurantes infinitos en ambas aceras. Son el centro de la animación y del movimiento; un río de carruajes, generalmente descubiertos, va y viene, y se desliza casi sin hacer ruido por el arroyo de madera, cuyo pavimento se parece al de un salón: otro río de gente de á pié, del mundo entero, circula sin cesar por las aceras, y un verdadero mar de cabezas humanas, que contemplan este espectáculo, generalmente con un bok de cerveza en la mano, se apiña en las puertas de los cafés, hoteles, restaurantes, cervecerías, etc., que materialmente ocupan la mitad de las aceras. De noche, profusamente iluminados todos los cafés y comercios, con racimos de bombas de cristal cuajado aquí, letreros de luces de gas allí, aparatos eléctricos en otra parte, presentan los bulevares, sus plazas y avenidas aspecto tan fantástico, que asombra: la mayor concurrencia se nota antes y después de comer, es decir, á las cinco de la tarde, *hora de la absinthia*, como dicen estos

sibaritas, que se preparan tomándola para comer mucho, y á las siete, *hora del café*. Esto no quiere decir que haya un solo momento del día en que los bulevares no estén animados. Entre once y una de la noche lo recorren multitud de mujeres, que parecen duquesas y no lo son, y que, en honor de la verdad, manejan sólo los ojos sin permitirse acercarse al que no las sigue.

Para ver pronto los bulevares, lo mejor es tomar una victoria de alquiler y recorrerlos de día y de noche: puede hacerse esto mismo desde el imperial de los ómnibus que salen de la Magdalena y terminan su carrera en la Bastilla; pero para verlos bien y admirar los infinitos objetos preciosos y caprichosísimos que llenan los escaparates, lo mejor es recorrerlos á pié, despacio, parándose siempre que á uno se le antoje y descansando en los cafés.

Como ya había comido y me encontré inopinadamente delante del suntuosísimo gran teatro de la Ópera, precisamente momentos antes de empezar la representación de *Guillermo Tell*, entré y allí pasé mi primera velada en París. Todavía no he vuelto de mi asombro. Para que no se me diga que exajero, sepan ustedes que se trata de un edificio, que ha costado quince años de trabajos continuos y sesenta y cinco millones de francos. La fantasía no puede soñar nada más suntuoso que aquel pórtico, aquella escalera, que no creo tenga igual en el mundo, aquel salón de descanso y la decoración toda del soberbio teatro. Por todas partes estátuas, frescos, mosaicos, bronce, dorados, tapices, candelabros, arañas y cuanto de más deslumbrador puede ocurrírsele al artista. Es una maravilla que honra al arquitecto Garnier. Ha estado iluminado con gas exclusivamente: ahora hay además focos eléctricos de gran potencia en la riquísima araña central, en seis grandes candelabros, que iluminan el patio, y en las galerías y otros



departamentos. Contiene 2.200 asientos, tapizados todos de terciopelo carmesí, incluso lo que llamaríamos nosotros el gallinero, que en el teatro de la Ópera no existe. En él se ha sacrificado todo á la magnificencia, y para el espectáculo hay mucho terreno perdido. Las plateas están como escondidas debajo de los palcos principales, que salen formando una galería colgante. Me parecieron estrechos los palcos principales, pues sólo caben dos sillones de frente. Los mejores son los proscenios y los que se encuentran entre las columnas, que sostienen la bóveda. En el telón de boca se lee: «Esta Academia la instituyó Luis XIV.—Año 1669.»

París 18 de julio de 1886.







## CARTA IX.

### *Las iglesias de París.*

**A** sí como mi primera visita, por haber llegado al anochecer, fué para el gran teatro de la Ópera, la segunda, al levantarme al día siguiente, fué para la iglesia de la Magdalena. Después, recorriendo París en todas direcciones, he visitado otras muchas, entre las que merecen designación especial la Catedral ó sea Nuestra Señora (en la Cité, plaza de Parvis), San Esteban del Monte (cerca del Panteón), Santa Clotilde (plaza de Bellechasse), San Eústaquio (calle de Montmartre), San Germán-des-Prés (calle de Bonaparte), San Agustín (bulevar Malesherbes), San Germán 1<sup>o</sup> Auxerrois (calle del Louvre), Santos Gervasio y Protasio (detrás del Hôtel de Ville), San Lorenzo (bulevar de Strasbourg), San Roque (calle de Saint-Honoré), la Trinidad (calle de Saint-Lazare), Nuestra Señora de las Victorias (plaza des Petits-Pères), Nuestra Señora de Loreto, San Sulpicio, San Vi-

cente de Paúl, Santo Tomás de Aquino, la Sorbona, etcétera, etcétera.

Existen otras muchísimas, no puedo fijar el número; pero se me antoja que por cada iglesia hay en París mil cafés y quizás me quede corto. Aunque la verdad es que ¿para qué las quieren? Ayer domingo estuve en dos de las principales iglesias de los bulevares, la Magdalena y la Trinidad. Parecía natural que estuviesen llenas, pues no cabría en ellas ni un sólo alfiler, á ninguna hora, si cumplierse con el precepto de oír Misa, nada más la décima parte de estos millones de habitantes; pues, no señor, las dos estaban medio ocupadas por mujeres y niñas, colegialas en su mayoría. Se ven algunos hombres, entre ellos ciertos jóvenes elegantes, con largos guantes en la mano, como si llevasen azotes de piel; se da la Comunión en todas las Misas, incluso las mayores y conventuales; se oyen magníficos órganos, y cantan admirables voces de seculares; las ceremonias todas se hacen con meticulosa propopeya, y paren ustedes de contar.

Aunque casi todas las nombradas, arquitectónicamente hablando, son hermosas y algunas magníficas, las iglesias de París en general no me inspiran recogimiento y me parecen monumentos profanos. Predomina en ellas la arquitectura greco-romana, muchos de sus peristilos están copiados del Partenón de Atenas, lo que les da aire pagano; en el interior las sillas y reclinatorios en fila, las arañas y candelabros de gas y bujías, los tapetes de colores que cubren las mesas de los altares, las flores en ricos jarrones al pié de los santos y en las rinconeras que perfuman la iglesia; todo esto y otros mil detalles que chocan al español, apenas pone los piés en una iglesia francesa, forma un conjunto, más bien de salón de conciertos ó de sala de conferencias, que de templos levantados al Señor.

Hay además otros detalles que me cargan, tales como los suízos, tíos de talla descomunal, con su uniforme lleno de dorados, su gran bastón con porra metálica y su tricordio siempre calado, aunque esté expuesto el Santísimo; los ugieres de frac negro y con una especie de collar, compuesto de llaveros; las viejas encargadas de las sillas y las socaliñas de toda clase, tan características de este pueblo en todas partes, incluso en las casas del Señor.

Me decía ayer un joven español, que por cierto sale hoy para Amberes:

—¿Sabe usted que he ido á Misa y sin duda porque me he arrodillado en el suelo todos me miraban?

—Claro, hombre (le contesté): debía usted haberse encaramado sobre una silla ó haber permanecido en pié durante toda la Misa, contentándose con inclinar la cabeza al alzar á Dios. Esto tiene *chic* y es muy francés. Lo que usted ha hecho es una *cursilería* española.

En cambio, mi amigo se libró de las socaliñas. Yo oí Misa en la Trinidad, y apenas ocupé mi reclinatorio vino una vieja emperifollada y me sacó dos *suses* ó sea diez céntimos. Al poco rato el suízo precediendo á un sacerdote que pedía para no sé qué, con una bolsa de terciopelo carmesí en la mano. Momentos después el ugier, abriendo paso á una señorita, por cierto joven, guapa y elegante, que pedía también para no sé qué otro santo objeto. Y esto se repite en todas las Misas y demás funciones, incluso las Vísperas, á las cuales asisten puntualmente los franceses. Más aún: en la Catedral de Lyon leí un anuncio, en el que se suplicaba á los *abonados* á silla permanente, que dijeran si querían ocuparla para la consagración de no recuerdo qué Obispo.

Prescindiendo de estas pequeñeces, artísticamente hablando agradan y hasta nos producen admiración varias

iglesias de París. Sorprenden sobre todo sus dimensiones. Desde lejos no chocan, porque armonizan perfectamente con la grandeza de las calles, plazas y palacios limítrofes; pero al acercarse y medirlas, nada más con la vista, se llena uno de asombro.

Tal me sucedió en la Magdalena, soberbio monumento que domina la calle Real y la plaza de la Concordia. Exteriormente, su estilo es griego puro, y al construirla se tomó por modelo el templo de Júpiter, en Atenas. Veintiocho peldaños conducen al peristilo, grandiosa galería sostenida por muchísimas columnas (no las he contado) de orden corintio, de 16 metros de altura con su correspondiente diámetro. En el frontón está esculpido el *Juicio final* por Lemaire. Los ocho compartimientos de las grandiosas puertas de bronce, representan en preciosos bajos-relieves de Triquetti, los ocho primeros preceptos del Decálogo. Interiormente, la iglesia de una sola nave, cubierta por tres cúpulas y dos semicúpulas, presenta un hermoso golpe de vista, resplandeciendo por todas partes mármoles dorados, bronces, arañas, candelabros, estatuas, etc. Verdaderamente fué feliz el pensamiento de Luis XVIII al dedicar en medio de los bulevares tan grandioso templo á la Magdalena pecadora, cuyo arrepentimiento conviene tengan siempre á la vista las pecadoras parisienses.

De Nuestra Señora, ó sea la Basílica metropolitana, que majestuosa se levanta á orillas del Sena, sirviéndole por delante de antesala la gran plaza del Parvis, y de desahogo y ornamento por el lado opuesto un precioso jardín; ¿qué quieren ustedes que diga en cuatro líneas? Que es el mejor monumento gótico que tienen los franceses, y que contemplándolo recuerda uno involuntariamente nuestras catedrales de Toledo, Burgos, Sevilla, León, etc. La fachada es magnífica, está lateralmente protegida por dos

torres iguales de 368 escalones cada una, y ostenta, entre otros mil detalles, una gran ventana rosácea y las estatuas de 28 reyes de Francia, bienhechores de la iglesia. Las torres son truncadas, y me harían más gracia si terminasen en agujas caladas como las de la Catedral de Burgos.

Verdad es que detrás y en medio de dichas torres se levanta una flecha de encina, cubierta de plomo, de 45 metros de altura y airoso aspecto, que parece dedo imponente mostrando á los mortales su verdadera patria.

Interiormente la Catedral se compone de cinco naves, la central alta y rodeada de hermosas galerías, y rebajadas las laterales. Recibe la luz por tres grandes rosetones y 113 vidrieras perfectamente pintadas. Veintitres capillas componen el claustro de la Catedral y en ellas pueden admirarse multitud de preciosidades escultóricas. El *tesoro* se compone de riquísimos ornamentos, alhajas y reliquias, al frente de las cuales figura, como sabe todo el mundo, la corona de espinas de Jesucristo Nuestro Señor.

Me haría interminable si quisiese apuntar nada más algo de lo muchísimo digno de mención que contienen las iglesias de París. La Santa Capilla, en el Palacio de Justicia, es un precioso relicario gótico, cuyos ventanales rasgados de diez ó doce metros de altura con vidrieras pintadas, producen verdadero encanto. En la iglesia de la Sorbona hay un sepulcro magnífico del Cardenal Richelieu. En San Esteban del Monte puede verse el lugar en que fué asesinado Monseñor Sibour, y la tumba y reliquias de Santa Genoveva, patrona de París. En la Trinidad, la lápida donde se conmemora que fué convertida en ambulancia durante el sitio de París. La capilla, siempre profusamente iluminada, de Nuestra Señora de las Victorias, en la iglesia del mismo nombre, etc., etc.

Puesto que de iglesias hablo, no quiero concluir sin

aclarar un párrafo de mi anterior carta. Decía en ella que *cinco* Obispos habían cantado los responsos de rúbrica en las exequias de Monseñor Guibert, y era verdad, cinco solamente llevaban mitra y báculo. Pero asistieron además tres Cardenales, treinta y nueve Arzobispos y Obispos y casi todo el clero de París. Aunque ocupé un excelente sitio en la nave del transepto, como los Prelados franceses apenas se distinguen por el traje de los demás sacerdotes, no me dí cuenta hasta que lo leí en los periódicos de que tenía á la vista todo un concilio francés. La iglesia francesa se ha portado admirablemente con el santo difunto. En cambio, el gobierno le ha negado los honores militares debidos á su categoría, todo por miedo á los radicales, soliviantados por los periódicos revolucionarios y judíos.

París 19 de julio de 1886.







## CARTA X.

### *Otras iglesias de Paris.*

**N**o solamente hay en París iglesias destinadas al culto católico de una manera permanente, sino también otras que lo han sido, lo son en ciertos días ó lo serán, y como entre ellas figuran verdaderos monumentos, que con placer he visitado, hé aquí el por qué de estas líneas. Daré la preferencia á la Capilla Expiatoria, Panteón, Santa Capilla, é iglesias de los Inválidos y del Sagrado Corazón.

CAPILLA EXPIATORIA. Se encuentra en el bulevar Haussmann, en una plazuela con jardín, entre las calles de Pasquier y de Anjou. Levantado este edificio por los años del 20 al 26 á la memoria de Luís XVI y de María Antonieta, en el lugar mismo que ocupaba el antiguo cementerio de la Magdalena, campo santo en el que descansaron durante 21 años los restos mortales de dichos reyes infortunados; tiene la forma de cruz, coronada por una pequeña cúpula. En el interior hay dos grupos de estátuas en marmol blan-

co: el de la derecha, por Bosio, que lo componen Luís XVI y un ángel en actitud de sostenerle y de decirle: «Hijo de San Luís, subid al cielo;» y el de la izquierda, por Cortot, que lo componen la religión con las estatuas-retratos de la Reina y de su cuñada Isabel. Al pié del primero, con letras de oro sobre mármol negro, está escrito el testamento del Rey mártir; y al pié del segundo la carta de despedida que la Reina escribió á su cuñada. Sin moverse, es imposible leer estos dos elocuentes documentos. Debajo existe una pequeña cripta, con un altar de mármol negro, en el cual se conservan las piedras y tierra de las sepulturas de dichos reyes.

Todos ó casi todos los monumentos de París están siempre y gratuitamente abiertos al público, excepto los lunes, día destinado por lo general á la limpieza; pero la Capilla Expiatoria está siempre cerrada y para verla hay que dirigirse al conserje y darle una pequeña propina. Por lo visto, la república francesa no tiene grande empeño de que se visite este recuerdo palpitante de las hazañas revolucionarias.

No sucede lo mismo con el Panteón, monumento visible todos los días de diez á cuatro, excepto los lunes, antigua iglesia consagrada á la patrona de París, Santa Genoveva, y robada recientemente (22 de mayo de 1885), al culto católico para inhumar en ella á Victor Hugo. Merece un libro entero este hermoso templo, y probablemente estará ya publicado. Yo no sé cómo condensar en tan pocas líneas lo mucho que se me ocurre.

Está en la plaza del Panteón, cerca de la calle de San Jaime, y no lejos del Luxemburgo: su grandioso peristilo, semejante al de la Magdalena, sostenido por 22 soberbias columnas acanaladas de orden corintio, está coronado por un frontón triangular, con esculturas de David que repre-

sentan á la Patria, entre la Libertad y la Historia, distribuyendo coronas á los grandes hombres. En casi todas las iglesias de París, no profanadas como la de Santa Genoveva, se encuentra siempre la consabida inscripción: *Liberté, égalité, fraternité*, y no podía faltar en ésta, resumen y compendio de la libertad contra la Iglesia.

Interiormente afecta la forma de cruz, que mide 113 metros de larga por 85 de ancha. La cúpula es una de las mejores del mundo y tiene 83 metros de altura. Aunque continúa la profanación, todavía se conservan estatuas de santos y frescos representando la vida y muerte de Santa Genoveva, acerca de los que no puedo dar detalles, pues me haría interminable; pero han desaparecido altares, arañas, pilas, etc.

Medio muerto estaba de cansancio; mas no quise perder la ocasión de ver París á vista de pájaro, y lentamente me eché al cuerpo los 425 peldaños de hierro, que hay que subir hasta el cimborio de la cúpula del Panteón, mirador acristalado y sin igual, desde el que se divisa esta ciudad sin término, bajo cuyos techos y por entre cuyos edificios hormigean más habitantes que los que cuentan algunas naciones. París puede dominarse también desde el Arco de triunfo, en la plaza de la Estrella, desde la cúpula de los Inválidos, desde las torres de la Catedral, desde la columna de la plaza Vendome y desde Montmartre.

Bajé luego á la cripta, compuesta de numerosas bóvedas y corredores, en donde están los sepulcros de Víctor Hugo, materialmente sepultado bajo un montón de coronas fúnebres; de Soufflot, el arquitecto del edificio y de muchos sabios, generales y dignatarios del primer imperio, y en donde se enseñan los nichos que ocuparon Rousseau, Voltaire, Marat y Mirabeau. No se me olvidará nunca esta visita. Unos cincuenta seríamos los curiosos, delante de

los cuales marchaba el conserje con su linterna en la mano y esa prosopopeya cómica, que á los franceses caracteriza, recitando solemnemente y de memoria su lección para cada sitio; pero, al llegar á cierto punto, nos hizo colocar en semicírculo y se puso á hablar con Monsieur Ecó. El eco, que por cierto es notabilísimo, repetía las preguntas todas del conserje, cuando de repente oímos una detonación, que asustó á las señoras; comenzó entonces una verdadera batalla de truenos y cañonazos, que repetía con resonancia grande Mr. Ecó, hasta que el conserje se compadeció de nuestro asombro é ignorancia y nos enseñó una especie de tambor, sobre el cual producía aquellos ruidos con un palillo, ruidos que corregidos y aumentados se prolongaban y repetían sin cesar, confundiéndose unos con otros por aquellas bóvedas.

SANTA CAPILLA. Está al lado del palacio de Justicia, tanto que en ella se verifica la solemne apertura de los tribunales. Fué mandada construir por San Luís, según el plano de Pedro de Montereau, por los años desde 1245 hasta 1248 para colocar en ella las reliquias que el santo Rey obtuvo de Balduino II, emperador de Constantinopla, en 1241, á saber: la corona de espinas y un buen pedazo de la verdadera cruz, que, como dije, pueden verse hoy en la Catedral. La santa Capilla es una verdadera joya, un relicario gótico, que cuanto más se mira más se admira. Sus vidrieras, sobre todo, son grandes y hermosísimas. Restáuranla exteriormente y tiene también una hermosa cripta. Los cicerones no dejan de advertir, señalando á una claraboya medio oculta, que desde allí oía Misa Luís XI, viendo sin ser visto. No puede verse los lunes y viernes, y yo tuve que ir dos veces porque la primera lo hice en viernes.

SEPULCRO DE NAPOLEÓN I. Está en el palacio de los

Inválidos, en el cual pasé casi una tarde entera. La dorada cúpula de los Inválidos domina á París y se distingue desde todas partes, por su altura y porque el sol refleja en sus dorados.

La iglesia de San Luís ó de los Inválidos es grande, se compone de una nave central airosa y alta, y de dos laterales, bajas y con tribunas á la central; pero no tiene nada de notable arquitectónicamente hablando. Allí lo notable es la cúpula, debajo de la cual se encuentra el sepulcro de Napoleón I. Se puede entrar por detrás del altar mayor de la iglesia de San Luís; pero tiene además portada propia y puerta independiente, cruzando un hermoso patio que la precede.

Se debe al arquitecto Mansart, y se compone de una iglesia circular, semejante á la de las Escuelas-Pías de Valencia, aunque más grandiosa y más rica, coronada por la dorada cúpula, que termina con atrevida y graciosa flecha. Interior y exteriormente está adornada de columnas, estatuas y pinturas de mérito, iluminado todo por una luz semejante á la del sol poniéndose; quizás dependa esto de los dorados de la cúpula. En las capillas están los ricos sepulcros de Jerónimo y de José Napoleón (¿Pepe Bote-llas?) hermanos del Emperador, del nieto de Jerónimo, de Turena, de Vauban, etc., y en el centro y como en el fondo de un inmenso pilón de fuente marmórea, se ve el sarcófago en granito rojo, liso y severo del gran Napoleón. Diez magníficos bajo-relieves en mármol blanco, recuerdan las glorias del primer imperio y lindísimas estatuas de Pradier, figuran las principales batallas ganadas por el Capitán del siglo.

Todo aquello es magnífico, grandioso; pero convida á reflexionar sobre las miserias y grandezas humanas. Aquella tumba es digna del Alejandro moderno; pero no re-

cuerto si fué en Versalles, ví una hermosa estatua de mármol, que le representaba durante sus últimos días en Santa Elena, y recuerdo que el escultor había tenido el capricho de ponerle al rededor del cuello, tendida sobre el pecho, una servilleta, que parecía de tela, como se les suele poner á los niños cuando comen para que no ensucien sus vestidos.

¡Apoteosis en los Inválidos y prisión y olvido en Santa Elena! También se presta á grandes reflexiones el no ver allí los sepulcros ni de Napoleón III, ni de su hijo el Príncipe, asesinado por los zulús.

IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, EN MONTMARTRE. Subí á la iglesia votiva en construcción del Sagrado Corazón de Jesús, y eso que la carrera es penosa para hacerla á pié, como yo la hice. Desde la conclusión de la calle de los Mártires hasta el alto del monte, sobre el cual se está construyendo la iglesia, se puede subir en carruaje dando un rodeo por aquellas calles en forma de rampas, ó por escaleras de piedra con balaustradas de hierro. Opté por esto último y no sé cuántos escalones subí á punto fijo, más de 200, para encontrarme en lo alto del monte. Dando vueltas por aquellos andamiajes, tropecé con una pequeña capilla, oí el órgano y entré en el momento en que el sacerdote daba la bendición al pueblo con la Custodia. Aquella es la Capilla del Sagrado Corazón de Jesús, en donde tiene su asiento la Adoración perpétua. Es pobre; pero sus paredes están materialmente cubiertas de ex-votos y promesas. Había en la función bastantes mujeres, aunque ni un sólo hombre, si exceptúo sacerdotes, sacristanes y monaguillos.

Salí fuera y en el número 31 me dieron, por medio franco, un permiso para visitar las obras. Están aún bastante atrasadas, á pesar de haberse terminado ya lo más cos-

tosos, como son los cimientos, las criptas, que son inmensas y magníficas, y las paredes maestras hasta cerca de los chapiteles de las columnas. En 31 de enero del año actual, iban gastados 16 millones de francos y para terminar la soberbia iglesia parece que se necesitan aún unos 10 millones de francos más, todo debido á la caridad de los fieles y á las suscripciones organizadas por el clero francés. El plano se debe al arquitecto Abadie, que murió hace poco; la iglesia es de estilo bizantino y, aunque sin concluir, ya venden fotografías de lo que será, por las cuales puede uno convencerse de que, si se termina la obra, el Sagrado Corazón de Montmartre será uno de los más ricos, hermosos y visitados monumentos de París. La gran ciudad está como postrada á los piés de la nueva iglesia. ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza! También ví el sitio que el mismo Monseñor Guibert designó para su enterramiento, en la cripta y capilla de los muertos de la futura iglesia.

Me canso y tengo aún mucho que pasear.

Berna 21 de julio de 1886.









## CARTA XI

### *Los jardines de París.*

**U**NA de las causas que dan á París tan enorme área superficial hay que verla en la anchura y extensión de sus bulevares, calles y plazas y en sus jardines interiores y exteriores. En amor á las plantas, afición y buen gusto por su cultivo, nos ganan todas las naciones y singularmente Francia, Suíza y Alemania. Sabido es el desarrollo grande que ha tomado en la primera el comercio de plantas de salón y no hay más que mirar á las azoteas, patios y escaleras de las casas para convencerse de que la jardinería ha entrado de lleno en el hogar doméstico, y se considera de muy mal gusto, y hasta poco culto, no tener afición á flores y plantas naturales.

A cada paso se encuentran, pues, en París árboles y parterres, que convierten las calles y plazas de la gran ciudad en paseos y jardines continuados; pero aquí quiero hablar únicamente de los que propiamente merecen y llevan el nombre de jardines y paseos, no de todos, sino únicamente de aquellos que personalmente, á pié ó en carruaje, he visitado y recorrido.

Son los siguientes: el de Aclimatación, el del Luxemburgo, el del Palacio Real, el de Plantas, el de las Tullerías, los Campos Elíseos y el Bosque de Boloña. Imposible describirlos de uno en uno, ni siquiera apuntar lo más importante acerca de todos, sin hacerse interminable.

¿Quién no ha oído hablar del Bosque de Boloña? Su reputación es universal y tan grande como sus dimensiones. Se puede ir al Bosque en ómnibus hasta el jardín de Aclimatación; en tranvía, por el ferrocarril de circunvalación; y en carruaje de alquiler. Para verlo bien, éste es el medio más cómodo que á todos aconsejo. Sus avenidas, calles y andenes tienen leguas de longitud, y dentro del mal llamado Bosque, porque no hay florestas propiamente dichas, como no hay praderas en el Prado de Madrid, se encierra un mundo. Allí están el jardín de Aclimatación, las alamedas de Longchamp y de la Reina Margarita, los lagos Superior (con sus dos islas) é inferior, los Hipódromos de Longchamp y de Auteuil, multitud de avenidas, calles, bulevares y praderas, adornadas de árboles sin cuento. No llevando en la mano el plano, allí se pierde el más diestro y le cuesta tres días regresar á París. La mejor hora y lugar más apropiado para ver desfilan los carruajes de la *alta goma* ó del *demi monde* que acuden al Bosque, son la *Avenida* del mismo nombre, entre cuatro y cinco de la tarde, en días de corridas. El aspecto que presenta el Hipódromo es también deslumbrador. Yo lo ví el día de la gran revista militar, ó sea el 14 de julio. Tales dimensiones, sin embargo, asustan y disgustan. Voy á decir una herejía: me gusta más el Parque llamado de la Cabeza de Oro de Lyon, que el Bosque de Boloña de París. Este tiene renombre universal; pero aquél, por ser sin duda más reducido, está mejor cuidado, es más lindo y sus lagos más hermosos.

En el jardín de Aclimatación el curioso y el inteligente

pueden ver animales y vegetales de toda clase, del país, del extranjero y de remotos climas, que están aclimatados ya en Europa, con aplicaciones más ó menos útiles á la agricultura, al comercio ó á la industria. Todos los domingos y jueves hay concierto á las tres de la tarde, y tocan muy bien: el día que yo estuve era jueves y pasé un rato delicioso. Dentro del jardín y á disposición de los que sueltan unos céntimos hay tranvías microscópicos, tirados por jaquitas minúsculas, que recorren todo el jardín, carruajes para niños tirados por perros y avestruces, y camellos y elefantes ensillados para dar vueltas, montados en tales animaluchos, por aquellos andenes. El elefante llevaba seis viajeros cada vez sobre una especie de angarillas, tres en cada lado y los niños y las señoritas se disputaban el honor de viajar en tan regia cabalgadura. Contiene además dicho jardín panoramas de animales antidiluvianos, hermoso *Aquarium*, vaquería, cuadras, gran perrera, pollería, etc. etc. Se puede pasar allí perfectamente una tarde deleitándose y aprendiendo mucho. Se me olvidaba: el jardín de Aclimatación lo vende todo, y compra lo que le conviene. Es grande la habilidad que tienen los franceses para hacer producir hasta á los lugares de recreo público; cuesta muchísimo la instalación y sostenimiento de este jardín; y, no obstante, se me ha asegurado que con el franco de entrada, los céntimos de todas aquellas distracciones apuntadas y el importe de la venta, el jardín de Aclimatación produce en vez de ser gravoso.

El jardín de Plantas, que á la vez es botánico, zoológico y mineralógico y se encuentra precisamente en el extremo opuesto de París, en la plaza Walhubert frente al puente de Austerlitz, es mejor, científicamente hablando, y sus colecciones creo que son magníficas; sus estufas ó invernáculos colosales, capaces de contener árboles gigan-

tescos; sus ejemplares de animales raros, sin igual, etcétera, etcétera.

He dicho creo, por dos razones: primera, porque no soy inteligente en ciencias naturales; y segunda, porque me cansé tanto dando vueltas por el jardín y contemplando las fieras como haría cualquier paleta, que renuncié á entrar en aquellos palacios llamados museos ó gabinetes, de esto, de aquello y de lo de más allá.

Me gustaron sobremanera los cocodrilos, durmiendo á orillas de un estanque; los hipopótamos, los osos marinos, las hienas, etc., etc.

Los inmensos jardines de las Tullerías y del Luxemburgo, están bastante descuidados. En aquél ví estatuas y grupos preciosos, debidos á los mejores escultores de Francia; en éste los retratos en piedra, ó sea estatuas, de muchas reinas francesas, y en ambos muchos pajaritos, gorriones y pardillos, la mayor parte tan dóciles y acostumbrados á comer de gorra, que acuden á bandadas en cuanto alguno comienza á repartirles semillas ó migas de pan. Esto me recordó lo que sucede en Venecia con las palomas de San Marcos, y en Berna con los osos, y también lo que hacen en mi país los muchachos con cuantos pájaros caen en sus manos.

Se me olvidaba. He visto además el parque de Monceaux, que es pequeño, pero lindísimo, y forma como el centro del nuevo cuartel compuesto de los bulevares de Courcelles, Malesherbes, etc. La verja que rodea todo el Parque es soberbia, de hierro y con multitud de dorados y relieves. Al visitar este Parque puede aprovecharse la ocasión para ver la iglesia rusa cismática, que está allí cerca en la calle de Daru, número 12. De estilo bizantino moscovita, creo que es muy elegante. Yo no pude verla porque estaba cerrada.

Berna 22 de julio de 1886.



## CARTA XII.

### *Museos y monumentos públicos de París.*

**M**UCHÍSIMOS son los museos y monumentos públicos que París encierra, y para verlos deteniéndose algo calculo que no basta un mes: pero yo únicamente recorrí los museos del Louvre, del Luxemburgo, de Cluny y el de Artillería, dándome un atracón artístico, que no he digerido aún y convirtiendo mi memoria en verdadera olla de grillos, de la que sería difícil sacar nada concreto y ordenado, aunque voy á intentarlo.

El palacio del Louvre es un edificio inmenso y suntuosísimo, compuesto de multitud de pabellones y de patios, de los cuales no es fácil formarse idea más que con el plano á la vista, y en cuyos salones innúmeros y galerías sin término han acumulado los franceses las más ricas colecciones *del mundo*, según Conty en su guía *París en Poche*. Yo no afirmaré que esto sea rigurosamente exacto; pero sí aseguro, que después de haber visto y no á la li-

gera, nuestro riquísimo museo de Pinturas en Madrid y los museos del Vaticano, en Roma, al recorrer los salones del Louvre, quedé estupefacto. Conty dedica dos días en su guía para ver este museo, y son necesarios: yo no podía disponer de tanto tiempo y recorrí todos sus salones en uno; pero estuve allí desde las nueve de la mañana, hora en que se abre al público, hasta las cinco de la tarde, hora en que se cierra, sin permitirme más descanso que el tiempo indispensable para almorzar en un restaurant próximo.

Allí están los museos de esculturas antiguas, modernas, de la Edad Media, del Renacimiento, egipcias, asirias y del Asia Menor; de antigüedades griegas, romanas, etruscas y egipcias; las colecciones Lenoir, Davillier, Thiers, etcétera, etc.; los museos etnográfico, de marina, chino y de pinturas. Sólo la enumeración de los departamentos que contienen tantas riquezas artísticas de todo género, aturde. Son los siguientes: Museo *La Caze*, sala de Enrique II, sala de las siete chimeneas, sala de las alhajas, gran galería de las escuelas de pintura italiana, española, alemana, flamenca y holandesa; cinco salas seguidas de la escuela francesa, primera galería francesa, salón Denon, segunda galería francesa, sala de los Siete Mártires y gran escalera del pabellón Daru. Viene después el museo Campana, compuesto principalmente de vasos y tierras cocidas (9 salas); el museo de antigüedades romanas, griegas y egipcias (9 salas); el antiguo museo de los soberanos (7 salas y un vestíbulo); el museo de la Edad Media y del Renacimiento, con los museos Sauvageot, de pinturas al pastel y de dibujos (21 departamentos); el museo Thiers; la sala de bronce antiguos y los museos de esculturas nombradas al principio, que ocupan más de 50 habitaciones, que sería prolijo y cargante nombrar de

una en una aunque se designase solo un objeto notable de cada sala.

Esta acumulación asombrosa de riquezas artísticas, únicamente se explica notando que Francia ha sido siempre una de las naciones más ricas y conquistadoras del mundo, y que á los franceses no les ha dolido nunca el oro, ni la rapiña, en caso necesario, para aumentar la gloria de su Francia!

No quiero trasladar al papel los pensamientos que se me ocurrieron, en la segunda sección de la gran galería, en presencia de aquellos hermosísimos lienzos de Ribera, Velázquez, Goya, Zurbarán, Morales y, sobre todo, contemplando la mejor de las Purísimas de Murillo, con un cartel que dice: *Valuada en 500.000 francos.*

El museo de Luxemburgo, situado en el palacio del mismo nombre, es reciente y con razón se le designa museo de los artistas contemporáneos, porque todo en él es muy moderno. Se divide en dos galerías, la de esculturas, esplendentes todas por la abundancia de luz y por la blancura nivea de tanto mármol de Carrara; y la de pinturas, que se compone de once salas. No porque sea el mejor, sino por su elocuencia significativa, en la sala cuarta, marcado con el número 170, ví un cuadro de Lefebvre, que en la forma de joven hermosísima, completamente desnuda y con un foco de luz sobre la cabeza, que deslumbra, representa la Verdad. ¡Feliz idea! La verdad no admite ropajes, ni atavíos de ninguna clase, que ocultan siempre algo; pero tampoco puede presentarse en público, tal cual es, porque se escandalizan los fariseos de todos los siglos.

El museo Cluny es una rica colección de antigüedades nacionales y extranjeras de la Edad Media y del Renacimiento, artísticamente expuestas en el palaeio de las Thermas, bulevar Saint-Michel.

Lo primero que choca es que la mayor parte de aquellos objetos tienen carácter sagrado y han pertenecido indudablemente á iglesias y conventos. Pena da y no poca ver todas aquellas imágenes, relicarios, trípticos, ornamentos, sillerías de coro, etc., etc., arrancados de sus sitios naturales para formar en París un museo más, cuando los tiene sin cuento.

Aunque lo visitaba de prisa, por fuerza tuve que detenerme ante una vitrina que contiene nueve coronas de oro, góticas algunas con piedras y cruces preciosas, que dice pertenecieron á nuestros reyes, una de ellas á Recesvinto, y fueron encontradas cerca de Toledo, en la fuente de Guarrazar por los años de 1859 y 1861 y adquiridas por el museo de Cluny. Verdaderamente si son legítimas y la procedencia cierta, el hecho honra muy poco á España, y menos al español que las encontró y las vendió á los franceses.

El museo de Artillería está en el palacio de los Inválidos, y mientras llovía dediqué á visitarle una tarde entera.

Se compone de varias salas de armas portátiles; de una de modelos, de otra de trajes de guerra, de dos de armaduras y de la galería etnográfica.

En la sala de los trajes de guerra hay 74 maniqués perfectamente armados y equipados para entrar en batalla, representando las edades de la piedra, del bronce y del hierro y los períodos merovingio, galo, romano y griego; en una palabra, la historia entera de los uniformes, desde el principio del mundo hasta el siglo xvii. En la galería etnográfica se ven unos noventa personajes, vestidos y armados, representando los principales tipos de los pueblos de Africa, Asia, América y Oceanía.

Tanto en la una como en la otra colección, hay tipos dignos de verse, y riquezas sin cuento en las salas de armas y de armaduras.



No ví más museos; pero sí la Biblioteca Nacional, la Bolsa, el teatro del Edén, el circo ecuestre de los Campos Elíseos, los palacios del Congreso y del Senado, las principales fuentes y puentes sobre el Sena, el obelisco de la plaza de la Concordia, las columnas de Julio y Vendome y los arcos triunfales del Carrousel y de la Estrella.

Este último, aunque moderno, es más artístico y grandioso que los mejores de la antigua Roma; ha costado nueve millones de francos; su situación es admirable, y los puntos de vista que desde su altura ofrece sin igual; cuando el sitio de París, en la guerra franco-prusiana, cayeron sobre él más de 2.000 proyectiles, aunque ya no se conocen sus huellas, y en sus muros interiores pueden leerse los nombres de las principales victorias obtenidas por los franceses, á las órdenes del primer Napoleón. Me indignó encontrar en aquellas interminables listas de batallas ganadas los siguientes nombres, tal cual á continuación los copio:

Le Bastan.—Le Boulou.—Burgos.—Espinosa.—Tudela.—Vélez.—La Corogne.—Sarragosse.—Valls.—Medelin.—Maria-Belchite.—Almonacid.—Ocana.—Alba de Tormés.—Vique.—Lérida.—Ciudad Rodrigo.—Almeida.—Tortose.—Géborra (ó Guadiana).—Badajoz.—Tarragone.—Sagonte.—Valence.

No han querido inscribir más y debemos agradecerles que no hayan puesto que á consecuencia de esa interminable lista de victorias, España es un departamento francés como otro cualquiera.

También dediqué un domingo á Versalles y pensaba escribir una carta, hablando sólo de aquel palacio-museo de historia francesa viva, y de aquellos interminables jardines; pero no puede ser, porque deseo que terminen á vez estos borriones y mi viaje.

Berna 22 de julio de 1886.





## CARTA XIII.

### *Neuchâtel*



A estoy en Suíza.  
Hablemos pues de Suíza. ¿No es verdad que este solo nombre le hace á uno tiritar de frío y ver por todas partes brumas, nieves perpétuas, glaciares y lluvias? Pues no hay nada de eso, amigos míos. En la estación de Berna tropecé con dos valencianos, que fueron los primeros en reconocer y nombrar al Sr. Peyrolón y decía uno de ellos con mucha gracia:

—Aquí hace más calor que en Valencia, mucho más, si señor: aquellos se figuran que se nos está helando la nariz y nosotros aquí sudando la gota gorda. Un demonio volverán á decirme en Valencia: Amigo qué feliz, qué feliz es usted, á tomar el fresco en Suíza, mientras aquí nos achicharramos vivos. ¡Que vengan, que vengan y verán lo que es bueno!

Alguna exageración hay en las declamaciones del suso-

dicho valenciano; pero no deja de tener razón en el fondo. Ni un solo segundo me ha pesado haberme traído la sombrilla, mi mejor compañera de viaje: no cae una gota y para la exactitud de la temperatura sepan ustedes que hoy, 23 de julio, está el termómetro centígrado á 28 á la sombra. Pero basta de introducción y copiemos literalmente de mis apuntes lo siguiente:

Decidí dejar los bulevares, y ayer tarde lunes, á las siete y cincuenta, partí en el rápido, por Dijon y Pontarlier para Suiza, y hoy martes, por la mañana, después de haber recorrido la población, escribo estas líneas á la sombra de añosos olmos, en hermoso paseo, á orillas del lago de Neuchâtel.

¡Qué diferencia! Anoche bullicio y movimiento en los bulevares parisienses, y esta mañana calma y silencio en los lagos suízos.

Allí el hombre con todas sus degradaciones y grandezas, hijas de la gigante civilización moderna: Dios aquí revelándose en esos altísimos montes de blanca cabellera, en esos risueños valles de chozas y praderas tapizados, en esos lagos cristalinos, florestas, torrentes y arroyos que cantan su gloria.

No me canso de contemplar el primer lago suízo que divisan mis ojos y ante mí se extiende. El lago de Neuchâtel es uno de los mayores; está al pié del Jura y entre los cantones de Neuchâtel, Berna, Friburgo y Vaud. Mide unos 36 kilómetros de largo, 8 de ancho, 130 metros de profundidad y se encuentra á unos 430 sobre el nivel del mar. Es abundantísimo en pesca y sus aguas tienen la extraña virtud de endurecer y ennegrecer la madera convirtiéndola en ébano, circunstancias que explota la industria de estos suízos vividores. A la sombra no se nota el calor; pero brilla un sol tan espléndido y el día está tan

en calma, que ni el más pequeño rizo descubro en la brillante superficie de este hermoso lago: parece de plata fundida.

No abarco su longitud; pero sí su anchura y al otro lado distingo naturalmente, y con los gemelos mejor, dos cadenas de montes; éstos bajos, verdes y cubiertos de praderas y bosques; y aquellos últimos, nebulosos, abruptos y coronados por nieves perpétuas. Allí están los glaciares (palabra ya admitida) alguno de los cuales me propongo visitar.

La ciudad de Neuchâtel, capital del cantón federal del mismo nombre, cuenta unos 14.000 habitantes, se extiende en forma de anfiteatro sobre la falda del Chaumont y á orillas del lago, se hace en ella gran comercio de relojes, tiene muchos establecimientos de beneficencia y, aunque predominan los protestantes, hay también unos 2.000 católicos. La he recorrido de parte á parte y, viniendo de París parece un población muerta. Merecen visitarse la antigua iglesia católica, hoy protestante, que es un buen edificio gótico, su claustro y jardín, desde el cual se domina el lago y se contempla un panorama magnífico, la estatua de Farel, el pastor reformador, la de David de Purry, que dejó cuatro millones y medio de francos á su pueblo natal, para obras benéficas, el círculo Dupeyron y el museo de pinturas y animales alpestres. El primero vale poco; pero en el segundo ha reunido Neuchâtel ejemplares los más curiosos de cuantos animales habitan los Alpes. Hay allí buhos de todos tamaños y clases; águilas grandes y chicas de varios colores, artísticamente disecadas, cerniéndose unas en los aires y destrozando otras corderos y cabritos con las uñas; muchas especies de perdices, algunas casi blancas; faisanes, aves acuáticas, azores, cuervos, gabilanes, comadrejas, ratones, ardillas, gatos monte-

ses descomunales, grandes conejos blancos, zorras, osos, cabras montesas, ciervos, perros, etc., etc., todos muy bien expuestos, muchísimos con sus polluelos, y algunos con sus nidos.

En el paseo llamado *Faubourg-de-l' Hôpital*, he visto dos soberbios edificios destinados el uno á colegio y el otro á palacio de *Beaux-Arts*. Tal es su título, y en la fachada dice que fué terminado en 1883.

Hay también hermosos hoteles como el de Bellvue, el de Mont-Blanc, el del Faucon, etc.

No parece que sean muchos los extranjeros que hay en Neuchâtel, pues por todas partes tropieza el viajero con silencio y soledad encantadores.

Hasta aquí las notas de mi cartera. Ahora únicamente puedo añadir algo acerca del país en general.

Suíza se parece muchísimo á nuestras provincias vascogadas, si prescindimos de glaciares y lagos, aunque la verdad sea dicha, sin estos admirables elementos naturales, yo prefiero nuestras montañas á éstas. Son aquellas más variadas y aún más imponentes, sin que cedan á los montes suízos en vegetación y aguas corrientes. Imagínense ustedes un país compuesto de colinas, hondonadas, valles, gargantas, algún que otro monte de regular altura, extendido todo al pié de los Alpes, que desde lejos parecen una cadena de montes pelados y adornados por algunas sábanas tendidas por caprichosa lavandera; tapicen todo esto de praderas siempre verdes, de bosques de sabinas, hayas y pinos, en muchos puntos plantados formando hileras; salpiquen estas praderas y bosques de chozas ó casas de campo, *chalets*, verdaderos hoteles, pueblecillos y algunas ciudades, é intercepten el paisaje de vez en cuando con algún tranquilo lago de aguas plateadas ó algún ruidoso río de aguas casi verdes, y se habrán formado aproximada

idea de este país, magnífico para estar en él de temporada en lujoso hotel, permitiéndose diariamente amenos paseos por tierra ó agua, pésimo para recorrerlo al vapor durante el verano, acalorándose y dejándose saquear por tantos y tantos suizos, que esperan á los extranjeros como espera el labrador de Castilla el mes de agosto.

Ginebra 23 de julio de 1886.









## CARTA XIV.

*Berna.*

**A** las tres cuarenta y uno de la tarde salí de Neuchâtel para Berna, tomando mi maleta que dejé en la portería de la estación. A propósito, ni en España ni en Francia tienen los ferrocarriles semejante oficina, que hay que reconocer utilísima. La portera, generalmente es mujer, entrega un número de latón, se queda con la maleta ó el bulto y lo devuelve al que presenta la contraseña, contentándose con una pequeña retribución. Yo traje una maleta de mano, más por los indicadores, guías y algunos libros, que por la ropa, pues me he convencido de que lo mejor es viajar á lo verdadero *turista*, es decir, sin equipaje ninguno, con traje de entretiempo y un sobretodo por si hace frío ó llueve, sombrero de ancha ala, paraguas-sombrilla con chuzo para utilizarlo, en ciertos casos, como bastón y una mochila, que aquí las venden muy lindas, á la espalda para los papeles, anteojos,

guías, una camisa, y un pantalón, por si ocurre algún accidente imprevisto. Ropa blanca y de color venden á precios módicos en todas partes; y sale más barato y es más cómodo regalar la sucia al camarero en vez de propina y comprarse nueva cada vez que tiene una precisión de mudarse, que llevar equipaje y hacerla lavar. Yo no he seguido este sistema y estoy verdaderamente arrepentido. Envidia me causan los muchísimos viajeros, que, con mochila ó sin ella, van y vienen en este país por todas partes y hacen excursiones sin cuento, sin impedimento ni incomodidad alguna.

Así viajan también colegios enteros de hombres y mujeres, con sus cajas de hojadelata para herborizar y aprender botánica ó sus aparatos entomológicos para disecar toda clase de bichos, aprendiendo de esta manera prácticamente la fauna y la flora del país que recorren. Las compañías de ferrocarriles y los gobiernos de estos cantones facilitan además extraordinariamente tales viajes colectivos y científicos. He tropezado con colegios viajantes en Berna y en Lausana.

El paisaje siempre el mismo, praderas, arbolado de sombra, frutales raquíuticos, campos de avena y de patatas; pero ni un dedo de tierra yerma. Las carreteras, que aunque muy estrechas, son muchas en todas direcciones, es lo único que blanquea serpeando por entre los verdes tapices de Suíza.

A los pocos minutos de haber perdido de vista el lago de Neuchâtel, se presentó ante nuestros ojos el lago de Bienna (con *b* y no con *v*, pues no se trata de la capital de Austria), hermoso también, aunque no tan grande como el anterior, rodeado de caseríos, de chalets, baños, jardines, etcétera. Ya cerca de la población vi mucha gente bañándose en la playa, y la verdad es que lo requería el día, pues

no podíamos respirar de calor en los coches de primera, iguales á los que tiene ahora la empresa de Valencia á Tarragona, es decir, del sistema norte-americano. Hubo trasbordo en Biena y llegué á Berna, capital de la Confederación Helvética, á las seis de la tarde.

Berna es la ciudad de los osos, que se tropiezan por todas partes, vivos y muertos. Osos en las armas del cantón, osos en las fuentes públicas, osos en los monumentos, osos de maderas de toda clase en las tiendas, osos de pasta y dulce en las pastelerías, y osos, en fin, de carne y hueso en las fosas, de que hablaré más adelante.

Me hospedé en el hotel *Du Faucon*, y aunque cansado, salí apenas me quité el polvo y el humo. Como el hotel está en la calle más céntrica y más larga, que es la del Mercado, tomé calle adelante, y jamás población alguna me ha producido peor efecto. Llegué á creer que estaba en Albarracín ó en Daroca. La calle ancha, pero pendiente, empedrada con morrillos y con dos hileras de porches á los lados, que dan miedo, pues casi se tocan los arcos y el techo con la mano; y el piso está medio metro y á veces uno sobre el suelo. De manera, que para bajar á la calle desde los pórticos hay escaleras, en ciertos puntos nada más. Añadan ustedes á esto el aspecto vetusto de las casas, y comprenderán que me creyese trasladado de repente desde los resplandores parisienses á las obscuridades de la Edad Media.

Pero, con mi guía Conty en la mano y sin separarme del camino indicado por dicho señor para reconocer la ciudad, dí pronto con mis huesos *im Munster*, esto es, en la Catedral, precisamente momentos antes de que empezase el concierto de órgano, que por un franco pueden oír al anochecer todos los viajeros. Me metí, pues, en la Catedral, oí el concierto y me retiré á descansar, que hartó

lo necesitaba. Madrugué, como de costumbre, al día siguiente, que lo dediqué entero á ver Berna y sus alrededores.

Como ya he dicho y todo el mundo sabe, Berna es la capital de la Confederación Helvética y del cantón del mismo nombre; cuenta 45.000 habitantes, protestantes en su mayoría, y está edificada sobre una colina, que casi rodea por todas partes convirtiéndola en isla el caudaloso río Aare. Berna está, pues, como rodeada de profundísimo y frondoso foso, por el cual se desliza el río, mientras las casas y la vegetación descienden desde la altura, ocupando las laderas del monte y precipitándose en el río como si tuviesen sed. Sobre la colina se extiende, sin embargo, en terreno llano á veces y quebrado otras, la verdadera ciudad, compuesta de cuatro ó cinco calles antiquísimas, paralelas á la del Mercado y de algunos bulevares y terrazas, que forman la parte nueva ó el ensanche, barrios que son hermosos y están contruídos por completo á la moderna. En dicho ensanche están la estación, que es muy buena, la administración de correos y telégrafos, envidiablemente montada é instalada en verdadero palacio, los grandes hoteles y cafés, los mejores comercios, de preciosidades labradas en maderas ó piedras de los Alpes, las terrazas ó paseos, el palacio del Consejo federal, que es sencillo, algunas estátuas, etc., etc. Y en la parte antigua están la catedral protestante, la iglesia católica, las casas consistoriales ú *Hôtel-de-Ville*, el almudí ó granero público, la taberna ó gran cueva de la ciudad, etc., etc.

La catedral construída indudablemente para el culto católico, de lo que conserva indicios y restos fehacientes, está hoy en poder de los protestantes, los cuales la han dejado reducida á las paredes y coro, con un conato de altar y un púlpito. Es un magnífico edificio gótico, termi-

nado en 1573 y restaurado en 1850. Rica en ornamentación, en su puerta occidental pueden admirarse varias esculturas que representan el juicio final, y en su magnífico coro de roble soberbios bajo-relieves que representan á Jesucristo y á los Apóstoles los de un lado, y á los Profetas los de otro. En la sillería hay detalles de ángeles ó diablos, que hacen reir por lo maliciosos ó grotescos. En la capilla de la derecha del coro se vé un monumento fúnebre, erigido en memoria de Bertoldo V, duque de Zoehring y fundador de Berna; y en la de la izquierda la tumba de Steiger, que mandaba las tropas bernesas en 1798. Pero el órgano es lo que principalmente llama la atención del viajero, y más que el órgano la costumbre de dar conciertos todas las noches, en este tiempo á las ocho, sin más objeto que el de sacarle un franco á cada extranjero ó aficionado á la música que quiera oirlo. No critico esta costumbre de los protestantes de Berna, porque exactamente lo mismo hacen los católicos de Friburgo, como referiré oportunamente. De todas maneras, y por más que las piezas ejecutadas sean religiosas y la autoridad eclesiástica lo tolere, á los católicos españoles nos hace pésimo efecto que se convierta en sala de conciertos la casa del Señor.

El órgano de la catedral de Berna tiene 66 registros y 4.000 tubos. Encendieron ocho lámparas de petróleo, seríamos unos treinta los oyentes, y el organista, que se conoce que es todo un maestro, aunque yo no tengo conocimientos de ninguna clase para juzgarle, ejecutó seis piezas, sacando todo el partido posible de la soberbia trompetería y de los principales registros de tan magnífico instrumento.

Me pareció mejor el órgano de Friburgo; pero pasé un delicioso rato en la catedral de Berna, oyendo el concierto de órgano. La torre, que está sin concluir, mide 72 metros de altura, conté subiéndolas 223 escaleras, pero no me

pesó, pues el panorama que desde allí se distingue es magnífico. Se domina todo Berna, del cual puede uno formarse idea exacta, la cuenca del Aare, con sus puentes magníficos, los montes que rodean la ciudad y especialmente los Alpes berneses, cuyas nieves perpétuas y glaciares parece que se tocan con la mano.

Debajo de la catedral, con vistas al Aare, está el paseo de la Terraza, pequeño jardín sembrado de árboles y bancos, con la estatua del fundador de Berna, el susodicho Bertoldo en el centro y dos pabellones-cafés en los ángulos. Esta terraza se eleva 35 metros sobre el río y en una lápida se conmemora el hecho extraordinario, ocurrido el día 25 de mayo de 1654, de haber caído de arriba abajo un estudiante llamado Weinzäpfli, conducido allí por su caballo desbocado, sin que se hiciesen daño alguno caballo ni caballero.

Otra terraza análoga hay detrás del palacio federal, residencia de los Consejos, hermoso edificio de arquitectura italiana, notable por su sencillez y severidad. A propósito, no entiendo cómo se las componen los gobiernos suízos cantonales para administrar su país, casi sin empleados, sin ejército y hasta sin guardias municipales. He recorrido detenidamente las capitales del cantón, Neuchâtel, Berna, Friburgo y Ginebra, y no he vuelto aún de mi asombro al no ver un soldado, ni un centinela, ni un guardia municipal, ni casi empleados en las oficinas. Para no mentir, ví un soldado que por cierto parecía un marmarracho, en las afueras de Berna y hasta media docena de guardias municipales en toda Suíza. En cambio, los servicios públicos, ferrocarriles, correos, telégrafos, etc., están admirablemente servidos y montados, y el ciudadano es atendido y servido como en parte alguna. A los extranjeros, sobre todo, se les guardan consideraciones sin número.

Prueba al canto. Tropecé en la estación de Berna con dos valencianos, los señores Antolí, padre é hijo; hicimos el viaje juntos á Friburgo y Ginebra, y al salir desde esta última para volver á Francia, nos vino tan justo el tiempo, que fuimos á la estación de Ginebra con alguna precipitación.

Ya en el coche del ferrocarril, notaron los señores Antolí que habían perdido un bastón.

Salió en su busca Antolí, hijo, pero en vano; regresó al poco rato sofocado y sin bastón.

Ya iba á partir el tren, cuando un empleado de la compañía abrió la portezuela de nuestro coche y, sin decir palabra y quitándose la gorra, presentó el bastón perdido á los señores Antolí.

—Ve usted, hombre (me dijo entonces el padre). ¿Hubiera sucedido esto en España?

—Tal vez sí y quizás no (contesté); pero es indudable que los servicios públicos están aquí mejor montados que en nuestro país.

Continuaré mañana.

Avellard 27 de julio de 1886.









## CARTA XV.

### *Algo más sobre Berna.*



QARECE, es cierto, Berna de un verdadero paseo dentro ó en las inmediaciones de la ciudad, lo cual se explica perfectamente teniendo en cuenta su situación topográfica ya descrita; pero en cambio posee abundantes jardinillos, parterres ó terrazas, como quiera llamárseles, con vistas al Aare, caudaloso río de frescas y azuladas aguas, que, como dije, casi convierte á Berna en una isla.

Creía yo haber visto todos estos jardinillos, cuando más arriba del palacio federal y no lejos de la estación, tropecé con «Klein Schancen», hermoso paseo lleno de árboles y flores odoríferas, con sus correspondientes macizos, bancos, fuentes y vistas al Aare. Contemplando el soberbio panorama que desde allí se distingue, divisé sobre un montículo que tenía á mis espaldas, y que ocupa el centro del paseo dominando toda la terraza, una especie de púlpito de piedra.

Me ocurrió si se verificarían allí las reuniones políticas populares y aquella sería la tribuna desde donde los oradores dirigirían á sus libres conciudadanos la palabra.

Subí á verlo, y sobre el ancho pasamanos del susodicho púlpito encontré bajo cristal encuadrado en bronce, el grabado de un panorama montuoso. Como tenía en frente la cadena de los Alpes berneses, con sus eternas nieves y mares de hielo, miraba alternativamente el grabado y los montes, cuando noté que éstos eran el original y aquél el retrato, retrato allí expuesto con indicaciones científicas y números para enseñanza del pueblo y de los viajeros. En efecto, pocos segundos me bastaron para aprender los nombres propios y la altura de los principales picos que tenía á la vista, y que con permiso de los cajistas copio á continuación, indicando por medio de números su altura sobre el nivel del mar:

Finsteraarhorn.. . . . .	4.275
Jungfrau.. . . . .	4.166
Monch. . . . .	4.105
Schreckhorn. . . . .	4.080

El panorama contenía muchos más de menor altura. Posteriormente he visto este mismo grabado, en pequeño, en la eruditísima guía de Suíza por Baedeker. Véase hasta donde llega la precisión y solicitud de las autoridades cantonales. También se me ocurrió que si en España se pusiese un cuadro así en un paseo público, no duraría más tiempo que el necesario para que los muchachos machacasen á pedrada seca el cristal.

Varios son los puentes que tiene Berna, tanto en la parte baja como en la alta, para cruzar el Aare: aquellos no chocan, pues el río no es muy ancho, y colocados casi al nivel de las aguas no llaman la atención del viajero; pero éstos que salvan, no solamente el río, sino la garganta ó

foso, por el fondo del cual corre el Aare, poniendo en inmediato contacto el monte sobre el cual se levanta Berna con los montes del lado opuesto, son verdaderamente sorprendentes. Crucé tres: el del ferro-carril, que es doble, por arriba pasan los trenes y por debajo los carruajes, caballerías y personas; el puente de la Nydeck, que está al concluir la calle más céntrica, que es la de la Justicia, es de piedra y descansa sobre tres arcos, el del centro de 48 metros de luz, elevándose todo él 30 metros sobre el río, y el de Hierro que es magnífico, mucho más alto que el de piedra y mide 415 pasos míos de largo. No he encontrado las dimensiones de este puente en mi guía, y me valgo de la medida única que tenía á mis piés. Los golpes de vista que ofrece este soberbio puente sobre la ciudad, los Alpes, el río, las colinas tapizadas de verde, etc. no tienen igual.

Cruzando el puente de la Nydeck, á mano derecha se encuentra uno de repente ante las fosas de los osos de carne y hueso. Son dos cuencas circulares, grandes, socavadas en el suelo, revestidas de piedra, con barandillas de lo mismo y un pino alto y seco plantado en el centro de cada fosa.

Dos osos, casi de color de chocolate y de gran tamaño, hacían las delicias del público cuando yo llegué. Junto á las fosas ví varias tiendas de preciosos objetos de madera labrada, abundando los osos de todos tamaños y en toda clase de actitudes y posturas y dos mesas llenas de panes y de rábanos.

Todos, pero especialmente los extranjeros, compraban panes y rábanos y se entretenían en alimentar los osos de Berna, aunque á la legua se conocía que aquellos animaluchos estaban hartos de pan y rábanos.

Cada fosa tiene su fuente con su correspondiente pila llena de agua, y los osos van y vienen desde el pesebre al

pilón y desde el pilón al pesebre, dignándose de tarde en tarde «hacer el oso,» poniéndose en dos piés, subiendo y bajando á los pinos y revolcándose con toda la gracia del mundo en presencia de sus generosos sustentadores.

A pesar de tanta gentileza, dicen que el día 3 de mayo de 1861 un capitán inglés cometió la excentricidad de bajar á la fosa y los osos lo despedazaron en cuatro zarpadas.

No deja de ser interesante la historia de los osos de Berna. Osos por todas partes, incluso en las armas de la ciudad, y ¿por qué? Sabemos que Bertoldo, duque de Zoehringen, fundó á Berna en el siglo XII, y no sabiendo qué nombre ponerle, decidieron él y sus amigos darle el de la primera res que cobrasen en una partida de caza, organizada al efecto.

A un kilómetro de Berna, cerca de la puerta del actual cementerio, mataron un oso (así lo hace constar una inscripción alemana allí existente), y como en alemán oso se dice boer, de aquí Berna. Más adelante el grande y el pequeño Consejo decidieron que el oso figurase en las armas de la ciudad y que ésta mantuviese á sus expensas osos vivos en dos fosas construídas al efecto, como se practica aún en la actualidad.

Estos osos llegaron á ser ricos rentistas, pues una vieja solterona, irritada sin duda porque en su vida nadie le quiso «hacer el oso,» al morir instituyó á los osos de Berna herederos de un millón y doscientos mil francos, de los cuales se apoderaron bonitamente los franceses cuando la invasión, dejando á los pobres animales por todo recurso la caridad filantrópica de los ingleses, protectores de animales y plantas.

¡Pobres osos y pillastres franceses!

Sin embargo, los osos imperan aún como señores ab-

solutos en toda Berna, como lo prueba la existencia de una plaza que se titula del Oso (*Boeren Platz*) cerca de la cual está el Museum, que no quise ver porque ya estoy hasta la coronilla de museos.

En la calle del Mercado (*Markt Gasse*) hay dos torres, que pueden pasarse á ojo por sus respectivos arcos inferiores, sobre los cuales las torres se levantan: la primera se titula Torre de la Prisión, y por los barrotes de las rejas calculé que efectivamente había presos en aquella cárcel, y la segunda, Torre del Reloj, con su hermoso cuadrante y cierto mecanismo, imitación grotesca del reloj automático de Strasburgo.

En efecto, cada vez que dan horas desfila ante quien contempla la torre una procesión de... ¿De qué había de ser?... de osos.

No lejos de la torre del reloj, en una plaza, cuyo nombre no recuerdo, pues todos son enrevesados y están en alemán, ví la fuente de Traga-niños. En efecto, sobre el pilar de la fuente han tenido el capricho de colocar la estatua de un hombre horrible, que está comiéndose un niño, mientras otros muchos pequeñuelos esperan alrededor con espanto que les toque el turno. La fuente está también adornada de osos.

Igualmente merece visitarse el Kornhaus ó almudí, como decimos en España, cuyo frontón está adornado con escenas de osos en bajo-relieves; y sobre todo la gran taberna ó cueva de la ciudad, que hay debajo de este edificio. Ocupa toda la planta baja del Kornhaus y se descende por una escalera de veinte ó treinta peldaños.

La bodega es inmensa, con mesas en el centro para el consumo al por menor y pipas enormes en torno, con números sobre el grifo, que indican su cabida. En una leí 46.500 litros, en otra 34.650 y en otra 62.000 botellas.

Ya me iba á marchar sin haber hecho consumo alguno, cuando me salió al encuentro la tabernera advirtiéndome que tomase algo ó que le diese propina: opté por esto último.

Al salir de la bodega tropecé en la plaza con una escuela *turista*, compuesta de unos 50 niños, con su maestro al frente, y provistos de tambor, bandera, cajas y mangas para herborizar y cazar insectos. Parece que al verano están muy generalizadas en Suíza estas excursiones semi-científicas, semirecreativas, pues en Friburgo vimos otras dos, de niños una y de niñas la otra: ambas acudieron á la catedral á oír el concierto de órgano. También existen multitud de sociedades escolares, organizadas no sé con qué fines, si científicos, políticos ó recreativos, que recorren el país en comunidad, con sus correspondientes distintivos y son recibidas en las poblaciones con grande regocijo y algazara por sociedades análogas. Por lo visto se les conceden billetes baratísimos en los ferrocarriles.

Con una de estas sociedades tropecé yo en Berna, al salir de la catedral del concierto de órgano. Oí música y ví correr la gente hacia la calle del Mercado y seguí la corriente. Desde los pórticos de esta vetusta calle, ví desfilar primero una banda de música de aire, con hachas de viento encendidas é interpoladas con los músicos, después una porción de banderas y por último un centenar de mozos, caprichosamente vestidos, con aire marcial y arrogante caminando de cuatro en fondo. Vestían botinas abrochadas por delante, media negra, calzón, chaleco y chaqueta de muletón completamente blanco, faja encarnada y una banda estrecha y roja al pecho, salpicada de cruces blancas, que como es sabido componen la bandera nacional, y gorras ó cascos de variadas clases, adornados con cintas, plumas, flores y otras extravagancias, como coleópteros vivos,

inscripciones, etc. En la gorra de uno leí el siguiente letrero, que por fortuna mía no estaba en alemán.

*¡Je cherche une femme!*

El pobrecillo necesitaba matrimonio y pregonaba su necesidad por Suíza entera. Puede ser que le haya sucedido lo que á Diógenes, que con linterna y todo no pudo encontrar un hombre. Quizás el estudiante suízo no encuentre una mujer.

Estuve también en la iglesia católica, que es regular, aunque está pobremente adornada, y me chocó encontrar en ella cuatro estufas (sin duda hace mucho frío al invierno) y las puertas cerradas, con las llaves en poder de unos niños, que jugaban en la puerta de la iglesia. Lo mismo sucede en las iglesias protestantes: no están abiertas más que durante los oficios y para verlas hay que buscar á los sacristanes y darles propina.

Cerca de la iglesia católica ví las casas consistoriales, cuya frontera está pintorescamente adornada con dos escaleras al aire libre, llenas de macetas con plantas y flores.

Hay también en Berna, entre el palacio federal y el paseo Klein Schanzen, un ferrocarril de cremallera que por 10 céntimos sube y baja sin cesar, poniendo en comunicación cómoda y continua á los habitantes de la parte baja, esto es de las orillas del Aare, con los de la parte alta. Es curioso y noto que van generalizándose estos ferrocarriles.

Como me sobraba tiempo, dediqué una tarde á los alrededores de Berna, y subí á Schænzli, que es un lindo *chalet*, colocado en una eminencia, sobre la orilla derecha del Aare, es decir, al otro lado de Berna, y desde donde se domina perfectamente toda la ciudad, el río y los Alpes berneses que están enfrente. Schænzli, tiene su pequeño jardín en forma de terraza, su kiosco para conciertos y sus correspondientes mesas, entre los árboles y las flores, para

el servicio del café restaurant. Lo primero que ví al entrar fué un anuncio en el que se advertía al público que Schænzli es un establecimiento particular y el que no haga consumo alguno pagará 50 céntimos. Tomé, pues, un jarabe de grosella, con su correspondiente carámbano de hielo y, sacando los gemelos, pasé un rato delicioso contemplando el frondoso y variado panorama, que se extendía á mis piés y que tiene por marco los Alpes. Hacía calor, sudé bastante para subir hasta aquella altura y encontraba cierta inexplicable delicia en contemplar aquellas sábanas de nieves perpétuas y aquellos mares de hielo, mientras yo sudaba el quilo.

Quise visitar también lo que mi guía llama el bosque de Boloña de Berna, esto es, la floresta llamada Bremgarten y caminé en su busca lo menos dos horas; pero como los aldeanos no entienden el francés, ni yo sé una palabra de alemán, creo que no llegué á Bremgarten, aunque sí á un bosque tan espeso, fresco y frondoso, que á las cinco de la tarde y haciendo un sol abrasador, casi no pude leer, tendido sobre el verde césped, á la sombra de aquellos pinos, sabinas, hayas y olmos seculares.

La mano del hombre no se conocía allí para nada, aunque algunas sendas tortuosas y enarenadas surcaban la floresta en diferentes direcciones.

En esta excursión me formé idea exacta de los alrededores de Berna, que son tan deliciosos y pintorescos como fea la ciudad antigua.

Por todas partes, en todas las alturas, villas, chalets, pensionados, colegios, casas de campo, chozas, carreteras que suben y bajan en todas direcciones, árboles, praderas, fuentes y silencio.

Pero lo que me chocó más fué encontrar niños y niñas, con sus nodrizas, niñeras ó criados, en tales alturas y á



tan larga distancia de Berna, jugando y haciendo vida verdaderamente higiénica. Para trasladarlos usan cochecitos de mimbre, en los cuales duermen ó se solazan los angelitos, entre almohadas y encajes, como si estuviesen en el regazo materno, mientras los criados los traen y llevan sin más trabajo que el de empujar ligeramente el canastillo.

Esta misma costumbre he observado hasta entre las mujeres del pueblo, las cuales trabajan al lado de estas cunas portátiles, sin necesidad de tener constantemente en brazos á las criaturas.

Continuaré mañana.

Allevard 28 de julio de 1886.







## CARTA XVI

### *Friburgo.*

**A**L estudiar en Valencia este viaje circular, por consejo de D. Salvador Castellote, persona tan docta como peritísima en lenguas y viajes, decidí completar mi billete en Berna, tomando otro circular, que por poco dinero me diese derecho á recorrer el Oberland Bernois, viendo de esta manera lugares y puntos tan pintorescos como Thun, Interlaken, Grindelwald, Lauterbrunnen, Lucerna, Brienz, Giessbach, Alpnach y subiendo al Righi-Kulm; pero me encontraba rendido, se me iban presentando algunas dificultades por no saber alemán, y no encontré quien hiciese conmigo desde Berna la misma excursión.

Por todo lo cual decidí no separarme de la vía de mi billete y continuar mi viaje hacia Friburgo.

No aconsejo á nadie que me imite; antes al contrario, me parece que Berna es el punto más á propósito para

dejar el equipaje en la estación y recorrer libremente con el paraguas en la mano y los gemelos colgados del pecho lo mejor de Suíza.

En menos de una hora llegué á Friburgo, dejé la maleta en la portería de la estación y, aunque era medio día y hacía un calor valenciano, no suízo, con mi Suisse Circulaire de Conty en la mano, emprendí mi visita á esta vetusta ciudad, que parece construída por muchachos traviesos que se proponen fabricar un Belén.

Pronto me convencí de que en Friburgo, para el extranjero, no hay más que dos cosas notables, que son la catedral y los puentes colgantes, en vista de lo cual, como sobraba tiempo, almorcé ante todo, por cierto muy bien, en la mesa redonda del hotel National, que está muy cerca de la catedral y acudí á ésta en seguida para oír el concierto de órgano. Mientras se reunía la gente aproveché el tiempo visitando y admirando tan hermoso templo gótico, cuyo titular es San Nicolás.

La catedral de Friburgo se empezó á construir en 1283 y se acabó en 1343. La torre, que es muy airosa y tiene 86 metros de altura, quedó terminada en 1452. Sentí no tener fuerzas para subir á dicho campanario, desde donde se debe ver Friburgo y sus alrededores perfectamente, á vista de pájaro, y cuyas campanas creo que están armónicamente dispuestas. La puerta principal, que sirve de arco y cimiento, á la gran torre, se parece á la de los Apóstoles de Valencia; pero su ornamentación es más abundante y de mayor mérito.

Las muchas estátuas, colocadas entre los nervios del arco ogival, son de regular tamaño y están bien acabadas.

Los bajo-relieves del frontón representan el juicio final, á la derecha del Juez de vivos y muertos los escogidos y á la izquierda los réprobos; aquéllos entre ángeles, que se es-

fuerzan por hacerles subir al cielo, éstos entre demonios, que con ademanes grotescos y trajes extravagantes cargan con ellos para conducirlos al infierno. Interiormente se compone de tres naves, rebajadas las dos laterales. Como pertenece al culto católico, pues Friburgo, capital del cantón del mismo nombre, cuenta unos 10.000 habitantes, de los cuales 8.500 son católicos y los demás protestantes, se ven altares en las capillas, siendo de notar el nuevo altar mayor de talla dorada, la sillería del coro, menos rica que la de Berna, las vidrieras del ábside, pues las demás están sin pintar, el púlpito, las pilas bautismales y los órganos. Me chocó é hizo mal efecto, que siendo como es este hermoso edificio de piedra, estuviese embadurnado con pintura plomiza.

Los órganos de la catedral de Friburgo tienen merecida reputación europea. Son la obra maestra de Moser, que los concluyó en 1834 y cuyo busto se colocó en 1852 debajo de dichos órganos, junto á la puerta principal en el interior del templo. Se componen de 67 registros, con los cuales pueden hacerse combinaciones ingeniosas para imitar el trueno, el huracán, el viento, la tempestad y la voz humana, y de 7.800 trompetas ó tubos, algunos de los cuales miden hasta 10 metros de largo.

Todos los días, excepto los sábados y festivos, hay concierto de órgano por la tarde á la una y media y por la noche á las ocho. Se paga, como en Berna, un franco de entrada y para que se verifique el concierto han de reunirse por lo menos 20 personas, ó entre los que se reunan han de abonar 20 francos. Mis temores tenía de que no nos reuniésemos número suficiente, cuando entraron dos escuelas *turistas*, de niños una y de niñas otra. Ignoro si pagaron como los demás; pero la verdad es, que empezó el concierto y mi ignorancia musical no fue obstáculo para

que aquellos torrentes de armonías y melodías que descendían del órgano, que llenaban las anchurosas y elevadas naves góticas, pequeñas para contenerlos, y esplayábanse por las calles y plazas próximas, produjesen en mi ánimo sentimientos de toda clase y desbordasen mi imaginación, ya gastada, hasta creerse sublimada de repente á las regiones angélicas. ¡Qué sucederá cuando el órgano dicho se emplee en su natural destino, y en aquel altar mayor se verifiquen las ceremonias religiosas, con la pompa característica del catolicismo y tan majestuoso acompañamiento!

Desde la catedral fuí á ver los puentes colgantes, que merecen contemplarse verdaderamente.

El río Sarine hace con Friburgo, lo que el Aare con Berna; pero se diferencian en que el Aare es caudaloso y de aguas transparentemente azuladas, y el Sarine es un simple riachuelo indigno de las regiones alpestres.

Esto no es obstáculo para que circuya á la ciudad por tres de sus lados, formando á los piés de ella un foso tan profundo y ancho, que antes de construir los puentes se necesitaba más de una hora para bajar, cruzar el río y subir á la altura opuesta. Con los puentes colgantes se hace pues ahora dicha excursión en diez minutos.

Son dos: el gran puente colgante y el puente de Gotteron. Los dos los crucé y de los dos puedo hablar.

Dos arcos ó portadas magníficas de piedra labrada, marcan la entrada y salida del primero, sirviendo á la vez de amarras para los grandes cables. Es obra del ingeniero francés Mr. Chaley, que lo terminó en 8 de octubre de 1834, abriéndolo á la circulación el 19 del mismo mes. Es una verdadera maravilla de ligereza, y mide 265 metros de largo, elevándose 51 sobre el Sarine. Cuatro cables forman el tablero superior, dos en cada lado, y uno de ellos sub-

dividido en otros dos más delgados; y cada cable se compone de 1.056 hilos de alambre de 370 metros de longitud. Cada uno de estos hilos desarrolla una fuerza media de 610 kilos, y entre todos soportan perfectamente el peso de este puente aéreo, por el cual pasan carruajes y carretas como por la carretera más sólida. Es admirable.

El puente de Gotteron es más alto y está más arriba; fué construído en 1840; se eleva 97 metros sobre el río y mide 210 de longitud. Los cables de éste parecen suspendidos de uno solo de los lados. Desde el centro produce verdadero vértigo asomarse á las profundidades del Sarine.

Dí una vuelta por la ciudad, entrando en las iglesias que encontré abiertas y que nada tienen de notable; me detuve unos segundos en la plaza de Nuestra Señora, contemplando la estatua en bronce, de tamaño natural, del Padre Gregorio Girard, célebre por sus escritos sobre la educación; y admiré también el venerando y viejo *tilo* de Friburgo, que se encuentra en la plaza del *Hôtel-de-Ville*, ó de las casas consistoriales, como diríamos en España.

Este tilo fué plantado el día 22 de junio de 1476 en conmemoración de la batalla de Morat.

De manera que cuenta la friolera de 410 años: así está el pobre. Su tronco es grueso, no tanto como el de los olivos de Getsemaní, agrietado y seco. Parten de él unas cuantas ramas, gruesas también, cortas y retorcidas, unidas al tronco con abrazaderas de hierro, sin duda para que no se caigan de puro viejas; y de estas ramas brotan unas ramitas raquílicas, con algunas hojas, que claramente anuncian la muerte próxima del tilo, á pesar de todos los cuidados y veneraciones de los friburgueses.

Tanto en Francia, como en Suíza, y más en ésta que en aquélla, he advertido decidida afición á los árboles, casi amor respetuoso.

Lo contrario precisamente de lo que ocurre en España: por regla general, los labradores españoles detestan los árboles y tienen la manía de que merman la cosecha del suelo; así es que los destruyen sin motivo alguno y solo por el capricho de hacer daño, en los paseos, carreteras, caminos y hasta en las propiedades particulares cuando no se vigila mucho.

Recuérdese sino lo que ha pasado en casi toda España con los llamados árboles de la libertad. No tengo noticia de que haya prosperado ninguno, aunque también es cierto que tan sabrosa fruta no es propia de aquel suelo, en el cual la practican menos los que más la cacarean y proclaman. Pero volvamos al tilo de Friburgo, que tiene su *leyenda* ó historia, lo que sea, y es como sigue:

Deseosa la ciudad de Friburgo de contribuir á la defensa del país, envió 80 de sus mejores mozos á Morat para que tomasen parte en la guerra. Después de la victoria allí obtenida, para reconocerse los mozos friburgueses adornaron sus sombreros con ramas de tilo. Uno de ellos queriendo ser el primero en llevar á Friburgo la noticia de la victoria alcanzada, hizo la marcha tan aceleradamente, que como el soldado de Maratón, al llegar á la plaza pública de Friburgo, agitó la rama de tilo, gritando desfallecido: ¡victoria! ¡victoria! y cayó muerto. Refieren las crónicas que aquella ramita se plantó en la misma plaza, y de ella procede el viejo tilo, á cuya sombra se sientan aún los patriotas friburgueses.

Allevard 29 de julio de 1886.







## CARTA XVII.

### *Ginebra.*

**A** las cinco de la tarde regresé á la estación de Friburgo, tomé mi maleta, que religiosamente me habían guardado en la portería, partió el tren y á las diez de la noche llegué á Ginebra, lloviendo, aunque menudito. Utilicé los ómnibus para trasladarme al primer hotel que se me ocurrió, que fué el del Lago, no me ajusté y al fin me metí en el *Hôtel du Mont Blanc*, en donde he pasado dos días perfectamente.

Ginebra es la capital de uno de los más pequeños cantones suízos, pues se compone únicamente de 46 municipios; pero, tanto por su población, que asciende á 47.600 habitantes, como por su importancia industrial y comercial especialmente en relojería, instrumentos músicos y esmaltes, como por su excepcional situación y hermosísimos alrededores, bien merece ser considerada como capital de Suíza. Por más que los supremos consejos federales residen en Berna, ¿qué comparación tiene Berna con Ginebra?

En Suíza, Ginebra y Berna son lo que en Francia París y Aviñón, por ejemplo. No sin motivo he comparado á Ginebra con París, pues, aunque en pequeño, se le parece mucho en sus grandiosos hoteles, risueños cafés, muelles amplísimos, comercios lujosos, calles anchas y rectas (me refiero á la parte baja), jardines amenos, monumentos artísticos y suntuosos edificios. Comprendo que los franceses se encuentren en Ginebra como el pez en el agua, pues allí todo es francés: el idioma, las costumbres, las diversiones públicas, la cocina, la literatura, todo en una palabra. Hay una diferencia en favor de Ginebra. París cuenta solo con las cenagosas aguas del Sena, que cruzan la gran metrópoli de parte á parte: Ginebra en cambio, parece una sultana, que se baña los piés en el incomparable lago Lemán, mientras se deja abrir el cuerpo en canal por el caudaloso Ródano de azuladas aguas como los mares.

¿Qué puedo, por consiguiente, decir de Ginebra en una ó dos cartas? Diré cuanto se me antoje, acerca de lo que ví nada más, y el que quiera más detalles que venga personalmente á buscarlos ó compre alguno de los muchos libros que de Ginebra tratan.

Apenas me levanté al día siguiente, tomé la guía, y con ella en la mano comencé mi excursión por el puente de Mont-Blanc, que tiene 16 metros de ancho y 260 de largo, y separa el lago propiamente dicho del Ródano, que allí recobra su cauce.

Preciso es verlo para formarse idea exacta del panorama que desde medio del puente dicho se le ofrece delante al viajero que viene de la estación.

A la izquierda el lago Lemán, á la derecha el puente de Bellerive, de frente los Alpes saboyanos, y en todas direcciones Ginebra, que se complace en mirarse, como en clarísimo espejo, en las aguas del río y del lago.

Cruzado el puente de Mont-Blanc, me encontré en una explanada, terreno conquistado poco á poco al lago y convertido actualmente en muelles y jardines.

A mi izquierda el embarcadero de los vapores que surcan el lago, en primer término, y en segundo el paseo del lago ó jardín inglés; en frente, en una especie de plaza, el monumento nacional, dos hermosas estatuas en bronce de Dorer, que en figura de dos matronas armadas, representan á Helvecia y Ginebra, apoyándose la una en la otra, monumento que conmemora la admisión de Ginebra en la Confederación helvética; y á mi derecha el gran muelle, con sus comercios y cafés.

Prosigamos por la izquierda. Frente al embarcadero ví una columna con dos magníficos termómetros centígrados, un barómetro y dos listas de las principales alturas de los alrededores sobre el nivel del mar.

El jardín inglés es hermoso y estaba todo él deliciosamente perfumado por multitud de árboles y plantas en flor. Encontré los bancos, de malas tablas y peor pintados, indignos de Ginebra y del jardín. Allí ví una fuente exactamente igual á la de las Cuatro Estaciones de la Alameda de Valencia, pero lucía más porque no está pintada de blanco, sino imitando bronce, porque arroja abundante agua á todas horas y porque está entre flores y plantas. Adornan también la plazuela de dicha fuente dos hermosos bustos, el uno de Diday, que no sé quien era, y el otro del pintor paisajista Calame. En este mismo jardín y en pabellón construído al efecto, por medio franco puede verse el gran relieve del Mont-Blanc, obra habilísima y delicada de Mr. Sené, que gastó diez años fabricándolo con madera de tilo. Comprende 243 leguas cuadradas, está en la escala de una línea por cada siete toesas, y da idea exacta de esa grandiosa cadena de montañas con sus picos, valles y

glaciares. En este jardín hay también un kiosco desde donde toca la música por las noches, y he notado que, como en París, muchos pajarillos casi domesticados, acuden en busca de comida apenas los llaman los paseantes.

Saliendo del jardín por el lado opuesto ví los muelles Grande, de Aguas Vivas y de Pedro Fatio, y subiendo por la calle de este mismo nombre á la antigua Ginebra, pasé por delante del Colegio construído en 1558, bajo la dirección de Calvino; crucé el paseo de San Antonio, y ví, por fuera, se entiende, el Observatorio astronómico y la Capilla rusa. En aquél no intenté entrar, pues por su aspecto y pequeña torre me pareció inferior al de Madrid, el cual he visitado detenidamente, pero sí en ésta, aunque sin resultado, pues estaba cerrada y por más que llamé no contestó nadie. Está aislada en medio de un pequeño jardín, rodeado de bonita verja, y lucen mucho sus cinco cúpulas de estilo bizantino-moscovita, con sus mundos y cruces doradas. Desde el Observatorio se goza hermosa vista sobre el lago y su orilla suíza.

Cruzado el *Boulevard Helvétique* por un puente de hierro, en una plazuela ví el gracioso monumento, erigido en 1879 por sus amigos á R. Töpffer, el autor de *Nouvelles Genovaises* y de *Voyages en Zigzag*. Descendiendo de aquella altura por la calle de los Chaudronniers (es decir, de los caldereros) pasé por la puerta del mal llamado palacio de Justicia, que no es más que una casa particular como otra cualquiera, sobre cuyo frontis se lee la siguiente inscripción:

Af. 1580—Sursum corda—Re. 1858.

En la calle del Hôtel-de-Ville ví el palacio de este nombre, monumento severo y sencillo de estilo florentino, que ofrece la particularidad de que su principal esca-

lera no se compone de peldaños, sino de rampas, que permiten á los ancianos consejeros llegar á caballo hasta la misma sala de sesiones, que está en el piso principal.

En la plaza de la Taconnerie ví la iglesia de San Pedro, antigua catedral del Obispo de Ginebra, profanada hoy por los protestantes. Es edificio gótico del siglo XII, al cual se le antepuso un peristilo corintio en 1749. También se dan en esta iglesia conciertos de órgano todos los veranos. Tiene tres torres y en una de ellas se admira la campana Clemencia, legado de Clemente VII, que pesa 55 quintales. Continúa la reparación de la capilla de los Macabeos, empezada en 1882.

Crucé el paseo de la Treille, con excelentes vistas sobre los montes saboyanos y bajé al barrio más suntuoso de Ginebra, esto es, á la plaza Nueva, alrededor de la cual se levantan el museo Rath, el gran Teatro, el Conservatorio de música, la iglesia católica romana (pues en Ginebra hay católicos viejos y católicos liberales) del Sagrado Corazón, el Jardín botánico y dentro de él, en soberbios edificios, la Universidad, el Museo de Historia natural y la Biblioteca pública.

El jardín botánico fué creado en 1817 por el célebre De Candolle, contiene más de 5 000 especies de plantas agrupadas por familias naturales y montañitas artificiales, brotando entre las quiebras de las piedras una colección de plantas alpinas ó alpestres, como deba decirse. La Biblioteca se compone de unos 100.000 volúmenes y 1.500 manuscritos, y el Museo de Historia natural puede competir con los mejores del extranjero.

No quise ver el Museo Rath, porque en París me dí un atracón de pinturas que no he digerido todavía; pero asistí por la noche á la representación de «La Arlesiana», drama de Alfonso Daudet, cuya insignificante acción se reduce á

un suicidio por amor, en el teatro Nuevo, suntuosísimo edificio, remedo del teatro de la Opera de París, que ha costado cuatro millones de pesetas y se ha construído desde 1872 hasta 1879, en que se abrió al público.

Se me olvidaba advertir que ocupa el centro de la bonita plaza Nueva la estatua ecuestre de Dufour, sobre sencillo y elegante pedestal de mármol blanco, rodeado de enormes y artísticas cadenas. La estatua me pareció de cobre.

Desde la plaza Nueva, por la calle de la Corraterie, me trasladé á la plaza de Bel-Air, en donde tiene su palacio sucursal el Crédito Lyonés, y no lejos de la cual está la administración de correos y telégrafos. Fuí desde allí á la isla de Ginebra, formada por el Ródano, en el centro de la cual, además de otros edificios, lo ocupa una torre, que pudiéramos llamar del reloj, con tres cuadrantes que marcan la hora de París, la de Ginebra y la de Berna. En torno de esta isla hay una verdadera red de puentes, por debajo de los cuales se desliza el rumoroso Ródano.

Crucé otro puente; visité la isla de Rousseau, pentágono irregular que formaba antiguamente parte de las fortificaciones de Ginebra, y hoy está convertido en pequeño paseo, en el centro del cual erigieron, en 1835, á Rousseau una estatua, obra de Pradier, como no se la merece el famoso autor del pacto social; y me trasladé al muelle *des Bergues*, esto es, á los barrios de Ginebra, que se extienden por la orilla derecha del Ródano y se componen de edificios nuevos, que forman calles hermosas, dignas de recorrerse. En este lado se encuentran la estación y el monumento del príncipe de Brunswick, que merece párrafo aparte.

El duque Carlos de Brunswick, último de los Güelfos, que murió en 1873, dejó más de 32 millones de francos á

la ciudad de Ginebra, con la condición de que la erigiese un sepulcro, cuyo estilo se pareciese al del monumento de Escalígero en Verona. Ginebra cumplió la condición construyendo, bajo la inteligente dirección del arquitecto suízo Mr. Franel y según su plano, un monumento sepulcral, que nada tiene que envidiar á los más hermosos del mundo.

Se levanta en la plaza de los Alpes, junto al muelle Leman, en medio de extensa plataforma rodeada de rica balaustrada de mármol rosa de Verona. Su estilo es gótico, afecta la forma de pirámide exagonal y se compone de tres pisos, coronados por la estatua ecuestre del duque.

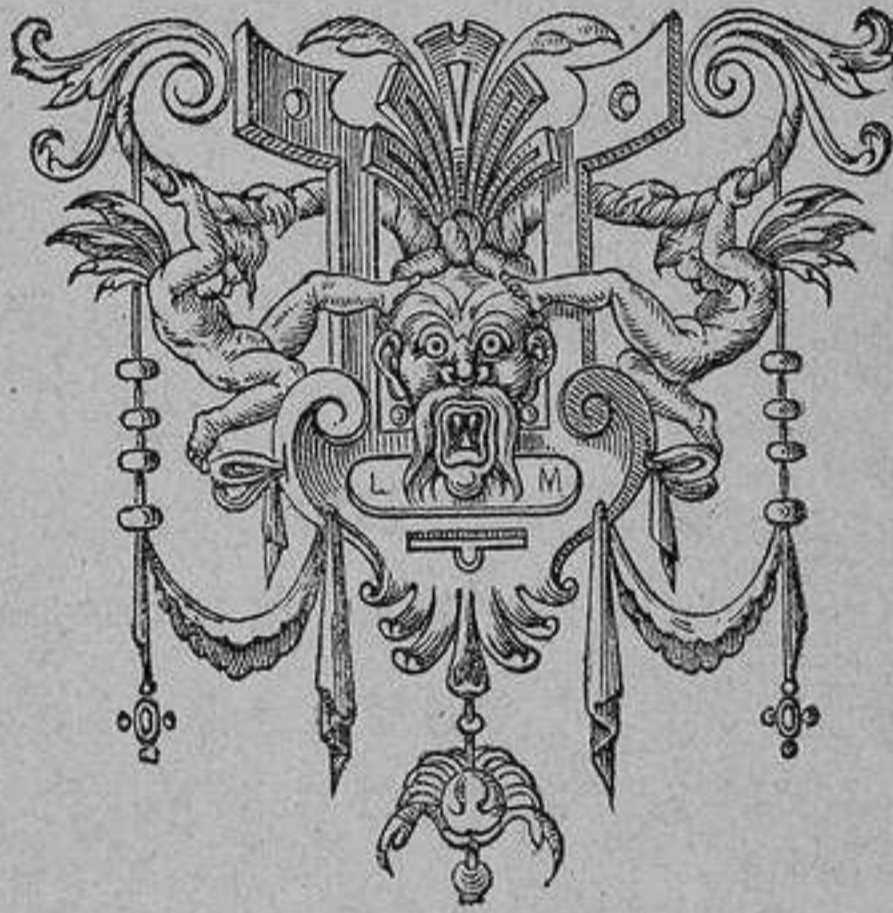
El sarcófago del príncipe, adornado de bajo-relieves que representan escenas de la familia de Brunswick, ocupa la capilla del centro rodeada de nueve columnas, sobre las cuales y entre ellas se destacan seis estatuas en mármol de Carrara, obra de los mejores escultores, que representan á otros tantos antepasados del duque. El monumento todo es grandioso y de excelente gusto y está adornado de mil detalles artísticos, que no caben en la estrechez de una carta.

Pude ver, además, las casas en que nacieron Carlos Bonet, De Saussure y Juan Jacobo Rousseau, célebres naturalistas los dos primeros y filosofastro el segundo, lo mismo que la casa en que murió Calvino; pero no quise perder el tiempo y empleé el resto del día en visitar taller por taller, presenciando la construcción de algunas piezas, la fábrica de relojería de Patek Philippe y Compañía, que está en el Gran-Muelle, núm. 22, y es una de las más importantes de Ginebra. No llevaba para los dueños recomendación alguna, y sin embargo, apenas supieron que yo era extranjero, dieron orden á un dependiente para que me lo enseñase todo, como efectivamente lo hizo con paciencia y amabilidad grande, negándose á aceptar después la

propina. Es fabricación verdaderamente curiosa, en la que trabajan también algunas mujeres.

Mañana hablaré á ustedes del lago Lemán.

Allevard 30 de julio de 1886.







## CARTA XVIII

### *Paseo por el lago de Lemán*

**N**OTORIO es que Ginebra es una de las poblaciones preferidas por la gente rica y *comme il faut* para pasar el verano; pero no la ciudad misma, sino sus pintorescos alrededores, sobre todo las orillas del lago Lemán.

Todos los días leemos en los periódicos que el príncipe *A*, ó el duque *B*, ó el ministro *C*, ó el escritor *X*, han llegado á Ginebra con el propósito de pasar allí una temporada, divirtiéndose ó descansando de sus tareas ordinarias.

¿Es que Ginebra ofrece grandes ventajas para el verano? Yo no le encuentro ninguna, y he pasado allí más calor que en Valencia: es que Ginebra es la capital de aquella deliciosa comarca, y á Ginebra van todos los que veranean en las costas y montes próximos; pero de seguro que no permanecen en Ginebra un par de días, saliendo inmedia-

tamente para sus respectivas residencias de campo. Para apreciar esto nada más á propósito que dar la vuelta al lago con más detenimiento del por mí empleado, que me contenté con dedicar á esta excursión un día entero.

El lago Lemán ó de Ginebra, de las dos maneras se le nombra, uno de los más hermosos del mundo, ocupa el fondo de un valle, formado por los Alpes y el Jura, que se miran frente á frente por encima de sus azuladas aguas.

El Ródano se arroja en el Lemán, cerca de Bouveret, lo atraviesa en toda su longitud, clarificando en él sus aguas, y viene á salir en Ginebra junto á la isla de Rousseau.

Este risueño lago está 375 metros sobre el nivel del mar, y tiene 83 kilómetros de longitud, 14 en su parte más ancha y 616 cuadrados de área, esto es, unas 27 leguas cuadradas con 160 de contorno. Su profundidad ordinaria es de 90 á 100 metros, pero cerca de Vevey y de Meillerie alcanza á 200 y áun á 300.

Sus aguas son límpidas, quietas y de un azul claro que semeja plomo derretido. No obstante, tales cristales líquidos se hinchan á veces, se alborotan y encabritan, produciendo verdaderas tempestades mediterráneas.

Más de 40 riachuelos desembocan en el Lemán; pero como la mayor parte de sus aguas proceden de los glaciares del Valais, en verano, durante el deshielo, aumenta bastante su nivel.

Es abundante en pescados de excelente calidad y se pescan en él truchas hasta de 20 kilos. El transporte de mercancías se efectúa por medio de barcas y bergantines de vela, que producen sobre las aguas pintoresco efecto; el de viajeros en 14 hermosos vapores de la misma compañía, que van y vienen sin cesar de un extremo á otro, tocando en todas las estaciones de ambas orillas.

Nada tan deleitoso, si el día está despejado y el lago en calma, como este viaje de circunnavegación recorriendo las costas todas del Lemán. Las estaciones de la ribera suíza son las siguientes: *Genthoud*, residencia de los naturalistas Bonnet y Saussure; *Versoix*, antigua frontera francesa; *Goppet*, en donde reposan los restos de Necker, ministro del infortunado Luís XVI, y de su celebérrima hija Madame Staël, la autora de *Corina*; *Celigny*, lugar ginebrés enclavado en el cantón de Vaud; *Nyon*, una de las mejores ciudades del cantón dicho; *Prangins*, habitado por Voltaire y José Bonaparte (¿nuestro Pepe Botellas?); *Promenthoux*, límite del pequeño lago; *Rolle*, con un monumento á la memoria del general *de la Harpe*; *Saint-Prex*, mitad del lago y en cuya iglesia está el sepulcro de San Protasio; *Morges*, con puerto espacioso, capaz para cien velas: *embocadura del río Venoge*, por medio del cual se ha intentado unir el lago de Neuchâtel con el de Ginebra; *Saint-Sulpice*, antigua abadía de benedictinos; *Vidy*, vasta llanura inhabitada; *Ouchy*, puerto de Lausana, capital del cantón de Vaud, y cuyos hermosos edificios se destacan perfectamente en una pendiente; *Lutry*, con su famoso viñedo de Lavaux; *Cully*, que contiene restos de un templo romano, con una inscripción consagrada á Baco; *Glèrolles*, antigua residencia de verano de los Obispos; *Saint-Saphorin*, con magníficos puntos de vista; *Vevey*, con sus soberbios hoteles; *Tour-de-Peilz*, en donde está la magnífica villa de la Princesa de Liegnitz; *Clarens*, escogido por Rousseau para escena de su novela la Nueva Eloísa; *Vernex* y *Montreux*, que no tardarán en ser una sola población; *Chillon*, en donde Byron escribió su *Prisioner of Chillon*; y *Villeneuve*, último desembarcadero de la costa suíza.

—¡Pues señor (dirá el que esto lea), vaya una lista de nombres propios indigestos! Si eso parece un indicador de

ferrocarriles; no falta más que en cada estación griten los empleados: ¡Vevey, cinco minutos! ¡Clarens, cuatro minutos!

Tienen ustedes razón, mis amigos leyentes, y pido mil perdones por haberme dejado llevar de mi monomanía por lo metódico y minucioso; pero la verdad es que sobre el terreno, con la guía en la mano y contemplando desde el vapor los lugares dichos, que desfilaban ante nuestros ojos como en magnífico cosmorama, no se hace pesada la lista, ni se encuentran raros los nombres propios, ni impertinentes los detalles apuntados y otros muchos, de que hablan los indicadores del lago.

Con un día fresco y espléndido, me embarqué á las seis y treinta de la mañana; tomé asiento bajo la toldilla de proa en compañía de un centenar de pasajeros, de espaldas á la costa saboyana y de frente á la costa suíza; preparé los gemelos y la guía; sonó la campana del vapor, como si tocase á misa rezada; empezaron á funcionar las ruedas del estrecho, largo y ligero barco y las aguas del Lemán, en calma chicha y componiendo una superficie esplendente y como si fuera sólida, sobre la cual rielaban los rayos solares, se abrieron formando dos pequeños ríos á derecha é izquierda del mascarón de proa, para dar paso á nuestro erguido vapor, que cortaba el lago, cual si fuese de transparente gelatina, con cuchilla de acero.

La costa suíza comenzó á desfilarse ante nuestros asombrados ojos; pero ofreciendo al sentido espacio y tiempo suficiente para apreciar sus pintorescos detalles. ¿Cómo describirla? No sé: sólo en estos casos me pesa no ser poeta ó buen prosista, cuando menos.

Imaginad una cadena de montes altísimos (la del Jura), completamente tapizados de verde desde la cumbre hasta los bordes mismos de sus laderas, que festonean la costa y forman la ribera del lago.

Distribuid ahora la exuberante vegetación, que tenemos en frente, de la manera más variada y pintoresca, agotando todas las tintas verdosas, que ofrece la naturaleza: aquí un bosquecillo de sabinas; allí aterciopelada pradera; debajo, interminables hileras de tilos, acacias y fresnos; arriba, un pinar; en esta hondonada, una viña de cepas espesas y armadas en alto como si fuesen judías; en aquella altura, florestas de hayas, que no dan paso al sol de medio día.

Suponed, que el gran Artífice toma en su mano omnipotente centenares de suntuosísimos palacios, de villas caprichosas, de chalets lindísimos, de chozas rústicas, de ciudades, pueblos y aldeas tan pequeños como preciosos y siembra todo esto á puñados en las laderas que nos encantan y en las mismas orillas del lago, cuyas aguas lamen muchos edificios.

É imaginado, distribuído y supuesto todo lo dicho, es imposible que os forméis idea, ni siquiera aproximada, de la costa suíza del lago Lemán. Hay allí viviendas para todos los gustos y áun para satisfacer los caprichos más raros. Se rodean unas de bosques casi impenetrables y apenas dejan adivinar su existencia por alguna veleta atrevida, que no puede tolerar que la venzan en altura los vecinos árboles.

Se complacen otras, por el contrario, en exhibirse sobre meseta despejada para ver y ser vistas y como diciendo á todo el que pasa: aquí tienen ustedes, por ejemplo, el magnífico palacio de Rothschild. Gusta ésta de las costumbres marinas y avanza sobre el lago, por medio de puentes y puertecillos, que ponen los ligeros esquifes al pié de la escalera principal del palacio. Se sube aquélla sobre empinada altura y convertida en observatorio ó atalaya, obliga á los carruajes á que ganen la atrevida carretera

haciendo esos por entre los prados y los bosques. Unas están completamente aisladas, otras formando graciosos grupos, éstas en el centro mismo de pobres aldeas, aquéllas compitiendo con los soberbios hoteles y palacios de modernas poblaciones, y todas en las mejores condiciones del mundo para hacer vida campestre é higiénica, gozando de los grandes espectáculos é incomparables bellezas de la naturaleza.

Comprendo perfectamente, que para escribir se hayan retirado á estos jardines de las Espérides, Voltaire, Rousseau, Milton, Byron, madama Staël, Töpffer y otros muchos autores que sería prolijo enumerar, y tentaciones me dan de hacer la prueba á fin de ver si tropiezo con el talento, la inspiración y la habilidad que me faltan para pasar de un salto desde emborronador de cuartillas á la categoría de verdadero escritor.

De buena gana hubiese desembarcado en todas y cada una de las estaciones dichas, á las cuales se acercaba nuestro vapor á són de campana, tomando y dejando pasajeros; pero me había propuesto regresar aquella misma noche á Ginebra y tuve que contentarme con una pequeña excursión. Puesto que no había subido al Righi-Kulm, por no haber hecho el viaje al Oberland Bernois, decidí subir al Righi-Vaudois, á cuyo efecto, á las once de la mañana desembarqué en Montreux, no sin haberme enterado antes de que el último vapor para Ginebra pasaría por Montreux á las tres en punto.

Como me sobraba tiempo me metí en el primer gran hotel que tropecé y almorcé opíparamente por dos francos y medio. Con este motivo tuve ocasión de enterarme de que la vida es mucho más barata en todos estos pueblecillos que en Ginebra, hasta el punto de que por cinco francos diarios admiten pensionistas en los grandes ho-

teles, lo cual supone lujosa habitación con excelentes vistas y exquisita y abundante mesa. Choca ver en todos aquellos montes, hasta en los hoteles más altos y recónditos, á los criados todos de frac y corbata blanca, lo que se explica teniendo en cuenta que allí veranea la verdadera *big-life*, como si dijéramos la flor y nata de Londres. A propósito, sin duda lo que más viste, es decir, la última moda, son los vestidos de lanas y encajes finísimos, completamente blancos, con sombrilla completamente roja; ó á la inversa, vestido de percal rojo del todo, y sombrilla de raso y encajes, blanca por completo. También algunos hombres visten trajes completamente blancos, de franela. Los velocipedistas prefieren el azul turquí y los calzones: muchos no usan camisa, sino camiseta interior de seda ó lana y del mismo color que el traje exterior, lo cual les permite lucir sus cuellos de aguilucho. Sabido es que para extravagancias se pintan solos los ingleses.

Después de almorzar recorrí los pueblecillos de Vernex y Montreux, que están llenos de hoteles y quintas con preciosas vistas sobre el lago y sobre los Alpes saboyanos, y paseando me dirigí á Territet-Glion, para subir á esta montaña llamada también el Righi-Vaudois, en ferrocarril funicular.

El Glion tendrá á lo sumo unos 300 metros de altura sobre el nivel del lago; pero su falda es tan escarpada y pendiente, que para vencerla con facilidad se construyó en 1883 un ferrocarril funicular, que pone los pelos de punta. El tren se compone únicamente de dos cochecitos, que como si fueran dos pozales suben y bajan á la vez por los rails, aunque en direcciones opuestas, encontrándose á mitad del camino.

Se me ha asegurado que la inclinación de esta via-juéte es de 57 por 100. Yo solamente sé que por franco y

medio me dieron billete de ida y vuelta, ó mejor de subida y bajada, que me metí en un coche casi descubierto, que no ví máquina ninguna de vapor, que oí el ruido de fuertes chorros de agua por debajo del wagón, que comenzó á funcionar el cable y á subir el coche, casi perpendicularmente, aunque despacio.

Primero ví á mis piés la estación, fuímos ganando poco á poco la falda de la montaña, los peñascos se quedaban debajo, llegamos á los troncos de unos nogales altísimos y tronco arriba remontamos la copa superándola; lo mismo sucedía con todos los árboles de las laderas, no podía uno asomarse á los lados para que no se apoderase de la cabeza el vértigo de las grandes alturas; pero subiendo, siempre subiendo, á los diez minutos de viaje estábamos en la cumbre del Righi-Vaudois, desde donde se divisa sorprendente panorama.

A los piés el golfo de Montreux, que por aquella parte forma la costa del lago; á la izquierda la punta extrema del Lemán; más allá el Ródano, serpeando por una cañada antes de zambullirse en el lago; en frente los Dientes del Mediodía, el monte Arvel, y los Alpes saboyanos con sus sábanas de nieves perpétuas, sus picos, laderas y barrancos sin vegetación alguna, y sus glaciares; á la espalda otra cumbre mas alta del Glión, y por aquellas alturas, entre aquellos bosques, preciosos hoteles, restauranes y pensiones, como el *Hôtel Righi-Vaudois*, el *Hôtel Victoria*, el *Hôtel du Medi*, *Restaurant* de la estación, etc., etc.

El objeto de mi viaje estaba cumplido y era preciso volver á Ginebra por la costa saboyana. Bajé del Glion lo mismo que había subido, y reloj en mano corrí á Montreux para embarcarme en el vapor de las tres. Llegué rendido siete minutos antes, me senté en el embarcadero y aun estaría esperando si una alma caritativa no me hubiese adver-



tido que el vapor acababa de pasar y que aquella noche no podía yo regresar á Ginebra, como no fuese en el tren de las cinco y media, que llega á Ginebra á las diez.

No hubo, pues, más remedio, que renunciar á ver la costa saboyana, que es menos pintoresca que la suíza; perder el billete de vuelta en el vapor; matar el tiempo como pude hasta las cinco, y regresar en ferrocarril á Ginebra.

La dueña del hotel del Mont-Blanc, en que me hospedaba, me explicó el enigma antes de acostarme, enseñándome el reloj de su salón con tres esferas, que marcan hora de París, hora de Ginebra y hora de Berna. La primera rige para los trenes que parten para Francia, la segunda impera dentro de la capital solamente, y la tercera sirve de norma á los trenes y vapores de Suíza. Como yo llevaba mi reloj con Ginebra y no con Berna, llegué tarde á Montreux y me quedé en tierra. Es la única equivocación que he sufrido en todo el viaje y no me remuerde la conciencia de haberme gastado un céntimo en *cicerone*.

El 25 por la mañana, día de Santiago, patrón de España, y domingo además, lo dediqué, como debía, á santificar la fiesta; á cuyo efecto, apenas me levanté, busqué una iglesia católico-romana, pues no hay que olvidar que en Ginebra existen iglesias de católicos viejos y de católicos liberales, y ni unas ni otras creo (de las primeras tengo seguridad) que están en comunión con la Santa Sede. Por fortuna, encontré pronto lo que buscaba, en mi misma calle, la del Ródano que es muy larga, en el extremo opuesto al ocupado por el hotel del Mont-Blanc, en donde me hospedaba.

La iglesia es pequeña, pero bonita, de ese estilo gótico moderno, que tanto se generaliza y, aunque modestamente, está bien decorada. Más de cincuenta personas se acercaron al banquete eucarístico, mientras yo estuve en el

templo, mujeres la mayor parte y algunos, aunque pocos, hombres.

El canto, las ceremonias y la pronunciación del latín eran verdaderamente romanos; el aspecto general de la iglesia, francés.

A medio día, decidí dejar á Suíza definitivamente, regresando á Francia en el rápido de París. En la frontera registraron con minuciosidad nuestros equipajes los aduaneros franceses en busca sobre todo de relojes y tabaco; en Culoz trasbordo para tomar la línea de Chambéry; en esta capital saboyana dos horas de alto, que me permitieron dar un paseo por la ciudad, ver la hermosa catedral, asistir á visperas y á una original procesión de Hijas de María con grandes velos blancos; continuando mi viaje, bajé en la estación de Goncelín, á las siete de la tarde, para tomar los ómnibus que suben á Allevard, y á las ocho y media me encontraba en este establecimiento balneario, del que hablaré detenidamente otro día.

Allevard 31 de julio de 1886.





## CARTA XIX.

### *Allevard-les-Bains.*

**GRACIAS** á Dios que coinciden mis palabras con mis acciones!

Nueve días hace que estoy tomando estas aguas sulfuro-iodadas, durante los cuales he descansado perfectamente de mis anteriores excursiones y he despachado mis atrasos. Hablemos hoy de Allevard y de su balneario.

Excepción hecha de los médicos que por deber profesional han estudiado las aguas minerales, pocos son los que en España tienen noticia de Allevard-les-Bains.

Tampoco yo había oído nombrar semejante pueblo, hasta que me recomendó sus aguas el especialista en enfermedades de las vías respiratorias y concienzudo médico Dr. Colvée, tanto por su calidad, cuanto por encontrarse el establecimiento en lugar próximo á la línea férrea, que yo tenía que recorrer á mi regreso de Suíza. En

efecto, para volver desde Ginebra á Francia, se pasa por la estación de Goncelin, antes de llegar á Grenoble, y dista Allevard de Goncelin 45 minutos de subida, en carruaje, por excelente carretera.

Allevard, pueblo de unas 3.000 almas, cabeza de partido ó de cantón, como aquí dicen, perteneciente al departamento del Isère, se encuentra enclavado entre los montes llamados Alpes del Delfinado, en la confluencia de tres pintorescos valles surcados por excelentes carreteras calzadas, que conducen á las estaciones de Pontcharra y Goncelin, en la vía férrea de Chambéry á Grenoble.

Nada de particular tiene que no haya encontrado aquí un solo español. Para los españoles que necesitan tomar aguas de esta índole, es más comodo y más barato trasladarse á Urberuaga de Ubilla, Panticosa, Aguas Buenas ó Cauterets; pero Allevard ocupa posición cómoda y céntrica para los viajeros procedentes del centro y mediodía de Francia, de la Suíza francesa y del norte de Italia.

De manera que, viajando por vía férrea en trenes rápidos, expresos ó directos, Allevard dista catorce horas de París, ocho de Turín, cinco de Ginebra, diez de Marsella, cinco de Lyon y dos de Grenoble. Es natural, pues, que aquí afluyan los enfermos de tan extensa comarca.

El valle de Allevard, que desde el pueblecillo de San Pedro en donde se puede decir que empieza, hasta la montaña de Santa Margarita que lo cierra por el lado opuesto, tiene unos diez kilómetros de longitud por uno de anchura, es uno de los más pintorescos y hermosos de los Alpes del Delfinado y saboyanos. Parece un canastillo inmenso de follaje, matizado de caseríos.

Ya cerca del pueblo, las dos montañas que lo forman y que se llama Brame-Farine la de la izquierda viniendo de Goncelin, y de los Castaños la de la derecha, se elevan

poco á poco por medio de suaves laderas, á tan considerable altura, que el punto más alto de Brame-Farine mide 1.231 metros sobre el nivel del mar y, aunque es más baja, también se pierde en la región de las nubes la cumbre del monte de los Castaños.

Las laderas de uno y otro, y aún sus picos más altos, están completamente tapizados de praderas y bosques, formando cuadros muy variados de distintos verdes; y la hondonada de huertas, en las que se cosechan trigo, maíz, patatas, verduras de toda clase y crecen con desarrollo grande la morera, la viña, el peral, manzano, cerezo, albaricoquero, nogal, avellano, castaño, etc.

Contemplando ayer tan hermoso valle se me ocurrió que no es posible encontrar en parte alguna bosques más espesos, en los cuales nunca penetra el sol; follaje más verde, pues como llueve á menudo la vegetación es exuberante y fresca; ni prados más sedosos, pues parecen segados con navajas de afeitar.

Los caseríos, que están esparcidos por todo el valle, remontándose algunos hasta los cerros más altos, animan y hermosean el paisaje, dando motivo para que sin el menor esfuerzo adivine la imaginación no pocos idilios.

Allevard se levanta á orillas del Breda, torrente impetuoso, que desciende del monte de los Siete-lagos y de las alturas del Gleyzin, en cuyos glaciares nace el torrente para llevar sus bulliciosas aguas al río Isère. El pueblo no es tan bonito, ni tan animado como Cauterets y Aguas-Buenas; pero vánse trasformando en villas y hoteles sus viejas y feas casas, y en las inmediaciones de la plaza principal y de la iglesia existen ya algunas buenos edificios.

Allevard debe su fortuna á las fundiciones de hierro y forjas de acero, que á orillas del Breda trabajan día y noche en la garganta del *Bout-du-Monde* y á sus aguas súl-

furo-iodadas, que brotan también en dicha garganta, en la orilla izquierda del Breda, frente al primer taller de las fundiciones. Allí está la fuente primitiva; pero el establecimiento balneario se encuentra al Sur de Allevard, no lejos del torrente y del manantial, al pié de la montaña de los Castaños y dentro de un hermoso parque, formado por pequeñas praderas y macizos de plantas y flores, bosquecillos y calles de frondosos árboles, bajo cuyas copas se puede tomar impunemente el sol de medio día, y por entre cuyas enarenadas calles pasean continuamente los bañistas, ocupando cuando se cansan los muchos bancos destinados al efecto.

Los diferentes edificios ó pabellones que componen el establecimiento termal, y los grandes hoteles de los Baños, del Louvre, de la Planta y del Parque, con algunas tiendas y un salón de tiro, rodean al parque, que tiene puertas de hierro, las cuales pueden cerrarse, quedando así incomunicados el establecimiento y los mejores hoteles con el pueblo. Fuera del parque están los hoteles de la Terraza, del Universo, del Comercio y de la Corona, además de las muchas casas que alquilan sus habitaciones amuebladas á los bañistas, que quieren hacer vida más independiente ó económica.

El establecimiento fué perfectamente instalado y dispuesto, aunque sin lujo, con arreglo á los adelantos últimos de la terapéutica termal y de la clínica hydrológica, bajo la inteligente dirección del entonces médico inspector Dr. Niepce. La *buvette*, como dicen los franceses, ó la fuente, como tengo que decir yo, por no saber traducir aquella palabra de otra manera, está en el parque, en bonito pabellón aislado y exteriormente vestido de frondosas enredaderas, con el salón para gargarizar al lado. A propósito, el gargarismo está en completo descrédito en los estableci-

mientos españoles de índole análoga. Frente á la *buvette* y al rededor de una galería acristalada, que sirve de refugio á los bañistas cuando llueve, cosa aquí muy frecuente, están en diferentes edificios todas las demás oficinas del establecimiento, á saber: 34 cuartos de baños, muchos con dos pilas, en los cuales pueden tomarse, como se hace en Suíza, baños de plantas aromáticas y de suero; los cuartos para duchas con todos los aparatos necesarios para darlas de toda clase, como se hace en Aix-les-Bains; las salas de inhalación de vapores tibios ó calientes; los cuartos de inyecciones locales, siete salas para la inhalación gaseosa y fría, y los cuartos especiales para toda clase de tratamientos hydroterápicos, no solamente con el agua sulfurosa iodada de la casa, sino también con la del torrente Breda que, procediendo de los glaciares próximos del Gleyzin, se mantiene constantemente á la temperatura de 6 grados sobre cero.

Acerca de la eficacia de estas aguas para curar las enfermedades todas de las vías respiratorias, tanto del pulmón, como de los bronquios, de la garganta, nariz, etc., nada puedo decir yo con fundamento.

A mí, hasta la fecha, me han probado perfectamente y si no me causan bien alguno, al menos no me han producido ni siquiera una indigestión. Abren el apetito y se come admirablemente, sin que los bañistas se priven en la mesa de nada; con decir que entre servicio y servicio nos dan helado en el *Hôtel du Louvre*, está dicho todo.

Sí que advierto una diferencia entre Allevard y Cauterets. En éste gran concurrencia de personas, al parecer completamente sanas y regocijadas, mucha animación y continuas excursiones por el Pirineo.

En Allevard, por el contrario, muchos enfermos, pocos *turistas*, soledad y silencio por todas partes. Podrán, pues,

ser excelentes sus aguas, pero son baños muy aburridos; ni siquiera hay conciertos vespertinos, como en Aguas-Buenas. Un teatrito de mala muerte en el casino del hotel de los baños, en el cual representa todas las noches sainetes ú operetas una mala compañía; tiro de carabina bien montado, unas ruletas y caballitos por esos barracones del parque, algún concierto privado en los salones de los respectivos hoteles, y paren ustedes de contar. A propósito; uno de los blancos del tiro consiste en un huevo vacío, sostenido en el aire por un chorro de agua que sube y baja, de manera que el blanco es móvil. Pues esta tarde, un bañista, con carabina y balín, ha dejado fuera de combate veinte huevos seguidos.

Aquí los principales espectáculos nos los ofrece la naturaleza en todas direcciones, y hay puntos próximos y no muy altos que convidan á admirar las grandezas del Criador y de sus obras. Breda arriba, á unos veinte ó treinta minutos del establecimiento termal, están los altos hornos, fundiciones y forjas de hierro y acero, dignos de visitarse, y la garganta y cascada del *Bout-du-Monde*. Quisiera describirla, pero lo considero imposible. Empresa es ésta más propia del pincel que de la pluma, que creo ha sabido llevar á feliz término el pintor Giroux.

La garganta del *Bout-du-Monde* es una verdadera hoz, que empieza saliendo de Allevard, junto al hotel de la Terraza y termina media hora más arriba, en el monte Gleyzin, que le cierra el paso. Los montes que la forman se pierden en las nubes, tanto, que desde el fondo no se distingue su cumbre y están como cortados á pico, aunque cubiertos de vegetación exuberante y arborescente. Yo he visto hoces semejantes, formadas por peñascos altísimos y desnudos; aquí los peñascos se adivinan, pero no se ven. Por todas partes, en sus quiebras más pequeñas, brotan árboles



y arbustos, que tuercen enseguida su tronco para crecer verticalmente, mirando al cielo; se desparraman y entrelazan entre sí, formando bosques impenetrables de sabinas, hayas, castaños, acacias, fresnos, tilos y otros mil árboles y arbustos, que las enredaderas se encargan luego de adornar con sus tallos trepadores y flores blancas y violáceas. Es lo cierto que de arriba á bajo todo está tapizado de verde. Estas paredes se acercan unas veces, como si fueran á besarse, y se separan otras, como si hubieran reñido; pero serpeando siempre á orillas del Breda, el cual despéñase entre ambas por el fondo, cubriendo de blanca espuma las piedras enormes que obstruyen su paso, salpicando arbustos, humedeciendo el ambiente, rugiendo, murmurando, sonriéndose y produciendo, en suma, mil ruidos confusos y bulliciosos, que condenan la hoz á música eterna. El terreno sube á medida que se avanza y los montes laterales se aproximan á medida que se sube, y cuando se llega al cabo de esta hoz sin salida, enorme cantidad de agua se precipita ante nosotros, formando la verdadera cascada.

El propietario de las fundiciones y martinets lo es también de la garganta con su cascada y de todos aquellos terrenos limítrofes y exige cincuenta céntimos por persona (*para los pobres de la parroquia*, dice el anuncio) por permitir el paso para contemplarla de cerca; pero en cambio tiene perfectamente arreglados el camino, los puentes, las escaleras rústicas, las sendas, etc., á fin de que el *turista* pueda recorrer la hoz y acercarse á la cascada sin peligro. En el punto más á propósito ha hecho construir un puente rústico de madera y de un arco sobre el torrente y desde allí el espectáculo se contempla en toda su salvaje majestad.

A derecha é izquierda peñascos altísimos, casi vertical-

mente tallados y cubiertos de árboles y arbustos, que parecen van á aplastarnos con su inmensa pesadumbre; enfrente la cascada espumosa y ondulante, que nos ensordece y salpica de agua pulverizada; más arriba el glaciar de Gleyzin, con sus nieves perpétuas en la falda y sus picos desnudos de toda vegetación, cerrando el paso y el horizonte; á nuestros piés, caudaloso río que nace de las entrañas mismas de la cascada, y en torno y por todas partes ruidos atronadores é incesantes, soledad misteriosa, fresco que penetra los huesos, tintas húmedas y sombrías, y estu-  
por melancólico en el ánimo.

Otros espectáculos parecidos se disfrutaban desde las grandes alturas próximas; pero como yo llegué aquí cansado y con el firme propósito de descansar, no he subido mas que al monte de los Castaños, concretándome á pasear continuamente por los puntos más llanos de estos parques y carreteras.

Allevard 3 de agosto de 1886.





## CARTA XX.

*Desde Allevard á Grenoble.*



A he descansado y puedo dedicar unas cuartillas á mi viaje de regreso, para concluir estos insípidos apuntes.

Permanecí en Allevard-les-Bains hasta el 5 de los corrientes, con cuyo motivo acabé de conocer perfectamente el establecimiento termal, el pueblo y sus pintorescos alrededores.

No pude averiguar el número exacto de bañistas, que anualmente toman aquellas aguas; pero sí que, por término medio, dejan en el pueblo unos 500.000 francos, fuente de producción que, agregada á las fundiciones, martinetes, molinos, serrerías mecánicas, etc., mejora progresivamente la condición económica de aquellos montañeses.

El domingo, al anochecer, se efectuó en la iglesia parroquial una función religiosa, con bendición y expuesto, á beneficio de las escuelas libres de la parroquia, dirigidas por los Hermanos de la Doctrina cristiana. Predicó un ca-

nónigo bañista, dos señoritas cantaron con acompañamiento de órgano el Ave-María de Gounod y unos motetes, y otras dos hicieron la cuestación ó colecta anunciada. Cosa extraña: los franceses acuden preferentemente á la iglesia, aunque no sean piadosos, cuando hay colecta para obras de instrucción ó caridad; pero los católicos españoles no vemos con buenos ojos que canten señoritas y se anuncie la solemnidad como si se tratara de un concierto.

Dije en mi anterior que el monte de Brame-Farine mide 1.231 metros sobre el nivel del mar; pero no conocía entonces los encantos de la excursión á su cumbre, para disfrutar del soberbio panorama que desde tan grande altura se descubre. Se sube á caballo hasta el *chalet* y á pié hasta la cumbre; pero lo delicioso es la bajada, que se hace en 15 minutos y en trineo, como si se tratase de un mar congelado. Brame-Farine está toda ella tapizada de aterciopeladas praderas; el *turista* se mete en el trineo, que es un carrito sin ruedas en forma de caja, el guía tira del timón, y trineo, turista y guía descienden por aquellas laderas empinadísimas, con rapidez vertiginosa y como alma que lleva el diablo. Son muchos los bañistas de ambos sexos, que suben varias veces á Brame-Farine, por el gusto de bajar en trineo.

Desde Allevard se puede ir á caballo, venciendo los Alpes y empleando dos jornadas, á la Gran Cartuja; pero el viaje es más cómodo trasladándose á Grenoble y tomando allí el ferrocarril hasta Voiron. Desde éste hasta Saint-Laurent-du-Pont en carruaje, y para subir á la Cartuja lo mejor es recorrer á pié los 12 kilómetros restantes.

La Gran Cartuja, fundada en el siglo XI por el mismo San Bruno, reconstruída después diferentes veces, la última en 1676, está situada á 977 metros de altura sobre el nivel del mar, en fresca pradera rodeada de bosques y rocas. Co-

ronan el edificio seis campanarios. La iglesia es de los siglos xv y xvii. Adornan la sala capitular los retratos de los cincuenta primeros generales de la Orden, sucesores de San Bruno y veintidós cuadros, copia de los de Lesueur, representando escenas de la vida del Santo fundador. He admirado los originales en la sala segunda de las destinadas á la escuela francesa en el Museo de Louvre. En cambio, como diré después, no he visto las copias. La silla del P. General está coronada por una estatua de San Bruno del escultor Foyatier. En la biblioteca hay de quince á veinte mil volúmenes y una galería de mapas muy notable. Notabilísimo es también el gran claustro, trapecio alargado de 130 arcadas, que data de los siglos xiii y xvii, y en medio del cual está el cementerio. En dos corredores de 220 metros cada uno se abren las 60 celdas, que, como es sabido, son otras tantas pequeñas casas, con su jardinito y todo lo necesario para la vida aislada del cartujo. Merecen también mencionarse la capilla de Luís XIII, la del Cementerio, la de San Salvador, en la que pueden oír Misa las señoras; el coro, las tribunas desde donde los seglares pueden asistir á los divinos oficios, incluso á los Maitines de media noche, etc., etc.

Todo esto tenía yo anotado para visitar con conocimiento de causa la Cartuja, calcé ya en Alleverd mis botas de gamuza para hacer la ascensión á pié desde Saint-Laurent-du-Pont; pero el hombre propone y Dios dispone. Se encapotó el día, los picos de los Alpes adornaron sus erguidas cabezas con penachos y turbantes de nieblas espesas; comenzó á llover y se me aguó la fiesta. Era una temeridad subir á la Gran Cartuja lloviendo y decidí continuar mi viaje por el primer tren que saliese. No por eso renuncié á dar un vistazo á la capital del departamento del Isère, que me gustó mucho.

Cuenta Grenoble 51.371 habitantes, es plaza de guerra, protegida por siete fortificaciones, está murada, dan entrada á la ciudad diez puertas y se extiende al pié del Mont-Rachais, á orillas del río Isère, en la hermosa llanura de Graisivaudan. La primera impresión que la ciudad produce, no puede ser más agradable: por todas partes hermosos edificios de piedra labrada y casi blanca, grandes aceras, muelles solidísimos, puentes y arcos artísticos. El río Isère es tan caudaloso como nuestro Ebro; pero sus aguas son frescas y cristalinas como procedentes de las vecinas nieves alpestres y corren entre los fuertes y Grenoble, encauzadas por dos magníficos pretiles de sillería, desde los cuales puede descenderse al cauce del río de trecho en trecho, por espaciosas escaleras dobles. Tres soberbios puentes, el del centro colgante, y los laterales de arcos de piedra, ponen en comunicación ambas orillas. En uno de ellos ví un nivelómetro, permítaseme la frase, que acusa la altura de las aguas del Isère en las mayores avenidas. En 1816 subieron cuatro metros sobre el nivel ordinario.

Paraguas en mano, recorrí gran parte de la población, viendo al entrar desde la estación una especie de gran glorieta con jardinillos y estatuas; más adelante en la iglesia de San Andrés, que no vale nada, la tumba de Bayardo y en la plaza su estatua en bronce, con la inscripción siguiente: *Mi Dios y mi Rey: he aquí todo.* ¡Qué lección para Francia entera y especialmente para la Francia oficial que ha apostatado de su Dios y de su Rey!

La plaza de la Constitución es magnífica, espaciosa, con un jardín en el centro y rodeada de palacios, en donde están la Prefectura, la escuela de Bellas-Artes, el Museo, la Biblioteca y la escuela de Artillería. En el Museo se celebraba la exposición trienal artística. Sentí no disponer de tiempo para visitarla. En el centro de los jardinillos ví

hermosa fuente formada por una montañuela artificial de rocas y una estatua en bronce, que arroja gran cantidad de agua desde una ánfora, que la estatua hace como que vacía. Otra fuente, bastante artística ví también en la plaza de Grenette y otras muchas por las calles, que arrojan continuamente chorros de agua cristalina sobre el mismo adoquinado del arroyo.

Ví también la plaza de Nuestra Señora y la Catedral, que vale muy poco. La nave central es airosa; pero tiene dos rebajadas en el lado de la epístola y una nada más en el del Evangelio. La silla episcopal es gótica y de verdadero mérito. En el presbiterio, sobre mármol negro, está grabado con letras doradas el episcopologio de aquella diócesis.

Dice Joanne en su *Guía de Francia*, que hay en Grenoble 115 fábricas de guantes, 2.000 jornaleros y 20.000 costureras, que se dedican á esta fabricación, que produce al año en valor de 30 millones de francos; pero por más que miré por calles y plazas no ví fábricas, ni siquiera tiendas de guantes. Encontré una en la plaza Grenette y tomé un par, por cierto buenos y baratos.

De regreso á la estación ví dos buenos edificios, que eran el *Hôtel de Ville* y el palacio de la Justicia, varios cuarteles y muchos cadetes de artillería.

Me embarqué de nuevo y al vapor partí para Valence, Avignon, Tarascón y Arlés, divisando desde el tren paisajes amenos y variados, y ciudades, villas y pueblos pintorescos, en medio de un calor y vegetación meridionales. El olivo, el ciprés, el melocotonero, la viña, etc., presentaronse de nuevo ante mis ojos como anunciándome la proximidad de la patria.

Poco á poco las sombras de la noche fueron derramando sus negras tintas sobre la vía, los viajeros convirtieron

en camas sus sillones y corre que te correrás, devorando kilómetros, dando silbidos y arrojando columnas de humo, llegamos á Marsella á la una de la noche. Pásenlo ustedes, pues, perfectamente, como lo pasé yo en la misma fonda de la estación, y hasta mañana.

Gea de Albarracín 13 de agosto de 1886.







## CARTA XXI.

*Desde Marsella á España.*

**A**MANECIÓ el día 6 de agosto de 1886 y como de costumbre, me lancé á la calle con dos propósitos únicos, que eran visitar la Basílica de Nuestra Señora de la Guardia y la Catedral nueva. Conozco á Marsella desde 1876, y la verdad, después de visto París y Lyon, no hay para qué formar empeño decidido por ver detenidamente la tercera capital francesa, aunque primer puerto del Mediterráneo. Considero al comercio marítimo como una de las principales fuentes de la riqueza y prosperidad de los pueblos; pero no me gustan las ciudades que tienen el puerto dentro ó al lado de la población, porque suelen ser sucias. Esté es el único defecto de Marsella. La parte antigua, alrededor del puerto viejo, las aguas de los puertos y canales, y hasta los muelles dan asco. Mucho movimiento, al que contribuyen los barcos, tipos, trajes, producciones y lenguas del mundo todo; pero mucha

suciedad. Yo no me detuve para visitar aquel pandemonium marítimo, aunque le dediqué también algunas horas; sino para ver dos templos.

Me dirigí, pues, por la *Cours Pierre-Puget* á las calles magníficas de Noailles y Cannebière, que descansaban aún de las fatigas de la velada, como duermen á esas horas todos los mundanos; llegué al Puerto Viejo ya muy animado; tomé una cualquiera de las calles de la izquierda y sin saber cómo me ví en la plaza de Monthyon, frente al palacio de la Justicia y á la estatua de Berryer. Lo de siempre: la estatua en bronce y de tamaño natural es de indudable mérito; pero me causó mal efecto ver al jurisconsulto eminente de frac y pantalon negro. El palacio exteriormente es hermoso, y los jardinillos que le preceden amenos.

Tomé por aquellos bulevares arriba y subiendo cuestas fuí á parar al *Boulevard Caxzino*, que sale de Marsella y por medio de acentuada pendiente se dirige al fuerte y santuario de Nuestra Señora de la Guardia. Se necesita verdadera devoción para subir á pié, aunque por otro camino puede hacerse la ascensión en ómnibus. Terminada la cuesta, empiezan los tramos de escalera, que mezclados con rampas conducen á la iglesia. Si no conté mal, 235 peldaños hay hasta el puente levadizo; cruzado éste aún quedan otros 34 hasta la puerta de la cripta, por encima de la cual se levantan la Basílica y la torre, coronada por una estatua dorada y colosal de la Virgen, que domina á Marsella toda con sus puertos, y que se distingue desde todas partes. Sorprendente es también el panorama que desde aquellas alturas se divisa, pues la colina sobre que asienta su trono Nuestra Señora de la Guardia mide 160 metros sobre el nivel del mar.

Aunque era muy temprano, la cripta, que es baja de bóveda, obscura y se compone de cuatro capillas en cada

lado, con la del ábside en el fondo, estaba llena de devotos, mujeres la mayor parte. Cuatro lámparas de petróleo iluminaban la pequeña iglesia. Las capillas están aún sin retablos y sin decorar por falta de recursos. En el ábside detrás de la mesa del altar mayor, sobre un pedestal, se ve una hermosa imagen de la Virgen, con el Niño Jesús en los brazos. Me parecieron de mármol ambas estatuas.

Celebró el santo sacrificio de la Misa un fraile capuchino; con acompañamiento de armonium se cantaron después por algunas señoras y el pueblo todo las letanías especiales de Nuestra Señora de la Guardia; muchos fieles, la mayor parte de los allí presentes, se acercaron á la sagrada mesa y terminó la función dando el P. Capuchino la bendición con el Santísimo. Todo inspiraba unción y recogimiento grande. De repente me creí trasladado á las catacumbas en los primeros siglos de la Iglesia. Aunque impera la revolución en Marsella, como en toda Francia, gracias á Dios aún hay fe en Israel.

La Basílica superior, ya terminada pero no abierta aún al culto, pues todas las funciones se celebran en la cripta, es de estilo bizantino modernizado y hermosísima. Se compone de una gran nave central ancha y alta, con cuatro capillas muy rasgadas y airosas en cada lado. El pavimento todo de la iglesia es de menudo mosaico, formando graciosos dibujos y el ábside resplandece como ascua de oro, pues todo él está vestido de mosaicos venecianos, sobre los cuales se destacan hermosas flores y la inscripción: *Ave Maria gratia plena*. Sobre la mesa del altar mayor se levanta colosal ramo metálico de flores, que sostiene una capillita en forma de trono y bajo dosel tan risueño se admira la imagen de la Virgen. Me pareció también de mármol y casi de tamaño natural como la de la cripta; pero el Niño de ésta ostenta en sus manos cintas de las que pen-

den corazoncitos de oro, al paso que el de aquélla, que está completamente desnudo, juega risueño con uno de sus piés y con las manos de su Santísima Madre. Hay dos magníficos altares laterales, y en los arcos, que separan unas capillas de otras, se ven preciosas urnas con reliquias. El conjunto no puede ser más alegre y artístico á la vez. Los exvotos son innumerables.

Bajé de nuevo á Marsella, y para encontrar la Catedral nueva, tuve que recorrer los puertos y algunas de sus mejores calles. Verdaderamente, Marsella es una gran metrópoli, cuando ha tenido paciencia y dinero para construir tan grandioso templo. Está aún por terminar, aunque toda la obra gruesa se puede dar por concluída. Treinta y cuatro años hace que se trabaja sin descanso en tan soberbio edificio, de estilo bizantino también, como la Basílica de Nuestra Señora de la Guardia, y obra de los arquitectos Vaudo-ver y Espérandieu. Estaban colocando el pavimento, también de rico mosaico, y puliendo las columnas del trascoro, que en forma de herradura circuye la capilla mayor. Tiene la forma de inmensa cruz latina, de manera que las naves central y del transepto no pueden ser más airosas; pero se compone además de cuatro pequeñas naves, dos en cada lado, formadas por arcos pequeños y columnas graciosísimas que dan la vuelta en torno del altar mayor. Desde la capilla del ábside se abarca toda la Catedral, que produce en el observador efecto mágico. Por fuera, en torno de la gran cúpula central, se levantan otras tres más pequeñas, pero no menos airosas, que corresponden á los tres extremos superiores de la cruz, y debajo de las cuales existen otras tantas hermosísimas capillas. La fachada principal y el pórtico corresponden al cuarto extremo, y se levantan erguidos entre dos torres laterales, no muy altas, que completan el armónico conjunto del edificio. La ornamenta-

ción toda es riquísima. Subsisten todavía los andamiajes exteriores y trozos de viejos edificios, llamados á desaparecer para que la nueva Catedral luzca en su día, aislada y en medio de una gran plaza, toda su majestad y primores. Se necesita especial permiso para visitar las obras; pero por un franco lo obtuve, y pude verlo todo detenidamente.

Como me sobraba tiempo, utilizando al efecto los tranvías y ómnibus que corren en todas direcciones, recorrí Marsella, admirando principalmente las calles de la Cannebière, de Noailles, de la República, de Roma, etc.; los bulevares de Meilhan, de Longchamp, de Pierre-Puget, etcétera; las plazas de Aix, con su arco de triunfo, de Monthyon, con su estatua de Berryer, del *Hôtel-de-Ville*, con su fuente, de la Bolsa, con su columna astronómica, de los Capuchinos, con su fuente y obelisco, de la Castellana, con su obelisco, de Belzunce, con la estatua de este santo Obispo, etc.; el palacio de la Bolsa, con sus bajos-relieves de Toussaint y Ottin y su salón inmenso de 1.120 metros de superficie; el gran paseo del Prado, adornado de quintas y jardines á derecha é izquierda, y que mide 3.400 metros desde la Castellana hasta el mar; los baños marítimos, que me dieron asco por la suciedad del mar; el camino de la Cornisa, con el mar siempre á la izquierda, y multitud de casas de campo á la derecha, por donde regresé á Marsella; y el palacio de Longchamp, por último, que gusta tanto más, cuanto más se mira.

Sirve de término y corona al bulevar del mismo nombre y recibe también el de *Chateau d' Eau*. Se compone de dos hermosos edificios, que contienen el museo de pinturas el de la izquierda, y el de Historia natural el de la derecha, unidos entre sí por medio de grandiosa columnata, á la que se sube por dos escaleras laterales y desde cuyo

- centro descende rumorosa y abundante cascada, que forma un estanque al pié del monumento. Todo él está adornado de estatuas por Cavelier, Barye y Lequesne; bustos del ingeniero Montricher y del alcalde Consolat y medallones en bronce de Puget, Poussin, Aristote y Cuvier. Pero el grupo principal, que corona el monumento y arroja el agua de la cascada, lo compone una matrona, que lo mismo puede representar á Marsella que á Venus, de pié sobre su carro de concha, tirado por cuatro hermosísimos toros de tamaño más que natural.

Detrás de este grandioso grupo, en el pórtico interior, ví dos inscripciones que dicen, que reinando Luís Felipe I, Marsella construyó el acueducto, que toma las aguas en el río Durance y las trajo á la ciudad por primera vez el día 8 de julio de 1847. En la otra inscripción se consigna, que reinando Napoleón III, Marsella construyó el *Chateau d'Eau* y los museos de Bellas Artes é Historia natural, reunidos allí bajo el nombre de *Palais de Longchamp*, que se inauguró el día 15 de agosto de 1869.

Detrás de este monumento, que honra á Marsella, se encuentra el jardín zoológico, sucursal del de Aclimatación de París. No quise verlo, pues supuse con fundamento que es inferior á la matriz, que había yo visitado pocos días antes.

Cuando ya me marchaba á la estación, me detuve ante la fachada de la Iglesia de los Santos Pedro y Pablo, que se levanta majestuosa frente al bulevar Meilhan. Es gótica, trabajan todavía en ella y las dos agujas laterales pueden competir con las más atrevidas y afiligranadas en su género.

A las cinco de la tarde partí en el expreso para Barcelona, con dirección á Arlés. Mientras hubo luz no me aparté de la ventanilla, contemplando el pintoresco paisaje; ví

el lago de Berre, que tiene 22 kilómetros de largo, el viaducto sobre el río Touloubre, de 49 arcos; desde lejos el puente Flavio, construido por los romanos, con dos arcos corintios en cada extremidad; grandes plantaciones de pequeños olivos, cuyas copas estaban todas podadas á tijera; muchos cipreses y pinos, cerrando á veces la vía férrea; la Crau, llanura de 200 kilómetros cuadrados, completamente yermos; el viaducto y ciudad de Arlés; el grandioso puente sobre el Ródano de Tarascón; la ciudad pontificia de Aviñón y después... obscuridad completa.

Crucé la frontera al romper el día y llegué á Barcelona á las diez y media de la mañana. Descansé allí el sábado y domingo, llegando por Tarragona, Sagunto y Teruel á esta villa, sin novedad, gracias á Dios, el martes 10 de los corrientes. En Barcelona ví que estaban adoquinando la Rambla del Centro con cuñas de madera como están los bulevares de París. Del viaje desde Sagunto á Teruel, en diligencia, no quiero hablar porque se me iría la pluma. Con decir que ni en Africa se viaja con tanta incomodidad, calor, polvo, frío y asco, está dicho todo. Vine en delantera por no haber otra cosa: hasta Segorbe me ahogaba de calor y polvo, y desde Barracas fuí tiritando de frío. Gracias á Dios, después de cuarenta días de viaje, me encuentro sano y salvo.

Gea de Albarracín, 17 de agosto de 1886.













I

Valencia 16 de diciembre de 1887.



ONCE años han transcurrido desde que, por primera vez, estuve en la Ciudad Eterna con motivo de la gran romería de Santa Teresa.

¡Cuántas ilusiones desvanecidas!

¡Qué de esperanzas muertas en agraz!

*Joven* me llamaba yo entonces á boca llena; he llegado ya á la cumbre de la vida, y comienzo á notar el descenso.

No solamente advierto en mis canas y calva prematuras, las huellas indelebles de los años, tan rápidamente transcurridos, sino también y mejor, en mi corazón seco por los desengaños, en la acritud de mi voluntad y en mis facultades mentales, entonces frescas y lozanas, hoy al parecer marchitas.

Un solo sentimiento conserva en mí el calor y la energía de siempre: el sentimiento religioso, y á impulsos de esta moral caldera de vapor, caldéase la máquina de mi

cuerpo, y decididamente me pongo en camino para tener el gozo de conocer personalmente al Papa de las inmortales Encíclicas, León XIII, besando su sagrado pié y asistiendo á las solemnísimas fiestas jubilares que se preparan.

Barcelona 17 de diciembre.

Contra mi gusto he tenido que detenerme en la ciudad condal, y antes de partir para Roma anoto mis personales *impresiones*, como ahora se dice, en mi cartera de viajero.

En la capilla pública del palacio Episcopal estaba expuesto el trono que la diócesis de Barcelona regala á Su Santidad León XIII con motivo de sus Bodas de Oro, y naturalmente, aproveché la coincidencia, dedicando mi primera visita á tan preciosa alhaja. Se compone de una sencilla gradería de olivo, símbolo de paz, sobre la cual se levantan dos riquísimas columnas de bronce dorado que sostienen un fondo-tapiz y un dosel tan elegante como valioso. Sobre el tapiz del fondo se destacan, primorosamente bordados sobre plata, los escudos del Papa y de las Vírgenes de Monserrat y de las Mercedes, circuído todo de hermosísima y ancha greca en forma de rectángulo. Es el dosel de rico terciopelo carmesí con fleco proporcionado, artísticamente recogido en pliegues colgantes por ambos lados, y ostenta el colgante frontal una franja primorosamente bordada con sedas de colores, en cuyo centro se ve un medallón formado por las imágenes de Nuestra Señora de las Mercedes, Patrona de Barcelona; de San Pedro Nolasco y de San Raimundo de Peñafort. Las carnes y ropas de dichos Santos están tan hábilmente bordadas, que á cierta distancia el medallón parece lienzo al óleo. El escudo del Obispo y el de Barcelona completan, á uno y otro lado del medallón, el adorno de esta hermosa franja. La

silla, de plata sobredorada, que ocupa el centro de la plataforma debajo del rico dosel, es la más valiosa parte del trono que describo, aunque no la que más luce. Es un fac-símile exactísimo de la que sirve de peana para llevar procesionalmente el día del *Corpus* la afiligranada Custodia de la Catedral, silla que, además de su mérito artístico, tiene valor arqueológico é histórico. Sirvió de trono al rey don Martín de Aragón, y sentado en ella, sobre ostentoso carro triunfal, hizo su entrada solemne en Barcelona el rey don Juan II el día 28 de octubre de 1473.

Soberbio cogín y hermosa alfombra á los piés de la silla, completan el trono. Difícilmente habrá otra diócesis de España que se presente más gallardamente en la Exposición del Vaticano. Hay que convenir en que los catalanes, no sólo pueden y quieren, sino que además saben hacer las cosas.

Por la tarde recorrimos los pueblos de Gracia, San Gervasio y Sarriá, convertidos en grandes suburbios de la capital catalana, y visitamos los talleres salesianos, que tanto bien hacen á los obreros pobres, regenerándolos moralmente por medio de nuestra religión divina, y materialmente enseñándoles un oficio. Desde que el superior general y fundador de dicha benéfica institución, el célebre D. Bosco, estuvo en Barcelona, estos talleres han tomado algún incremento, se ensancha el edificio, y ya se está montando una imprenta que podrá competir en breve con los muchos y buenos establecimientos tipográficos de esta capital. El superior D. Branda nos enseñó todo lo más notable, incluso un hermoso sillón de talla y alto respaldo, obra de los asilados, que destinan al señor Obispo de la diócesis, para que lo ocupe siempre que se digne visitar el establecimiento. ¡Lástima grande que no se instituya una de estas casas en cada población industrial!

He visitado también las obras de la Exposición, que por cierto son colosales y están ya muy adelantadas; pero la huelga ha reducido tanto los trabajadores, que hoy escasamente trabajan unos cien hombres, custodiados por fuerza pública, cuando ordinariamente ascienden á algunos millares. La huelga, se generaliza, no obstante, y según se dice, los panaderos acordaron ayer tarde suspender sus trabajos. En el meeting celebrado por los huelguistas tomaron parte, además de los albañiles, los carpinteros, cerrajeros, tintoreros, ladrilleros y fundidores. Las autoridades no se duermen, pero pudiera la cosa pública complicarse inopinadamente.

## II

Roma 26 de diciembre.

Salí de Barcelona con mi ilustre amigo el ferviente católico y renombrado catedrático de aquella Universidad literaria, Dr. D. Bartolomé Feliu y Pérez, el 20 á medio día y llegamos á esta Ciudad Eterna el 24 por la mañana, muy temprano. Lloviendo, nevando, con frío bastante intenso y no pocas impertinencias, hemos recorrido los mil kilómetros, poco más ó menos, que separan la capital de Cataluña de la del orbe católico, deteniéndonos para descansar únicamente en Marsella y Génova; pero el mayor de nuestros contratiempos lo debemos á la peregrinación madrileña, con la cual tropezamos en Vintimilla y de la que no nos hemos separado hasta Roma.

Tengo entendido que la ilustre Pardo Bazán, Ortega Munilla, Carulla y Herreros dirán algo, y aún algos, de la orga-

nización de la primera peregrinación jubilar española. Yo únicamente puedo asegurar, porque lo he visto, que los pobres peregrinos han tenido que pasar, en los andenes de la monumental estación de Génova, desde las once y media de la noche hasta las cuatro de la mañana, con una temperatura glacial, poco menos que al aire libre, y tratados como perros por la canalla italiana. No les quisieron abrir las salas de espera, cuyo acceso se nos facilitó á nosotros por llevar billetes ordinarios; algunos fueron arrojados del restaurant, en donde nosotros cenábamos tranquilamente á las dos de la mañana; y muchas señoras, ancianas algunas, iban y venían, rendidas y atortoladas, con sus maletas en la mano, de un lado á otro de la inmensa estación, sin poder averiguar si se quedaban ó proseguían. Yo ignoro quién tiene la culpa de lo dicho, si la malicia italiana ó la Junta española; pero respondo de lo que he visto, y me duele que España se presente así en el extranjero, que tantas prevenciones infundadas abriga contra nuestra noble nación.

Aunque mis conterráneos adoptivos, esto es, los valencianos, no se han acordado de mí para nada, ni siquiera para pedirme dinero, con el que aumentar el óbolo de San Pedro, vengo con el nombramiento de representante del comité español del Jubileo para formar parte de la Diputación internacional que se ha constituido aquí para las fiestas jubilaes; y esta representación, que debo á la galantería del Dr. Pol, Vicario general de Barcelona y Vicepresidente de la comisión española del Jubileo, me abrirá muchas puertas, proporcionándome no pocas noticias; pero hasta la fecha no he hecho uso de dicho nombramiento, dedicándome, por el contrario, á orar en las confesiones de los Santos Apóstoles, á visitar monumentos y á refrescar recuerdos.

Se da en el extranjero el nombre de *bodas de plata* al 25.º aniversario de cualquier suceso importante, acaecido en la vida de las personas que lo celebran; y el 50.º aniversario recibe el nombre de *bodas de oro*. Unas y otras bodas suelen llamarse también *jubileos*, sobre todo cuando se refieren á personas ó cosas eclesiásticas. El de 1887 pudiera titularse año de los grandes jubileos ó de las bodas de oro celebérrimas. No hace muchos meses celebráronse las del emperador Guillermo, el Nestor de los reyes del mundo, que acaba de descender al sepulcro, y las de la reina Victoria, la más anciana y poderosa de las reinas. En la memoria de todos está que los jubileos dichos conmemoráronse con fiestas, no solamente suntuosas, sino hasta fantásticas, por los alemanes y los ingleses; pero el Jubileo sacerdotal de León XIII eclipsará á los anteriores por su resonancia universal, pues en él van á tomar parte los pueblos todos del mundo, y por tratarse de un monarca destronado y prisionero. Difícilmente registrará la historia preparativos más entusiastas y numerosos que los que ha hecho el mundo para solemnizar el último día del año, fecha conmemorativa de la ordenación sacerdotal de León XIII. Todos los reyes y príncipes católicos del orbe, muchos emperadores y monarcas protestantes, cismáticos, mahometanos y hasta paganos se han proporcionado objetos artísticos y preciosos, de valor incalculable, para ofrecerlos al Romano Pontífice, á la vez que sus felicitaciones y homenajes desinteresados, en el día de sus bodas de oro. Y lo que prepararon los reyes y príncipes de casi todas las casas reinantes y destronadas, dispónense á hacerlo también con mayor motivo y amor más entusiasta los Cardenales, Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos, Vicarios apostólicos y capitulares, Curas párrocos, comunidades religiosas de hombres y mujeres, cofradías, asociaciones católicas, ins-



titutos literarios, archidiócesis, diócesis, parroquias y, en una palabra, los católicos todos de la tierra, los cuales formando un solo rebaño corren á prosternarse solícitos á los piés del Supremo Pastor, ofreciéndole sus corazones, vidas y haciendas y presentándole, como muestra insignificante de lo que están dispuestos á dar, ese asombroso cúmulo de regalos, con los cuales se ha formado la exposición del Vaticano. La palabra augusta de León XIII, repercutió en el corazón de todos sus hijos, y á porfía le ofrecen este magnífico ejemplo de adhesión y de aclamaciones amorosas y entusiastas. Prueba elocuentísima de que el espectáculo que está dando el mundo católico, es tan significativo como desusado, se ve muy clara en los mal disimulados gritos de rabia y despecho que lanzan en todas partes los periódicos sectarios. En corroboración de lo dicho, léase el siguiente párrafo de *La Tribuna*, periódico italiano, judío y masónico, que desahoga su bilis escribiendo: «Estas tiaras, estas mitras, estos anillos de oro y de piedras preciosas, don de los soberanos; estos palios, estas casullas, estas capas pluviales, bordadas por princesas; los encajes, los cuadros, los altares de oro y de malaquitas, que llueven sobre Roma desde las cuatro partes del mundo; estas llaves de oro que el clero menor de Roma junta trabajosamente, quitándose el pan de la boca; esta profusión de mensajes, que agotan todas las hipérbolas de la retórica, lejos de persuadir como deberían al Pontífice de que no necesita otro poder fuera del moral, son empleados por un partido político para convencer al prisionero del Vaticano de que el hombre ante quien se inclinan, al que manda la California su oro, la India su marfil ó sus tejidos, y todas las regiones del mundo un ejemplar de sus más espléndidos productos, debe tener en la tierra una posición excepcional, no pudiendo ser cons-

treñido á límites ni coacciones, que se suponen ó se predicen humillantes y peligrosas.» *Ex abundantia cordis loquitur os* y sin duda á *La Tribuna* y demás periódicos sectarios no les han escocido tanto las adhesiones, homenajes y regalos, como el resultado práctico que pudiera tener este movimiento universal, en orden al restablecimiento del Principado civil de la Santa Sede.

¡Quien sabe si la Providencia divina reserva este glorioso triunfo al sabio y virtuoso León XIII, como recompensa merecida de sus desvelos incesantes y trabajos apostólicos!

Con motivo de la solemnidad del día de mi llegada, mi primera visita fué para el Santo Pesebre, en Santa María la mayor, la primera de las basílicas consagradas á María Santísima. Los detentadores de Roma, y aun los italianos todos, miran á los españoles con cierta sonrisa despreciativa, y naturalmente, nuestro corazón salta de gozo al encontrar en los monumentos romanos indicios de nuestra pasada grandeza. Mucho me gustó la gran Basílica y las innumerables preciosidades de toda clase que contiene; pero todavía me gustó más el hecho de que su riquísimo artesonado se hubiese dorado con el primer oro procedente de América, que regaló al efecto Felipe IV. Así lo atestigua una estatua con inscripción y bajo-relieve erigida al dicho monarca español en el pórtico de la Basílica.

El Santo Pesebre estuvo expuesto á la veneración de los fieles toda la tarde del 24 en una capillita de la sacristía; procesionalmente, y á puerta cerrada, fué trasladado á media noche al altar mayor, y al siguiente 25, primer día de Pascua, se cantó una solemne Misa, oficiando de pontifical un Obispo que no sé como se llama, y luciendo sus habilidades musicales esos cantores exclusivos de Roma, que con sotana morada y bigote, se permiten, no obstante, gastar voz de mujer.

Mucho he recorrido y visto en tan pocos días; pero como no me propongo describir monumentos que á fuerza de mérito y celebridad todo el mundo conoce, diré únicamente que el domingo por la tarde presencié en la iglesia franciscana de *Ara Coeli* un tierno espectáculo. Se venera allí un famoso *Gesu Bambino*, como aquí le llaman, ó Niño Jesús, como decimos nosotros, tallado en madera de olivo del Getsemaní, que estos días se coloca en una capilla convertida en *Belén*, como decimos en España, ó sea en gruta de Natividad, sobre un montoncito de paja entre la Virgen y San José, pastores, ángeles y el buey y la mula. Frente á dicha gruta se levanta una mesa bastante alta, cubierta con un tapiz, y por turno van subiendo á esta especie de tribuna niños desde tres ó cuatro años hasta diez ó doce, que saludan y festejan al Niño Jesús, dirigiéndole peroratas infantiles en prosa y verso, compuestas *ad hoc*, aprendidas de memoria por los niños y recitadas con ademanes cómicos y trágicos, pues desde la infancia aprenden los italianos el oficio de farsante. Rodean al orador minúsculo sus papás, hermanitos, amas y auditorio numeroso; y como es consiguiente, aquéllos lloran de gozo, éstos ríen, los de más allá aplauden, y el Niño Jesús recibe felicitaciones, mensajes y cortesías sin número de los niños romanos, que seguramente obtendrán en pago de su heroicidad abundantes besos y dulces.

También he visto la instalación española de la Exposición Vaticana, que está atrasadísima. El local destinado á España es pequeño; se ha pensado más en reunir objetos que en vitrinas y estantes para instalarlos decorosa y artísticamente; así es que las ropas de Iglesia, aun con ricos bordados, están hacinadas, y no lucen.

Según me ha dicho uno de los que dirigen aquéllo, van ya recibidos objetos por valor de 35 millones de pese-

tas. Si así es, no obstante lo atrasado que está todo, á su debido tiempo el certamen pontificio llamará la atención de propios y extraños.

Pasan de 60.000 los extranjeros venidos á Roma con motivo de las fiestas jubilares, y se dice que son tres las Misas que se propone celebrar el Papa en San Pedro, si las fuerzas se lo permiten, una para el mundo entero el día 1.º; otra para la peregrinación italiana el día 2, y la tercera no sé cuando, para honrar al Capítulo de San Pedro.

Llueve á mares, y como hace más de un mes que empezó el temporal, abrigamos la esperanza de que luzca el sol pronto, y con el buen tiempo empiecen las fiestas, que tanta resonancia van á tener en el mundo.

### III

Roma 27 de diciembre.

Todos los periódicos publican hoy un telegrama de Madrid participando que España ha elevado á embajada la legación cerca del Quirinal; y la ocasión no puede ser más oportuna. El ex-gran Oriente Sagasta quiere, sin duda, conmemorar el Jubileo pontificio, dando esta prueba de consideración inmerecida á los carceleros del Papa. ¡Bien por los fusionistas! Verdad es, por otra parte, que hoy también ha sido recibido por Su Santidad el embajador extraordinario, marqués de la Vega de Armijo, con lo que el gobierno de Madrid acredita que sabe y quiere encender simultáneamente dos velas, una á Dios y otra al diablo. Hay coincidencias elocuentes en sumo grado.

En cambio de proceder tan desatentado del gobierno de una nación católica por antonomasia, el Padre Santo no cesa de darnos pruebas fehacientes de lo mucho que ama y distingue á España y á los españoles. Hoy mismo, contestando á nuestro embajador extraordinario, ha pronunciado las siguientes palabras:

«Los lazos y relaciones que unen el pueblo español á la Santa Sede y á Nuestra Persona son tan íntimos, y su fe tan viva y profunda, que no hay por qué admirarse de que España no haya querido ceder á ninguna otra nación en las solemnes demostraciones de afecto que de todas partes recibimos. Muy consolador es para Nos el espontáneo y unánime entusiasmo con que el pueblo español, unido á sus Obispos y á su Clero, se prepara á celebrar ruidosamente Nuestro Jubileo.»

Mientras el Papa pronunciaba estas nobilísimas palabras, tan honrosas para la nación más católica del mundo, el telégrafo trasmitía á Roma la noticia antes dicha, tan inoportuna como ofensiva para el Vaticano. ¡Qué torpeza!

En corroboración del afecto especial que el Papa nos profesa, paso á referir á grandes rasgos, y con datos del mejor origen, la audiencia cordialísima que hoy también ha concedido á los Obispos españoles. Nueve son los que se han reunido ya en Roma, á saber: los de Madrid, Ciudad-Rodrigo, Salamanca, Santander, Cuenca, Urgel, Lugo, Murcia y Vitoria. Todos ellos se presentaron en el Vaticano, y el Papa les dispensó el honor de dirigirles la palabra en ciceroniano latín, durante doce minutos, pronunciando un discursito cuya síntesis es ésta:

«Roma es el centro del Catolicismo y la Sede del Pontífice, porque San Pedro, desde la iglesia de Antioquía se trasladó á la Ciudad Eterna, instituyendo aquí su Sede y

arraigándola con su sangre. Esto, no obstante, la situación del Papa no puede ser más deplorable, porque vive *in carcere*, preso, pues no puede salir del Vaticano sin exponerse á ser insultado; y porque, mientras dure el presente estado de cosas, el Papa sería un súbdito más, y no un Soberano, como es por derecho propio y en virtud de disposición especial de la Providencia.»

A continuación hizo grandes elogios de España, afirmando que el genio español tiene especial aptitud para el cultivo serio y profundo de las ciencias teológicas y filosóficas, cosa que no sucede á otras naciones, y en corroboración de lo cual nombró á varios de nuestros teólogos más celebrados, tales como Vázquez, Suárez, el Cardenal de Lugo, etc. Excitó á los Obispos á que hicieran enseñar en sus Seminarios la Filosofía tomista, como preparación la más eficaz y segura para el estudio de la Teología; dijo que le servía de mucho consuelo la actitud de los españoles, inquebrantables siempre en la defensa de su fe y de las doctrinas de la Iglesia, hasta el punto de no haber consentido nunca que la herejía hollase con su inmunda planta el suelo español; y concluyó agradeciendo á los Obispos que hubiesen dejado su Sede durante las gratas solemnidades de la Natividad del Señor, con el exclusivo objeto de felicitar al Padre Santo con motivo de su Jubileo sacerdotal, dando así una prueba elocuentísima de su adhesión profunda á la Santa Sede y de su amor filial al Padre común.

Terminado el discurso, conversó familiarmente con los Prelados españoles, dignándose recibir á sus familiares, entre los cuales se presentó el Sr. Sánchez de Castro, hermano del Sr. Obispo de Santander, lo cual dió motivo para que el Sr. Obispo de Madrid indicase al Papa que dicho elocuente profesor había sido el iniciador del album

que han firmado 1.200 catedráticos españoles de diferentes establecimientos de enseñanza. Al saberlo el Papa bendijo á todos los firmantes, dando con esto una prueba más de lo mucho que se interesa por nuestro país.

De un momento á otro llegarán los Sres. Cardenal de Toledo, Arzobispo de Valladolid y Obispos de Ciudad-Real, Zamora y Oviedo. Todavía no se sabe cuándo y cómo recibirá el Padre Santo á la peregrinación española. El tiempo continúa frío y lluvioso.

#### IV

Roma 30 de diciembre.

Durante el transcurso de XIX siglos, sólo 16 Papas, de entre los 262 que han ocupado la cátedra de San Pedro, tuvieron la dicha de celebrar el 50.º aniversario de su elevación al sacerdocio, á saber: Juan XII, Gregorio XII, Calixto III, Paulo III, Paulo IV, Inocencio X, Clemente X, Inocencio XII, Benedicto XIII, Clemente XII, Benedicto XIV, Pío VI, Pío VII, Gregorio XVI, Pío IX y León XIII. Aunque sin solemnidad ni aparato alguno, Gregorio XVI celebró su Jubileo sacerdotal en 1837, precisamente en el año mismo en que fué ordenado de presbítero León XIII. Pío IX solemnizó el suyo el día 11 de abril de 1869; ¡pero qué diferencias tan notables entre aquél y este Jubileo! Pío IX, despojado, girón tras girón, de su desgarrada y regia túnica por la revolución triunfante, aún era rey de Roma, y los católicos del mundo entero pudieron saludar y vitorear libremente en la Ciudad

Eterna al Pontífice y soberano temporal á la vez. León XIII, por el contrario, consumada la iniquidad mayor de los tiempos modernos, vive prisionero en el Vaticano y vése precisado á rodearse de garantías diplomáticas para que los católicos puedan visitarle en sus propios Estados y en su propia casa, merced á la munificencia saboyana. Y sin embargo, tan grande es la vitalidad, la inmortalidad mejor dicho de la Esposa de Cristo, que arrostrando peligros y desprecios, y hasta desafiando las iras de los nuevos amos de Roma, por cada centenar de católicos extranjeros que en 1869 fué á felicitar á Pío IX, ha venido un millar por lo menos, á felicitar á León XIII. Se dice en Roma que somos unos cien mil, y verdaderamente, fondas, casas de huéspedes, iglesias, conventos, calles, plazas, la ciudad entera está materialmente ocupada por hijos entusiastas, amorosos y sumisos del Romano Pontífice. ¡Qué contraste! Ni por mera curiosidad se presenta uno sólo en el Quirinal, acudiendo todos en apiñada muchedumbre al Vaticano. Verdadero rey de Roma únicamente puede serlo el Papa. El altar y la iglesia de Santa Ana de *Falegnami*, en donde celebró Pío IX su primera misa, cayeron sin necesidad alguna bajo la demoladora piqueta revolucionaria: el altar y la capilla de San Estanislao Kostka, en donde por primera vez celebró León XIII el incruento sacrificio, permanecen en pié y están siendo objeto de no interrumpida peregrinación durante las presentes fiestas. En 1869, el rey Pío IX, que había prodigado su amor y atenciones á los reyes todos de la cristiandad, apenas recibió homenaje alguno de los príncipes de la tierra. En 1888, el monarca destronado y prisionero León XIII, casi no ha podido recibir, por falta material de tiempo, las embajadas y regalos de los soberanos, viéndose precisado para exponer estos últimos, á dedicarles un salón entero



de su grandioso palacio. En 1869, los católicos de todo el mundo ofrecieron numerosos donativos á su amado Pontífice Pío IX con motivo de su Jubileo sacerdotal, donativos diez veces mayores en cantidad y valor que volvieron á ofrecerle un año antes de su muerte, con motivo de su Jubileo episcopal, y fueron expuestos en la galería de las Cartas geográficas. En 1888, los regalos y ofrendas de toda clase y de incalculable valor, que desde los más remotos confines de la tierra han afluído al Vaticano, son tales y tantos, que componen una verdadera exposición universal, que en su género puede competir con las tan celebradas de París, Viena y Filadelfia, y para cuya instalación se han utilizado las inmensas galerías de los museos pontificios y ha habido necesidad de construir otras de planta en los jardines llamados de la Piña. ¡Loado sea Dios que no desampara nunca á su Iglesia nuestra madre y que suscita los Pontífices que han de regirla, según las necesidades y exigencias de los tiempos!

Pero dejemos las reflexiones para comenzar el relato de los hechos. Cuantas hipérboles y elegancias retóricas se empleen para describir, aunque sea á grandes rasgos, las presentes fiestas jubilares que se celebran en Roma por el orbe católico á fin de conmemorar el 50.º aniversario de la ordenación sacerdotal de León XIII, serán insuficientes para que el lector se forme idea exacta de la realidad de los hechos. Siempre lo ideal se presenta á la mente más risueño y hermoso que lo real; pero el presente caso es sin duda excepción de la regla, puesto que no encuentro en mi paleta colores bastante expresivos para bosquejar tan magnífico cuadro, ni acuden á los puntos de mi pluma frases adecuadas y elocuentes para la narración exacta de los hechos.

Vengo del Vaticano, y he tenido la dicha de besar el

anillo y en parte la mano de Su Santidad. Pueden suponer, por lo tanto, mis lectores, que no me encuentro en la mejor situación de ánimo para hilvanar una carta. Cuando se siente mucho, se piensa poco y se expresa uno mal; la elocuencia del silencio es la única que sabe traducir fielmente las grandes emociones. Copiando á Chateaubriand, puedo decir con verdad rigurosa, que *jamás he temblado en la presencia de ningún hombre*; pero como en la Santidad de León XIII yo no acabo de ver á hombre alguno, sino al Vicario de Jesucristo en la tierra, al Pontífice Sumo, al Obispo de Roma, al Rey de los Estados Pontificios, al Padre común de los fieles todos de la cristiandad, tantas y tan excelsas dignidades juntas, unidas al honor insigne de tocar y besar la mano del Augusto Anciano, me han conmovido de manera tal, que difícilmente podré describir la audiencia.

Al dorso del nombramiento que se nos entregó á los miembros de la Comisión internacional, venía impreso el programa de las fiestas jubilares, según el cual nuestra primera junta debía celebrarse el 29, á las ocho de la noche, en el Círculo de San Pedro, instalado en el palacio Sinibaldi; pero sin duda por ser pequeño el local cambióse á última hora el sitio de la reunión, que se efectuó el 29 por la noche en la sala de Palestrina del palacio Doria, bajo la dirección del comendador Acquaderni. Fué familiar en sumo grado, nos congregamos allí unos doscientos representantes de España, Francia, Italia, Portugal, Alemania, Inglaterra, Holanda, Venezuela, y no sé si alguna nación más; se nos dieron instrucciones en italiano, francés, español, inglés y alemán; á cada representante se le entregó un botón dorado, con las armas de León XIII en el centro y una leyenda en torno, que dice: *Giubileo del S. P. Leone XIII. Commissione internazionale*, para que lo lleváse

mos en el ojal del frac en todos los actos; se nos dió á cada uno una papeleta sellada en seco con el de monseñor Macchi y el de la prefectura de los palacios apostólicos, para que con ella nos permitiesen la entrada en la tribuna amarilla C, junto á la estatua de San Pedro, durante la Misa del día primero de año, y se disolvió la reunión, quedando citados todos para el siguiente día, á las nueve y media, en el Vaticano.

Según el programa, la Comisión internacional ofrecería la limosna de la Misa jubilar al Padre Santo el día 31; pero se anticipó la audiencia, y el Papa se ha dignado recibirnos en la sala del Consistorio, bajo la presidencia honoraria del Cardenal Schiaffino y efectiva del comendador Acquaderni, hoy 30 por la mañana.

Dejando sombreros, abrigos y guantes en una de aquellas inmensas antesalas, se nos introdujo en el riquísimo salón ya nombrado, poco después de las nueve y media. La Comisión presentaba pintoresco aspecto, no sólo por componerse de personas de diferente edad, nación é idioma, sino porque todos lucían durante el acto sus condecoraciones, medallas, uniformes, hábitos, etc., y porque entre los comisionados figuraban una docena de señoras y dos ó tres niñas. A las diez y cuarto, poco más ó menos, un siseo general hizo enmudecer á todos, y precedido por cuatro guardias nobles se presentó en el salón el Papa, con muy poco séquito, pues le acompañaban únicamente dos Cardenales, el olivetano Schiaffino y el Arzobispo de Palermo, cuatro ó cinco Obispos y otros tantos monseñores. Caímos todos de rodillas, y los vicepresidentes y secretarios de las comisiones extranjeras, que presididos por Acquaderni se adelantaron á recibirle, besaron su sagrada mano, haciendo lo mismo otros personajes que esperaban arrodillados el paso del Papa. En vez de ocupar el trono,

que se levanta rico y artístico en el testero del salón, el Padre Santo se dirigió á un sillón de talla dorada, dispuesto sobre una plataforma de dos gradas entre las dos puertas de la sala y de frente á las grandes ventanas. Merced á esto, todos pudimos contemplar y admirar de rodillas y á nuestro gusto al venerable anciano.

Puestos todos en pié, se formó un grupo compacto alrededor del Papa, al frente del que se colocó el comendador Acquaderni, presidente general de las comisiones, el cual, con voz clara y poderosa, leyó un corto mensaje felicitando á Su Santidad en nombre de las naciones todas allí representadas, y ofreciéndole el óbolo de la Misa jubilar, que según allí se dijo asciende á ocho millones de reales, y el altar construído por la Comisión promovedora de los festejos, que más tarde tuvimos el gusto de admirar en la Exposición Vaticana.

Terminada la lectura del mensaje, se puso en pié el Papa y pronunció unas cuantas frases, manifestando que las circunstancias y declaraciones de la Comisión internacional merecían un largo discurso para expresar fielmente su agradecimiento á la Comisión, á las juntas extranjeras y á las naciones todas allí representadas; pero que la fatiga y las emociones le ponían en caso de valerse del Cardenal Schiaffino, allí presente, para que nos manifestase los sentimientos de su corazón hacia todos los presentes é interpretase el pensamiento pontificio.

Así lo hizo, en efecto, el elocuente y arrogante Cardenal olivetano, cuyo hábito, blanco y fino como el ampo de la nieve, le daba aspecto de segundo Papa, leyendo entusiasta y hermoso discurso, apenas volvió á sentarse León XIII. El pensamiento capital de este trabajo oratorio, que á la vista tengo, palpita en el siguiente período: «El Pontífice, á cuyos piés habéis venido á postraros, en-

cuéntrese conmovido ante este grandioso acto de fe católica, con el cual confesáis las maravillosas prerrogativas que por Dios le han sido conferidas, confesión que por vuestros oficios sale de la boca de nuestros hermanos esparcidos por la superficie toda del mundo.» No es posible insertarlo todo, pero no debo omitir el elocuente y poético párrafo con que puso término á su discurso y dice así: «Oh Pontífice Sumo, oh Maestro de verdad, oh el más amoroso de los padres, dignaos extender sobre nosotros vuestra mano sacerdotal y bendecirnos. La palabra de bendición que salga de vuestros labios llevaránla los ángeles lejos, muy lejos, hasta los últimos confines del mundo á nuestros hermanos, y cuando estos vuestros hijos, que ahora se prosternan ante Vos tornen á la nativa patria y vuelvan al seno de sus familias respectivas, llevarán consigo una buena nueva que ha de llenar de gozo á todos: dirán que vuestro Jubileo, tan espléndidamente celebrado, ha de ser el anhelado principio de un nuevo y más feliz orden de cosas y la prenda de que las misericordias celestiales se aproximan.»

Terminados los discursos, el Padre Santo permitió que los vicepresidentes y secretarios de todas las comisiones, las señoras y algunos extranjeros ilustres tuviesen el honor de besar su sagrado pié. El Cardenal Schiaffino ó el comendador Acquaderni hacían la presentación de los favorecidos, indicando al Papa la profesión y nacionalidad de los presentados.

Aunque no pertenecía yo á ninguna de las categorías apuntadas, debo á la amabilidad del Cardenal Schiaffino el honor y la dicha de haber besado el anillo y la sagrada mano del venerable Papa León XIII.

El Cardenal me presentó á Su Santidad como catedrático español de Filosofía *tomista*, y el Papa se dignó preguntarme:

—¿De qué ciudad?

—De Valencia, Santísimo Padre.

—Bien, hijo mío, bien. ¡Adelante!

Gracia tan inesperada y palabras tan cariñosas me conmovieron de manera, que nada ví, ni oí en torno mío durante tan solemne momento. Gravé, sí, en mi corazón aquel ADELANTE, que no se me borrará nunca, y que, con la ayuda de Dios, prometo poner en práctica mientras viva. Antes y después sí que noté que León XIII tuvo sonrisas, palabras benévolas y bendiciones para todos. Sobre la cabeza de algunos apoyaba á veces su mano trémula, y á muy pocos ha hecho alguna pregunta.

Terminada la audiencia de la Diputación internacional, ha recibido á una peregrinación húngara, y desde antes de Navidad no hace otra cosa. ¡Dios le dé fuerzas para resistir tan gratas y continuas emociones y fatiga tanta!

La Misa jubilar se celebrará en San Pedro á las nueve y media de la mañana del día 1.º, y para poder asistir á esta solemnidad conmovedora, se han impreso 40.000 billetes, que se obtienen ya difícilmente hasta por mediación de los señores Obispos y de los Monseñores palatinos.

Se asegura que pasan de 200 los Obispos existentes en Roma, y debe ser así, porque los tropezamos en todas partes y á todas horas. Los españoles son los que se dan á ver menos, y aún se ignora cuándo y cómo recibirá el Papa á la Peregrinación española. La verdad es que nuestros compatriotas son dignos de mejor suerte.

El tiempo muy frío y con tendencia siempre á la lluvia; pero aseguran que á poca distancia de aquí es nieve lo que en Roma agua.

## V

Roma 31 de diciembre.

Vengo de las Catacumbas de Santa Priscila, en donde he tenido la dicha de oír una Misa y una conferencia, y aunque ni una ni otra forman parte oficial de las fiestas jubilaires, como se han celebrado para conmemorar el día de un Papa santo y con motivo de encontrarse en Roma tantos católicos extranjeros, no huelgan en mi cartera de viajero las impresiones que dicha solemnidad me ha producido.

Las Catacumbas de Santa Priscila están en la Vía Salara distantes unas dos millas de la puerta del mismo nombre, fuera de Roma. Con motivo de ser hoy el día del Papa San Silvestre, el primero de los Pontífices romanos que salió de las catacumbas para compartir con Constantino el imperio del mundo, y que fué enterrado en el subterráneo-cementerio dicho, ha tenido lugar allí esta mañana una fiesta religiosa y tiernísima.

En la Basílica de San Silvestre, que se reduce á una pequeña capilla subterránea, con algunos frescos preciosos del siglo III, se ha levantado un altar, y allí se han celebrado varias Misas rezadas, después una cantada, luégo se ha cantado el *Te-Deum*, y por último, el celeberrimo arqueólogo cristiano comendador Rossi, ha pronunciado en francés una eruditísima disertación sobre las catacumbas en general y sobre los recuerdos que despiertan las de Santa Priscila especialmente.

Dos horas he permanecido santamente en el sagrado

subterráneo, y puedo asegurar que en ninguna otra iglesia se oye con tanta devoción el santo sacrificio del altar. Cuando todos cantábamos el *Te-Deum* y contestábamos al sacerdote celebrante, sin órgano, sin instrumentos músicos de ninguna clase, con acento francés unos, italiano otros, español éstos, alemán aquéllos, etc., y rezábamos humillando la frente debajo de aquellas terrosas bóvedas que sudaban gotas de humedad; cuando nuestras oraciones y cánticos esparcíanse rumorosos por aquellos corredores de tierra amasada con sangre de mártires, y chisporroteaban los velas encendidas por las paredes, como tomando parte en el imponente concierto; cuando, por último, el comendador Rossi ha resucitado recuerdos, reconstruyendo y presentando ante nuestros ojos la historia viva de las catacumbas, no he podido menos de trasladarme con la imaginación á los primeros siglos de la Iglesia, comparando mentalmente tiempos con tiempos, costumbres con costumbres y tumbas con tumbas.

Hasta he llegado á imaginarme que estábamos comenzando la historia del cristianismo y que todas aquellas damas con sombrero piramidal y todos aquellos sacerdotes y caballeros eran de madera de mártires. Si los sicarios de Nerón penetrasen aquí de repente, ¡cuántos de nosotros presentaríamos el cuello gozosos al hacha del verdugo!

No quise pensar en la contestación, y me dediqué á la conferencia de Rossi, que ha sido un modelo de erudición, claridad, orden y buen decir. Siento únicamente que haya rendido tributo á Francia, cosa aquí muy en moda, pronunciándola en francés.

En la historia de las catacumbas ha marcado tres períodos: 1.º, hasta Constantino; 2.º, hasta la invasión de los lombardos, y 3.º, hasta nuestros días. Durante el primero fueron cementerios para toda clase de cristianos, que odia-



ban la cremación pagana hasta un punto tal, que fué destruido á Africa cierto Obispo por haber mandado quemar un cadáver, y singularmente para los mártires; el segundo fué el período triunfal que dió origen á toda una literatura de planos, descripciones, inscripciones, etc., y á incesantes visitas de los peregrinos; y á los lombardos se debió, por último, que las catacumbas quedasen saqueadas y medio derruídas. Aprovechando los datos del segundo período, el mismo Rossi y otros han reconstruído la historia de las catacumbas de manera que ahora vuelven á conocerse con exactitud.

Ha consagrado la segunda parte de su notable discurso á describir las de Santa Priscila, en las cuales nos encontrábamos, hablándonos de los frescos é inscripciones allí encontrados, algunos de los cuales de principios del siglo III hemos admirado nosotros, tales como el de Moisés, que representa á San Pedro, que con la vara hace brotar el agua del bautismo de la piedra viva; el de la Anunciación de la Virgen y el de la Virgen Madre, profetizada por Isaías, etc., y á apuntar los sepulcros ó inscripciones allí encontrados, haciendo especial mención de los de Pudens, Pudenciana, Priscila, Práxedes, Felicitas, dos de sus siete hijos, San Silvestre y el Papa Liberio, cuya inscripción compuesta de cien versos, rehabilita su memoria.

Por el precedente pálido extracto no puede formarse idea, ni áun aproximada, de tan erudita conferencia. Al concluir fué amorosamente aplaudido el ilustre arqueólogo cristiano por la escogida y devota concurrencia, que regresó á Roma, dejando para siempre quizás el cementerio subterráneo de Santa Priscila.

Comparando ahora los sepulcros de los mártires de la fe con los de los mamarrachos heróicos de la revolución sectaria é impía, recuerdo que en la Roma de los Apósto-

les, de los Santos y de los Papas, en la ciudad levítica por excelencia, se rinde por muchos culto idolátrico al rayo de la guerra y héroe de Aspromonte, Garibaldi, erigiéndole monumentos fúnebres en lugares que tanto ilustró con su ciencia y genio artístico, como la universidad de la *Sapienza* y el museo existente en el palacio de los Conservadores. Efectivamente, en el claustro de la primera he visto un busto en bronce rodeado de coronas fúnebres de toda clase, de laurel inclusive, con una inscripción al pié, que dice así: *A Giuseppe Garibaldi, professori e studenti, 1883*; y en una sala del segundo se ve toda una galería fúnebre, compuesta de reliquias y coronas descomunales, referentes al personaje que me ocupa. ¡Cuán cierto es que el hombre alejado del verdadero Dios está en peligro inminente de convertir en dioses para su peculiar adoración, como hicieron los egipcios, hasta las cebollas de sus huertos!

En cambio, alrededor del rico en mosaicos y pobrísimo en todo lo demás, sepulcro de Pío IX, que están construyendo en el ábside de la Basílica de San Lorenzo, extramuros, se ven tan pocas como pobres coronas, entre las cuales me ha enternecido una formada con ocho sencillos pensamientos de tela y la dedicatoria siguiente: *Una famiglia povera al suo benefattore Pio IX*. No se me ocurrió rezar por el eterno descanso de su alma, sino que me encomendé condicionalmente á sus oraciones.

No puedo más.

## VI

Roma 1.º de enero de 1888.

No sé por dónde empezar, ni cómo traducir mi pensamiento, ni de qué manera consignar en el papel el entusiasmo y asombro que me dominan. Solemnicé ayer la conclusión del año de 1887 en las catacumbas, y he inaugurado hoy el año de 1888 oyendo la Misa jubilar de León XIII en la más grande y suntuosa Basílica del mundo. ¡Desde el Calvario al Tabor! Vengo de San Pedro, y aunque el desorden delicioso que bulle en mi cabeza me impide escribir con calma, no puedo callarme, porque las palabras acuden en tropel á los puntos de mi pluma.

Sesenta mil católicos del mundo entero, unos cuarenta cardenales con sus caudatarios y familiares, varios Patriarcas y Primados con fantásticos ornamentos, orientales algunos, más de doscientos Obispos, con sus secretarios, de las regiones todas de la tierra, príncipes, embajadores ordinarios y extraordinarios, próceres, monseñores y comisiones sin cuento, la guardia noble, esplendente de oro y plata, la guardia suíza, marcial y pintoresca, la guardia palatina, grave y veterana, los gendarmes pontificios, altos é imponentes, los camareros de capa y espada á usanza española, y el Papa, el gran León XIII, paseado procesionalmente en la silla gestatoria por la patriarcal iglesia de San Pedro, celebrando el santo sacrificio de la Misa, de cara á los fieles, entonando con voz aún vibrante y poderosa el himno ambrosiano, bendiciendo *urbi et orbi*, y aclamado

en todas las lenguas por apiñada é incontable muchedumbre; es una escena que sólo se comprende presenciándola, gritando vivas, agitando el blanco pañuelo, llorando de ternura, mudo de asombro, orando con la frente hundida en el polvo, remontándose, en una palabra, con el corazón y el alma entera, al trono del Altísimo, de quien es figura en la tierra el Romano Pontífice.

Dijose al principio que se habían impreso 40.000 papeletas invitaciones para la Misa jubilar, y ahora resulta que con 60.000 no ha habido bastantes. Hasta los Obispos y Embajadores las buscaban ayer con afán para sus amigos, sin que se les pudiera facilitar ninguna. Me han dicho que se han falsificado por tres veces y que se ha vendido por 200 liras una papeleta de tribuna. Las de entrada general vendiéronse, en las puertas de algunos hoteles, á cinco liras. También han abusado algunos cocheros, exigiendo cantidades exorbitantes por una simple carrera desde cualquier punto de Roma hasta la plaza de San Pedro.

Calculando, pues, que sería más barato y rápido llegar á la suntuosa Basílica, por el puente de *Sant' Angelo*, á pié que en coche, he salido de la fonda á las siete y media de la mañana. En mi vida he presenciado movimiento igual: arroyos de carruajes y peatones aflúan por todas partes al puente y allí se formaba el gran río, que como culebra formidable enroscábase primero á los muros del castillo, se partía después en dos, serpeando por las calles ó *borgos Nuovo y Vecchio*, desembocaba sin intermitencias en la plaza de *Rusticucci* y desparramábase en seguida, como inundación que todo lo invade y arrolla, por las columnatas de Bernini y la inmensa plaza de San Pedro.

Cuentan que anoche, desde las doce en adelante, grupos numerosos de peregrinos extranjeros, desafiando el frío y las incomodidades de una larga vigilia, permanecieron

en la inmensa plaza de San Pedro y en el pórtico de la monumental Basílica, esperando que se abriesen las puertas. A las tres de la mañana componían el concurso millares de peregrinos, sabedor de lo cual el gobierno piemonés anticipó el servicio de tropas, dispuesto para las seis, tanto que á las cuatro formaba ya un doble cordón de tropas, desde el pórtico de Carlomagno hasta la puerta de bronce de la parte opuesta, desplegando verdadero lujo de precauciones militares y casi ocupando militarmente la plaza y los alrededores de la Basílica. Pelotones de *bersaglieri* y numerosa policía mantenían el orden en las puertas de ingreso á toda costa, aunque nadie tuvo la osadía, ni siquiera el intento de alterarle, y procuraban á la apiñada muchedumbre las menores molestias posibles. Las puertas de la fachada principal permanecieron cerradas, permitiéndose el ingreso únicamente por la de la sacristía y por una del atrio de Carlomagno. Entraron por la primera los Obispos, los príncipes, el cuerpo diplomático, la aristocracia romana, la Comisión internacional, los presidentes de las distintas peregrinaciones nacionales y extranjeras, y todas aquellas personas que por su dignidad ó representación habían obtenido billete de tribuna; y los restantes invitados, por la segunda.

La Basílica de San Pedro, maravillosa creación del arte greco-romano, estaba adornada con todo el lujo, grave y sencillo á la vez, que se despliega en las mayores solemnidades. Ricas colgaduras de damasco carmesí tapizaban las grandes pilastras de la cúpula y los pilares numerosos de la nave central; colgaduras de la misma tela y color impedían la entrada á las capillas de la nave lateral de la derecha, cuyos pilares, desde la capilla del Sacramento hasta la de la Piedad, en donde todo estaba dispuesto para que se revistiese el Papa, lucían también tapices y colgaduras de

la misma clase. La antiquísima estatua de bronce de San Pedro, con el pié gastado á fuerza de ósculos amorosos, estaba bajo rico dosel, lujosamente vestida de pontifical con alba, capa, tiara y preciosa paloma simbólica del Espíritu Santo en la mano izquierda, mientras levanta en actitud de bendecir la derecha. Lindas macetas de flores, alternando con las lámparas que arden constantemente, adornaban la balaustrada de la Confesión de San Pedro. El altar papal ostentaba por todo adorno el celeberrimo Crucifijo en el centro y seis blandones á cada lado sobre los famosos candeleros de incalculable valor artístico, obra aquél y éstos de Benvenuto Celini. Dos grandes ramilletes, regalados por el Círculo de la Inmaculada Concepción, con las armas pontificias y la fecha inolvidable del Jubileo, primorosamente formadas con menudas flores, apoyábanse en las columnas anteriores que sostienen el baldaquino.

Más de veinte minutos me ha costado ganar la puerta de la sacristía para poder dirigirme á la tribuna de la Comisión internacional. En torno mío no oía otra cosa más que *¡poveri bersaglieri, poveri bersaglieri!* y la verdad es que han luchado como bravos para conservar el orden y evitar desgracias. En las caras de los soldados todos hemos advertido verdadero regocijo, como si de corazón tomaran parte activa en las fiestas de su verdadero rey. El gobierno tiene decidido empeño por una parte, en demostrar á las naciones con hechos como el de hoy, que el Papa es respetado; y por otra, en no cerrar las fuentes de este río de oro que el universo católico envía á Roma; pero tan grandioso espectáculo no puede menos de haber evocado comparaciones poco lisonjeras en la mente de Humberto. Cuando entré en la Basílica, que serían las ocho, aquello era ya un verdadero océano de cabezas humanas, con rumores sordos y hasta oleaje. El fondo del ábside, es decir, la capilla de

la Cátedra de San Pedro lo ocupaban los Obispos; delante había lugar reservado para los Cardenales y sus familiares; las tribunas especiales apoyábanse en las cuatro grandes pilastras de la cúpula y rodeaban, por consiguiente, el altar pontificio. En primer término estaba la tribuna del cuerpo diplomático, en la que lucían sus pintorescos y ricos uniformes los embajadores y ministros ordinarios y extraordinarios de casi todas las naciones cultas del mundo. Frente á esta tribuna veíanse en otras, convenientemente dispuestas, el patriciado romano; á su derecha, debajo del nicho de la Verónica, la gran Duquesa de Toscana; á su izquierda, el gran Maestre de la orden militar de Malta; y más abajo los comendadores de la misma orden, ostentando la gran cruz blanca en el pecho y con el negro manto caído á las espaldas. En el lado opuesto, los cantores de la capilla Sixtina permanecían debajo del nicho de Santa Elena; junto al de San Longinos, en tribuna especial, estaba la familia Pecci, y en otras dos grandes tribunas colocadas frente á la Confesión y al altar todas las demás comisiones oficiales. Preciso es haberlo visto para formarse idea aproximada de tan brillante concurso.

Momentos después de la hora convenida, encontrábase ya en el Vaticano todos los dignatarios de la Iglesia y de los palacios apostólicos que componen el cortejo del Papa. Este, en su litera ordinaria ó *portantina*, como dicen los italianos, y precedido de su corte, se dirigió á la gran escalera del palacio, cruzó la primera *loggia* del patio de San Dámaso, y por las salas Ducal y Regia se encaminó al primer brazo de la escalera de este nombre, para tomar la que comunica con la Basílica, por la capilla del Sacramento. Presididos por el cardenal Mónaco Lavalletta, en representación del cardenal Howard, que está enfermo, recibieron al Papa en dicha capilla el cabildo y el seminario

Vaticano. León XIII oró breves momentos ante el augusto Sacramento del altar, ocupó en seguida la preciosa litera que le ha regalado la ciudad de Nápoles, y procesionalmente, aunque oculto á las miradas del público, por la nave lateral de la derecha se trasladó á la capilla de la Piedad, así llamada porque en ella se venera una Dolorosa en mármol blanco, obra maestra de Miguel Angel. En pequeño altar levantado á la entrada de esta capilla y sobre el cual veíase el precioso Crucifijo, regalo del emperador de Austria, estaban preparados los ornamentos pontificales. El manto rojo que se quitó Su Santidad para revestirse, le ha sido regalado por los frailes Agustinos de Roma; el alba de encajes delicadísimos que vistió sobre su sotana blanca, por los católicos de Bruselas; la riquísima casulla que colocó encima, por la aristocracia romana; el pectoral de gruesos brillantes, que fulguraba en su pecho, por la república de Colombia; el anillo, de gran valor (aunque no tan rico como el regalado por el sultán), que usó durante la ceremonia, por la regente de España; la mitra áurea, cuajada de brillantes, uno solo de cuyos hilos se dice que ha costado cuarenta mil pesetas, y con la que cubre su sagrada cabeza, por el emperador de Alemania, y la pequeña y artística tiara que usó al regreso, por la ciudad de París.

Doble valla, procedente de la capilla de la Piedad, recorre en toda su longitud la grandiosa nave central y desemboca en la Confesión de San Pedro. Cuidan del orden interior la guardia palatina y los gendarmes pontificios, y de la colocación de los personajes que tienen billete de tribuna, los camareros de capa y espada y los miembros del Círculo de San Pedro.

Serían las nueve y media, minuto más ó menos, cuando ocupó el Papa la silla gestatoria, que es una especie de



trono ambulante, tapizado con terciopelo carmesí, y que conducen en hombros, como si llevasen una imagen en andas, doce camareros vestidos de damasco rojo. Precedido de brillante piquete de la guardia noble, el cortejo rompió la marcha, y al verle presentarse en la Basílica y avanzar por entre las vallas de la nave central, algo semejante á conmoción eléctrica se apoderó del inmenso concurso y transmitióse como por encanto de persona en persona y de grupo en grupo hasta los lugares más recónditos. Como impulsada por el mismo resorte, aquella incontable muchedumbre se puso en pié y la ansiedad se pintó en todos los semblantes.

Entre tanto avanzaba el cortejo por el siguiente orden: el piquete de la guardia noble; los seminaristas de diferentes colegios romanos, con sotanas de variados colores y roquetes blancos; los *bussolanti*, con su vestido rojo y capucha de raso; los capellanes y clérigos secretos, vestidos de rojo con capucha de armiño; los camareros de capa y espada, con su espléndido traje español de nuestros más gloriosos tiempos; los camareros secretos eclesiásticos; el cruciferario monseñor Falcioni, llevando la cruz pontificia entre dos maceros con trajes del siglo xv; los Cardenales de dos en dos, ostentando la púrpura y capa magna y seguidos de sus capellanes caudatarios; el príncipe Massimo; el príncipe Ruspoli, maestro del sacro Hospicio; los oficiales de la guardia suíza; el vicecamarlengo de la santa Iglesia, y los príncipes Colonna y Orsini, asistentes al sacro solio pontificio. Ordinariamente asiste al Papa uno sólo de los dos, para evitar etiquetas y disgustos entre magnates tan ilustres; pero, en atención á lo extraordinario de la solemnidad, hoy se ha prescindido de la costumbre, acordando que al subir el príncipe Orsini diera la derecha al príncipe Colonna, y al bajar cediera, por el contrario, la

derecha el príncipe Colonna al príncipe Orsini. Detrás de tan brillante cortejo venía el Papa, conducido en silla gestatoria. Rodeaban el ambulante trono del Padre Santo los oficiales y exentos de las guardias noble y suíza, con sus lucientes cascos puestos y grandes espadas desenvainadas y apoyadas en el hombro y los monseñores y dignatarios que componen la familia pontificia, tales como el mayordomo, el maestro de cámara, los prefectos de los palacios apostólicos, los maestros de ceremonias, el aposentador y caballerizo mayor, etc. etc.

Parece que los cantores pontificios entonaron el *Ecce sacerdos magnus* de Palestrina cuando el Papa llegó á la capilla del Sacramento y el *Tu es Petrus* de Gounod al presentarse en la Basílica; pero la aparición de la silla gestatoria fué saludada con un viva, lanzado á la vez por sesenta mil pechos, tan conmovedor, tan estruendoso, que los acordes del inspirado maestro de música religiosa quedaron sumergidos y como ahogados en aquel mar de hurras y suspiros. Porque, lo confieso sin rubor; tan grandioso, tan tierno, tan imponente, tan admirable era el espectáculo, que lloré como un niño, y la mayor parte de los ojos que lo presenciaron, convirtiéronse en fuentes de lágrimas. Nada de particular tiene que llorasen las señoras; se explica que llorasen también los jóvenes; natural era que los ministros del altar se conmoviesen hasta derramar lágrimas en presencia del Sumo Sacerdote; pero lo extraordinario fué que se humedecieron también los ojos de severos diplomáticos, duchos en el arte del disimulo; de veteranos guerreros, avezados á la dureza de corazón; de periodistas incrédulos, atraídos allí únicamente por el aparato teatral y el afán de noticierismo, y de personas de toda edad y condición.

La carrera recorrida por el Papa, desde la capilla de la Piedad hasta la Confesión de San Pedro, permitió contem-

plar á nuestros ojos atónitos un triunfo nunca visto, ni soñado, y con el cual no admite parangón el de aquellos emperadores romanos, que recorrían la vía triunfal sobre carros de marfil y oro, entre las cohortes victoriosas, los repetidos sonos de las trompas guerreras y los hurras furibundos del pueblo rey, llevando por séquito y patente de su victoria, reyes, príncipes, generales, sabios y pueblos enteros amarrados al carro del triunfador con las férreas cadenas de la esclavitud. Semejantes triunfos preséntanse á nuestra consideración amasados con ríos de sangre y de lágrimas, é iluminados por los siniestros resplandores de la desolación, del incendio, del saqueo y de la muerte. El triunfo de León XIII, por el contrario, es el triunfo del amor, de la fe, de la piedad filial, y aunque amasado también con oro y lágrimas, aquél es el oro de la ofrenda, del generoso donativo, del presente desinteresado y amoroso, y éstas son lágrimas de regocijo y de placer. ¡Bendito una y mil veces sea el Señor, que me ha concedido la dicha de presenciar la glorificación de su Vicario!

La comitiva pontificia avanzaba lenta y majestuosamente por el centro de la Basílica; oíanse vivas y hurras en todas las lenguas y con toda clase de entonaciones y acentos; palmoteaba la muchedumbre, saludando el paso del Papa con pañuelos y sombreros, que formando verdadera nube agitábanse todos en dirección á la silla gestatoria; el Papa, extraordinariamente demacrado, y pálido como la muerte, hacía esfuerzos supremos para dominar la emoción grande que palpitaba en su pecho y la fatiga indecible que se traslucía en su aspecto; la parte moral sobrepúsose, no obstante, al organismo, y mientras de sus grandes y expresivos ojos brotaban vívidos resplandores de gratitud y amor, velados por nubes de lágrimas, apoyábase nervioso con la mano izquierda sobre el brazo de su sillón, bendecía al apiña-

do pueblo, que se postraba á sus piés, con la derecha, y saludaba á todos inclinando trabajosamente á uno y otro lado su augusta cabeza.

Los Cardenales, á medida que iban llegando, ocupaban sus escaños en el ábside delante de los Patriarcas, Arzobispos y Obispos, formando alrededor del altar mayor como una corona de majestuoso efecto. Descendió el Papa de la silla gestatoria, oró en precioso y artístico reclinatorio breves momentos, como preparándose para el santo sacrificio, le quitaron la mitra, y con el blanco solideo puesto comenzó la Misa, que dijo rezada en veintiséis minutos justos, y ayudaron monseñor Lenti, Patriarca titular de Constantinopla y vicegerente de Roma, monseñor Sanminiatielli, auditor de la real cámara apostólica y los canónigos de la Basílica Folchi y Cassali.

Como los Papas celebran de cara al pueblo, en los altares papales de las basílicas, que están aislados debajo de algún templete y se componen sólo de una mesa cuadrada, sobre la cual únicamente se colocan el Crucifijo, los candeleros y las sacras; por entre los piés de aquellos se ve perfectamente, durante el santo sacrificio la cara del celebrante. Como, por otra parte, mi tribuna estaba frente á la Confesión y al altar, debajo de la antiquísima estatua de bronce de San Pedro, no he perdido de vista un segundo á Su Santidad, fijando en él constantemente los gemelos mientras celebraba, siguiendo hasta los más pequeños movimientos de sus ojos y labios. ¡Cuán conmovido estaba! ¡Con qué dulzura levantaba los ojos hacia el crucifijo, impetrando el bien de la Iglesia y del mundo! ¡Cómo pronunciaba las oraciones! ¡Cuántas lágrimas se han deslizado por aquellas mejillas escuálidas, sirviendo tal vez de sabroso refrigerio á su alma!

Los emoción de los fieles era también grande. Apenas

comenzó la Misa, cesaron como por encanto los vivas y rumores; caímos todos de rodillas, y con fervor inusitado unimos nuestras pobres oraciones á las valiosísimas del Sacerdote Sumo que celebraba el incruento sacrificio. Más de sesenta mil plegarias, unidas á las de millones y millones de católicos esparcidos por la redondez de la tierra é impetrando todos á la vez del Altísimo la libertad de la Iglesia y de su cabeza visible, es imposible que no lleguen al cielo y tarde ó temprano alcancen la gracia pretendida. Durante el ofertorio, la capilla pontificia cantó el motete *Domine, salvum fac Pontificem*, que transportaba el alma á las celestes mansiones, compuesto expresamente para el solemnísimos acto por el maestro Mustafá. Llegó el momento sacratísimo de la consagración; la muchedumbre hundió sus frentes en el polvo; los españoles heríamos además nuestros corazones con repetidos golpes de pecho; el anciano Pontífice regó los corporales con sus lágrimas santas, que corrían hilo á hilo por sus mejillas; las trompetas de plata dejaron caer desde la cúpula gigantesca de Miguel Angel sobre la imponente Basílica una lluvia de sonos argentinos; el Papa levantó con manos trémulas la Hostia y el Cáliz consagrados, presentándolos á la adoración de los fieles; reanudó la capilla pontificia el canto interrumpido, al que contestó desde la cúpula un coro de niños, que semejava voces de ángeles; y para que nada faltase en tan grandioso acto, el sol, que durante los días precedentes habíase ocultado tras lluvias y nubes pertinaces, rasgó el plumizo horizonte, y penetrando por las ventanas altísimas del cimborrio, tomó parte en el general regocijo tamizando sobre el altar papal trémulos y brillantes haces de polvo áureo.

Terminada la Misa y sostenido por los prelados asistentes, bajó el Papa del altar, dió gracias en el reclinatorio y entonó el *Te-Deum*. Jamás el himno sublime de San Agus-

tín y San Ambrosio habrá sido cantado con tanta unción y entusiasmo por más de 200 Obispos, 10.000 sacerdotes y 50.000 fieles que, formando nutridísimo coro, contestábamos con toda nuestra alma á la capilla pontificia. Entonaba ésta un versículo, y contestaba el pueblo cantando el siguiente á canto llano y en latín, aunque con acento políglota, pues cada nación pronuncia á su manera la lengua oficial de la Iglesia. Del fondo de todos aquellos corazones subió á los cielos el himno de gracias al Señor por haber permitido que León XIII conmemorase con aquella Misa, aunque rezada, solemnísimamente, el 50.º aniversario de su ordenación sacerdotal.

Terminado el incomparable *Te-Deum*, retiróse el Papa breves momentos á un recinto, cerrado por colgaduras, no lejos del altar, tomó allí una taza de café y un bizcocho mojado en vino de Burdeos, cambió la mitra por la tiara, y ocupando nuevamente la silla gestatoria y bajo palio, comenzó á descender el cortejo por la nave central de la Basílica. Cuando la silla gestatoria llegó al centro de la nave, de espaldas al altar papal, junto á la balaustrada de la Confesión y á muy pocos metros de la tribuna amarilla, hizo alto todo el cortejo, cesaron las aclamaciones, se colocó una escalera portátil desde el pavimento hasta la peana de la silla gestatoria, por donde subían y bajaban los prelados asistentes al sacro solio pontificio, se puso el Papa los anteojos, el Cardenal Ricci, que oficiaba de diácono, le quitó la tiara, monseñor Sanminiatelli, arrodillado en la grada última de la escalera portátil, sostenía el ritual, y el Papa, puesto de pié y erguido como no suelen presentarse los ancianos casi octogenarios, después de haber pasado por sí mismo algunas hojas del ritual, con voz grave y trémula, pero bastante clara y fuerte para dejarse oír en medio de aquel sepulcral silencio por toda la Basílica, entonó las preces de

rúbrica y dió la bendición *urbi et orbi* á todos los allí presentes, á la eterna ciudad de Roma y al orbe entero, levantando primero ambos brazos al cielo y haciendo después con la mano derecha tres cruces sobre los fieles en opuestas direcciones. Solemnísimo y conmovedor fué el momento de la consagración durante la Misa; pero no lo fué menos el instante de la bendición papal, cuando hasta los mismos embajadores protestantes, cismáticos, mahometanos é incrédulos inclinaron sus frentes para recibir las bendiciones del Vicario de Jesucristo y las campanas de las 400 iglesias de Roma con un vuelo general anunciaron al agro romano tan augusta ceremonia. No hay pluma que pueda describir la emoción profundísima que se apoderó de todos los presentes en tan augustos momentos, y menos la sinceridad anhelante de aquel nutrido *Amen* que al concluir pronunciaron todos los fieles.

Acto continuo, el cardenal Ricci publicó la indulgencia plenaria, concedida por Su Santidad, y el cortejo pontificio continuó su regreso triunfal por el mismo orden que al ingreso. Las aclamaciones, los hurras y vivas pronunciados en todas las lenguas y sobre todo los vivas de los españoles al *Papa-Rey*, entusiastas, amenazadores casi, reprodujéronse con más fuerza si cabe que al principio; millares de pañuelos blancos agitábanse sin cesar, produciendo admirable efecto, en dirección á la silla gestatoria que se alejaba; muchas señoras que ya no podían ver, encaramábanse sobre las sillas de las tribunas y sobre las repisas de los pilares, y hasta sobre las mismas estátuas de los sepulcros apiñábase la muchedumbre para ver por última vez al Papa. Ni áun se concibe otro cuadro como aquél, tan majestuoso, admirable é imponente. ¡Quiera Dios que éste sea el principio del triunfo definitivo de la Iglesia y del Pontificado!

Más de dos horas ha durado la salida de los fieles. Las

puertas todas de la monumental Basílica de San Pedro, abiertas de par en par, parecían otras tantas fuentes que arrojaban borbotones de cabezas humanas sobre el atrio, las cuales, reuniéndose al descender por la grandiosa escalinata, formaban imponente cascada de carne y hueso, que inundó la plaza más artística y una de las más grandes del mundo, é hizo difícilísimo, tanto para los que regresábamos á pié como para las interminables hileras de carruajes, el cruce de los puentes, sobre todo el de *Sant' Angelo*. Roma parecía transportada de repente á los días más esplendurosos de la dominación pontificia, y el mundo entero pudo convencerse de que el verdadero rey de Roma, el único rey allí posible, es el Romano Pontífice.

Un solemnísimó *Te-Deum* de acción de gracias se cantó por la tarde en la Archibasílica de San Juan de Letrán, que es la catedral del Obispo de Roma, ó sea del Papa, y puede suponer el lector que tan grande y hermosa iglesia no pudo contener la muchedumbre de fieles que se apresuró á tomar parte en la fiesta. Diez y ocho Cardenales, más de sesenta Patriarcas, Arzobispos y Obispos, algunos Canónigos de San Pedro, todo el capítulo y clero de la Archibasílica, y unos cien alumnos del Seminario Romano, tomaron asiento en el coro del hermosísimo ábside, tapizado recientemente con deslumbradores mosaicos á expensas de León XIII, y en el fondo del cual destacábase, vacía, la silla pontificia. Apenas el Cardenal Arcipreste se arrodilló delante del altar papal, las dos orquestas cantaron el *Oremus pro Pontifice nostro Leone*, y terminada la antífona entonó el *Te-Deum* el Cardenal celebrante, cuyos versículos fueron cantados alternativamente por la capilla y el pueblo, produciendo un efecto admirable. La sagrada función terminó con el canto por las dos orquestas del *Tantum ergo* y con la bendición eucarística.



## VII

Roma 5 de enero.

Repicar é ir á la vez en la procesión es imposible, como gráficamente decimos en España. La falta de apuntes en mi cartera la explican satisfactoriamente mis actos, pues saben todos cuantos me conocen que no descanso un momento, ni pierdo solemnidad. Reduciré, no obstante, mi relato á las fiestas más significativas y esplendentes.

El Seminario Romano festejó al día siguiente, 2 de enero, en su iglesia de San Apolinar, el Jubileo pontificio con una Misa solemne, que celebró monseñor Catini, Rector del Seminario, y á la que asistió el Cardenal Vicario. La capilla interpretó admirablemente la Misa de Mercadante y se cantó también á dos coros el motete *Domine, salvum fac Pontificem* del maestro Mustafá, estrenado el día anterior en San Pedro, terminando la función con el himno ambrosiano, el *Tantum ergo* y la bendición eucarística dada por el Cardenal Vicario.

La universidad Gregoriana no quiso ser menos, y el día 4 por la mañana solemnizó en la hermosa iglesia de San Ignacio, con un pontifical soberbio, el Jubileo pontificio. Más de 700 alumnos, con los pintorescos trajes de sus respectivos colegios, ocupaban, con muchísimos peregrinos de todos los países, la nave del centro. Veintidós Arzobispos y Obispos veíanse en el presbiterio, y multitud de monseñores, superiores de órdenes religiosas y rectores de colegios asistieron también á la fiesta. El Cardenal

Mazzella, que hace dos años nada más enseñaba teología, como simple jesuíta, en la universidad dicha, ocupaba distinguido puesto en el lado del evangelio mientras celebró la Misa de pontifical su hermano el Arzobispo de Bari. Ambos Mazzellas, Camilo el primero y Ernesto el segundo, son prez y honra del episcopado italiano y de la insigne Compañía de Jesús. La función terminó con un solemne *Te-Deum* y la bendición que con el Santísimo dió el eminentísimo jesuíta.

Imposible dar cuenta detallada de las audiencias continuas que, desde que empezaron las fiestas jubilares, dignábase conceder diariamente Su Santidad á los príncipes, embajadores ordinarios y extraordinarios, Cardenales y Obispos extranjeros, representantes de círculos y sociedades católicas, juntas directivas de peregrinaciones, personajes ilustres, etc., etc.; pero no debo pasar por alto la audiencia que el día 3 otorgó á la peregrinación italiana, que fué objeto especial de grandes y merecidas distinciones por parte del Romano Pontífice.

Hay que verlo para creerlo, y aunque algunos no lo entiendan ni lo vean de la misma manera que yo, cuanto más trato á los italianos de toda clase, más me convenzo de que están enamoradísimos de su *unidad*, de su nueva gran nación, como ellos dicen, de la patria y demás zaran-dajas; y miran, por ende, de reojo á todo aquél que, aunque sea con el santo fin de enaltecer al Papa, apunte la idea de deshacer este amasijo de iniquidades para resucitar el poder temporal de los Soberanos Pontífices.

Hasta los católicos italianos, no diré que todos, pero sí muchos, están contagiados de esta peste masónica del unitarismo, y darían un dedo de la mano por encontrar la solución del problema, de modo que quedasen en pié la Italia una é intangible y el poder temporal. En mi humil-

de sentir, por lo tanto, no debemos hacernos ilusiones: si el Papa recobra el poder temporal, será por la acción de la diplomacia ó de las bayonetas extranjeras; nunca por la imposición italiana. El Padre Santo, que sin duda teme esto mismo, aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para encarecer la idea de que Italia debe sus mejores glorias al Pontificado, de donde resulta que no es enemigo de Italia, ni mal patriota por ende, el amigo entusista del poder temporal de los Papas.

En prueba de lo que digo, medítese el siguiente importantísimo discurso, que pronunció el Papa dirigiéndose á los peregrinos italianos y que publicado por *L' Osservatore Romano*, dice así:

«Agradables en sumo grado son para Nos y profundamente Nos conmueven los homenajes y votos que, con motivo del Jubileo Nos tributan nuestros hijos, esparcidos por las diferentes partes del mundo; pero vuestros homenajes y sentimientos, hijos carísimos, aun Nos son más gratos y Nos conmueven todavía más.—Os vemos aquí congregados en gran número y procedentes de todas las regiones de Italia, de esta Italia que Dios predestinó para establecer en ella la silla de su Vicario; de esta Italia sobre la que los Romanos Pontífices derramaron en todo tiempo inmensos tesoros de sabiduría, de grandeza y de gloria.»

«Nunca han faltado hijos ingratos, nacidos en el seno de la Iglesia católica, que desconociendo los insignes beneficios del Pontificado, dedicáronse á combatirlo; pero en nuestros días se ha fraguado verdadera conjuración, tramada con la intención maligna de denigrarlo y de presentarle como eterno enemigo de Italia. Mas vosotros, hijos queridísimos, lejos de acoger tan estúpida acusación, solemnemente desmentida por la historia de todos los si-

glos, habéis querido dar esta prueba de obsequioso acatamiento al Pontificado, alistándoos valientemente entre los que reconocen su benéfica influencia, se glorían de serle fieles y devotos, y desean verlo restablecido en aquella condición de verdadera y soberana independencia y de completa libertad, que por tantos títulos se le deben. Con tan felices disposiciones habéis venido hoy ante Nos; y tales disposiciones dan á vuestra presencia en este sitio, á vuestros votos y augurios, valor singularísimo y aumentan nuestro agradecimiento.»

«Demasiado sabemos que por estos vuestros obsequiosos sentimientos se os echará en cara que no amáis á vuestro país, sino que antes por el contrario, queréis su envilecimiento y ruína.—No os asusten, queridos míos, tan necias palabras. La verdad es que el Pontificado constituye la más pura y espléndida gloria de Italia. La verdad es que, en unión con el Pontificado, Italia será la primera como la más próxima en experimentar su influencia saludable, y mientras haya en el mundo poblaciones católicas, por éstas será respetada y amada: en guerra con el Pontificado no tendrá más remedio que sufrir divisiones y amarguras dentro, disminución de prestigio fuera, y obstáculos y dificultades sin número en todas partes. La verdad es que los italianos que están con el Papa y quieren su independencia, por una parte cumplen con su deber de católicos, y por otra atienden, más y mejor que nadie, á los verdaderos intereses de su patria.»

«Notad lo que ocurre al presente. El simple recuerdo de nuestro Jubileo sacerdotal, ha conmovido al mundo. No solamente los católicos, ni sólo personas privadas; sino los soberanos, y los príncipes, y los gobiernos, y las asambleas públicas, todos á porfía han querido tomar parte en esta fiesta jubilar, atestiguando su reverente afecto y alta

consideración.—Ciertamente, este acontecimiento se debe á la acción de la Providencia divina, que pone las circunstancias más sencillas y los instrumentos menos aptos al servicio de la gloria de la Iglesia. Pero la verdadera razón del hecho se encuentra en la importancia suma del Pontificado; de este faro luminoso que ha puesto Dios en medio de los pueblos para guiarlos á su salvación; de este poder del mundo, de todos los tiempos y de todos los lugares, que sobrevive y permanece, cuando todo se bambolea en torno, y de las mismas persecuciones surge más glorioso y más fuerte. ¿Qué nación no se consideraría feliz y honrada por contener en su recinto esta institución divina? Y por el contrario, ¿que estulticia quererla como empequeñecer, reduciendo el modo y condiciones de su existencia á cuestión interior de un país ó nación? ¿Qué indignidad, quererla deprimida y humillada en su propia sede; poner obstáculos á su libre y benéfica acción; convertirla en súbdito, haciéndola depender de la voluntad de una asamblea ó de un gobierno! Por fortuna, nunca estarán dispuestos á tolerarlo los católicos del mundo entero, celosos de la libertad de su Jefe, y cuantos aprecian la causa del orden y la salud de la humana sociedad.»

«Sirvan estas consideraciones, hijos carísimos, para confortaros en los sentimientos que nos habéis manifestado y para manteneros fieles á vuestros propósitos. Vuestro corazón, consolado por demostración tan brillante de vuestra fe y de vuestro increíble acatamiento al Vicario de Jesucristo, os abraza con el más tierno afecto de padre, impetra del cielo para vosotros todo bien, y, salvando como es justo los derechos de la Sede Apostólica y de la Iglesia, no cesa de pedir para Italia los beneficios de la concordia y de la paz.—Entre tanto, con la esperanza de tan señaladas mercedes y en prenda de nuestra especial benevolen-

cia, concedemos á todos los aquí presentes, á todos los aquí representados y á vuestras familias la bendición apostólica.»

Como pasaban de 20.000 los peregrinos italianos y no hay en el Vaticano salón alguno que pudiera contenerlos, á esta memorable recepción, que tuvo lugar en la sala de la condesa Matilde, asistieron únicamente la Comisión general permanente, los comités nacionales y diocesanos, más de cien Obispos italianos, al frente de los cuales iban los Cardenales Arzobispos de Turín, Bolonia, Ferrara, Nápoles y Cápua, los porta-estandartes, banderas y gallardetes, las comisiones diocesanas y parroquiales, y los representantes de los círculos, escuelas católicas, sociedades religiosas de obreros, y congregaciones de la Orden tercera franciscana. Los emblemas y trofeos tapizaban casi por completo la sala Ducal, distinguiéndose entre todos por su riqueza el de Milán, el de Brescia, patria de Jordán Bruno, y el de Palermo, patria del francmasón Crispi. Cuando León XIII entró en la sala Ducal de la condesa Matilde, seguido del Sacro Colegio y de su corte brillante, prorrumpieron los italianos en aclamaciones tan atronadoras que el Papa se impresionó mucho. Al mensaje que leyó el comendador Venturolli, expresando los votos de la Italia católica y reivindicando los derechos del Pontificado, contestó el Papa con el discurso importantísimo ya transcrito.

Para que todos los peregrinos italianos viesan al Papa y el cabildo de San Pedro tuviese á la vez el gusto de ofrecerle sus respetos y valioso regalo, en su propia casa, el Padre Santo se ha dignado bajar á la Basílica de San Pedro esta mañana. Merced á una papeleta de *italiano*, que pude proporcionarme, presencié la ovación que tributaron al Papa sus compatriotas. No ha sido la fiesta tan solemne y grandiosa como la inolvidable del día primero; pero tal vez

más afectuosa y entusiasta, si cabe. Los cuarenta ó cincuenta mil italianos, que procedentes de todas las diócesis de Italia se han congregado hoy en la patriarcal iglesia de San Pedro, eran verdaderos papistas, creo que hasta derramarían su sangre por la soberanía temporal del Papa, le han recibido al entrar y salir con palmadas y vítores clamorosos y entusiastas, y la mayor parte han permanecido en la Basílica tres horas mortales y algunos cuatro, mientras efectuábase la recepción en la sacristía, de pié y sin más esperanza que la de volver á ver rápidamente al Papa cuando se retirase. Aún hay fe en Israel y no todos son sectarios en Italia.

Su Santidad bajó á la Basílica, con su corte, á las ocho y media de la mañana. Recibiéronle el cabildo y clero con el Cardenal Mónaco Lavalletta al frente, por expresa delegación del Cardenal Howard, arcipreste de la Basílica, que no ha podido asistir por encontrarse enfermo. Después de la adoración en la capilla del Sacramento, el Padre Santo, precedido del seminario, del clero y del cabildo, trasladóse al altar de la Confesión, en donde se revistió y dijo Misa rezada, asistido y servido por los mismos prelados, monseñores y canónigos que el día de año nuevo. Oyeron la Misa, además de los peregrinos italianos, muchos Cardenales, gran número de Obispos de todos los países, la aristocracia romana y otros muchos invitados. Durante la función la capilla Julia cantó hermosos motetes, entre los cuales merece particular mención el *Oremus pro Pontifice nostro Leone*, del maestro Meluzzi, que produjo admirable efecto y, lo mismo que en la Misa jubilar, al alzar á Dios sonaron también los clarines de plata desde la cúpula.

Terminada la Misa, y después de haber dado gracias, el Padre Santo, precedido de los estandartes de las diócesis,

que hicieron alto junto á la puerta, se trasladó á la suntuosa sacristía, acompañado por los Cardenales Mónaco, Sacconi, Hohenlohe, Ledochowski, Laurenzi, Bianchi, Mertel, Pecci, Ricci-Paracciani, Masotti, Verga, Vannutelli, Rampolla, Theodoli, Schiaffino y Parocchi, y seguido de la nobleza romana y otros personajes invitados entró en la sala Capitular, célebre por las pinturas de Giotto y rica en mármoles y estucos, donde se dignó aceptar el desayuno ó refresco, con que quiso obsequiarle el cabildo de San Pedro. La mesa de Su Santidad estaba separada y un poco más alta que otra cuadrilonga dispuesta á continuación para los eminentísimos purpurados. A lo largo de las paredes extendíanse las mesas para la corte pontificia y la representación del cabildo. En el vestuario de los canónigos, que precede á la sala Capitular, y en otra que dá paso al coro, veíanse las mesas para la nobleza romana, en las cuales tomó también asiento otra comisión del cabildo. En el vestuario de los beneficiados se pusieron otras dos grandes mesas para gran número de invitados, ya de menor categoría, entre los cuales representaron al cabildo varios canónigos y beneficiados. Otros muchos convidados sentáronse á tres grandes mesas que había en las salas del segundo piso y otras tres se prepararon en el tercero para los seminaristas, los cantores de la capilla Julia y todo el personal adscrito á la Basílica.

Terminado el suntuoso refresco, se trasladó el Padre Santo con su corte, los Cardenales y convidados al salón central de la soberbia sacristía, habilitado para la recepción con un trono en el centro, sillones á uno y otro lado para los Cardenales y tribunas para las señoras en los intercolumnios. Ocupó el Papa el trono, formando en torno de Su Santidad brillante cortejo y corona la aristocracia, el cabildo, el clero y demás invitados, y el Cardenal Mónaco



Lavalletta avanzó hacia el solio pontificio, entre los cuatro canónigos camarlengos los monseñores Sanminiatelli, de Anibale, Pericoli y Talamo, y á nombre del cabildo y clero de la patriarcal Basílica de San Pedro, leyó un mensaje felicitando á Su Santidad y rogándole que, como recuerdo de su Jubileo sacerdotal, se dignase aceptar el relicario que le presentaban.

El magnífico misal en que, poco antes, había leído el Papa la Misa, es también ofrenda del cabildo de San Pedro; pero el relicario diseñado por el profesor Luís Seitz y trabajado por el hábil joyero Pedro Quadroli, es una verdadera obra maestra, digna por su belleza y valor de contener la sagrada cabeza de San Juan Bautista, reliquia preciosísima que desde 1870 custodian los Papas en su capilla privada del Vaticano.

El Padre Santo contestó al mensaje del Cardenal Mónaco, manifestando su satisfacción por las grandes y verdaderamente extraordinarias demostraciones de alegría y de fe que se hacen en todo el mundo con motivo de su Jubileo sacerdotal, manifestaciones que, aunque dirigidas á la dignidad excelsa con que está investido, redundan en glorificación de la Iglesia misma. Expresó después el gozo que sentía por haber podido celebrar la Misa jubilar sobre la tumba de los apóstoles y en medio del orden más admirable; dijo que lamentaba la indisposición del Cardenal Howard, arcipreste de la Basílica, agradeció al Cardenal Mónaco que hubiese hecho sus veces en tan solemne acto, y terminó concediéndoles la bendición apostólica al cabildo y clero de la Basílica Vaticana, en prueba de que aceptaba agradecidísimo su regalo.

Presentóse después ante el trono pontificio una comisión compuesta de los canónigos monseñores Nocella, secretario de Breves á los príncipes; Volpini, secretario de

cartas latinas; y Tripepi, secretario de la Comisión cardenalicia para los estudios históricos, comisión que presentó á Su Santidad una docta ilustración del regalo, escrita por monseñor Tripepi y encerrada en elegante cartera, con una fototipia del relicario. Estos folletos repartiéronse entre los personajes convidados.

A continuación fueron presentados por el Cardenal Mónaco y admitidos á besar el pié de Su Santidad los canónigos, los beneficiados, el clero adscrito, los penitenciarios y los párrocos dependientes de la Basílica. Presentados por varios monseñores canónigos, pasaron enseguida el Seminario Vaticano con su prefecto, directores y maestros, el personal de la sacristía de San Pedro, los capellanes de coro y cantores de la capilla Julia, los empleados en la administración de la fábrica y por último los dependientes de la administración capitular. A todos acogió León XIII con especial benevolencia; bendijo, por última vez, á los concurrentes todos, y cruzando en *portantina* la Basílica, en medio de las aclamaciones ruidosas y entusiastas de los peregrinos italianos, que no se habían cansado de esperarle, hacia medio día, poco más ó menos, regresó á sus habitaciones del Vaticano.

Yo pude presenciar tan conmovedora fiesta, en compañía del piadoso catedrático de la Universidad de Valencia y queridísimo amigo mío, D. Rafael Rodríguez de Cepeda, merced á un billete que me proporcionó el eximio escritor tradicionalista y director del periódico *La Fe*, señor Vildósola, y en virtud del cual pude pasar por *italiano* en la Basílica de San Pedro; pero tal era el gentío y la aglomeración de peregrinos, que para ver al Papa empinábanse todos sobre las puntas de sus botas, tomaron algunos por asalto los basamentos de las pilastras, y muchos repetían á coro y sintiéndolo en el alma: *non si vede nulla*.

Durante la procesión de regreso, ha estallado en vivas el entusiasmo de los peregrinos. La ovación ha sido, pues, más ruidosa y entusiasta que el día de Año Nuevo, pero la fiesta menos solemne. Habían desaparecido las vallas del centro y las tribunas laterales, sin que hayan asistido, por lo que yo he visto, al menos en corporación, el Colegio Cardenalicio ni el cuerpo diplomático. En cambio, cada Comité italiano llevaba su hermosa bandera ó guión, y cada cual ha podido presentarse en traje *borghese*, como aquí dicen. Los que han tenido entrada en la sacristía iban de frac y corbata blanca. En los periódicos encontrarán ustedes detalles más exactos y numerosos.

Mañana 6, á medio día, inaugurará el Papa la Exposición; pasado mañana 7, recibirá á la peregrinación española, y al siguiente, Dios mediante, emprenderemos la vuelta á España.

Del banquete celebrado anoche en la embajada española, al cual asistieron los Cardenales Rampolla y Parocchi y todos los Obispos españoles, tengo muchos y verídicos detalles; pero me limito á decir que fué extraordinariamente aplaudido el discurso en latín ciceroniano del Cardenal Vicario, y que Groizard estuvo bien, porque se olvidó, mientras hablaba, de que es fusionista.

## VIII.

Roma 6 de enero.

La comisión organizadora de los festejos jubilaires, concibió desde el principio la idea de celebrar en los salones del Vaticano una como exposición universal de objetos

destinados al culto, y á fin de no inutilizar los museos aunque fuese provisionalmente, se pensó en improvisar una galería en el patio llamado de la Piña, que está entre el museo Etrusco de estatuas y la biblioteca. El lugar estaba perfectamente escogido; pero la galería, en opinión de hombres desconfiados, resultaba grande, y si los regalos eran pocos, lucirían menos. Pero no se contaba con el entusiasmo y devoción de los fieles, y antes de concluir los trabajos calculóse ya que sería imposible instalar convenientemente tantos objetos, de los cuales todos los días llegaban noticias, en espacio tan extenso. La idea de la exposición vaticana fué acogida en todas partes con filial regocijo; las comisiones pusieron manos á la obra con amor admirable; las sociedades católicas abrieron colectas para ofrecer á Su Santidad regalos colectivos; anunciáronse ricos presentes de los soberanos, gobiernos, ministros, Obispos, cabildos, comunidades religiosas y hasta de simples particulares; princesas soberanas, damas aristocráticas, señoras de la clase media y escuelas de niñas emprendieron innumerables obras de bordados, encajes y ropa blanca para las iglesias pobres; artistas de toda clase recibieron el encargo de construir objetos de preciosa labor y frecuentemente de gran precio; la anunciada exposición vaticana, para decirlo de una vez, produjo un movimiento febril, universal, maravilloso.

Comenzaron á llegar centenares de cajas procedentes de todas las partes del mundo, que por de pronto hubo que amontonar en las galerías no ultimadas y en las mismas estaciones de los caminos de hierro, y se procedió á levantar otra galería en los jardines, á lo largo de la calle de árboles, llamada de la *Giostra* (justa), galería ancha y larguísima, capaz de contener extraordinario número de objetos. Se resolvió, además, que se habilitasen también para la ex-

posición las galerías llamadas de los *Arazzi* (tapices) y de las cartas geográficas, agregándoles el brazo del museo Chiaramonti, con lo cual se creyó haber preparado local, no sólo suficiente, sino de sobra. Pero el mundo católico se empeñó en dar una muestra brillantísima de su poder y de su fe; más de 400 cajas encontrábanse ya en la estación sin saber qué hacer de ellas, ni en dónde colocar los objetos que contenían. Hubo, pues, que construir á escape otra galería en el patio de las Carrozas, que no pudo terminarse para el día de la inauguración.

Para que el lector pudiera formarse idea exacta, tanto del local como de los millones de objetos expuestos en el Vaticano, sería preciso escribir un libro: debo, pues, reducir mi descripción á cuatro líneas generales, limitándome á nombrar los objetos que, en aquel océano de preciosidades artísticas y piadosas, seducen y deslumbran. La más ancha y puede decirse que importante de todas las galerías, es la de la Piña, en cuyo centro se levanta la gran sala de honor, templo de talco y oro, compuesto de 24 columnas al parecer monolíticas, que sostienen vistoso artesonado y en el cual se efectuó el acto brillantísimo de la inauguración. La galería de la Piña es rectangular y mide cerca de 4.000 metros cuadrados. Saliendo de la Sala de Honor por la derecha del trono pontificio, se llega á las salas destinadas á las diócesis de Italia, que son siete ú ocho y presentan aspecto mágico. Allí están las cien ciudades italianas, rivalizando todas en demostrar su afecto con ricos regalos á León XIII. Venecia, Génova, Turín, Milán, Florencia, Nápoles, Bolonia han enviado verdaderos tesoros de arte y de riqueza, y no les van en zaga, ni en el número, ni el precio de sus regalos, las otras ciudades italianas menos populosas. Roma, la capital del orbe católico y la primera de las ciudades de Italia, ocupa digna-

mente su puesto en medio de las otras grandes ciudades sus hermanas. Solamente las instalaciones italianas llenan más 2.000 metros cuadrados de área.

A la izquierda de la gran sala de honor, encuéntrase en primer término dos salones ocupados por Francia, una gran sala después perteneciente á Alemania y dos salas, por último, en donde se ven las instalaciones de Austria-Hungría.

Tornando al vestíbulo, puede visitarse la galería de la *Giostra*, cuya área excede de 1.500 metros cuadrados, que han resultado insuficientes para contener las instalaciones de España, Portugal, Suíza y América. La galería de las Corazas ocupa una superficie de 400 metros cuadrados y se destina á exposición de las substancias alimenticias de todos los países.

Para visitar los otros departamentos de la exposición hay que entrar en los museos, trasladándose á las espléndidas galerías de los Tapices y de los Mapas. En la primera están las instalaciones de Bélgica y Holanda, y contiene la segunda riquísima colección etnográfica, procedente de los más remotos países asiáticos y oceánicos. Turquía asiática expone allí sus estupendos tapices y admirables incrustaciones; India sus finísimos utensilios de metal; China sus lacas inimitables y los trajes, extraños por el corte pero preciosos por sus telas, de sus mandarines y damas; Japón sus porcelanas maravillosas; el pobre indo y el piel roja de América, su tosco menaje de cocina y armas primitivas; los pueblos todos, que habitan las más distantes é incultas regiones de la tierra, muestras inequívocas de que los misioneros católicos les han enseñado á pronunciar con amor el nombre augusto de León XIII.

Por último, la galería del museo, que lleva el nombre de su fundador Chiaramonti, es la destinada á contener los

objetos más preciosos, tanto por su mérito artístico y valor en cambio, como por la dignidad de los donantes. Vense allí en un lado, los regalos de los soberanos, príncipes, gobiernos, Cardenales y gran maestro de la orden de Malta; en el otro los del patriciado romano, y en el centro los de la corte pontificia.

El Papa quiso solemnizar el día de hoy, la gran festividad de los Santos Reyes, inaugurando á las doce este gran certamen de la generosidad y del amor. A las diez, las comisiones extranjeras y diocesanas, ocupaban sus puestos respectivos en las galerías y salas de sus instalaciones para recibir al Padre Santo cuando se dignase visitarlas. Poco después de las once comenzaron á llegar, apiñándose en la Sala de Honor, los Obispos, diplomáticos, señoras y caballeros de la aristocracia y representantes de las comisiones promovedoras. Los cantores ocuparon su puesto frente al trono pontificio. A las doce y cuarto, precedido de su corte y seguido de gran número de Cardenales, se presentó el Papa, entonando los cantores al verle el *Tu es Petrus*, soberbio coro á voces solas del compositor Meluzzi, maestro de la capilla Julia en la Basílica Vaticana, que produjo un efecto sorprendente. Sentado el Padre Santo bajo el dosel de su trono y teniendo á uno y otro lado, como es costumbre en las grandes ceremonias, á los príncipes asistentes Colonna y Orsini, al príncipe Ruspoli, maestro del sacro Hospicio, al mayordomo, al maestro de cámara y á toda su corte; en cuatro filas de sillones, dispuestos á derecha é izquierda del solio pontificio, tomaron también asiento, en primer término los Cardenales y detrás los Obispos y en el opuesto lado el cuerpo diplomático y las damas, todos en traje negro de etiqueta. En lugar distinguido á la derecha del trono, sentóse S. A. I. la gran duquesa de Toscana.

Desde este mismo lado y adelantándose un poco hacia el trono, el Cardenal Schiaffino, presidente honorario del Comité romano para la exposición, que á su lado tenía al presidente efectivo comendador Tolli, pronunció elocuente y bellísimo discurso, que siento no poder insertar íntegro. «Ni el Vaticano, que aquí se concentra (decía el arrogante Cardenal), ni Roma la ciudad sacerdotal, la ciudad de los grandes é inmortales recuerdos, han visto nunca, ni aun en los más espléndidos días de su gloria, nada semejante al espectáculo que contemplan nuestros ojos.» Compara el Jubileo pontificio con los recientemente celebrados en honor de sus príncipes por determinadas naciones, y hace notar que no hay pueblo alguno de la tierra, ni aun isla inhospitalaria, perdida en los Océanos remotos, ni clase alguna social, ni de personas, que hayan dejado de contribuir al esplendor del primero. «Los príncipes, las familias más aristocráticas, los representantes de las ciencias y de las letras, los inspirados artistas, la gran familia cristiana toda, ha querido prosternarse á los piés de su Padre amantísimo, compartiendo con él sus alegrías y sus penas. Sí, Beatísimo Padre: cuando descendáis de vuestro trono para llenar con vuestra majestad este edificio, que ha improvisado el arte romano, siempre fecundo, no habrá uno solo de vuestros hijos, que no os salga al encuentro lleno de júbilo y no se incline delante de esa vuestra sublime paternidad sacerdotal, que de Dios procede. Vuestro singular triunfo, no es comparable á otro alguno próximo ni lejano. Es un triunfo que no ha preparado la violencia; que no ha costado una lágrima ni un suspiro á nadie; en el que, bajo vuestra dirección, general en jefe y victorioso, han triunfado también vuestros hijos, con esta magnífica victoria de la fe que vence al mundo.»

El Cardenal Schiaffino terminó su elegante y entusias-



ta oración con un *¡Viva León XIII!* que fué repetido por la concurrencia toda, y cuyos ecos resonaron de galería en galería por la regia mansión Vaticana, repercutiendo quizás fatídicamente en otras moradas, que ostentan también cetro y corona.

Permaneciendo sentado, pues la fatiga y emociones de las fiestas no le permitían otra cosa, el Padre Santo pronunció el siguiente corto discurso:

«Vuestras elocuentes palabras, señor Cardenal, ponen de manifiesto el verdadero carácter de la exposición Vaticana, que reúne en tan feliz coyuntura los variados y múltiples dones del mundo entero. Dulce es para nuestro corazón de Padre ver que la gran familia católica ha querido tomar parte, con los múltiples productos del genio, del arte, de la naturaleza y de la industria, en la alegría de nuestra fiesta jubilar. Y es á la vez un espectáculo que consuela y conmueve á un tiempo, pensar que la generosidad del rico y del pobre, de los príncipes y de los pueblos, de las naciones más civilizadas y de las más salvajes, ha preparado esta grande exposición de presentes, siendo muchos de ellos fruto de no pequeños sacrificios, sobrellevados con alegría en el corazón y con la mejor buena voluntad. Pero aun es más consolador saber que cada uno de los objetos que Nos han ofrecido nuestros hijos es una protesta de adhesión á la Sede Apostólica, de acatamiento á la autoridad de que Nos estamos revestido, y de amor práctico hacia Nos. Además, en su conjunto, la infinita variedad y la multitud de estos dones proclaman y atestiguan la concordia de sentimientos de los oferentes, y en ellos se ve la señal de esta admirable unidad, que es uno de los más hermosos privilegios de la Iglesia católica. Así es que esta exposición, por lo que es y por lo que significa, reviste á los ojos de todo aquél que sepa ver, un carác-

ter especial y de gran valor. Y por esto también, y al mismo tiempo que manifestamos nuestra gratitud y satisfacción á los que han contribuído al éxito de esta manifestación, que abraza y resume todas las demás que se han hecho en honor del Soberano Pontífice, Nos experimentamos un júbilo especial al inaugurar en vuestra presencia y en día que recuerda la piedad y generosidad de los Reyes Magos, la exposición Vaticana.»

Las palabras del Papa fueron recibidas con nutrida salva de aplausos, que persistieron hasta que la orquesta dejó oír los preludios del himno grandioso, compuesto expresamente para aquella solemnidad por el ilustre maestro de la Archibasílica Lateranense Cayetano Capocci. Esta pieza musical de primer orden, extasió á la concurrencia que aplaudió con toda su alma y no hizo repetir el himno, prorrumpiendo en vivas al maestro Capocci, por respeto á la augusta persona que ocupaba el trono.

Como presidente efectivo de la comisión promovedora, el comendador Tolli rogó á Su Santidad, en nombre de todos los donantes presentes y ausentes, que aceptase con su acostumbrada benignidad aquellas ofrendas, cuyo número, aunque incalculable, es inferior á la infinita cantidad de afecto que representan; que tomase formal posesión de todas ellas, y que le permitiera presentar á sus compañeros de comisión y al más benemérito de todos el comendador Acquaderni.

Así se efectuó, teniendo el Padre Santo palabras afectuosas y sonrisas para todos los presentados, y terminando tan magnífica fiesta con el *Hurra*, compuesto *ex-profeso* por el celeberrimo maestro Gounod, que fué admirablemente cantado y produjo sorprendente efecto.

Bajó Su Santidad del trono, y acompañado por el Comité romano y su corte, y seguido por los Cardenales, el

cuerpo diplomático y más de 700 personas que difícilmente podían abrirse paso en aquellas galerías, visitó á pié las instalaciones italianas, deteniéndose delante de algunos objetos, pidiendo noticias de otros á Acquaderni, y dedicando frases corteses á los representantes de los comités diocesanos que le salían al encuentro; recorrió la galería de la Piña; descansó breves momentos en la sala de la Comisión directiva; al salir repicaron todas á la vez las muchas campanas expuestas, produciendo regocijo grande en los concurrentes; ocupó el Papa la litera; cruzó el atrio, rico en preciosidades artísticas y científicas; visitó otra sala italiana, en la que el arte y la industria rivalizan; pasó por la sección austro-húngara, atestada de ornamentos sagrados y de obras maestras de toda clase; recorrió las salas alemanas y francesas, cuyos tesoros piadosos y artísticos deslumbran y que en la exposición Vaticana ofrecen al mundo el ejemplar espectáculo de abrazarse en aras de la Religión sacrosanta; cruzando el salón de honor bajó al brazo nuevo ó galería de Chiaramonti, en donde fulguran los regalos de los soberanos, de la corte pontificia y del patriciado romano, y por el corredor anchísimo del museo Lapidario, rodeado de su noble corte y seguido únicamente de los Cardenales y del cuerpo diplomático, en medio de las aclamaciones de los que le perdían de vista y de las notas conmovedoras y entusiastas del *Hurra* de Gounod, que se cantó por segunda vez, se retiró á sus habitaciones, poco más ó menos hacia las tres y media de la tarde. Así terminó esta fiesta, que no olvidarán jamás las personas que tuvieron la dicha de presenciarla.

¿Y España, preguntarán mis lectores, qué papel ha desempeñado en la solemnidad Vaticana? Me duele decirlo, pero la verdad es que estamos haciendo la triste figura. El Papa, indudablemente, nos distingue y aprecia tanto como

nosotros le veneramos y amamos; pero entre los seculares que capitanea Acquaderni, tal vez en el capitán mismo, para mí es indudable que existen prevenciones injustas contra España, que se traslucen á todas horas. Hablen los hechos.

Cuando el Padre Santo recibió á la Diputación internacional, Acquaderni dejó pasar á besar el pié al Papa á todos los italianos y extranjeros que quisieron. Más aún: por allí andaban unas chiquillas, que fueron presentadas al Papa con tanta ó mayor consideración que los diputados internacionales por el mismo Acquaderni, pero cuando tocó el turno al Comité español, prohibió enérgicamente que pasasen á besar el pié de Su Santidad más de *tres* comisionados, como se realizó en efecto, permitiendo en cambio que gozasen tan alto honor inmediatamente á *siete* individuos del Comité irlandés.

En la exposición ha sucedido lo mismo. España ha sido relegada á una galería ó apéndice improvisado y dispuesto fuera del plano general de la exposición; no se le han facilitado las vitrinas necesarias para sus instalaciones, por más que los señores Serra y Terol las han pedido con insistencia; no se han puesto á disposición de los instaladores españoles los trabajadores necesarios; y los directores han combinado las cosas, por último, de manera que el Papa no ha visitado hoy la sección española, y nadie, por lo tanto, se ha cuidado de enseñarle el magnífico trono, regalo de la diócesis de Barcelona, que no tiene rival alguno en el suntuoso certamen.

Como ingeniosamente dice un periodista holandés, con España se cumple en la exposición Vaticana la parábola del hijo pródigo. Este, representado por las naciones prevaricadoras, es muy obsequiado y atendido. España que siempre ha sido fiel al Padre común, no tiene cubierto en el banquete internacional. ¡Si el Papa lo supiera!...

Verán ustedes como mañana, día designado para recibir á la peregrinación española, nos obsequia y bendice.

## IX.

Roma 7 de enero.

Ayer, día de los Santos Reyes, á las cuatro de la tarde, se nos entregó á cada español una papeleta para que hoy, á las nueve, pudiésemos entrar en la morada pontificia. Bastante trabajo nos ha costado, porque á la misma hora, y por la misma puerta, se permitía la entrada á los peregrinos italianos para que visitasen la exposición; pero muy pronto hemos dado al olvido tantas apreturas y pisotones.

Una de las galerías de Rafael, la segunda, según creo, estaba convenientemente dispuesta con alfombras en torno, cortinajes de damasco carmesí y braseros de trecho en trecho, sin duda para que el Papa no se constipase. En las otras nos hemos reunido un millar de españoles, poco más ó menos. El Papa, de sombrero y capa rojos y sotana blanca, seguido de todos los Obispos españoles, residentes hoy en Roma, y de tres ó cuatro monseñores, sin aparato, corte, ni Cardenal alguno, ha entrado en la galería dicha, y al poco rato ha empezado el desfile de los grupos, que han sido siete, y por lo tanto, tenemos que agradecerle al Padre Santo siete audiencias. La recepción se ha verificado de la misma manera, con igual regocijo y el mismo orden las siete veces. Nos arrodillábamos todos, circuyendo por completo las paredes de la galería; salía el Papa con los Obispos de la cámara del fondo, y recorría la galería toda

dando á besar su sagrado anillo, de uno en uno, á todos los peregrinos, poniéndoles la mano sobre la cabeza, concediendo en el acto cuantas peticiones se le han hecho, bendiciendo los objetos piadosos que le presentábamos, haciendo á casi todos oportunas preguntas, y oyendo, con sonrisa de verdadera complacencia, las presentaciones que de todos y cada uno han hecho los diferentes Prelados que acompañaban al Papa.

Preciso es haberlo visto para creerlo: no era el Rey tanto más majestuoso cuanto menos respetado por los dominadores terrenos; tampoco era el Vicario del Dios del Sinaí, sino el Padre común, que se encariñaba con sus hijos, y á todos y á cada uno quería complacer y acariciar.

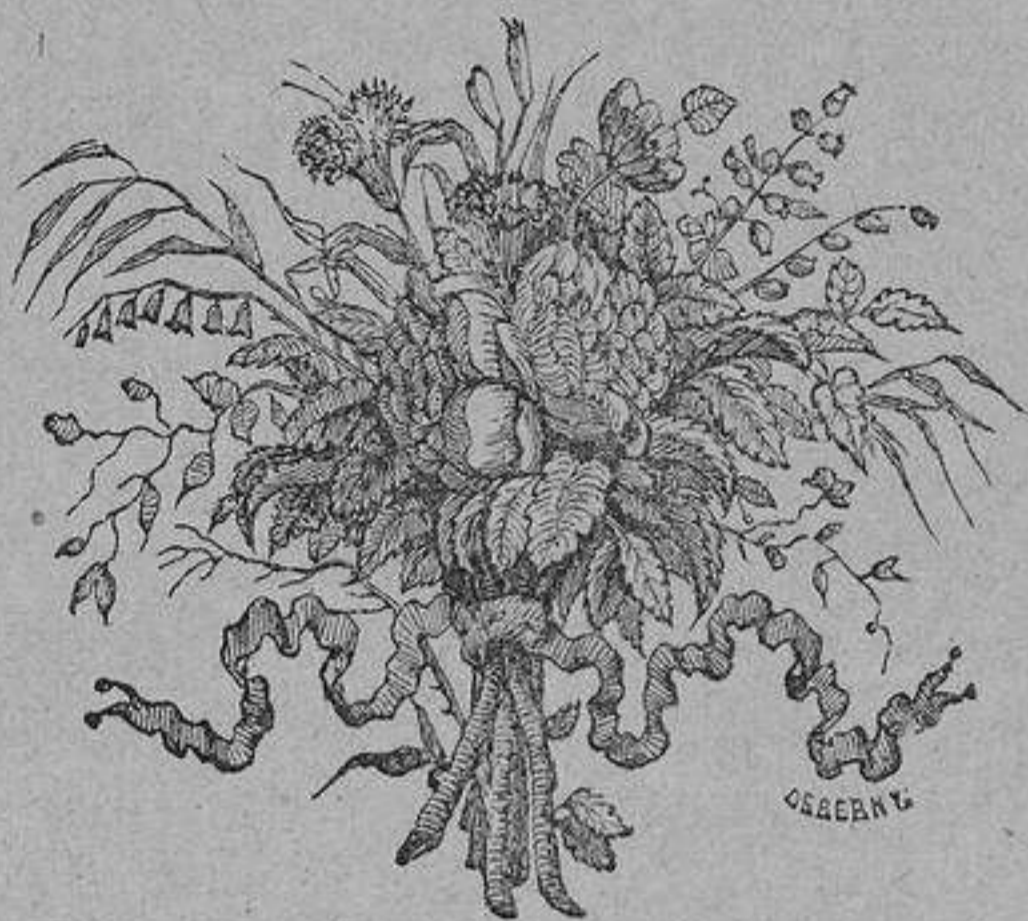
Sé de muy buena tinta que todo esto lo debemos á León XIII, y exclusivamente á Su Santidad, el cual ha dispuesto que la recepción de los españoles se efectuase de la manera dicha, sin pompa regia, ni vanas retóricas; y esto no lo olvidaremos nosotros nunca, nunca, nunca. Al salir estaban humedecidos todos los ojos; palpitaban con dulce violencia todos los corazones, y todos, absolutamente todos, hubiésemos dado hasta la sangre de nuestras venas por el Papa. Me consta que al ordenar lo que hoy se ha realizado al pié de la letra, pronunció las siguientes palabras: ¡«Pobres españoles! Sé que muchos han venido de muy lejos, que han dejado sus familias y hogares para pasar no pocos trabajos en el camino, que hace días están en Roma, y quiero recibirlos á todos por diócesis, y conocerlos de uno en uno. ¡Ah, España, España!»

No es posible descender ahora á detalles particulares, pues cada uno sabe lo que el Papa le ha dicho y á lo sumo los que estaban junto al favorecido. Puedo decir, sin embargo, que el director de *La Fe* ha sido primero objeto especial de merecidas bendiciones y frases halagüeñas, for-

mando luego parte del cortejo del Papa durante la audiencia del primer grupo, con los señores Obispos y el Sr. Sánchez de Castro, catedrático de la universidad de Madrid.

A éste y á mí nos ha dicho, descansando algunos segundos su sagrada mano sobre mi cabeza, que bendecía á todos, todos los catedráticos españoles, pronunciando dos veces la palabra *ottorgo* en contestación á las peticiones que yo le he hecho. De la misma manera generosa se ha portado con todos los demás, acogiendo con extraordinaria benevolencia sobre todo á los escritores católicos doña Emilia Pardo Bazán, autora de *San Francisco de Asís*, don José María Carulla, director de *La Civilización*, D. José Salamero, director de *La Controversia*, D. José Marín y Ordóñez, representante de *La Cruz*, D. José Lamadrid, director de *La Propaganda Católica*, D. Joaquín Font, representante del *Correo Catalán*, D. Manuel Delmases, representante de *El Propagador de San José*, etc., y á los catedráticos, tales como D. Bartolomé Feliu y Pérez de la universidad de Barcelona y D. Rafael Rodríguez de Cepeda de la de Valencia. Una pobre mujer ha regalado al Papa *dos reales* y un libro viejo, que su dueña consideraba sin duda de gran valor, aunque creo que no tenía ninguno. El Padre Santo ha recogido el libro y los ochavos sonriéndose y exclamando: ¡Milagros de la fe! Por orden de Su Santidad y como recuerdo de la audiencia, un camarero del Vaticano, que iba en el séquito del Papa con una bandeja llena, nos ha entregado una medallita de plata á cada uno. Después de cada audiencia, al retirarse León XIII era calurosamente aclamado y despedido por los peregrinos españoles, que aprovechaban todas las ocasiones propicias para gritar con toda su alma: ¡Viva el Papa-Rey! Terminada la audiencia, se nos ha permitido visitar la exposición Vaticana á la vez que á los peregrinos italianos.

Las obligaciones ineludibles de mi cargo me hicieron renunciar con pena á la gran fiesta de las beatificaciones y canonizaciones, que para el 15 de enero se preparaba; salí de Roma y, gracias á Dios, regresé rápidamente y sin el menor tropiezo á Valencia, con algunos ochavos menos, pero con tan grande riqueza de santos recuerdos y de emociones dulcísimas, que no pienso gastarla mientras viva.











## IA SAN IGNACIO, A SAN IGNACIO!

---

### I



**R**EPOSABA yo tranquilamente de mis tareas profesionales, debajo de un nogal, en Gea de Albarra-cín, y mataba el tiempo leyendo periódicos, cuando llegó á mis ojos la noticia de que el Cardenal González, el Arzobispo Sanz y Forés y el Obispo Piérola salían para Azpeitia con el propósito de asistir en Loyola á las fiestas de San Ignacio, fundador portentoso de la valiente Compañía de Jesús, y pensé en alta voz: «¿Por qué no he de ir yo también?» Dicho y hecho: salí el 29, á las cinco de la mañana, en carro y diligencia para Calatayud, á donde llegué dieciséis horas después, empolvado y molido, gracias á que la provincia de Teruel no ha entrado aún en el general concierto de los ferrocarriles. A las siete de la mañana del 30 tomé el tren, y mediante tres trasbordos, en Casetas, Castejón y Alsasua, y dos horitas de diligencia, pasando desde Zumárraga por Azcoitia y Loyola, aquí me

tienen ustedes en Azpeitia, la cabeza de este partido judicial, dispuesto á presenciar las fiestas de San Ignacio.

Del paisaje visto, sobre todo desde Alsasua á Azpeitia, ¿qué decir? España entera sabe que ésta es la Suíza española, y que el bienestar general, las comodidades, el buen gusto y la paz campestre, distante del mundanal ruído, reinan por aquí en todas partes; en esos cerros altísimos coronados de nieblas y nubes, y vestidos con las más hermosas telas de vegetación risueña y lozana; en esos caseríos empinados sobre las cumbres más altas, á los que prestan cálido abrigo y fresca sombra bosques de hayas, encinas, castaños y robles; en esas granjas, que parece van á echarse á rodar por pendientes á simple vista inaccesibles, tapiadas de heno y helechos, entre cuyo follaje pacen, medio ocultos, pequeños hatos de ovejas y parejas de vacas; en esas gargantas profundas y tortuosas, por las cuales murmuran torrentes espumosos y cristalinos, sombreados por sauces y nogales, y cuyas aguas lamen los malecones y pretilles de hermosas carreteras, abiertas á pico de oro en la misma roca, sin duda para solaz del caminante y para que el riachuelo no se aburra de su soledad; en esas aldeas y villas, tan tranquilas, tan limpias, tan frescas, tan cultas, tan bien regidas y tan hospitalarias, que ganas dan de arraigar en ellas, y no son pocos los potentados que, temporalmente al menos, se permiten ese lujo; y en todas estas montañas, valles y vallejos, en sum., con sus granjas, caseríos, aldeas, villas y ciudades, sobre los cuales ha derramado el Señor á manos llenas los bienes y bellezas naturales. Para mi gusto, no hay delicia comparable á la de recorrer este país, particularmente la provincia de Guipúzcoa, con sus merindades, villas y balnearios, en carruaje descubierto.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando llegué á

Azpeitia, y poco ó nada puedo decir aún de esta villa y sus contornos; pero recogí impresiones gráficas, que desordenadamente consigno. En Azcoitia, pueblo de señoril aspecto, que cruzamos á escape por la calle Mayor, nos chocó extraordinariamente ver ocupadas las puertas de casi todas las casas, algunos balcones y hasta un paseo por jóvenes alpargateros, de boina azul, que con habilidad, rapidez suma y al aire libre hacen suelas de alpargatas. El lugar entero parece dedicado á este oficio, pues muchas mujeres ocupábanse también en coser á la suela de cáñamo la tela de diferentes colores y felarices, que son complemento indispensable de este calzado genuinamente español; tanto, que pasó á nuestro lado, erguida y como orgullosa de su carga, una mujer llevando una bien equilibrada y grande batea á la cabeza, que desde lejos creíamos contendría bizcochos ó pan; pero no, señor, eran suelas de alpargata artísticamente colocadas.

Poco rato después de haber dejado el valle de Azcoitia, y corriendo siempre río abajo, divisamos el magnífico Santuario, construído en torno de la casa natalicia de San Ignacio, cuyas severas líneas y grandiosa cúpula sorprenden al viajero, acostumbrado hasta entonces, en el orden arquitectónico, á lo bello, pero no á lo sublime. El Santuario todo respira fiesta y religioso entusiasmo: banderolas nacionales ondean por todas partes, hasta en la veleta de la cúpula altísima; farolillos de colores anuncian la iluminación que se prepara; torrentes de luz y de armonía se escapan por la linterna de la cúpula; la muchedumbre sube y baja por la grandiosa escalinata de la iglesia... pero como las fondas de Loyola están llenas, tenemos que continuar la marcha valle abajo, y minutos después estábamos en Azpeitia. Apenas alojados, aunque ya era de noche, salí á la calle con fortuna tal, que ví descender del Santuario

procesionalmente á los Cabildos eclesiástico y municipal de Azpeitia, procesión que, aunque pequeña, me impresionó más y mejor que las interminables de Valencia y Sevilla.

Sin muchedumbre que se apiñase para verla pasar, en medio del silencio húmedo de la noche, interrumpido tan sólo por los murmurios sordos del río, el clamoreo de las campanas y los acompasados y dulces sonos del tamboril y de la dulzaina, cruzó la procesión por delante de mí como visión fantasmagórica de linterna mágica. Rompía la marcha un tamborilero, que sin atronar á nadie, tocaba sobre su parche monótono acompañamiento, como de bajo profundo; venían detrás dos dulzaineros que tañían sus caramillos dulcísimamente con la derecha, dando con un pali- llo que llevaban en la izquierda golpes de tam tam sobre una caja ó pequeño tamboril pendiente de su cintura; luego la cruz parroquial entre los candelabros de dos monaguillos con roquetes blancos y rizados, y sotanas, sobrepe- llices y bonetes de grana; á continuación, y en dos hileras que lentamente por las aceras de las calles se deslizaban, primero el Cabildo eclesiástico, presidido por su Cura pá- rroco, y después el Ayuntamiento, presidido por el Alcal- de, aquéllos de roquetes blancos y éstos de frac negro, corbata y guantes blancos. El Alcalde, como prendas y dis- tintivos característicos de su dignidad en estos montes, lle- vaba sombrero negro apuntado, más lujoso, por supuesto, que el de los dos alguaciles que le daban escolta, y un mim- bre ó junco corto, blanco y delgado, equivalente al bastón de mando.

Bajaban de la novena, salve y maitines con que acaba- ban de inaugurarse las fiestas religiosas de San Ignacio en el Santuario, y su entrada en la villa se solemnizó inaugu- rando el alumbrado eléctrico, compuesto de dos potentes

focos que penden á entrambos lados del balcón principal del Consistorio y de multitud de focos ordinarios que han reemplazado por la villa toda á los antiguos faroles. En los pueblos bien regidos la piedad y la cultura se abrazan amorosamente; que nunca la Iglesia católica, como pretenden sus ciegos y sistemáticos detractores, ha sido enemiga de la civilización y del verdadero progreso.

## II

Dos días llevo en el celebérrimo y pintoresco valle de Loyola; doy por terminadas las fiestas del Patriarca San Ignacio, y tantas y tales son las emociones religiosas, las impresiones artísticas, los recuerdos históricos y hasta las notas cómicas que embargan mi pecho ó acuden á mi memoria, que no sé por dónde empezar, ni cómo seguir, qué cosas callar, á qué otras dar la preferencia, ni qué carácter literario imprimir á estas líneas; pero como *ex abundantia cordis loquitur os*, lo menos malo para mis leyentes amigos sería que estampase sobre el papel, á todo el volar de la pluma, lo primero que me venga en mientes, sin orden preconcebido ni concierto rebuscado.

Los jesuítas habitantes de la Santa Casa de Loyola se preparan á conmemorar el día de su Santo fundador con solemne novena, que empezó el 22 de julio y terminó el 31, día del Santo. Como San Ignacio, á la par que Padre de la insigne Compañía de Jesús, es patrono de la noble y piadosa villa de Azpeitia, según puede leerse en el frontispicio de su magnífico templo parroquial *divis Sebastiano Ignatiove dicatum*, los PP. del Colegio ceden á Azpeitia el

honor de que dedique sus cultos más solemnes á su gran patrono el día mismo del Santo, de manera que el 31 lo pasé en la villa y no en el Santuario. Azpeitia, pues, que está llena de recuerdos referentes al más ilustre de sus hijos, que ama al Santo hasta el punto de que más de la mitad de sus habitantes ostentan con orgullo el nombre de Ignacio, y que se conserva fiel á las tradiciones personificadas en la ínclita Compañía de Jesús, dedica á su patrono el día 31 solemnísimos cultos religiosos por mañana y tarde, y ameniza además las fiestas con castillos de fuegos artificiales, populares bailes, corridas de toretes y novillos, y partidos de pelota.

Al despuntar el alba salva con morteretes y diana por los dulzaineros y la música de la villa que recorren las calles, alegrando á los durmientes y como despertándolos con el simpático grito de ¡viva San Ignacio!, y los balcones y ventanas aparecen ya engalanados con colgaduras de todo color y forma, predominando las colchas blancas de labor casera.

Azpeitia es una villita de unos 5.000 habitantes, compuesta de tres calles principales, largas, rectas, bien adoquinadas y paralelas, que con algunas transversales, varias plazuelas, espaciosa plaza Mayor y un pequeño paseo, situada está en la parte más baja del valle de Loyola, á la izquierda del riachuelo que, por hondo cauce encajonado entre pretiles, cruza dicho valle. Su aspecto es limpio, ordenado y tranquilo, llamando enseguida la atención del que la recorre el Juzgado de primera instancia, pues es cabeza de partido, con las cárceles, edificio construído en 1889, y que por delante presenta aspecto de pequeño palacio y por detrás de convento; las Casas Consistoriales con la escuela pública y el cuartel de la Guardia civil en la plaza Mayor; el lavadero público, construído en 1842 á expensas del *in-*



*diano* D. José Javier de Olazábal, y que se compone de un gran estanque de agua corriente y cristalina, con un peñasco coronado por surtidores perennes en el centro y dieciséis piedras en torno, para que otras tantas mujeres, de pié y con agua hasta la rodilla, como aquí es general y antihigiénica costumbre, puedan macerar la ropa, y la iglesia parroquial, que merece unas líneas. Varias catedrales hay en España que se avergonzarían á su lado, porque es verdaderamente magnífica. La fábrica primitiva es bizantina, lo mismo que el mazorril campanario, que termina en airosa aguja de piedra labrada; pero se renovó y construyó el nartex ó pórtico, de sillería todo él, en tiempo de Carlos II. Se compone de tres naves, separadas por seis columnas altísimas y gruesas, espaciosa y alta la del centro y estrechas y rebajadas las otras dos. El coro está en alto y sorprende la anchurosa y doble escalera, como de palacio, que á él conduce. La sillería es tallada y se compone de 27 sillars. Debajo del coro está el baptisterio, en el centro del cual se venera la pila en mármol del país, donde recibió las aguas bautismales el prodigioso niño Ignacio de Loyola, y en la que continúan bautizándose todos los hijos de Azpeitia.

En este hermoso templo celebráronse el 31, por mañana y tarde, cultos solemnísimos á San Ignacio. La iglesia, y especialmente el altar mayor, riquísimo en talla dorada, estaban espléndidamente iluminados. Muchos candelabros y arañas no se encendieron hasta el momento crítico de comenzar la función, por cierto de un golpe y utilizando finísima mecha inflamable, colocada de manera que ponía en comunicación las torcidas todas de las velas, procedimiento sorprendente y por mí nunca visto. Después de Tercia llegaron, entre los acordes de la música y el clamoreo de las campanas, el Ilmo. Sr. Piérola, Obispo de la

Diócesis, y el Ayuntamiento de la villa. Tuvo lugar la procesión, oficiando de preste el Sr. Obispo, por los alrededores de la iglesia, con recogimiento grande, pausa solemne y arrodillándose el pueblo al paso de su Pastor, que bendecía sin cesar cariñosamente á sus ovejas, y enseguida la Misa, de pontifical entero y á toda orquesta. En esta patriarcal tierra todos son músicos y organizan fácilmente para sus funciones religiosas capillas sorprendentes; pero abusan de la filarmonía y cantan por las calles y en los montes, en las casas y en los casinos desatentadamente. En el Azpeitiano, lleno ayer de bote en bote, cantaban no sé qué en vascuence media docena de hombres barbudos, con acompañamiento de piano y en torno del instrumento, humedeciendo sus desaforados gritos con frecuentes vasos de *sagardúa* (sidra de manzanas), y al llegar á cierto pasaje del himno ó lo que fuese, algunos consumidores que dormitaban en sus respectivas mesas, de repente lanzaron sus desatempladas voces al aire, mientras jaleaban otros con sus bastones sobre el pavimento de madera, produciendo entre todos algarabía verdaderamente infernal.

En la iglesia, por el contrario, se cantó por excelentes voces, especialmente de bajo, y á toda orquesta, una grandiosa Misa, y predicó las glorias de San Ignacio, en vascuence, un Beneficiado de la parroquia, al parecer entusiasta y elocuentísimo, pues dicho se está que no entendí una sola palabra. A las doce y media terminó la función.

Por la tarde, á las tres, vísperas solemnísimas á toda orquesta, con asistencia de todo el Ayuntamiento, y luego Rosario en vascuence y dirigido desde el púlpito, que rezaron de rodillas hasta la última Ave-María, el Alcalde y los Concejales todos, dignos hijos al parecer de esta piadosa tierra.

Y en prueba de que la piedad no está reñida con la hon-

radez, antes al contrario, es su madre natural, échese una mirada por estas provincias y municipios, y se adivinará enseguida que son los mejor administrados de España, porque todavía no han llegado aquí las irregularidades, las filtraciones, las transferencias, los chanchullos y demás poli-lla y vergüenzas de las administraciones liberales.

Después del Rosario corrida de toretes en la plaza Mayor, á cuyo efecto arman una de madera con sus correspondientes tendidos, palcos y burladeros, aunque sin valla; y una cuadrilla de Valladolid capeó, banderilleó y mató cuatro toros, y los aficionados corrieron un becerro y una vaca. Concurrencia extraordinaria, á pesar de ser la entrada á 6 rs. vn., y afición tan grande, que ayer, á pesar de la menuda lluvia que estuvo cayendo toda la tarde, se efectuó la segunda corrida al amparo de una nube de paraguas. Me chocó también que varios sacerdotes, con sus correspondientes trajes talares y tejas, presenciasen la corrida desde las Casas Consistoriales, y se me dijo que esto no sólo está admitido, sino que es tradicional en toda la *euskalerría*.

Por la noche en el redondel de la portátil plaza de toros, bailes populares con acompañamiento, unas veces de tamboriles y dulzainas y otras de la música de la villa, ante la claridad casi meridiana de las luces eléctricas y sirviendo el tendido de la plaza para el público espectador. Además de las pudorosas danzas del país y del famoso zortzico, estos montañeses bailaron también valeses, polkas, schotis y habaneras, como en todas partes, aunque sin agarrarse las parejas á lo flamenco, como en Madrid.

## III

Pero la fiesta mayor, más popular y entusiasta, celebróse el día 1.º de agosto en el Colegio de San Ignacio. Ocupa este soberbio edificio la entrada, viniendo por Azcoitia, y parte más alta del valle de Loyola, y se comprende, porque allí estuvo la casa solariega y castillo del noble linaje de los Loyolas. Está en la orilla derecha del río y se destaca majestuoso sobre el fondo de verde follaje que por todas partes le rodea, dominando el valle todo y como derramando sobre sus cristianos habitantes bendiciones á manos llenas. Presenta la fachada, en forma de cuadrilongo, con tres pisos y 11 huecos en cada lado, es decir, 22 ventanas por piso, prescindiendo del cuerpo central, una serie de líneas rectas, plomizas y severas, que dan al conjunto aspecto de convento ú hospicio; pero la iglesia, que ocupa el centro y se destaca avanzando grandioso pórtico ó nartex semi-circular, con tres anchurosas y artísticas escalinatas, de frente una, con la estatua en mármol blanco del fundador de la Compañía sobre alto pedestal, que surge en medio de la gradería, y dos laterales, adornadas las tres con ricas balaustradas de piedra, y la atrevida cúpula, con su cimborrio ó linterna de cristales, su veleta y pararrayos, que se levantan, dominándolo todo, como en busca de las nubes, dan al edificio aires de monumento arquitectónico de primer orden. Al desembocar en la pradera, que precede al Colegio, viniendo de Azpeitia, por el cómodo y pulcro camino de la derecha del torrente, se cree uno transportado de súbito á la plaza de San Pedro en Roma, y hasta llega á imaginarse el viajero que aquella cúpula es la celeberrima de Miguel Angel.

La casa natalicia de San Ignacio está entre la iglesia y el ala izquierda del edificio, contemplándole de frente, protegida y oculta por la fachada general; pero el verdadero frontispicio de la casa se conserva intacto como en tiempo del Santo fundador, y se compone la parte inferior de piedra y la superior de ladrillo, notándose aún una aspillera del antiguo castillo y las armas de los Loyolas, esculpidas en piedra sobre la puerta de entrada. El Colegio fué fundado por Doña Mariana de Austria, madre de Carlos II, y poco á poco ha continuado la obra adelantando y enriqueciéndose cada día, hasta darla recientemente por terminada, después de una interrupción de cien años. Por lo visto, para la construcción del ala derecha, que ha quedado exactamente igual á la de la izquierda, cedió solares la casa de Alcañices, con la condición de que se le reservase terreno para construir una habitación con tribuna á la iglesia, derecho que hoy pertenece al Duque de Granada, y que puede utilizar cuando guste, pues en las obras nuevas se le ha reservado el solar convenido. La iglesia, de riqueza incalculable, sobre todo el altar mayor y la cúpula, es circular y se compone de ocho arcos elegantísimos, sobre los cuales se yergue la atrevida cúpula, dividida también en ocho compartimientos, con ricos escudos en mármol de los ocho antiguos reinos de España, y de una especie de claustro circular entre las pilastras de los arcos y las paredes maestras, donde están las doradas tribunas, las capillas y los altares. A derecha é izquierda del mayor, en las pilastras exteriores, lucen dos ricos púlpitos, surmontados de grandes y artísticos tornavoces, y en las pilastras interiores pueden leerse, sobre mármol blanco con tinta roja, las dos inscripciones que siguen:

En el lado del Evangelio:



ANNO. CHRISTIANO. M.DCCC. LXXXVIII  
 III. KALENDAS. AVGVSTI  
 BENEDICTVS. SANZ. ET. FORÈS  
 ARCHIEPISCOPVS. VALLISOLETANVS  
 ADSTANTIBVS. CORAM. EPISCOPIBVS  
 VICTORIENSI. CALAGVRRITANO. PAMPILONENSI  
 ET. TIT. PHILIPOLITANO  
 NOMINE. PONTIFICIS. MAXIMI. CIVITATENSI  
 HOC. TEMPLUM. CUM. ARA. MAXIMA  
 HONORI. ET. NOMINI  
 IGNATII. DE. LOYOLA  
 SOLEMNIBVS. CAEREMONIS. CONSECRAVIT  
 EIVSQUE. DEDICATIONEM  
 PRIDIE. ILLIVS. DIEI. PERPETVO. RECOLENDAM  
 INDIXIT  
 QUOD. BENE. FELICITER. VERTAT  
 AD. MAIOREM. DEI. GLORIAM.

La del lado de la Epístola empieza con el monograma  $II^{\dagger}IS$  y, prescindiendo de la distribución artística en las líneas, dice así: «A la mayor gloria de Dios y honor de sus Santos, el Excmo., Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Benito Sanz y Forés, Arzobispo de Valladolid, estando presentes los Ilustrísimos y Rmos. Sres. Obispos de Vitoria, Calahorra, Pamplona y el titular de Filipópolis, Administrador Apostólico de Ciudad-Rodrigo, consagró solemnemente esta iglesia y el altar mayor el 30 de julio de 1888; el siguiente día los altares de San Pedro Claver y San Alonso Rodrí-

guez, y los cuatro restantes el 28 de julio de 1889; fijando, al consagrar la iglesia, el 29 de julio para celebrar perpetuamente el aniversario de su dedicación.»

En tan hermoso templo, profusa y elegantemente iluminado, tuvo lugar el pasado viernes la fiesta, que á grandes rasgos paso á describir. Desde muy temprano y con un día espléndido comenzaron á afluir carruajes y peatones de toda clase al Santuario de Loyola. Azpeitia entera, al compás regocijado de las campanas, tocadas á vuelo, dulzainas, tamboriles y música, se puso en marcha procesionalmente hacia las ocho de la mañana. Por el camino de la orilla derecha del río subió la procesión al Santuario, rompiendo la marcha ocho valiosos pendones de seda, oro y plata, bordados sobre fondos de raso blanco y terciopelo carmesí, con las efigies de los Sagrados Corazones de Jesús y María, San Ignacio, San Luís Gonzaga, San Estanislao de Kostca, San José, San Francisco de Asís y otras que no recuerdo, acompañados por sus respectivos cofrades, medalla ó escapulario al cuello. En tres andas llevaban también los tres más grandes Santos de la Compañía, á saber: San Estanislao, patrón de los novicios; San Luís, patrón de los estudiantes, y el fundador San Ignacio, vestido como para celebrar, con preciosas alba y casulla. Venían después tres monaguillos, caprichosa y elegantemente vestidos con sotanas, sobrepellices y bonetes azules, con borlas blancas y rizados roquetes, llevando entre candelabros la cruz parroquial; á continuación todo el clero de Azpeitia, presidido por su Cura Arcipreste; luego el Ayuntamiento, presidido por el Alcalde, con sombrero apuntado, y por último turbamulta de devotas mujeres. Lentamente recorrieron de esta manera los 1.500 metros aproximadamente que dista Azpeitia de Loyola, y al desembocar en la explanada que precede al Santuario, presentóse á nuestros ojos un espec-

táculo que debió regocijar á los ángeles y á los hombres. La Comunidad del Colegio, compuesta de más de 120 jesuitas, entre novicios, estudiantes y Padres, todos con roquetes blancos, las manos juntas y los ojos bajos, esperaba á pié firme á la procesión, formando dos filas edificantes, y tendida por la gran escalinata central, desde la puerta de la iglesia hasta la explanada. La muchedumbre apiñábase á derecha é izquierda de la procesión, para verla desfilar, y cuando antes de entrar en el templo volvieron hacia Azpeitia la imagen de San Ignacio como para bendecir á su villa natal, ó despedirse de ella, más de una lágrima titilaba en los piadosos ojos y más de un latido hubiera podido oírse aproximándose á los emocionados pechos.

Como el día anterior, ofició de pontifical el ilustrísimo Piérola, cantándose Tercia y la Misa á toda orquesta y con acompañamiento del nuevo y magnífico órgano y de excelentes voces. Predicó el Prelado consagrante del templo, actual Arzobispo de Sevilla, D. Benito Sanz y Forés, desarrollando pausada y elocuentemente, en un discurso de más de una hora, el siguiente pensamiento: «Dios crió, formó é hizo á San Ignacio para instrumento de su perpetua gloria y á fin de que en los corazones de sus hijos nazca el deseo de imitarle.» El sucesor de San Isidoro tuvo habilidad, argumentos, textos de la Escritura, rasgos patéticos y hasta figuras poéticas para entretener los hechos culminantes de la vida de San Ignacio con la proposición de su discurso, logrando convencernos de que el hombre que vive según naturaleza, por honrado que sea, busca y no puede menos de buscar provecho para sí propio, honra para su linaje y gloria para su patria; pero el hombre que vive según la gracia, en la grandeza de la propia humildad, penitencia y amor divino, busca siempre la gloria de Dios, y tomando á Cristo Jesús por modelo, como hizo San Ig-



nacio, á Él encamina todos sus pensamientos, palabras y acciones. Pero la gracia no destruye la naturaleza; por eso Ignacio de Loyola, espíritu guerrero, militar de profesión, al instituir la Compañía la armó para las batallas del Señor y le dió por estandarte el glorioso lema *Ad majorem Dei gloriam*. Imitando á su Padre, copiando sus virtudes, los hijos de Loyola y los hombres todos no pueden menos de dar gloria á Dios, entretejiendo para sí mismos una corona de gloria. El Sr. Arzobispo terminó su bien pensado sermón, dirigiéndose á San Ignacio y pidiéndole una bendición para su patria, para sus hijos, para el celebrante, para el orador y para los concurrentes todos.

Durante el ofertorio, se cantó un himno en vascuence, al parecer entusiasta y guerrero, que no entendí, pero que el pueblo azpeitiano debe saber de memoria, porque acompañaba *sotto voce* al coro.

Sirvió el pontifical, oficiando de Diácono el austero y dulcísimo á la vez Rector de la Casa, Reverendo P. Eduardo Gallo; y presidió á la Comunidad de Jesuitas, que en número de 114 individuos, todos de roquete rizado, ocupaban en aquel instante el centro de la iglesia, el muy reverendo P. Provincial de los Franciscanos, procedente del convento de Zarauz. Aprovecho la oportunidad para advertir que no resultó cierta la noticia de los periódicos referente al Cardenal González. Según mis noticias, se encuentra en el convento de Dominicos de Vergara, en donde oficiará de pontifical el día 4, festividad del Santo.

En cambio, y procedente de Alzola, estuvo en el Colegio de San Ignacio, aunque no pasó de la sala de visitas, el Sr. Sagasta; fué á visitar á su amigo el antiguo director de la revista titulada *La Sociedad*, y conocido alto funcionario Sr. Perier, hoy novicio de la Compañía de Jesús. Cantará Misa en breve el Sr. Perier, y quizá sus oraciones des-

ciendan desde el cielo, transformadas en lluvia de gracia santificante, sobre el corazón del Gran Oriente y ex-presidente del Consejo Sr. Sagasta. ¡Dios lo haga! Otro día escribiré cuatro líneas sobre la santa casa de Loyola.

#### IV

Las dos alas de edificios que componen el Colegio de San Ignacio de Loyola nada revelan exteriormente de su contenido interior, todo él de piedra, pues hasta los techos de los pisos son abovedados, con claustros anchos, altos y largos; patios interiores convertidos en jardines; escaleras de doble tramada, más que regias, sobre todo la del ala izquierda, que termina con cuatro hermosos pedestales, sobre los cuales lucen otras tantas estatuas en mármol, negro dos de ellas y blanco las otras dos, de San Ignacio, San Francisco de Borja, San Luís Gonzaga y San Estanislao de Kostca; biblioteca y comedor en salones inmensos; cátedras y bibliotecas particulares y á mano para el servicio de aquéllas; elegante capilla privada con un relicario precioso; celdas numerosas; excelentes cocinas; fuentes abundantes y una huerta admirablemente cultivada, de 15 ó 20 fanegas de sembradura, con sus correspondientes paseos y cementerio. La verdad es, que el que cruza por vez primera tan modestos umbrales, no espera encontrarse dentro con tanta anchura, limpieza, comodidad severa, orden premeditado y hasta magnificencia .

Pero el centro de atracción del Colegio de Loyola radica en la santa casa del fundador de la Compañía. Supongo que nació en ella San Ignacio, puesto que fué bautiza-

do en Azpeitia; pero es indudable que en ella vivió, que á ella se refugió después de haber sido herido en el sitio de Pamplona, y que entre sus muros, durante la curación de su herida, recibió las inspiraciones de la gracia, á cuyo amoroso llamamiento no se hizo tarde ni sordo. La santa casa se compone de dos pisos, pues la planta baja, que estaría indudablemente dedicada á cuadras y usos agrícolas, no se expone á la veneración pública. En el principal, donde según indicios recientemente descubiertos debieron estar las cocinas, véase hoy día una antesala con seis confesonarios corridos, formando como una sillería alta de coro, y dos oratorios, consagrados, si la memoria no me es infiel, el uno á San Francisco de Borja y el otro á la beata Mariana de Jesús, del Ecuador, santa mujer tan amante de los jesuitas, que vistió en vida su hábito, con pequeñas modificaciones apropiadas á su sexo. El que fué oratorio de la casa de los Loyolas, cuyo altar contiene un grupo de talla, representando á María Santísima de los Dolores, con el cuerpo sacratísimo de su divino Hijo en los brazos y rodeada de las otras Marías, de San Juan, José de Arimatea y Nicodemo, es uno de los lugares más venerandos de la casa; no recuerdo ahora si está en el primero ó en el segundo piso. Un gabinete particular del Santo y la santa capilla con otra habitación lateral y contigua, que hoy sirve de sacristía, ocupan el piso segundo. Debajo del altar de la santa capilla, en una urna, está la imagen de San Ignacio, vestido con el traje militar de su época, la pierna enferma encogida y un libro en la mano. Sabido es que, para distraerse y conllevar las impertinencias de convalecencia larga, pidió un libro de caballería, únicas novelas que entonces se usaban; lleváronle la Vida de los Santos, y de aquel pobre libro quiso valerse el Señor para convertir al soldado en Santo y dotar al mundo

de esa Compañía heróica, que batalla sin cesar por el triunfo de la verdad católica y de la Iglesia. Caballería ligera del Catolicismo, como la llama no sé quién, ante cuyo uniforme, de burdo paño negro, y ante cuyas armas, reducidas á las lanzas de la cruz y al sable de la divina palabra, punzante, tajante y contundente, hay que descubrirse, como se descubren los verdaderos patriotas ante los veteranos aguerridos y llenos de cicatrices, recibidas en el campo del honor.

La santa capilla está siempre iluminada y llena de devotos que de todas partes del mundo acuden á venerar aquel lugar. Cuatro vidrieras, bien pintadas, representan las principales escenas de la vida del Santo Patriarca, y en su techo, bastante bajo, brilla rico artesonado dorado, en cuyos frisos y centros pueden admirarse varios pequeños lienzos de no despreciable pincel.

Pero los recuerdos más venerandos y auténticos que contiene el Santuario de Loyola son: un dedo de San Ignacio, unos pedacitos de la faja con que ceñía su sotana, el altar de su oratorio particular y un dosel de seda, que se supone sirvió de colgadura en la cama del celebérrimo herido de Pamplona.

Siento no haber podido ser más minucioso y exacto en estas ligeras descripciones y apuntes históricos, porque no he podido adquirir monografía alguna del Santuario, quizás por no haberse publicado ó puesto á la venta pública, ni tampoco he podido consultar otro libro alguno. Al despedirme, el R. P. Eduardo Gallo, jefe de aquella santa casa, me regaló una hermosa medalla en bronce, primorosamente cincelada y acuñada, que tiene en el anverso el busto de *San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús*, con la leyenda anterior en torno, y en el reverso la vista del Santuario, bien detallada, con un sol encima,

dentro de cuyo disco campea el monógrama II<sup>†</sup>IS, en medio del letrero ó lema *Ad majorem Dei gloriam*, y debajo de la cual se lee: *Colegio de San Ignacio de Loyola*. Aprovecho la ocasión para darle las gracias y quiera Dios que estas mal pergeñadas líneas aumenten la devoción á la Compañía de Jesús y estimulen á mis leyentes amigos para que desde el fondo de sus corazones se levante una voz que oportunamente les grite: ¡A San Ignacio, á San Ignacio!

Agosto de 1890.







## LA IGLESIA DEL ROSARIO

*en Lourdes.*

**C**ONTAGIOSO es el ambiente, tanto moral como físico, que habitualmente nos rodea y se respira: de aquí que las modas, tarde ó temprano, á quién más y á quién menos, sojuzguen á todos y á todos impulsen por idéntico camino. Ahora bien, como el veraneo á todos se impone en los tiempos que alcanzamos, también yo quise echar mi cuarto á espaldas y darme lustre, yendo á San Sebastián y á Biarritz. Lo confieso, no obstante, ingenuamente: aquel lujo almibarado, que toma el fresco y se exhibe sobre tan hermosas playas; aquel *comfort* gastronómico, que se regodea en tan suntuosos *hoteles*; aquellos templos grandiosos, llamados casinos, erigidos por la refinada sensualidad de la época al juego, al baile, á la música, á la libérrima lectura, al *masage* y á los baños aromáticos ó rusos, no armonizan con mis aficiones rudas y plebeyas, ni están en consonancia con las aspiraciones

del alma, que según Tertuliano es naturalmente cristiana. Dejé, pues, dichas estaciones balnearias, como ahora se dice, para la *high-life* de los veraneantes, y dediqué mi atención preferente á santuarios celebérrimos, entre ellos el de María Inmaculada en las peñas y gargantas de Lourdes.

¡Lourdes! Palabra que suena dulcemente en el oído de todo buen católico y que tiene la virtud mágica de enternecer á los devotos de María. Años hace que no había puesto los piés en aquel abrupto rincón santificado por las apariciones de la Inmaculada y por los cultos y plegarias de fieles y peregrinos incontables; y verdaderamente, cuanto más tiempo pasa, más claramente se ve allí el dedo de Dios. Alguien ha dicho que en Lourdes lo sobrenatural, no sólo se adivina y se siente, sino que se palpa; y, en efecto, el mayor prodigio que puede citarse, el más incontrovertible argumento que puede aducirse en pro de las apariciones de María Inmaculada á Bernardica Soubirous surge á los ojos del entendimiento menos perspicaz de las mismas transformaciones estupendas que en el corto espacio de treinta y dos años ha sufrido aquella ignorada cueva de las rocas Massabielles, en recóndita garganta, de los bajos Pirineos. Aturde efectivamente el espectáculo que se desenvuelve á la vista del viajero imparcial al dirigirse desde la estación al Santuario. Comercios numerosos y magníficos de imágenes, medallas, estampas y rosarios; arboledas, macizos, glorietas y plazas anchurosas; asilos y conventos suntuosos; la antigua Basílica, con su erguida aguja, de centinela sobre el peñasco; la cripta, que en sus entrañas se esconde; la nueva iglesia del Rosario que bajo sus alas se cobija; las regias y kilométricas escalinatas que desde las orillas del Gave conducen á la Basílica y abrazan amorosamente todos estos edificios; el reciente espacioso asilo



para peregrinos sin hogar; y, sobre todo, la cueva celeberrima, cada vez más venerada y venerable, iluminada día y noche por centenares de hachas y velas, adornada con miles de muletas y exvotos, y arrullada incesantemente, á la vez que por los frescos murmurios del río, por las oraciones de los fieles que á todas horas, aunque no haya peregrinación alguna, se encomiendan de rodillas á la Virgen del Peñasco, producen emoción y asombro tales en el que por primera vez visita el Santuario, sabe lo que era Lourdes treinta y dos años atrás y ve lo que es ahora, que ya no busca más pruebas, ni quiere oír otras razones para convencerse de que lo sobrenatural le rodea allí por todas partes. Inténtese en otro sitio cualquiera, no por una pobre niña leñadora como Bernardica Soubirous, sino por ricos potentados, ficción semejante á la realidad de Lourdes, y treinta y dos años después el mundo entero soltará una carcajada ante la impotencia de los poderosos.

Como decía un predicador desde el púlpito de la gruta, *Lourdes es la estación termal por excelencia del alma*, y los *turistas* todos, que pasan el estío en los muchos balnearios que tanto en los Pirineos españoles como en los franceses rodean á Lourdes, después de haber limpiado y endurecido su cuerpo con aguas sulfurosas azoadas, sódicas ó salinas, fácilmente pueden afianzar su curación purificando su alma en la piscina sacramental de Lourdes.

Muchos son los que visitan este famoso Santuario y todos conocen la disposición especial de la gruta y de la antigua Basílica; pero como acaba de abrirse al culto público la nueva iglesia del Rosario, y su descripción oficial, aunque en prensa, no se ha publicado todavía, anticipo á mis leyentes amigos estos ligeros apuntes.

\*  
\* \*

Antes, para ir á la Basílica y á la gruta, no había más remedio que subir á Lourdes y volver á bajar cruzando el río, que lleva el nombre de Gave de Pau, por su puente único, dirigiéndose después al Santuario por la carretera abierta en la falda del monte y flanqueada por dos hileras de comercios de objetos piadosos. Entonces el Gave casi lamía las rocas Massabielles y la santa gruta, que en su parte inferior se abre; pero en la actualidad, y merced al río de oro que indudablemente desagua en Lourdes, se ha desviado el cauce del Gave, alejándole todo lo posible de la gruta y de la Basílica, de modo que ante la primera ha quedado una explanada anchísima, y frente á la segunda una plaza y avenida que se pierden de vista, y que ponen en comunicación directa y grandiosa la estación del ferrocarril y el Santuario.

Saliendo, pues, de aquélla, torciendo á la derecha y dejando sobre su peñasco á la izquierda el inteligentemente restaurado castillo de Lourdes, se entra en la Avenida de la Gruta, formada por dos largas hileras de casas, fondas y comercios de objetos piadosos, que conduce al río. Cruzado éste por sólido puente construído *ad hoc* se llega á una plazuela con un pedestal en el centro, sobre el que blande bizarramente su lanza contra el dragón infernal el arcángel San Miguel, con corona de príncipe, atavío guerrero y marcial continente. La estatua de Luzbel, pisoteada por el Arcángel y bajo cuya lanza y piés se retuerce, es horriblemente hermosa, y ambas imágenes, al parecer de bronce, están protegidas por elegante verja de hierro que circuye el monumento.

Viene á continuación larga y ancha calle, semejante á espacioso andén de paseo, y en el centro de dicho andén, sobre cuatro gradas de piedra, surge un alto crucifijo de la misma sustancia, con las imágenes de la Virgen y del Dis-

cúpulo amado al pié. Pocos pasos más allá encuéntrase una cruz de hierro tan alta como la anterior y convenientemente dispuesta para iluminarla de improviso con hachas y velas de esperma. Esta larga avenida, con sus andenes laterales y macizos de verde césped en el centro, desemboca en la gran plaza circular que precede á la iglesia del Rosario y que mide doscientos diez pasos de radio. El punto céntrico de tan soberbia plaza lo ocupa una estatua colosal, en mármol blanco, de la Virgen de Lourdes, sobre cuya cabeza refulge dorada y artística corona; y desde dicha plaza parten, en forma de arcos de círculo, dos interminables y magníficas escalinatas de piedra labrada, que desarrollándose en torno de la iglesia del Rosario, llegan hasta la puerta principal de la antigua Basílica y ponen á ésta en comunicación con la nueva iglesia, la explanada y la gruta.

La iglesia del Rosario resulta, pues, emplazada á los piés de la puerta principal de la primitiva Basílica, entre las dos escalinatas y enfrente de la colosal estatua de la Virgen de Lourdes. El conjunto y combinación de todos estos edificios y monumentos no puede ser más sorprendente y grandioso. Todavía existen algunos andamios en la puerta principal, que es de hierro, de la iglesia del Rosario, é interiormente están aún sus bóvedas y paredes desprovistas de los ricos adornos que las esperan; pero la blancura de la piedra, reciente y artísticamente tallada, y los raudales de luz que por la lucerna de la cúpula descenden sobre las naves y capillas todas del templo, le dan el risueño aspecto que suelen tener en todas partes las iglesias consagradas á la Virgen.

La nueva iglesia se compone de dos naves iguales que en forma de cruz griega se cortan bajo airosa, aunque rebajada cúpula, de estilo bizantino moderno y sencillo aspecto. Además de la lucerna central, que es plana y de

cristales transparentes, adornan la cúpula diez y seis vidrieras circulares y de colores, y otros tantos orificios ó pequeñas ventanas, abiertos precisamente encima de aquellas y cerrados igualmente con cristales pintados. Termina cada nave con su ábside correspondiente, los cuales determinan otras tantas anchurosas capillas en los correspondientes cuatro puntos cardinales de la iglesia. El ábside inferior de la nave central, desprovisto de altares, contiene el pórtico de entrada, el coro en alto con órgano magnífico, y dos tribunas laterales. En el superior, ó sea en la capilla del centro, se encuentran cinco altares, correspondientes á los cinco misterios dolorosos; otros cinco altares ocupan el ábside lateral de la derecha, dedicados á los misterios gloriosos; y otros cinco, por último, se ven en el ábside lateral de la izquierda, consagrados á los misterios gozosos. Una serie de cinco arcadas determinan en cada uno de los ábsides dichos otras tantas capillas, en cuyo fondo se levanta el correspondiente altar, sencillamente tallado en mármol, sin retablo, según francesa costumbre, y adornados con elegantes rosales artificiales.

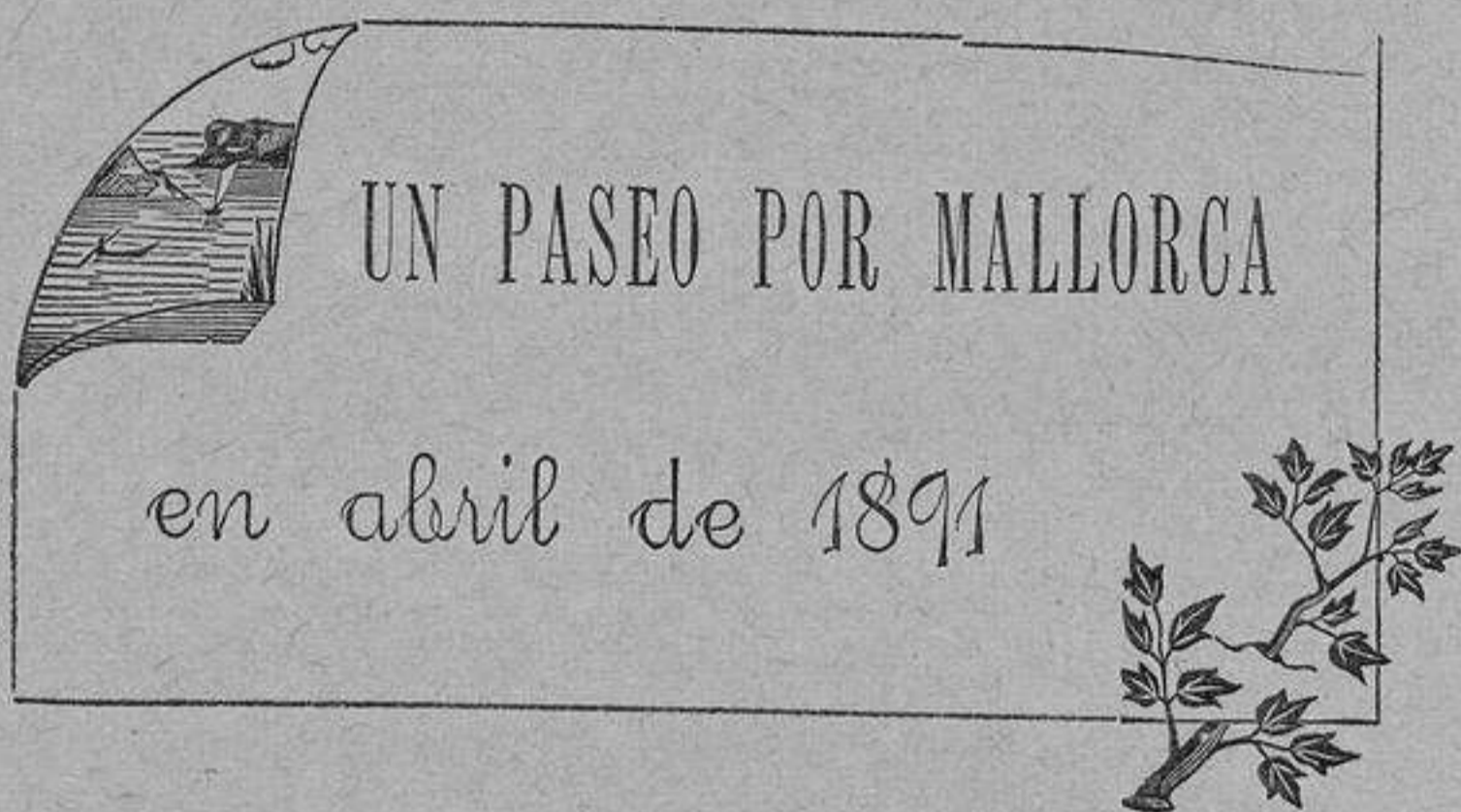
Corresponde, pues, el altar mayor al tercer misterio doloroso, ó sea la coronación de espinas, y los adornos únicos que á primera vista se advierten y merecen particular mención, en tan hermosa iglesia, consisten en diez y seis ricos estandartes ó pendones, pendientes de las diez y seis vidrieras pintadas de la cúpula y depositados allí indudablemente por las peregrinaciones últimas, y las arañas bizantinas, semejantes á las coronas áureas de nuestros reyes godos, que pueden admirarse en París en el museo de Cluny. Cinco de estas arañas típicas penden en cada ábside, una ante cada uno de los cinco altares, que se veneran en los ábsides superiores; y ocho algo mayores adornan la cúpula central.

Por último, sobre el muro de piedra de cada uno de los quince altares, dedicados á los quince misterios del santísimo Rosario, en el sitio correspondiente al retablo, con tinta roja y dentro de una especie de rosetón, se han pintado textos evangélicos alusivos á cada uno de aquellos.

Durante los días 6, 7 y 8 del pasado agosto verificóse con inusitada pompa y concurrencia extraordinaria la inauguración de tan hermosa iglesia. Concurrieron al acto, dándole esplendor y magnificencia grande, 14 Obispos, entre los que figuraban varios Arzobispos y el Cardenal Arzobispo de París; 1.500 sacerdotes y más de 30.000 peregrinos, procedentes de distintas diócesis de Francia. Puede suponer el lector el admirable efecto que produciría esta muchedumbre subiendo procesionalmente por las escalinatas á la Basílica, descendiendo después por el camino en zig-zag á la gruta, todos con hachas ó velas encendidas en las manos, y cantando después devoto y solemnísimamente Rosario en la iglesia de este nombre. Verdaderamente es Lourdes la más excelente estación termal para las almas.







UN PASEO POR MALLORCA

en abril de 1891







I

**N**A escrito no sé quien, que le gustan extraordinariamente el suelo y cielo de esta hermosa isla; pero no lo comprendido entre aquél y éste, como si quisiera decir: «todo es bueno en Mallorca, menos los mallorquines»: injusticia contra la cual protesto, asegurando que tan buenos son los pájaros como el nido. Efectivamente, por regla general, son los mallorquines (descendientes de aquellos *gimnesios* tan aficionados al uso de las pieles, que tendidas sobre sus espaldas á manera de manto llevan aún aquí los pastores, como hábiles en el manejo de la honda) naturalmente honrados, dulces, sencillos, de agrícolas y patriarcales costumbres, apegados á su terruño como la ostra á la roca, amantes en sumo grado de sus tradiciones patrias, franquicias, dialecto y costumbres, piadosos como nadie, tímidos en público, decidores en el seno de la confianza, generosamente hospitalarios,

con predisposición nada común para el cultivo de las bellas artes, inclinados al hogar doméstico y á la vida de familia, y entusiastas hasta la exageración de su verde isla. Todo, absolutamente todo lo tolera y lo perdona el mallorquín, menos que se desprecie á su patria ó se pongan en tela de juicio los méritos de su apreciable y risueña madre.

Y este afán, no disimulado, por que Mallorca guste á los forasteros, unido á su excelente índole, les induce á obsequiar sin medida á cuantos desembarcan en Mallorca, para que después se hagan lenguas en el Continente de esta perla del Mediterráneo. El mallorquín legítimo, de raza, sobre tan delicado particular no tolera bromas, ni alusiones, ni dudas, ni aun pasa por las reservas mentales; quiere á toda costa que se elogie su isla y no cesa hasta que lo consigue, lo cual sencillamente obtiene con sólo formular la clásica pregunta:

—¿Cómo le gusta á usted Mallorca?—cuando á personas bien educadas y de gusto se dirige—porque

Mallorca sola se alaba

no es menester alabarla.

Efectivamente; cuando al romper el día sube el viajero sobre cubierta y al través de nieblas y penumbras, como sultana que despierta entre cendales de gasa, vislumbra la verde isla y avanza el vapor entre los cabos Cala-Figuera y Blanco, que á izquierda y derecha se divisan cerrando la bahía de Palma, que es una de las más hermosas y apacibles del mundo, imagínase que continúa aun tendido en litera incómoda y angosta, y que el espectáculo que surge ante sus ojos atónitos de entre las azules ondas, más que realidad visible y objetiva, es producto de fantasía arrullada por las caricias de Morfeo. Pero no; la niebla se disipa, la luz y los primeros áureos rayos solares apodéranse del ho-

rizonte sensible, acentúanse las líneas, avanza el vapor bahía adentro, y el curioso observador recuerda involuntariamente otro panorama semejante y único en el mundo, el golfo de Nápoles, con la ventaja para las aguas de Palma de que el ojo las domina y abarca de golpe, y se detiene, se complace y se extasia en la contemplación de multitud de risueños detalles. Primeramente, y á mano izquierda, las obscuras moles del castillo de San Carlos, la torre del Señal, el erguido faro y Portopí, cerrado en otro tiempo por férrea cadena y abierto y abandonado hoy de toda clase de barcos; después la villita veraniega llamada el Terreno, con sus innumerables casas de campo, cuyas siluetas y recortes proyectan sobre el fondo de verdura perenne de la montaña, unas, la figura de castillos meridionales; otras, la de sibaríticos palacios modernos; ésta, la de *chalet* suízo con sus veletas, miradores y filigranas; aquélla, la de alquería española con pesados balcones de hierro y persianas verdes; y todas, como el vanidoso Narciso, se miran en los cristales de la costa: luégo el barrio de Santa Catalina, higiénico y obligado ensanche de Palma, con sus nuevos molinos de viento convertidos en palomares, lo mismo que los viejos de la opuesta playa; y todo ello coronado por el viejo castillo de Bellver, que el rey D. Jaime II asentó sobre la cumbre de la colina y que, entre bosques de pinos, trae á la memoria los históricos recuerdos de Jovellanos y Lacy. En el fondo, y como dándose en ella un apretón de manos los dos frondosos brazos de la bahía, Palma con su Catedral, su Lonja, sus Palacios Real y Episcopal, los campanarios de sus muchas iglesias, los alminares de algunas de sus casas y su muralla de mar, semejante á Galatea desdeñosa, la de Gil Polo,  
á la vora, vora del mar  
hont vigila Mongó,

como dice Mossen Cinto Verdaguer en su *Cant de Mallorca*, engarzado en *La Atlántida*, Palma, repito, el blanco pié se moja en las ondas mediterráneas y contempla en el espejo de las aguas, las agujas, estribos, arbotantes y botareles de su Catedral soberbia, y las almenas de sus castillos palacios, preciada y hermosísima corona que la autoriza para levantar erguida la frente hasta el cielo mismo, extendiendo á la vez sobre el transparente abismo el cetro de los mares. Sólido y hermoso muelle, que arranca como de los fundamentos del Real Palacio, cierra con el brazo izquierdo de la bahía uno de los puertos más seguros, cómodos y de menos pretensiones del Mediterráneo. Por último, á la derecha, primero Palma, que desciende de la altura y, saltando la muralla de mar, ensánchase tímidamente hasta los viejos molineros; luego la playa del arenal, como trazada á compás en forma de arco de circunferencia; y, en fin, allá lejos, muy lejos, el cabo Blanco que, con la bahía, corta el panorama magnífico. Lo es tanto, que no me cansaba de admirarle desde la calle del Mirador ó la muralla de mar contemplándole en sentido inverso: nada hay comparable á las vistas sobre la bahía que disfrutaban los moradores de los Palacios Real y Episcopal y de algunas otras casas, no muchas, del Mediodía de Palma.

## II

¿Qué puedo decir ahora, y á vuela pluma, de la capital de las Baleares? Con más de 60.000 habitantes, calles estrechas, empinadas muchas para poner en comunicación la ciudad alta con la baja, tortuosas algunas, limpias y regularmente empedradas todas; con multitud de casas de piedra

labrada que exteriormente parecen ciudadelas ó fuertes, é interiormente palacios á la antigua española usanza; con sus zaguanes, patios ó vestíbulos anchurosos, frecuentemente rodeados de pórticos, por debajo de los cuales pueden rodar con holgura los carruajes; con sus arcos aplana- dos y ventradas columnas; con sus escaleras góticas, de arena finísima alfombradas, que lucen rosetones circulares; con sus ajimeces árabes, ventanales soberbios, recubiertos de cal algunos y atrevidos aleros en los tejados, que ostentan artesonados riquísimos; con sus muchas iglesias, campanarios y ex-conventos; con sus paseos á la moderna, como el Borne, que recuerda la Rambla de Barcelona, y la Rambla que se parece á los bulevares franceses, Palma presenta un aspecto *sui generis*, que no puede confundirse con el de capital alguna del Continente. El forastero que la recorre al azar, imagínase unas veces transportado de repente á ciudad medio-eval, alucinándole esta idea hasta el punto de oír el ruido de las tizonas que esgrimen dos fijo-dalgos en aquellas encrucijadas, los pasos de la ronda que se acerca y el grito de «¡favor al rey!»; parécele, otras que recorre población morisca, sobre todo si tropieza con alguno de los poquísimos payeses, que visten aún zapato de cabretilla, semejante á la babucha árabe, calzas anchísimas parecidas al *sernal* de los turcos, chaquetilla griega con trencillas y alamares adornada, y sombrero de ala ancha; antójase en otros casos, sobre todo si visita los comercios centrales ó pasea por el Borne, que se encuentra en capital moderna, llena de vida, de comodidades y de lujo; y experimenta á todas horas esa complacencia dulcísima que el *turista* siente cuando después de penoso viaje encuéntrase en presencia de cosa hasta entonces no vista, y digna, sin embargo, de ser contemplada y admirada.

Predomina, no obstante, lo tradicional sobre tan antitético conjunto, porque los mallorquines son tradicionalistas finos, que defienden sus buenos usos, franquicias, fueros, costumbres y dialecto con el mismo amoroso entusiasmo con que á la sombra del árbol sagrado de Guernica los vascongados han defendido siempre sus fueros contra los atropellos tiránicos de estadistas miopes. Tan hondas raíces tiene la tradición en estos honrados terruños y nobles solares, libres hasta el día de la influencia destructora de guerras extranjeras y civiles, que cuando penetra el forastero en los palacios de la nobleza mallorquina, repítese la ilusión padecida en las encrucijadas callejeras; imagínase trasladado de súbito á los tiempos que pasaron, y espera que salga á recibirle algún pajecillo con dalmática y birrete, guerrero con cota de malla ó férrea armadura de los que acompañaron durante la Conquista en 1229 al primero de los Jaimes, ó hidalgo de aquellos que espada al cinto, jubón acuchillado ó gorguera al cuello tenían á grande honor el servicio de nuestros grandes, representación genuína de las glorias patrias. Porque llenos se ven estos anchurosos y severos salones, no de las baratijas y mobiliario sensual que caracteriza á nuestra afeminada época, sino de sillones de Moscovia, sillas de tijera, sitiales de altísimo respaldo, taburetes de brocado, mesas, arcas y arquimesas de cincelada labor, bufetes ó escritorios ricamente incrustados, arquillas con incrustaciones de marfil y nácar de los siglos xv y xvi, algunas con cuadritos y miniaturas pintados sobre vidrio, camas imperiales con doseles, colgaduras y columnas salomónicas (*llits entorsillats ab cobricel de drap-ràs*), cómodas altas y ventrudas, lienzos de pintores famosos, doradas cornucopias, arañas y lunas venecianas, riquísimos tapices de Flandes, artesonados severos y artísticos, vitelas y có-

dices de tanto valor material como histórico, argentería repujada, armas y estofas medio-evaes, lámparas y velones magníficos y, en suma, muebles de toda clase, telas, utensilios de cocina, bronces y porcelanas de abolen-go. Verdad es que el mercantilismo positivista de la época ha despojado á Mallorca, y sobre todo á Palma, de muchos de estos objetos y muebles preciosos, adquiridos á bajo precio por los extranjeros; pero todavía se admiran no pocos en las casas solariegas y predios del interior, aferrados como en ningún otro país á sus tradiciones seculares.

La clase media enriquecida modernamente es la menos aficionada á estas antigüedades; pero la tradición respírase y hasta se palpa en todos esos castillos, palacios y predios que coronan las alturas de la risueña costa, lo mismo que en las casas linajudas que ocultan sus timbres tradicionales y arquitectónicas bellezas en las estrechas y tortuosas calles de la capital.

Pero donde la tradición subyuga, sobre todo, al viajero tradicionalista, acostumbrado al ambiente nivelador, descreído y democrático de la Península, es en los usos y costumbres de los isleños mallorquines. En esta bendita tierra son todavía representantes genuínos de la autoridad divina los padres, reyes y señores, verdaderos patriarcas de su hogar: parte de esta dignidad augusta alcanza al hijo mayor, por antonomasia llamado el *heredero*, el cual, aunque se case, nunca abandona el hogar paterno, dando allí perpetuo ejemplo á sus hermanos, mujer é hijos de amor, respeto y obediencia al jefe de la familia. Antes de acostarse besa respetuosamente la mano de sus padres y éstos le bendicen cariñosamente, santiguando con toda religiosidad á su primogénito. Tradición piadosa es ésta que se observa aún en no pocas casas de cristianos viejos mallorquines,

hasta de la más encopetada nobleza, y que enternece y admira al viajero observador.

Estas santas y tradicionales costumbres se observan con más religiosidad aún en el campo. No se entra en una casa sin decir: *Alabat sia Deu.*—*Per sempre amén*, se contesta; ó también: *Ave Maria Purísima.*—*Sin pecado concebida*, dicen los que están dentro, aunque lo mismo acontece en algunas otras pocas comarcas españolas; pero es exclusiva de Mallorca la siguiente pregunta, que se suele usar cuando nadie contesta en la casa, que tiene la puerta de par en par: *¿Qui hi ha en la casa de Deu?*

En el orden religioso impera también la tradición como en ningún otro, y buena prueba de ello son: el pintoresco traje del Pertiguero ó Bedel de la Catedral; las procesiones del Corpus con sus característicos rosetones portátiles, que penden de ástiles y están elaborados con primorosas flores de cera, cruzadas en el centro, aquí llamados *lledánias*; los cofrades de la Sangre de Cristo con caperuzas, ropones largos y percinta de plata, á usanza antigua; el carro triunfal de la Beata Catalina Tomás; los doce Presbíteros que, cuando pontifica, asisten siempre al Sr. Obispo de Mallorca con casullas riquísimas, las cuales lucen también en la procesión del Corpus, representando al Apostolado y llevando cada uno las correspondientes insignias de su peculiar martirio; los doce Sacerdotes que con capas y cetros suben desde el coro al altar mayor y, en semicírculo majestuoso, alumbran al preste durante la elevación de la Hostia y del Cáliz y cantan luego aquel *Benedictus* imponente; la bendición de casas y haciendas que efectúan los Curas ó sus vicarios por Pascua de Resurrección, y que ha caído ya en desuso en el resto de España; las ceremonias todas eclesiásticas y hasta las distribuciones diarias que, por medio de los simbólicos plomos, se hacen *coram*



*populo* al Cabildo, contra cuya costumbre antiquísima batalló inútilmente el Obispo Sr. Manso.

En el orden municipal reina igualmente la tradición con fuerza poderosa, como lo prueban la publicación de los bandos del Ayuntamiento por medio de una banda de tambores, con su director ó tambor mayor á la cabeza, acto para el cual lucen aún uniformes de la Edad Media los dependientes del Municipio; las fiestas callejeras con sus bailes de boleros, honestos antiguamente y hoy algún tanto achulapados, y veladas con música; la feria de juguetes del Domingo de Ramos; las ferias de Santo Tomás; los añafiles y maceros que acompañan al Ayuntamiento cuando va de oficio; y sobre todo, la concordia grande que existe entre los dos Cabildos, el eclesiástico y el municipal, que se hace ostensible cuando el segundo asiste á las funciones solemnes del primero, pues nadie pasa por delante del Ayuntamiento sin hacer su correspondiente vénia ó inclinación de cabeza ante los ediles de Palma. Tienen también éstos su maestro de ceremonias, y es tan tradicional como curioso que el Ayuntamiento se mueva á compás, cumpliendo en el acto las órdenes de aquel funcionario, cuando dice á media voz:

—Excmo. Sr., cortesía al Cabildo.

—Excmo. Sr., de rodillas.

—Excmo. Sr., fuera el guante de la mano derecha.

Además, en ciertas Misas de fiestas de primera clase, el preste, el diácono y el subdiácono se vuelven cara al pueblo y pasa á ofrecer el Ayuntamiento, depositando cada concejal (*elet*) en la bandeja que sostiene el maestro de ceremonias de la Catedral, un realito de plata.

¿No es esto eminentemente tradicional, aunque los ediles sean á veces liberales, y hermoso en sumo grado?

La Iglesia y el Estado permanecen, pues, unidos con

abrazo íntimo en el antiguo reino de Mallorca, y ¡ay de estas hermosas islas el día en que se rompa tan provechosa concordia!

Por otra parte, las ceremonias todas se celebran en las iglesias de Mallorca, no solamente con la gravedad, exactitud y pausa de ritual, sino hasta con lujo. Para la celebración de ciertas fiestas solemnes y de las Cuarenta-Horas, sobre todo, se adornan y tapizan las iglesias con rojas colgaduras y se cubre de arriba abajo el altar mayor con el dosel ó tapiz entre los mallorquines llamado *Tenda Real*.

### III

Bien quisiera yo decir algo, apuntar algún detalle nada más de los principales monumentos arquitectónicos de Palma, tales como la Catedral, la Lonja, los palacios Real y Episcopal, las Casas Consistoriales, la Diputación provincial, el hermosísimo aunque deteriorado patio ojival de San Francisco, en presidio hoy día convertido, las iglesias de Santa Eulalia, San Felipe, Montesión, San Miguel, San Francisco, San Nicolás, etc., y las casas de Vivot, D. Salvador Morell (recientemente arrebatado al cariño de su familia y de sus amigos en la flor de la vida), con sus restos de baños árabes, Montenegro, Ayamans, Reguer, San Simón, Gual de Torrella, Villalonga, Zaforteza, Morell y Bellet y tantos otros cuyos nombres no recuerdo, pero cuyas atenciones y obsequios no se borrarán nunca de mi corazón; mas semejante tarea me obligaría á escribir un libro en vez de una carta, que va resultando ya, por lo larga y deslavazada, insoportable.

La Catedral merece, sin embargo, algunas líneas, no de descripción detallada (que puede leerse en *Recuerdos y bellezas de España*, tomo *Mallorca*, por Piferrer, obra recientemente corregida, anotada, completada y casi redactada de nuevo con mérito superior y grandes ventajas por el tan sabio como piadoso historiador D. José María Quadrado), sino de impresiones personales, pues es fábrica tan grandiosa, que no me canso de mirarla y admirarla. Aunque construída en la orilla del mar, sobre una altura, domina cuanto la rodea y se divisa desde todas partes, sobreponiéndose al mismo Real Alcázar con sus muros torreados, como corresponde al palacio del Rey de reyes y Señor de los que dominan. En el lado que mira al Mediodía, que es donde se abre la puerta riquísima del Mirador, joya de estilo gótico bastante por sí sola para inmortalizar á un arquitecto, abundan tanto los botareles piramidales y arbotantes, que vista á distancia y desde el mar la imaginación se complace en suponer que todas aquellas líneas y recortes componen un bosquecillo de agujas, cresterías, estátuas y filigranas superiores á los de las Catedrales de Burgos, León, Milán, Nuestra Señora de París, Toledo, etc.; pero no, precisamente la grandiosidad severa es la nota característica de la Catedral de Palma. Aquellas tres naves anchas, largas y altísimas, cuyas nervudas bóvedas descansan sobre siete pares de pilares atrevidísimos por lo extraordinariamente delgados y altos, y que casi se pierden de vista en las alturas, compitiendo con las mismas nubes, y á lo largo, no reuniéndose en ábside único detrás del presbiterio, sino terminando lejos, muy lejos, en otras tantas capillas, no solamente admiran y asombran al que por primera vez penetra en aquel inmenso recinto, cerrado por montes de piedra, fría y desnuda de todo adorno, sino que le aterran, obligándole á mirar hacia arriba y en torno, como

si temiese que el coloso cediera á su incalculable pesadumbre, se cuartease, oscilara sobre sus cimientos y cayese con estrépito, aplastando al infeliz que osa penetrar aquellos misterios arquitectónicos.

Aunque el conjunto se sobrepone á todo y obscurece los detalles, no son pocos los que merecen la inspección atenta del viajero, alguno de los cuales más importantes apunto á continuación:

El humilde sarcófago de mármol del país, erigido por orden de Carlos III en el centro de la capilla Real, que es la mayor, al rey D. Jaime II de Mallorca, cuya momia, engalanada con sencillo traje de su época cuando D.<sup>a</sup> Isabel II visitó las Baleares, puede ver, en caja modestísima acristalada, todo el que á los sacristanes de la Catedral se dirija.

Los ricos tapices, recientemente restaurados en Madrid por 60.000 reales, que adornan el presbiterio, y en especial aquellos cuatro paños de los Evangelistas, primorosamente bordados.

El trasaltar y capilla de la Santísima Trinidad, que según los inteligentes, componían el altar mayor primitivo, más adecuado y de más mérito indudablemente que el actual, por lo que se intenta su restauración y reinstalación en el lugar que le corresponde, pues aquél es gótico de la mejor época, como el altar mayor de la Catedral de Barcelona, y éste de pésimo gusto.

El grandioso púlpito del lado de la epístola y el más delicado del lado del evangelio, de piedra tallada ambos, que flanquean las esquinas anteriores y exteriores del coro.

La sillería de éste, profusa y delicadamente tallada en nogal, con ciertas figurillas demasiado desnudas á veces.

En la capilla de San Jerónimo, el panteón de D. Pedro Caro y Sureda, erigido *por la Patria reconocida al General*

*Marqués de la Romana* y en virtud de haberlo decretado así las Cortes generales y extraordinarias de Cádiz á 8 de marzo de 1811, según puede leerse en una lápida, circular, del basamento, obra grandiosa y artística, en blanco mármol de Carrara, que parece arrancada del moderno cementerio de Génova y desdice del tono y color característicos de la Catedral mallorquina.

La bien proporcionada, antigua (pues actualmente sirve de antesala) y gótica sala capitular, en cuyo centro cuatro leones de piedra sostienen el sepulcro, con estatua yacente, de D. Gil Sánchez Muñoz, y de cuya bóveda pende aún el sombrero del Prelado. Recinto es éste que aviva importantes recuerdos históricos y ha dado origen á la invención de cierta anecdotilla muy divulgada entre los palmesanos.

Sabido es que Pedro de Luna, elegido Papa con el nombre de Benedicto XIII, tan persuadido estuvo siempre de su incuestionable derecho á ocupar la Sede Pontificia, que al morir en 29 de noviembre de 1424, mandó elegir otro Papa á los dos únicos Cardenales que le seguían, conminándoles con la maldición divina si así no lo hicieren. Cumplieron la voluntad del difunto, y reunidos en cónclave, eligieron á un Canónigo de Barcelona, natural de Teruel, llamado D. Gil Sánchez Muñoz, que tomó el nombre de Clemente VIII. Para la extinción de cisma tan pernicioso, el Papa Martín V envió á Aragón, con el carácter de Legado, al Cardenal de Foix, y entre el Rey y el Legado decidieron á D. Gil á que renunciase sus derechos. Quiso hacerlo con toda solemnidad; ocupó el trono, declaró que renunciaba voluntariamente el Pontificado y advirtió á sus Cardenales que podían proceder á nueva elección, lo cual hicieron éstos en 26 de julio de 1429, eligiendo en el acto á Otón Colonna, ó sea á Martín V, el

cual recompensó á D. Gil Sánchez Muñoz, nombrándole Obispo de Mallorca. Falleció en 26 de diciembre de 1447, tan llorado por el pueblo como temido por el Cabildo, según conseja muy divulgada, y sus restos mortales descansan en la citada sala capitular; pero su cabeza, perfectamente momificada y hasta con mechones de pelo aún, puede verse en el aula que el antiguo Capítulo de Beneficiados de la Catedral de Teruel conserva todavía en la calle del Seminario, en donde ha sido depositada por los Barones de Escriche, á cuya ilustre familia turolense pertenecía el famoso Obispo. El cual, según dicen los palmesanos, hizo colgar del techo su sombrero para que, aun después de muerto, presidiese las juntas capitulares y temblase ante sus restos el Cabildo de Palma.

Por último, entre otros mil detalles arquitectónicos ó escultóricos, alhajas y recuerdos que sería prolijo apuntar, contempla el viajero en la sacristía la riquísima custodia gótica con viril orlado de brillantes, y en sus estuches, tras el altar mayor, los suntuosos candelabros de plata de siete mecheros, que merecían llevar el nombre de Benvenuto Cellini, dos veces rescatados por el Cabildo, y cuya plata, prescindiendo de la admirable labor artística, sólo por su peso, vale 6.000 duros, según me dijeron.

Pero no dejemos la soberbia Catedral de Palma sin contemplar otra vez aquellas tres naves tan altas y atrevidas que interrumpe el coro, y sin que nos pese, como á Piferrer, «que delicados boceles no guarnezcan sus pilares octógonos, que brillantes vidrieras no reemplacen á las feas tapias de sus esbeltas ventanas, y que en la pared del frontis un rosetón calado no arroje pintada lumbre en la nave del centro, compitiendo con la que mística y templada entra por el del otro extremo.»

Aunque la fachada moderna resulte verdadera herejía

arquitectónica; en sentir de personas competentes, las deficiencias de que se lamentaba Piferrer han desaparecido en parte, pues tres hermosos rosetones, abiertos el mayor en el centro y parte alta de la fachada, y los otros dos en los ábsides de las naves laterales, tamizándolas á través de sus vidrieras, inundan de luces polícromas tan grandioso templo.

Esto aparte, es inútil advertir al viajero curioso que, cuando venga á Mallorca, no salga de Palma sin detenerse por lo menos un cuarto de hora: primero ante aquellas seis delgadas columnas, sin bases ni capiteles, pero de retorcidos nervios, que suben á la altura, se encorvan graciosamente y en las bóvedas de la Lonja se pierden como si fuesen otras tantas palmeras que entrecruzan sus ramas y tienden magnífica techumbre sobre aquel salón partido en tres naves á lo largo y cuatro á lo ancho; después, ante el modestísimo sepulcro gótico que detrás del altar mayor de San Francisco, en una de las capillas de la izquierda, contiene los restos mortales del celeberrimo beato Ramón Lull, cuyas glorias tan elocuentemente cantó no ha mucho desde el púlpito mi ilustre amigo el Provisor y Vicario general de aquel Obispado D. Enrique Reig y Casanova; y, por último, ante el cuerpo de la Beata Catalina Tomás, la Virgen de Valldemosa, en cuyo honor el inspirado vate mallorquín de altísimos vuelos, D. Miguel Costa y Llobera, compuso en 1874 esta y otras estrofas:

¡Oh Verge, qu' habitas  
 Vergers eternals,  
 La vall ahont plorares  
 No oblidis jamay!  
 Inclina á la terra  
 Tos ulls de bondat,

Veurás l' Illa hermosa,  
 La perla del mar,  
 Qu' humil te consagra,  
 Al peu dels altars,  
 Los cors que suspiran  
 Ton nom venerat...  
 La vall ahont nasqueres  
 No oblidis jamay,  
     Floreta nostra  
     De lliri blanch!

## IV

Sin ser una capital de primer orden, ni mucho menos, Palma gusta generalmente á cuantos la visitan por su limpieza, aspecto antiguo y silencio poético; pero el campo mallorquín, con sus costas festoneadas, abruptas y frondosas, con sus seculares bosques de pinos, encinas, almendros, olivos y algarrobos, con sus valles, gargantas y montañas arcádicas, con sus habares y viñedos, y, sobre todo, con sus casas de labor ó *predios*, como aquí les llaman, grandiosos por lo pintorescos y poéticos, aunque no por lo feraces y ricos, no tiene rival en el mundo.

He visitado algunos de los alrededores de Palma, tales como Son Puig, Son Berga, Bendinat, Raxa, Son Rapiña, etcétera, y otros más distantes como Miramar, Son Marroig, Bini-Forani, etc.; y he hecho también una ligera excursión á Valldemosa, Deyá y Soller, todo lo cual me ha puesto en el caso de poder apreciar por mí mismo las bellezas campestres de esta isla incomparable. Su terreno, al



parecer volcánico, alfombrado en su mayor parte de vegetación risueña, no puede ser más pintoresco, ni más adecuado para suscitar en la mente del viajero imágenes idílicas y pastoriles. A dos kilómetros de la muralla de Palma, isla adentro, ¡qué silencio y soledad tan deliciosos!, interrumpidos de tarde en tarde por alguna galera tirada por mulas, ó ligero carrito que rápidamente cruzan aquellos caminos excelentes y bien calzadas carreteras que cruzan la isla en todas direcciones, ó por las esquilas del ganado que medio oculto entre matas y hierbas aromáticas pace tranquilamente en la ladera del vecino monte; ó por el chirrido persistente de la carreta, que conduce carbón á la capital; ó por la campana de la ermita, que, hasta en los rincones menos poblados, invita al campesino mallorquín á que frecuente la pobre fábrica, pero siempre grandiosa casa del Señor y con sus toques alternativos parece decirle: *trabaja y ora*; ó, en fin, por el *payés* agricultor ó transeunte, que trabaja y descansa, va y viene, sube y baja, cantando con tonadilla tan dulce como monótona:

Damunt lo front de la serra,  
Bé pots, cor meu, reposar  
Suspés entre cel y terra,  
Sobre el abisme del mar<sup>1</sup>.

El ciudadano que de repente se pone aquí en contacto íntimo con tan hermosa naturaleza, siente como impulsos instintivos de aprovechar aquella soledad y silencio poéticos para correr, gritar, tenderse á la bartola sobre el blando césped, tomar la sombra y hasta la siesta al pié del añoso olivo, trepar al gigante algarrobo, apostrofar al mar desde

<sup>1</sup> *Damunt l' altura*, poesía de D. Miguel Costa y Llobera.

la cumbre, reirse de las pompas y vanidades del mundo, sorprender los secretos del *Cosmos* descifrando sus páginas misteriosas, meditar en lo suprasensible sepultándose para ello en alguna cueva de granito ó celda vegetal, fabricada por los siglos en los carcomidos troncos de árboles milenarios, escalar las nubes, subir en profecía al cielo para soñar despierto con las delicias de la gloria y descender otra vez á esta tierra para repetir con el maestro Fray Luís de León:

Despiértenme las aves  
 Con su cantar sabroso no aprendido,  
 No los cuidados graves  
 De que es siempre seguido  
 El que al ajeno arbitrio está atenido.  
 Vivir quiero conmigo,  
 Gozar quiero del bien que debo al cielo,  
 A solas, sin testigo,  
 Libre de amor, de celo,  
 De odio, de esperanzas, de recelo.

Todo esto y mucho más imaginábame yo por aquellos campos, montes y cañadas, y tanta y tan poética es la inspiración que el panorama produce, que no se necesita ser poeta para escribir buenos versos en aquellas florestas, ni novelador para idear regocijada fábula, de esas que huelen á tomillo y ajedrea, y saben á leche y miel en aquellos *predios*.

Cuyos soberbios edificios participan del palacio y de la granja, pareciendo lo primero por sus escudos de armas, grandes patios, cocheras anchurosas, oratorios que semejan iglesias, escaleras solemnes y habitaciones del principal, dispuestas cómoda y hasta lujosamente para alojamien-

to de familia numerosa con sus huéspedes; y pareciendo lo segundo por los departamentos inferiores y dependencias adyacentes, tales como cuadras, cortes para la cría de cerdos, corrales, palomar, almacenes, graneros, horno de pan cocer, molino harinero de vapor ó de viento (porque escasean en la isla los saltos de agua corriente), lagares, alambiques, bodegas, almazaras, algibes, eras para la trilla, pajares, parideras y, en suma, todo cuanto pueda necesitarse y aun apetecerse en una granja palacio, tanto para el cultivo y explotación de la finca, cuanto para la distracción y comodidades de sus ricos propietarios. Muchos de estos predios valen doscientas, trescientas y hasta cuatrocientas mil libras mallorquinas, aunque me ha parecido que sus rentas no guardan proporción con el precio que, por afección sin duda, se les atribuye.

Lo que principalmente admira y aun asombra al extranjero en estas fincas, es el olivo añoso, secular, anterior indudablemente á la reconquista, que campea, formando bosque, en aquellos inmensos olivares. En 1881 tuve la dicha de ver por mí mismo los ocho olivos del huerto de Getsemaní, en Jerusalén; que según tradición veneranda y no interrumpida son los mismos ó, por lo menos, retoños de aquellos olivos á cuya sombra oraba é instruía á sus discípulos el Salvador del mundo. Apenas tienen ramas, ni hojas: sus troncos, en cambio, son descomunales, midiendo uno de ellos ocho metros de circunferencia, y presentando su corteza aspecto tan vetusto, que se parece más á la escabrosa de la secular encina que á la lisa y brillante del olivo joven. Están completamente carcomidos y casi huecos, tanto, que rellenan sus cavernas y forman en torno un montecillo de tierra apisonada para que el viento no los arranque. Pues bien, aspecto parecido y aun más vetusto, si se quiere, ofrecen los olivos mallorquines. Notoria

y por todos los botánicos reconocida es la longevidad de ciertos árboles y del olivo sobre todo. «Nadie ha puesto dificultad en conceder á la famosa encina de los Ardennes mil seiscientos ó más años de existencia. Sabido es que muchos tejos viven hasta tres mil años. La tradición señala á una higuera que hay cerca de Nerbuda dos mil quinientos años. El *Baobab*, medido en las orillas del Senegal por Adansón, de donde el nombre de *Adansonia digitata* dado á tan curioso vegetal, tenía, según el célebre naturalista, más de seis mil años de existencia. Humboldt vió en América cipreses cuya edad, según sus cálculos, sería de cuatro á seis mil años. Finalmente, aseguran los botánicos que no baja de cuatro mil la del castaño del Etna. Tiene de circunferencia cincuenta metros. En el hueco de su tronco se construyó una cabaña, que sirve de habitación á un pastor y de aprisco á un rebaño.» ¿Quién, en vista de estos datos, pondrá reparos á mi aserto? Para mí es indudable que D. Jaime I el conquistador de Mallorca pudo ya descansar de sus guerreras fatigas, en 1229, á la sombra de estos incomparables olivos. Hace pocos años, no lejos de Sóller, en el predio llamado Muleta, existía aún una encina, para abarcar cuyo tronco se necesitaban cinco hombres.

Naturaleza potísima é inagotable, parece que haya echado el resto en la determinación de tanta y tan extraña figura como ofrecen sus troncos y ramas. Semejan unos haces de columnas irregulares, que se apiñan formando descomunal tronco, con fuerza bastante para sustentar la pesadumbre, no de media docena de ramas raquíticas, sino de la cúpula de Miguel Angel; afectan otros la figura de pirámide truncada, compuesta de enormes y cortezudas verrugas superpuestas, de cuya cúspide surgen retorcidas ramas y ramillas, cargadas del oleaginoso fruto; ofrecen éstos en las

profundidades de su tronco cavernas de todas dimensiones y figuras socavadas por la acción lenta y segura de los años, la carcoma y las aguas; presentan aquéllos en su base cuantas caprichosas combinaciones hubiera podido idear el arboricultor más inteligente, entrelazando distintos troncos, ingertándolos por aproximación, retorciéndolos y separándolos de manera que allí queden arcos, agujeros y ventanas, por los que, no solamente se cuele la luz, sino que pueden pasar también bestias y hombres; y adoptan todas posturas tales, recortes tan abigarrados y siluetas tan ingeniosas, que en cualquiera de dichos olivares, durante tranquila noche de luna ó en medio de tempestad imponente, á poco que la imaginación ayude, creyérase uno transportado de repente á la mansión de las sombras y que todo aquel mundo vegetal y maderable se le venía encima, agotando la mímica de sus trajes y contorsiones para volverle loco. ¡Tanto choca y hasta impone aquel inusitado lujo de líneas y superficies irregulares, quebradas y ondulantes!

Y cuenta que no á mí solo ha producido tan poético efecto la arbórea vegetación mallorquina. Piferrer, en su ya citada obra, dice á este propósito: «Quien no haya saludado la primera luz en esos países risueños donde las altas y henchidas espigas se columpian en derredor de los almendros, algarrobos, higueras y olivos, donde las manzanas y los melocotones asoman su faz rubicunda lejos ó cerca de las corrientes y en cuyas laderas las auras azotan las doradas pomas de los naranjos y limoneros; quien no haya gozado jamás la dicha de visitar alguna de esas comarcas alegres y venturosas, donde la agricultura, como reina exclusiva, difunde y mantiene la paz, el contento, la sencillez de costumbres y el respeto á las tradiciones heredadas, mal podrá dar una descripción, figurarse las formas innumerablemente variadas y á cuál más caprichosas y fantásticas, con

que aquellos troncos venerables distraen los ojos é inundan de embeleso y admiración hasta al que desde su infancia aprendió á ingertarlos y á podar su elegante ramaje. Abiertos unos en su pié, semejan dos árboles que, plantados á corta distancia, suben á abrazarse y á confundirse en uno; otros, rasgados en alguna de sus caras, fingen capillas silvestres, en que las rayas y hendiduras de la corteza son los relieves y los calados; éstos se ofrecen á los ojos como una grande y original maceta, de la cual nacen los desparcidos y bellos ramos; los nudos que sobresalen en esotros se combinan con las líneas de tal modo, que les comunican apariencia humana á guisa de aquellas selvas encantadas de que nos hablan los romances; los hay que remedan animales fantásticos y mónstruos espantables, y todos presentan formas á propósito para ejercitar la imaginación, y materia abundante al paisajista.» Y es mucho de notar que casi todos los poetas mallorquines están como impregnados del sentimiento de la naturaleza, personificada en sus arcádicos paisajes. Pero ni Piferrer ni yo podemos dar idea aproximada de aquellos primores naturales, trabajados por los siglos, que admiré yo en Son Puig, recorriendo los olivares vetustos del buenísimo D. Salvador Morell, que santa gloria haya. Hasta el fotograbado sería impotente para reproducir con fidelidad aquellos troncos milenarios. Bien dice Roselló, el inspirado vate lemosín, en su celebrada obra *Lo Joglar de Mailorcha*, por boca de *Pere Marteil* y en presencia de D. Jaime:

Mailorcha, Senyor en Rey,  
Ila d' aur es apeilada;  
É n' es lo cel é el paradís  
De les gents que n' han membranza.

## V

Desde Son Puig, por terreno cada vez más abrupto y pintoresco, remontando una garganta, á orillas de gracioso torrente, subimos á Valldemosa, con el propósito de ver el pueblo, que entre huertas escalonadas y olivares, dominando una cañada bravía, ocupa la más poética posición que puede imaginarse, á mano derecha, en la agreste falda del Teix; y la Cartuja, que con aires tanto de convento como de fortaleza, entre cipreses y palmeras, á mano izquierda se levanta. Agradecido el rey D. Sancho á las excelentes condiciones higiénicas de aquellas alturas, que suavizaban, ya que no curasen del todo el asma que padecía, levantó allí un castillo en 1321, cuyo edificio regaló el rey D. Martín, en 1399, al monje profeso de Scala-Dei y jurisconsulto Pedro Solanes para que fundara en él un monasterio de su Orden. Así se hizo, consagrando la iglesia en 1446, D. Juan de Aranda, Obispo de Albania; pero, aumentando con el tiempo la comunidad, en 1737 dieron comienzo las obras de la iglesia actual que se bendijo en 1812, y en donde se han cantado las divinas alabanzas por los cartujos hasta la exclaustación general de las Ordenes monásticas. La cartuja de Valldemosa pertenece actualmente á varios particulares, que viven ó veranean en las antiguas celdas de los cartujos, permaneciendo aún abierta al culto público la iglesia, que custodia un sacerdote, agregado á la parroquia de Valldemosa. Merecen particular atención la silla del Rey D. Martín y un frontal de verdadero mérito.

Nada notable ofrece el ex-monasterio, arquitectónicamente hablando. Un largo claustro, en cuya pared izquierda ábrense las puertas de siete ú ocho celdas, con su pequeño jardín, cocina, dormitorio, etc., todas ellas á usanza de cartujos; y una iglesia pequeña, pero alegre, de orden compuesto y en forma de cruz latina, con majestuoso coro y trono, para el Abad, en el presbiterio, es cuanto allí puede admirarse. En cambio, no faltan recuerdos que aquellas celdas evocan y que á la ligera apunto.

Ocupa la prioral el inteligente y generoso médico don Lorenzo Pascual, que nos obsequió acompañándonos en su carruaje y á pié por aquellos montes y dándonos una comida opípara. Pertenece la tercera al famoso bajo don Francisco Mateu, conocido en el mundo lírico por Uetam, anagrama de su apellido.

Allí, como en Bellver, estuvo Jovellanos y en uno de aquellos santuarios de la mortificación y del silencio escribió su impía novela *Spiridión* Mad. Dudevant, tristemente célebre con el nombre de Jorge Sand (1798-1876). Parece mentira que se hayan escrito dichas páginas en la patria de la Virgen de Valldemosa, cuando aquellos mismos montes y Cartuja han inspirado al Sr. Costa y Llobera la siguiente canción en honor de la Beata Catalina Tomás:

Poncella la veyam  
 Fer feyna resant;  
 Sens pare ni mare  
 La veyam plorar.  
 Pobreta, descalsa,  
 Trescava la vall;  
 Rosari non duya  
 (Que tot li mancá);  
 Mes ella ab floretes



Ó fulles del camp,  
Les *Ave Maries*  
Anaba contant.  
Llavors amoroses  
Les veus de la vall,  
Tan be com sabíam,  
Li déyam tot baix:  
Salve, floreta  
De lliri blanch.

## VI

Desde Valldemosa, por entre bosques de olivos y de pinos, y costeando siempre por la altura, con el mar en las profundidades risueñas y majestuosas á la izquierda, subimos al *Ermitorio* que al pié del monte *Pobuet* á la derecha se levanta. Llamamos á la puerta de aquella pobre fábrica, siempre á punto de franquearse á cuantos llegan, verdadero nido de águilas que ocupan nueve ermitaños, y salió á recibirnos el manacorense José Fons, el cual, vestido con pobre sayal de paño pardo, semejante al que llevan los capuchinos, ceñido al cuerpo por medio de áspera cuerda, calzado con dura sandalia y con la sonrisa de la caridad en los labios, nos enseñó toda la casa y hasta nos obsequió ofreciéndonos pan moreno, hinojo silvestre con alcaparras y aceitunas adobadas, todo ello *envinagrat*, como dicen los mallorquines.

En la primera puerta del angosto corredor tropezaron mis ojos con estos malos versos, que nos hacían, sin embargo, la siguiente buena advertencia:

Tú... ¡oh mortal!  
 que entras por esta puerta,  
 detén el paso y advierte  
 que este sitio te convida  
 á que mueras en la vida  
 para vivir en la muerte.

Y en efecto, aquellos rudos é ignorantes cenobitas, voluntariamente mueren en vida á las pompas y comodidades del mundo para vivir en muerte la vida eterna

porque al fin de la jornada  
 el que se salva ese sabe,  
 y el que nó no sabe nada.

El Ermitorio de Valldemosa es antiquísimo, pues existía ya en tiempo de los beatos Ramón Lull y Catalina Tomás, sin que en aquella pobre capilla se haya interrumpido el culto desde entonces, consistente en rezos y cantos, pues no hay sacerdote alguno entre los ermitaños, cuyo director espiritual, ha residido siempre en la Cartuja. Dedicánse á labores manuales y al cultivo del monte sobre todo; comen siempre de vigilia, no prueban el vino, y ayunan los viernes á pan y agua. Dentro del Ermitorio, para las necesidades de la comunidad y en rudimentario estado, tienen horno de pan cocer, molino harinero, que mueven á mano ó por medio de una caballería, almazara y talleres. El superior actual es el cocinero de la comunidad, y el ermitaño Fons, un verdadero prodigio de habilidades artísticas naturales, pues sin maestro alguno, sin casi haber visto modelos que poder imitar, oficia continuamente de albañil, picapedrero, pintor, dorador, escultor, músico y poeta.

Obra de sus manos son el dorado del altar mayor, un cuadro al óleo de la Santísima Trinidad, la imagen de la

Virgen, los estucos de las paredes y el *portland* del pavimento. Toca bastante bien el armonium y el que tienen en el coro, fabricado en París por Alexandre, lleva la siguiente inscripción en una plancha metálica: «D. Francisco Mateu (Uetam), artista lírico, dedica esta modesta memoria á los Ermitaños de Valldemosa en el día 13 de Julio de 1882.»

Contrasta verdaderamente la pobreza de aquel tugurio y la mortificación de los cenobitas que allí se guarecen con la tranquilidad placentera que se advierte en sus risueñas y saludables fisonomías, y con la magnificencia y hermosura incomparables del panorama que se descubre desde el huer-tecillo de la Ermita. Hay, entre aquellos solitarios, viejos octogenarios que parecen muchachos y trabajan como mozos, conservando su salud mediante el elixir de la frugalidad y de la mortificación, y alargando su vida en medio de las auras salutíferas de la madre naturaleza, que en torno de la Ermita despliega todas sus magnificencias y encantos. La nostalgia del cielo se apodera del alma en aquella altura, siente uno como flatos espirituales de vestir el pardo sayal, y no se cansan nunca los ojos de despeñarse mentalmente por aquella empinada y frondosa ladera, que á Miramar conduce, y tiene por alfombra las plateadas ondas mediterráneas.

## VII

¡Miramar!.... ¿Qué puedo decir de la finca sin semejante, que así se llama y pertenece á S. A. I. el Archiduque de Austria Luís Salvador, que en ella pasa la mayor parte

del año? Ganas dan de romper en cien pedazos la pluma impotente para describir tales espectáculos naturales, sobre los cuales parece que el Criador haya derramado á manos llenas la omnipotencia de sus gracias. Tengo para mí, que el Archiduque, persona indudablemente ilustrada, inteligente y de gusto, ha fijado su residencia en aquel pedazo de Paraíso terrenal, después de haber recorrido el mundo todo en su *yacht* de recreo y de haberse convencido de que aquél es el más hermoso rincón de la tierra, donde puede hacer placentera morada el hombre. Calcula, pues, mis sudores para darte aproximada idea del salvajemente hermoso jardín archiducal.

Varios son los predios que el Archiduque Luís Salvador ha ido adquiriendo á peso de oro en aquella costa, regocijada y abrupta, para extender y completar su posesión magnífica: la Trinidad, Son Moragues, Son Marroig, Miramar y otros; pero este último es el que da nombre á la finca y el que trae á la memoria no pocos recuerdos históricos.

En Miramar fundó el Beato Lulio, á fines del siglo XIII, un colegio de Lenguas orientales, en donde trece religiosos Franciscanos preparábanse para la conquista religiosa del Africa; pero motivos que el fundador calla, dieron al traste con aquella importante fundación, desgracia que llo-  
ra en su poema *Desconhort*, y tornó á ser morada señorial. El maestro Nicolás Calafat, introdujo en Mallorca el invento de Guttenberg, y por primera vez, imprimió en Miramar (en el mismo siglo XV) un tratado de Gerson y después una obra del presbítero y entusiasta lullista Francisco Prats. Miramar perteneció después á los monjes del Cister; habitáronle más tarde los Cartujos, mientras se transformaba en monasterio el palacio de Valldemosa; fué convento de Jerónimos, luego de Dominicos, y ha rena-

cido de sus ruinas, gracias al príncipe austriaco dicho, para ser visitado y conocido de cuantos viajeros desembarcan en Mallorca.

Y verdaderamente lo merece la posesión archiducal: nada conozco que con aquella costa de la dorada isla pueda compararse. A su lado se queda tamañita la famosa *route de la Corniche*, que lamiendo también las mediterráneas ondas une á Marsella con Génova. En la costa mallorquina de Miramar no hay más palacios que los tres ó cuatro edificios pertenecientes á los antiguos predios, restaurados por el Archiduque y alguno construído de planta, y que el príncipe austriaco utiliza para vivienda y museos; ni más jardines que la floresta bravía y umbrosos bosques de pinos, encinas, sabinas, olivos y monte bajo, que tapizan aquellos montes, peñascos, torrenteras, precipicios, vertientes, barrancos, cabezos y escasos trozos llanos de playa, festoneados por el mar, que se complace en lamer la isla, entrando y saliendo caprichosamente tierra adentro y formando en los dominios del Archiduque todos los accidentes geográficos imaginables. ¡Qué vista la que se goza, con instintivo arrobamiento natural, desde cualquiera de aquellos picos y miradores! Los campesinos y carboneros del país censuran al dueño de Miramar porque no tolera en sus bosques hacha ni podadera, prefiriendo que naturalmente se sequen y pudran los árboles; pero los carboneros y *payeses* no son artistas. De lo contrario complaceríanse como el Archiduque en poseer, para su particular recreo, en pleno país civilizado, una selva salvaje y virgen.

Muchos son los libros del Archiduque Luís Salvador que llevan su nombre y están editados con lujo verdaderamente regio. Creo que tratan la mayor parte de costumbres mallorquinas y de viajes; pero, aunque obran en mi poder no pocos, regalo que debo á la munificencia del

Príncipe, por estar en alemán ni siquiera he podido comprender las portadas. Indudablemente es aficionadísimo el Archiduque á las antigüedades mallorquinas, y también debe de ser devotísimo de Ramón Lull, pues los salones de Miramar están llenos de escaños de pita, velones, husos, platos, mesas, arquimesas, escritorios, camas y cuadros del país, pertenecientes á pasadas edades.

Sobre un peñasco, que domina el mar, ha hecho construir una capilla en forma de templete, sobre cuyo altar único puede admirarse la estatua en mármol de Carrara y de tamaño natural del celeberrimo autor de *Blanquerna*.

En un salón de la planta baja de Miramar, puede ver el viajero un grupo, en riquísimo mármol blanco de Carrara, esculpido en 1879 por Antonio Tantandini de Milán, que representa al Secretario del Archiduque, ya fallecido, en actitud de resucitar al eco de la trompeta con que le llama el ángel del juicio, grupo que no carece de mérito y de intención artística, sobre todo, y que, según me contaron, costó 50.000 pesetas. En el zócalo del monumento se leen las siguientes inscripciones:

*«Wratislao Vyborny nació en Kuttenberg el 23 de Setiembre de 1853; falleció en Palma el 25 de Julio de 1877: sus restos mortales descansan en su país natal.*

RESURREXIT

*Orad por él.—Lo suplica su amigo del alma,*

LUÍS SALVADOR,

*que dedica este monumento á su memoria.»*

La estatua de Vyborny, que es hermosísima, dicen que es retrato fiel del difunto. El ángel me gusta menos. Se conoce que el escultor milanés supo copiar fielmente un retrato de carne y hueso, pero no encarnar en el duro mármol la idea suprasensible de un espíritu puro.

## VIII.

Desde Miramar, costeando siempre por magnífica carretera calzada de admirables vistas, pasamos á Deyá, que como una bandada de palomas poéticamente situadas en torno del campanario, su palomar, presentóse repentinamente á nuestros ojos en la alta vertiente de un repliegue del terreno, dominando preciosa cañada que á sus piés se extiende. Dificilmente puede idearse nada tan pastoril y pintoresco como aquella humilde parroquia: es el más hermoso modelo de *Belén*, que pudiera ofrecerse á la devoción infantil más exaltada.

Desciende luego la costa hasta la hondonada de Soller, verjel de naranjos y de toda clase de frutales, que con razón ponderan los mallorquines por sus excelentes condiciones higiénicas y de natural hermosura. El puerto es una tacita de plata líquida, tan regularmente circular y de tan estrecha y escondida entrada, que parece un lago suízo, trazado á compás y, aunque es más pequeño, se asemeja no poco á la celebrada Concha de San Sebastián.

En él vimos la pobre ermita de Santa Catalina y la consagrada á San Raimundo de Peñafort, aquel taumaturgo que se opuso á la regia voluntad de Don Jaime, pasando á la costa catalana embarcado sobre su manto, por haber prohibido el rey que en sus galeras se embarcase fraile alguno. Los marineros de Soller todavía enseñan la huella del pié del Santo, que estampada quedó sobre la piedra que le sirvió de embarcadero para lanzarse al mar en el bajel de su capa.

La iglesia parroquial de Soller es magnífica, y se encuentra aún rodeada del muro que la convertía en fortaleza inexpugnable y en seguro asilo contra las invasiones frecuentes de los moros berberiscos. Soller entero y su comarca conmemoran anualmente con grandes fiestas y regocijos, que tienen lugar el segundo domingo de mayo, la señalada victoria que los solleranos obtuvieron sobre los piratas moros el día 11 de mayo de 1561. Cuéntanse actos heróicos hasta de las mujeres, que despacharon por sí mismas á no pocos sectarios de Mahoma.

Tuve ocasión de presenciar en la parroquia la primera comunión de más de cien niños y niñas, acto verdaderamente conmovedor que no olvidaré fácilmente.

Oí las diferentes pláticas que el virtuoso y elocuente señor Cura arcipreste de Soller dirigió á sus ovejas; admiré el piadoso entusiasmo y regocijo de las familias de los niños; ví las estampas y rollos con que éstos fueron obsequiados por el Cura, y me chocó el traje vistoso y nacional de no pocas niñas de casas acomodadas, que acudieron á recibir por vez primera el Pan de los ángeles, no vestidas como bailarinas ó poco menos á francesa usanza, sino con sus basquiñas de color largas, ceñidas y honestas, sus rebocillos blancos en forma de toca y su hermosa mata de pelo, recogida y tendida sobre la espalda en trenza única.

Visité también la iglesia del antiguo convento de franciscanos, tomando en mi cartera dos notas, que merecen consignarse. En la cuarta capilla de la derecha, mirando al altar mayor (es iglesia de una sola nave) se conserva el corazón de uno de los Presidentes de las Cortes de Cádiz, según declara la inscripción siguiente, nada clásica:

*Hic jacet cor Ilmi. D. D. Bernardi Nadal et Crespi, episcopi majoricensis qui natus est in oppido á Soller die 5 aprilis*



*1745 et mortuus est in urbe à Palma die 12 decembris 1818.*  
—*Orate Deum pro illo.*

En la tercera de la izquierda, si no recuerdo mal, vénerase una imagen de Cristo crucificado, á la que profesan devoción grandísima los sollerenses, como lo atestiguan centenares de ex-votos que tapizan las paredes del camarín, y de la cual se cuenta que, en 1530, ante la impenitencia de un asesino, *sudó sangre visiblemente*, milagro aprobado por decreto del Obispo Manrique, que extendido en rica vitela de aquel tiempo puede leerse en un cuadro del camarín.

Remontando el *Coll de Soller*, garganta impotente, sembrada de magnificencias naturales y de márgenes ó bancales, admirablemente construídas con piedras sin argamasa, combinadas artísticamente á manera de mosaicos y dispuestas de modo que sostienen los terraplenes y permiten á la vez la filtración de las aguas, regresamos á Palma por Biniforani, hermosa finca de mi ilustre amigo D. Jorge de San Simón, Marqués del Reguer, y por Raxa, villa soberbia de italiano estilo, con ricos y abundantes museos de inscripciones y estátuas romanas, fundada por el Cardenal Despuig y perteneciente en la actualidad á su pariente el Conde de Montenegro.

Con mucho gusto te haría, amigo mío, descripción detallada de la villa cardenalicia y de sus preciosidades artísticas, lo mismo que del palacio de Bendinat, perteneciente hasta hace pocos años á los Marqueses de la Romana, y propiedad actualmente, como Raxa, del Conde de Montenegro, palacio que visité también detenidamente; pero se va haciendo esta carta tan extensa como soporífera, y no quiero molestarte más.

No quiero, sin embargo, dejar en reposo la pluma sin dar públicamente las gracias á D. José Miralles, joven,

ilustrado y bondadoso Catedrático del Seminario de Palma, que guió discretamente mis pasos y enriqueció mi memoria, durante toda la excursión dicha; á mi ilustre huésped el Obispo de Mallorca, Dr. D. Jacinto María Cervera, varón verdaderamente apostólico, corazón de oro, que trata á sus ovejas todas como verdadero padre y obsequia espléndidamente á los que le visitan; á mi querido amigo el Provisor y Vicario general de la Diócesis, Dr. D. Enrique Reig y Casanova, que entre otras de más precio, practica la virtud del agradecimiento, cada día menos frecuente, y á todos y cada uno de los mallorquines que me han dispensado una acogida que yo no merezco y que han hecho cómoda y agradable mi permanencia en su patria. De todos me despido cariñosamente y á todos digo con franqueza aragonesa: Si contingencias de la vida á que todos estamos expuestos y de una manera especialísima los hombres de mis ideas, me obligasen á dejar el continente, que me busquen en algún palacio ó cenobio de Mallorca y de seguro me encuentran.

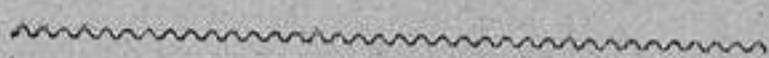
**FIN.**

# INDICE

---

	<u>Págs.</u>
Al que leyere. . . . .	5
MI ROMERÍA EN 1876.	
Preámbulo. . . . .	9
Capítulo I.—Viaje de ida. . . . .	15
II.—Estancia en Roma. . . . .	37
III.—Entusiasmo de los peregrinos españo- les y sandeces de la <i>Libertá</i> . . . . .	75
IV.—Viaje circular. . . . .	83
V.—Viaje de vuelta. . . . .	91
POR PARÍS A SUÍZA, EN 1886.	
Advertencia. . . . .	97
Carta I.—Valencia-Tarragona-Barcelona. . . . .	99
II.—Catedral de Manresa.—Iglesia y Colegio de San Ignacio.—Santa Cueva. . . . .	105
III.—Montserrat. . . . .	111
IV.—Nimes y Lyon. . . . .	117
V.—Nuevos detalles referentes á Lyon. . . . .	123
VI.—Nuestra Señora de Fourvière. . . . .	129
VII.—El día catorce de julio y las exequias de Monseñor Guibert. . . . .	137
VIII.—Llegada á París.—Bulevares.—Nuevo teatro de la ópera. . . . .	143
IX.—Las iglesias de París. . . . .	149
X.—Otras iglesias de París. . . . .	155
XI.—Los jardines de París. . . . .	163
XII.—Museos y monumentos públicos de Pa- rís. . . . .	161
XIII.—Neuchâtel. . . . .	173
XIV.—Berna. . . . .	179
XV.—Algo más sobre Berna. . . . .	187
XVI.—Friburgo. . . . .	197
XVII.—Ginebra. . . . .	203

	<u>Págs.</u>
Carta XVIII.—Paseo por el lago de Lemán. . . . .	211
XIX.—Allevard-les-Bains. . . . .	221
XX.—Desde Allevard á Grenoble. . . . .	229
XXI.—Desde Marsella á España. . . . .	235
JUBILEO SACERDOTAL DEL PAPA LEÓN XIII, EN 1888.	
I. . . . .	245
II. . . . .	248
III. . . . .	254
IV. . . . .	257
V. . . . .	265
VI. . . . .	269
VII. . . . .	283
VIII. . . . .	293
IX. . . . .	303
SAN IGNACIO Y LOURDES EN 1890.	
¡A San Ignacio, á San Ignacio!—I. . . . .	309
II. . . . .	313
III. . . . .	318
IV. . . . .	324
La iglesia del Rosario en Lourdes. . . . .	329
UN PASEO POR MALLORCA EN ABRIL DE 1891.	
I. . . . .	339
II. . . . .	342
III. . . . .	348
IV. . . . .	354
V. . . . .	361
VI. . . . .	363
VII. . . . .	365
VIII. . . . .	369



# LIBROS

DE

D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE VALENCIA

	<u>Pesetas.</u>
HOJAS DE MI CARTERA. . . . .	2
SEIS NOVELAS CORTAS, á saber: <i>Los Mayos, Desventuras de Mari-Pepa, La Señora de Verrugo, La novela de un colegial, Aventuras de un triciclista, y Tres en uno.</i> . . . .	2
COSTUMBRES POPULARES DE LA SIERRA DE ALBARRACÍN, ó sea: <i>Los Mellizos, El sí de una serrana, La tía Levítico, y Lo que puede una mujer,</i> 3. <sup>a</sup> edición. . . . .	2
QUIEN MAL ANDA ¿CÓMO ACABA?, novela. . . . .	2
SACRAMENTO Y CONCUBINATO, novela, 2. <sup>a</sup> edición. . . . .	2
SOLITA ó <i>amores archiplatónicos</i> , novela. . . . .	2 50
BOCETOS DE BROCHA GORDA, cuentos y artículos. . . . .	1
PÁGINAS EDIFICANTES, cuentos y artículos. . . . .	2
PEPINILLOS EN VINAGRE, artículos satíricos. . . . .	2
APOLOGÍA CIENTÍFICA DE LA FE CRISTIANA, por Duilhé de Saint-Projet, 2. <sup>a</sup> edición. . . . .	3
GUÍA DE TIERRA SANTA, viaje. . . . .	2 50
POR PARÍS Á SUIZA, viaje. . . . .	1
VIDA DE LEÓN XIII, obra premiada. . . . .	3
DISCURSOS ACADÉMICOS. . . . .	2
ELEMENTOS DE PSICOLOGÍA, 3. <sup>a</sup> edición. . . . .	4
ELEMENTOS DE LÓGICA, 3. <sup>a</sup> edición. . . . .	3 50
ELEMENTOS DE ÉTICA, 3. <sup>a</sup> edición. . . . .	3 50
COMPENDIO DE PSICOLOGÍA, LÓGICA Y ÉTICA. . . . .	5
Estos últimos cuatro volúmenes, encuadernados en tela con plancha dorada, además de su precio, por tomo. . . . .	1
PROGRAMA Y CUADROS SINÓPTICOS DE PSICOLOGÍA, LÓGICA Y ÉTICA. . . . .	1

*De venta en todas las librerías católicas.*

TMS



Componen este volumen los siguientes viajes:

MI ROMERÍA, EN 1876

POR PARÍS A SUIZA, EN 1886

JUBILEO SACERDOTAL DEL PAPA LEÓN XIII, EN 1888

SAN IGNACIO Y LOURDES, EN 1890

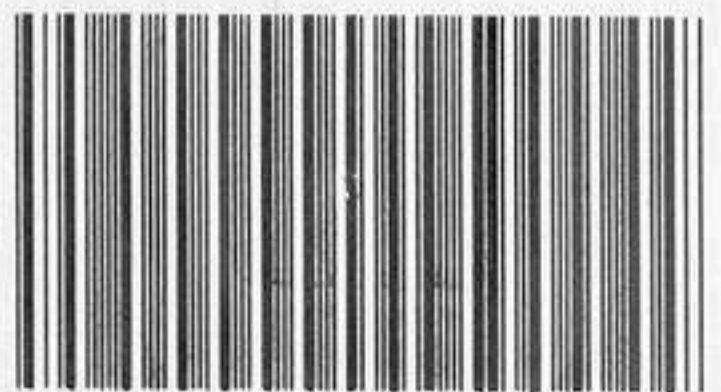
UN PASEO POR MALLORCA, EN ABRIL DE 1891







*Biblioteca  Valenciana*



31000006709391

Biblioteca Valenciana

D. M. POLO  
Y PEYROLON  
HOJAS  
DE MI  
CARTERA

*Biblioteca Valenciana*



*Bas Carbonell*

5407